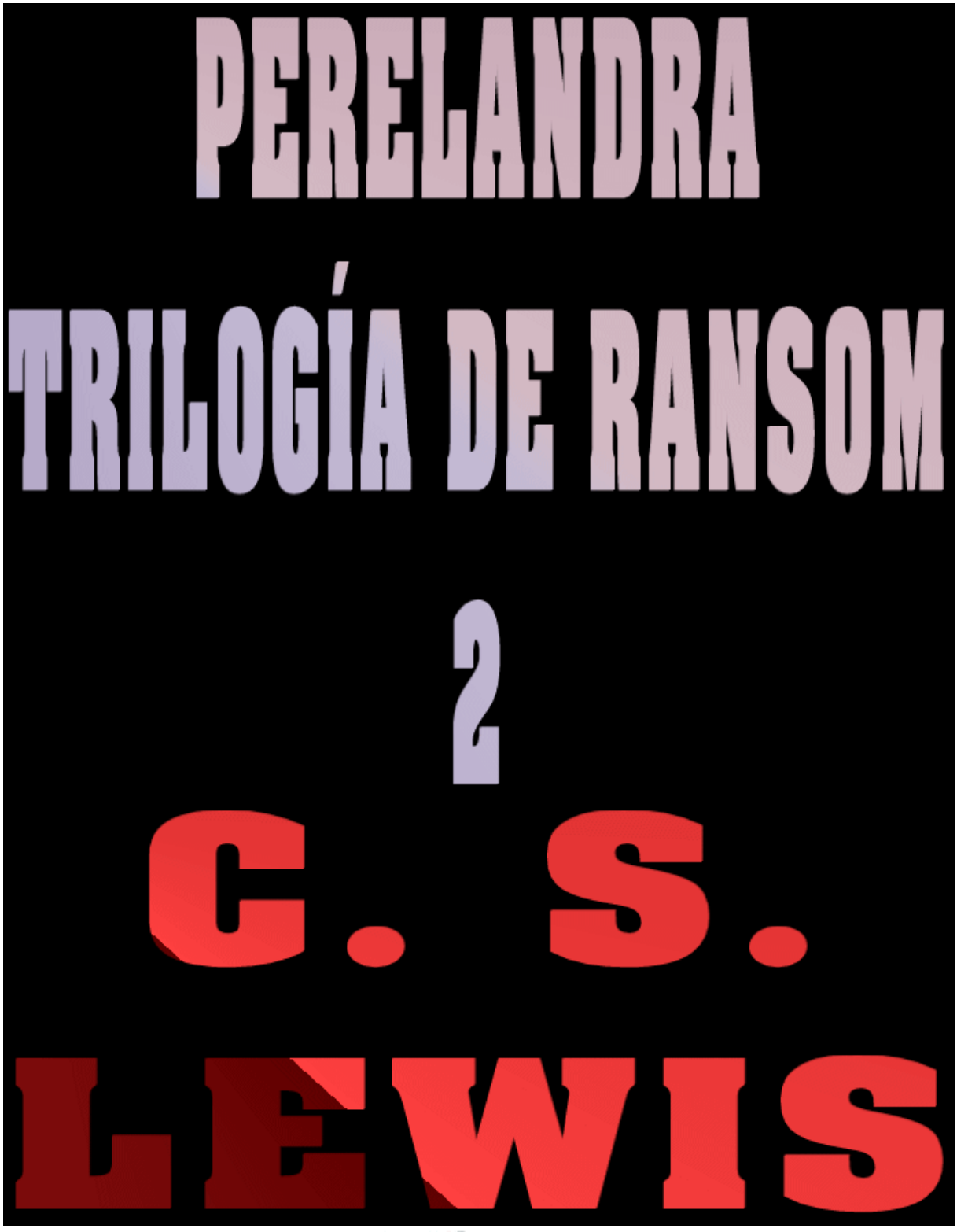
PERELANDRA
TRILOGÍA DE RANSOM, 2
C. S. Lewis



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

a
UNAS DAMAS
de
WANTAGE

PREFACIO

Este relato puede leerse aislado, pero es asimismo una continuación de *más allá del planeta silencioso,* donde se narraban algunas de las aventuras de Ransom en Marte o, como lo llaman sus habitantes, *Malacandra.* Todos los personajes humanos del libro son puramente ficticios y ninguno de ellos es alegórico.

C. S. L.

UNO

Cuando abandoné la estación ferroviaria de Worchester y emprendí la caminata de cinco kilómetros hacia la casa de campo de Ransom, reflexioné que posiblemente nadie en aquel andén podría adivinar la verdad sobre el hombre a quien yo iba a visitar. El aplastado brezal que se desplegaba ante mí (porque el pueblo se extiende detrás y hacia el norte de la estación) parecía un brezal común. El cielo sombrío de las cinco de la tarde era semejante al que puede verse en cualquier tarde de otoño. Las pocas casas y grupos de árboles rojizos o amarillentos no se destacaban en ningún aspecto. ¿Quién podría imaginar que un poco más allá, en aquel tranquilo paisaje, yo me encontraría y le estrecharía la mano a un hombre que había vivido, comido y bebido en un mundo situado a sesenta millones de kilómetros de Londres, que había visto la Tierra desde donde parece un simple punto de fuego verde y hablado cara a cara con una criatura, cuya vida comenzó antes de que nuestro planeta fuera habitable?

Porque, en Marte, Ransom había encontrado otros seres además de los marcianos. Había encontrado a las criaturas llamadas *eldila, y* sobre todo a aquel gran eldil que es el soberano de Marte o, en su lengua, el *Oyarsa de Malacandra.* Los eldila son muy distintos a cualquier criatura planetaria. Su organismo físico, si es que puede llamársele organismo, es muy distinto tanto al de un marciano como al de un ser humano. No comen, ni procrean, ni respiran, ni sufren muerte natural, y en ese sentido se asemejan más a minerales pensantes que a cualquier cosa reconocible como animal. Aunque aparecen sobre los planetas y a nuestros sentidos pueda parecerles que residen en ellos, la ubicación espacial precisa de un eldil en un momento dado presenta grandes problemas. Consideran al espacio (o "Cielo profundo") como su verdadera morada y para ellos los planetas no son mundos

cerrados sino meros puntos en movimiento —quizá hasta interrupciones— en lo que nosotros conocemos como Sistema Solar y ellos como el Campo de Árbol.

En aquel momento iba a ver a Ransom obedeciendo a un telegrama que había expresado: "Ven jueves si puedes. Negocios". Adivinaba a qué tipo de negocios se refería, y era por eso que seguía repitiéndome que sería delicioso pasar una noche con Ransom y que seguía sintiendo al mismo tiempo que no disfrutaba de tal perspectiva tanto como debería hacerlo. Mi problema eran los eldila. Podía acostumbrarme al hecho de que Ransom hubiera estado en Marte... pero haber enfrentado a un eldil, haber hablado con algo cuya vida parecía prácticamente infinita... Ya el viaje a Marte era de por sí bastante desagradable. Un hombre que ha estado en otro mundo no regresa inalterado. Es imposible expresar la diferencia en palabras. Cuando el hombre es un amigo puede llegar a ser doloroso: no es fácil recobrar el ritmo de antaño. Pero mucho peor era mi convicción creciente de que, desde su regreso, los eldila no lo dejaban solo. Pequeños detalles en la conversación, pequeños modismos, alusiones accidentales que luego Ransom retiraba con una torpe disculpa, todo sugería que contaba con extraña compañía; que había ... bueno, Visitantes, en aquella casa de campo.

Mientras caminaba trabajosamente por el camino vacío y sin cercas que atraviesa las tierras fiscales de Worchester traté de disipar mi creciente sensación de *malaise* analizándola. Después de todo, ¿de qué sentía temor? Lamenté haber planteado la pregunta en cuanto lo hice. Me chocó descubrir que había utilizado mentalmente la palabra "temor". Hasta entonces había intentado simular que sólo sentía disgusto, o embarazo, o hasta aburrimiento. Pero la simple palabra "temor" había revelado el secreto. Ahora advertía que mi emoción era, ni más ni menos, que el miedo. Y caí en la cuenta de que temía dos cosas: que tarde o temprano yo mismo pudiera encontrarme con un eldil y que pudiera llegar a ser "absorbido". Supongo que todos conocen ese miedo a ser "absorbido" —el momento en que un hombre advierte que lo que habían parecido meras especulaciones están a punto de hacerlo aterrizar en el Partido Comunista o la Iglesia Católica—, la sensación de que una puerta acaba de cerrarse de golpe dejándolo dentro. El asunto era simple y llana mala suerte. Ransom había sido llevado a Marte (o Malacandra) contra su voluntad y casi por accidente y yo me había visto relacionado con la cuestión por otro accidente. Sin embargo allí estábamos los dos, cada vez más comprometidos en lo que sólo puedo describir como política interplanetaria. En cuanto a mi intenso deseo de no entrar en contacto jamás con los eldila, no estoy seguro de poder lograr que ustedes lo comprendan. Era algo más que un prudente anhelo de evitar a criaturas de otra especie, muy poderosas y muy inteligentes. La verdad era que todo lo que había oído sobre ellos servía para conectar dos cosas que nuestra mente tiende a mantener separadas, y conectarlas le daba a uno una especie de conmoción. Tendemos a considerar a las inteligencias no-humanas en dos categorías distintas que etiquetamos como "científica" y "sobrenatural" respectivamente. En cierto estado de ánimo, pensamos en los marcianos del señor Wells (tan poco parecidos a los verdaderos marcianos, dicho sea de

paso) o en sus selenitas. En un estado de ánimo completamente distinto dejamos que nuestras mentes divaguen sobre la posibilidad de ángeles, fantasmas, hadas y cosas por el estilo. Pero en cuanto nos vemos obligados a reconocer a una criatura de cualquiera de las dos clases como *real,* la distinción empieza a hacerse borrosa: y cuando es una criatura como un eldil, la distinción desaparece por completo. Estos seres no eran animales: en ese sentido uno debería clasificarlos en el segundo grupo; pero tenían cierto tipo de vehículo material cuya presencia podría (en principio) ser verificada científicamente. En ese sentido pertenecían al primer grupo. De hecho, la distinción entre lo natural y lo sobrenatural se hacía pedazos; y al hacerlo uno advertía cuán consoladora era: cómo había aliviado la carga de extrañeza intolerable que nos impone el universo al dividirlo en dos mitades e incitar a la mente a que nunca piense en las dos en un mismo contexto. Cuál es el precio que podemos haber pagado por ese consuelo en términos de falsa seguridad y admitida confusión mental es otro asunto.

"Este es un camino largo, triste" pensé. "Gracias a Dios no tengo que cargar con nada." Y entonces, con un respingo de comprensión, recordé que debería estar llevando una mochila, con las cosas para pasar la noche. Maldije para mis adentros. Debía haberla dejado en el tren. ¿Querrán creerme si les digo que tuve el impulso inmediato de volver a la estación y "hacer algo al respecto"? Como es lógico no había nada que no pudiera hacerse igualmente bien llamando desde la casa de mi amigo. El tren, junto con la mochila, debía encontrarse para entonces a unos cuantos kilómetros.

Ahora lo comprendo con la misma claridad que ustedes. Pero en aquel momento me parecía obvio que debía volver sobre mis pasos y hasta había empezado a hacerlo antes de que la razón o la conciencia despertara y me hiciera avanzar otra vez trabajosamente. Al hacerlo descubrí con mayor claridad que antes qué pocos deseos de seguir tenía. Era una tarea tan difícil que sentí como si caminara contra el viento; pero en realidad se trataba de una de esas tardes inmóviles, muertas, en las que no se mueve ni una hoja y empezaba a alzarse un poco de niebla.

Cuanto más avanzaba, más imposible me resultaba pensar en otra cosa que no fueran los eldila. Después de todo, ¿qué era lo que Ransom sabía realmente sobre ellos? Según sus propias palabras, aquellos con los que se había encontrado no solían visitar nuestro planeta... habían comenzado a hacerlo después de su regreso de Marte. Teníamos eldila propios, dijo, eldila telúricos, pero eran de un tipo distinto y casi siempre hostiles al hombre. En realidad, era por eso por lo que nuestro mundo estaba incomunicado con los demás planetas. Ransom nos describía como si estuviéramos asediados, como si fuéramos, en realidad, un territorio ocupado por el enemigo, dominado por los eldila que estaban en guerra tanto con nosotros como con los eldila del "Cielo Profundo" o "espacio". Del mismo modo que las bacterias en el nivel microscópico, estos nocivos cohabitantes del nivel macroscópico saturan toda nuestra vida en forma invisible y son la verdadera explicación de esa curva fatal que constituye la lección básica de la historia. Si todo eso fuera cierto, entonces, naturalmente, deberíamos regocijarnos del hecho de

que eldila de mejor especie hubieran roto al fin la frontera (que, según afirman, está en la órbita de la Luna) y empezaran a visitarnos. Siempre suponiendo que lo que Ransom decía fuese correcto.

Se me ocurrió una idea detestable. ¿Acaso Ransom no podía ser un incauto? Si algo del espacio exterior estuviera tratando de invadir nuestro planeta, ¿qué mejor pantalla de humo podría levantar, justamente, que la historia de Ransom? ¿Había la menor evidencia, después de todo, de que existieran los supuestos eldila maléficos sobre la tierra? ¿Y si mi amigo fuera el puente involuntario, el Caballo de Troya mediante el cual un posible invasor estuviera desembarcando sobre Tellus, la Tierra? Y una vez más, como cuando había descubierto que no llevaba la mochila, me asaltó «1 impulso de no seguir adelante. "Regresa, regresa" me susurraba. "Envíale un telegrama, dile que estás enfermo, que vendrás en otra ocasión ... cualquier cosa." La fuerza de este sentimiento me asombró. Me quedé inmóvil durante unos instantes, diciéndome que no debía ser tan tonto, y cuando al fin reanudé la marcha iba preguntándome si aquello no podía ser el principio de una crisis nerviosa. No se me acababa de ocurrir la idea cuando se convirtió en un nuevo motivo para no visitar a Ransom. Obviamente no estaba en condiciones para "negocios" tan arriesgados como aquellos a los que se refería casi con seguridad el telegrama. No estaba en condiciones ni siquiera de pasar un fin de semana normal lejos de casa. La única conducta sensata era volver de inmediato y quedarme seguro en casa, antes de perder la memoria o volverme histérico y ponerme en manos de un médico. Seguir era una completa locura.

Ahora estaba llegando al fin del brezal y bajaba una pequeña colina, con un matorral a la izquierda y varios edificios industriales aparentemente abandonados a la derecha. En la zona más baja la niebla vespertina era un poco más densa. "Lo llaman crisis al principio" pensé. ¿No había una enfermedad mental en la que los objetos comunes le parecían al paciente increíblemente ominosos?... ¿Le parecían, en verdad, lo que me parecía la fábrica abandonada en aquel momento? Grandes formas bulbosas de cemento, extraños espectros de ladrillo, me miraban ceñudos por encima de la hierba seca y achaparrada, sembrada de charcos grises como marcas de viruela y cortada por los restos de un ferrocarril de trocha angosta. Recordé cosas que Ransom había visto en aquel otro mundo: sólo que allí eran personas. Gigantes largos como agujas a los que él llamaba *sorns.* Lo que empeoraba las cosas era que Ransom los consideraba buena gente: en realidad, mucho mejores que nuestra propia raza. ¡Estaba aliado con ellos! ¿Cómo sabía yo si Ransom era un incauto? Podía ser algo peor... y una vez más me detuve.

Como no conoce a Ransom, el lector no entenderá lo contraria que era la idea a toda razón. La parte racional de mi mente, incluso en ese momento, sabía muy bien que aunque el universo entero fuera loco y hostil, Ransom era cuerdo y saludable y honesto. Y fue esa parte la que al fin me hizo seguir adelante... pero con una resistencia y una dificultad que apenas puedo expresar en palabras. Lo que me permitía continuar era el conocimiento

(oculto muy dentro de mí) de que con cada paso me acercaba al único amigo: pero *sentía* que me acercaba al único enemigo: el traidor, el brujo, el hombre aliado a "ellos"... metiéndome en la trampa con los ojos abiertos, como un tonto. "Al principio lo llaman crisis" decía mi mente, "y te envían a un sanatorio particular; más tarde te trasladan a un manicomio."

Ahora había pasado la fábrica muerta, estaba hundido en la niebla, donde hacía mucho frío. Entonces hubo un momento —el primero— de absoluto terror y tuve que morderme los labios para no gritar. Era sólo un gato que había cruzado el camino corriendo, pero me encontré completamente acobardado. "Pronto estarás gritando realmente" decía mi íntimo atormentador. "Corriendo en círculos, gritando, y no podrás parar."

Había una casita vacía junto al camino, con casi todas las ventanas tapiadas con tablas y una de ellas mirando como el ojo de un pescado. Por favor, quiero que entiendan que en épocas normales la idea de una "casa embrujada" no significa para mí más de lo que significa para ustedes. Nada más, pero tampoco nada menos. En aquel momento no se me ocurrió algo tan definido como la idea de un fantasma. Era sólo la *palabra* "embrujada". "Embrujada"... "embrujar"... ¡qué poder tiene esa palabra! Aunque nunca antes hubiera oído la palabra ni conociera su significado, ¿no temblaría un niño ante el simple sonido si. al caer el día, oyera que uno de los mayores le dice a otro: "Esta casa está embrujada"? [1]

Al fin llegué al cruce de caminos junto a la capillita metodista donde debía girar a la izquierda, bajo las hayas. A esa altura tendría que estar viendo las luces de las ventanas de Ransom... ¿o ya había pasado la hora para el oscurecimiento antiaéreo? Se me había parado el reloj y no lo sabía. Estaba bastante oscuro, pero podía deberse a la niebla y los árboles. No sé si entienden que lo que me gustaba no era la oscuridad. Todos hemos conocido momentos en que los objetos inanimados parecen tener una expresión casi facial, y era la expresión de aquel tramo de camino lo que no me gustaba. "No es cierto que la gente que se está volviendo loca nunca piense que se está volviendo loca" decía mi mente. ¿Y si la verdadera demencia hubiera elegido ese paraje para manifestarse? En tal caso, desde luego, la negra aversión de los árboles goteantes —su horrible expectativa— sería una alucinación. Pero eso no mejoraba las cosas. Pensar que el espectro que vemos es una ilusión no nos libra del terror: sencillamente añade el terror más profundo de la locura propiamente dicha... y para culminar, la horrible sospecha de que aquellos a quienes los demás llaman locos han sido, siempre, las únicas personas que ven el mundo como es en realidad.

En aquel momento eso me invadió. Seguí a los tumbos en el frío y la oscuridad, ya convencido a medias de que debía estar entrando en lo que llaman demencia. Pero mi opinión sobre la cordura cambiaba a cada instante. ¿Había sido alguna vez algo más que una convención... un cómodo par de anteojeras, un modo acordado de tomar los deseos por la realidad, que excluía de nuestra visión la completa extrañeza y malevolencia del

[1] El autor juega con la sonoridad sugestiva de la frase en inglés: *This house is haunted. (N. del T.)*

universo que nos vemos obligados a habitar? Las cosas que había empezado a conocer durante los últimos meses de la relación con Ransom superaban ya lo que la "cordura" puede admitir; pero yo había ido demasiado lejos como para desecharlas como irreales. Dudaba de la interpretación que Ransom les daba, o de su buena fe. No dudaba de la existencia de lo que él había encontrado en Marte —los *pfifltriggi,* los *jrossa y* los *sorns*— ni de los eldila interplanetarios. Ni siquiera dudaba de la realidad del ser misterioso a quien los eldila llaman Maleldil y a quien parecen rendir una obediencia total, superior a la que pueda obtener cualquier dictador terrestre. Sabía con qué relacionaba Ransom a Maleldil. Con seguridad esa era la casa de campo. Estaba muy bien oscurecida. Un pensamiento infantil, quejoso, se alzó en mi mente: ¿por qué Ransom no había salido al portón a recibirme? Un pensamiento aún más infantil lo siguió. Quizás *estaba* en el jardín esperándome, oculto. Quizá saltaría sobre mí desde atrás. Quizá yo viera una silueta que parecería Ransom dándome la espalda y cuando le hablara, se daría vuelta y mostraría un rostro nada humano...

Como es natural, no tengo el menor deseo de alargar esta parte del relato. Recuerdo con humillación el estado mental en que me encontraba. Lo hubiera pasado por alto si no creyera necesario relatarlo hasta cierto punto, para una completa comprensión de lo que sigue... y, tal vez, también de otras cosas. Sea como fuere, *no puedo* describir realmente cómo llegué a la puerta de entrada de la casa. De uno u otro modo, a pesar de la aversión y del desaliento que me arrastraba hacia atrás y de una especie de pared invisible de resistencia que me daba en la cara, luchando por cada paso y casi chillando cuando una rama inocente me tocó el rostro, me las arreglé para pasar el portón y subir por el pequeño sendero. Y allí estaba, golpeando la puerta con los puños y sacudiendo el picaporte, gritándole a Ransom que me dejara entrar, como si de eso dependiera mi vida.

,No hubo respuesta: ningún sonido salvo el eco de los ruidos que yo mismo había hecho. Sólo había algo blanco revoloteando sobre el llamador. Supuse, desde luego, que era una nota. Al encender un fósforo para leerla, descubrí hasta qué punto me temblaban las manos; y cuando el fósforo se apagó, advertí hasta qué punto había oscurecido. Después de varios intentos logré leerla. "Disculpa. Tuve que ir a Cambridge. Volveré en el último tren. Hay comestibles en la despensa y la cama está lista en el cuarto de siempre. No me esperes para comer a menos que desees hacerlo. E. R." Inmediatamente el impulso de retirarme, que ya me había asaltado varias veces, me invadió con una especie de violencia demoníaca. Ahí estaba el camino abierto para la retirada, invitándome. Era mi oportunidad. ¡Si alguien esperaba que entrara a la casa y me quedara sentado a solas durante varias horas, estaba muy equivocado! Pero entonces, cuando la imagen del viaje de regreso empezó a formarse en mi mente, vacilé. La idea de emprender la travesía de la avenida de hayas otra vez (ahora estaba realmente oscuro) con la casa detrás de mí (uno tenía la absurda sensación de que podía seguirlo) no era atractiva. Y fue entonces, supongo, cuando algo mejor ocupó mi mente: cierto resto de cordura y cierta resistencia a abandonar a Ransom. Al menos podía comprobar si la puerta estaba realmente sin llave. Lo hice. Y lo estaba. Un

momento después, no sé bien cómo, me encontré en el interior y dejé que la puerta se cerrara con un golpe a mis espaldas.

Dentro estaba muy oscuro y cálido. Avancé unos pasos a tientas, me golpeé con violencia la canilla contra algo y caí. Quedé sentado inmóvil durante unos segundos, masajeándome la pierna. Creía conocer bastante bien la disposición del cuarto de estar de Ransom y no podía imaginar contra qué había tropezado. Un momento después busqué en el bolsillo, saqué los fósforos y traté de hacer luz. La cabeza del fósforo se desprendió. La pisé y olfateé para asegurarme de que no ardía sobre la alfombra. En cuanto olfateé, advertí un extraño aroma en la habitación. Doy fe de que no pude distinguir qué era. Se diferenciaba de los olores domésticos comunes tanto como algunos productos químicos, pero no era un olor de tipo químico en ningún sentido. Entonces encendí otro fósforo. Llameó y se apagó casi de inmediato, algo bastante lógico, dado que estaba sentado sobre el felpudo y hay pocas puertas de entrada, incluso en hogares mejor construidos que la casa de campo de Ransom, que no admitan una corriente de aire. El fósforo no me había permitido ver más que mi propia mano ahuecada para proteger la llama. Obviamente debía alejarme de la puerta. Me puse en pie con cautela y tanteé el camino hacia adelante. Llegué en seguida a un obstáculo: algo liso y muy frío que se alzaba un poco más arriba de las rodillas. Cuando lo toqué, advertí que era el origen del olor. Avancé a tientas tocando el objeto a la izquierda y por fin llegué al final del mismo. Parecía presentar varias superficies y no podía hacerme una idea de la forma. No era una mesa, porque no tenía parte superior. La mano palpaba a lo largo del borde de una especie de pared baja: el pulgar por afuera y los dedos metidos en el espacio interno. Si hubiera tenido la textura de la madera, hubiera supuesto que se trataba de una gran caja de embalaje. Pero no era madera. Por un momento pensé que estaba mojado, pero pronto decidí que estaba confundiendo el frío con la humedad. Cuando alcancé el extremo, encendí el tercer fósforo.

Vi algo blanco y semitransparente: bastante parecido al hielo. Un objeto grande, muy largo: una especie de caja, una caja abierta: de una forma inquietante que no reconocí en seguida. Tenía el espacio suficiente como para meter un hombre adentro. Entonces retrocedí un paso, alzando el fósforo encendido para tener una visión de conjunto, y en el mismo instante tropecé con algo detrás de mí. Me encontré cayendo a lo largo en la oscuridad, no sobre la alfombra, sino sobre más sustancia fría de olor extraño. ¿Cuántos objetos-infernales había allí? Iba a ponerme de pie otra vez y buscar sistemáticamente una vela en el cuarto cuando oí que pronunciaban el nombre de Ransom; y casi, aunque no del todo simultáneamente, vi lo que había temido ver durante tanto tiempo. Oí que pronunciaban el nombre de Ransom: pero no me atrevería a decir que oí a una voz pronunciarlo. El sonido era asombrosamente distinto al de una voz. Estaba articulado de manera perfecta: hasta supongo que era bastante hermoso. Pero se trataba de algo inorgánico, si es que pueden entenderme. Me figuro que sentimos la diferencia entre las voces animales (Incluyendo la del animal humano) y todos los demás ruidos con bastante precisión, aunque es difícil definirla. La sangre y los pulmones y la cavidad cálida,

húmeda de la boca están indicados de algún modo en toda voz. Aquí no estaban. Las dos sílabas sonaron más como si fueran ejecutadas sobre un instrumento que como si fueran habladas: y sin embargo tampoco sonaron mecánicas. Una máquina es algo que construimos con materias naturales, esto era más bien como si la roca o el cristal o la luz hubiesen hablado por sí mismos. Y me recorrió desde el pecho a la ingle un estremecimiento como el que nos atraviesa cuando creemos haber perdido pie mientras escalamos un precipicio.

Eso es lo que oí. Lo que vi fue sencillamente una vara o pilar muy tenue de luz. No creo que proyectara un círculo de luz sobre el piso o el techo, pero no estoy seguro. Ciertamente tenía poco poder para iluminar lo que lo rodeaba. Hasta aquí, todo va sobre ruedas. Pero tenía otras dos características menos fáciles de aprehender. Una era el color. Dado que vi el objeto es obvio que debo haberlo visto blanco o coloreado, pero ningún esfuerzo de la memoria puede conjurar la más leve imagen de ese color. Pruebo con el azul, y el dorado, y el violeta, y el rojo, pero ninguno se adecúa. No pretendo explicar cómo es posible tener una experiencia visual que de inmediato y para siempre se vuelve imposible de recordar. La otra característica era el ángulo de posición. No estaba ubicado en ángulo recto con respecto al piso. Pero una vez dicho esto, me apresuro a agregar que expresarlo así es una reconstrucción posterior. Lo que uno sentía realmente en aquel momento era que la columna de luz era vertical pero el piso no era horizontal: todo el cuarto parecía haberse inclinado como si estuviera a bordo de una nave. La impresión, cualquiera que fuese el modo en que se produjera, era de que la criatura se relacionaba con cierta horizontal, con cierto sistema completo de direcciones ajeno a la Tierra, y que su simple presencia me imponía ese sistema extraño y abolía la horizontal terrestre.

No tenía la menor duda de que estaba viendo un eldil y pocas dudas de que veía al arconte de Marte, el Oyarsa de Malacandra. Y ahora que el suceso había tenido lugar, ya no me encontraba en una condición de pánico abyecto. Es cierto que mis sensaciones eran, en algunos aspectos, muy desagradables. El hecho muy obvió de que fuera algo no orgánico —el conocimiento de que la inteligencia estuviera localizada de algún modo en aquel cilindro homogéneo de luz pero no relacionada con él como se relaciona nuestra conciencia como el cerebro y los nervios— era algo profundamente perturbador. [2] No se adecuaba a nuestras categorías. La

[2] Como es natural, en el texto me atengo a lo que pensé y sentí en el momento, ya que sólo eso es evidencia de primera mano: pero obviamente queda espacio para especulaciones mucho más profundas sobre la forma en que los *eldila* se aparecen a nuestros sentidos. Hasta ahora las únicas consideraciones serias sobre el problema deben buscarse a principios del siglo diecisiete. Como punto de partida para la investigación futura recomiendo el siguiente fragmento de Natvilcius *(De Aethereo et aerio Corpore,* Basilea, 1627, II. xii): *liquet simplicen flamman sensibus nostris subjectam non esse corpus proprie dictum angeli vel daemonis, sed potius aut illius corporis sensorium aut superficiem corporis in coelesti dispositione locorum supra cogitationes humanas existentis* ("Parece que la llama homogénea percibida por nuestros sentidos no es el cuerpo, propiamente así llamado, de un ángel o numen, sino más bien el sistema sensorio de ese cuerpo o la superficie de un cuerpo que existe de una manera más allá de nuestra concepción en el marco celestial de referencias espaciales.") Por "marco celestial de referencias" entiendo que quiere significar lo que ahora

respuesta que por lo común tenemos ante una criatura viviente y la que tenemos ante un objeto inanimado eran aquí igualmente inapropiadas. Por otro lado, todas las dudas que había sentido antes de entrar en la casa acerca de si tales criaturas eran amigas o enemigas, y de si Ransom era un pionero o un incauto, habían desaparecido por el momento. Ahora mi miedo era de otro tipo. Estaba seguro de que la criatura era lo que llamamos "buena", pero no estaba seguro de que esa "bondad" me gustara tanto como lo había supuesto. Se trata de una experiencia terrible. Mientras lo que uno tema sea algo maligno, puede esperarse que el bien aún venga en nuestra ayuda. Pero supongamos que uno se esfuerza por alcanzar el bien y descubre que también él es temible. ¿Qué ocurre si la comida resulta ser justamente lo que no se puede comer, el hogar el único sitio donde no se puede vivir y quien nos consuela la persona que nos hace sentir incómodos? Entonces, realmente, no hay ayuda posible: la última carta ha sido jugada. Durante uno o dos segundos estuve en ese estado. Allí estaba al fin un fragmento de aquel mundo más allá del mundo, que siempre había supuesto que amaba y deseaba, irrumpiendo y apareciendo ante mis sentidos: y no me gustaba, quería que se fuera. Quería que toda distancia, abismo, telón, manta y barrera posible se interpusiera entre eso y yo. Pero no caí por completo en el abismo. Curiosamente la sensación misma de desamparo me salvó y tranquilizó. Porque ahora era muy evidente que me habían "absorbido". La lucha terminó. La próxima decisión no me correspondía a mí tomarla.

Entonces, como un sonido de otro mundo, se oyó una puerta al abrirse y el ruido de botas sobre el felpudo y vi, recortada contra la noche gris en el vano de la puerta abierta, una silueta en la que reconocí a Ransom. El habla que no era una voz volvió a brotar de la vara de luz y Ransom, en vez de moverse, se mantuvo inmóvil y le contestó. Ambos discursos fueron en un extraño idioma polisilábico que yo no había oído antes. No trato de excusar los sentimientos que se despertaron en mí al oír el sonido inhumano dirigiéndose a mi amigo y a mi amigo contestándole en el idioma inhumano. En realidad, son inexcusables; pero si ustedes los creen improbables en semejante coyuntura, debo decirles lisa y llanamente que no han leído ni la historia ni vuestro propio corazón con algún provecho. Eran sentimientos de rencor, horror y celos. Pensé en gritar "Deja a tu demonio familiar en paz, maldito brujo, y préstame atención a Mí".

Lo que dije en realidad fue:

—Oh, Ransom, gracias a Dios has llegado.

---

llamaríamos "espacio multidimensional". Desde luego, no es que Natvilcius conociera algo sobre la geometría multidimensional, sino que había alcanzado empíricamente lo mismo que los matemáticos han alcanzado desde entonces en el terreno teórico.

DOS

La puerta se cerró de golpe (por segunda vez en la noche) y luego de un momento de búsqueda Ransom encontró y encendió una vela. Miré con rapidez a mi alrededor y no pude ver a nadie aparte de nosotros. Lo más notable del cuarto era el gran objeto blanco. Esta vez reconocí la forma. Era un amplio cofre en forma de ataúd, abierto. En el piso, junto a él, estaba la tapa y sin duda era con ella con lo que había tropezado. Ambos estaban hechos con un mismo material blanco, parecido al hielo, pero más vaporoso y menos brillante.

—Por Júpiter, me alegro de verte— dijo Ransom, adelantándose y estrechándome la mano—. Esperaba encontrarme contigo en la estación, pero todo ha tenido que ser dispuesto con mucha prisa y en el último momento descubrí que tenía que ir a Cambridge. Nunca tuve la intención de dejarte hacer *ese* viaje solo —después, supongo que al ver que yo lo seguía mirando con una expresión bastante estúpida, agregó—: Quiero decir... estás *bien,* ¿verdad? ¿Pudiste pasar la barrera sin ningún daño?

—¿La barrera? No entiendo.

—Pensé que habrías encontrado algunas dificultades para llegar aquí.

—¡Oh, eso! —dije—. ¿Quieres decir que no eran sólo mis nervios? ¿Había realmente algo en el camino?

—Sí. Ellos no querían que llegaras aquí. Yo temía que ocurriera algo por el estilo, pero no tuve tiempo de hacer nada al respecto. Estaba prácticamente seguro de que podrías pasar de algún modo.

—¿Por *ellos* te refieres a los otros... nuestros propios eldila?

—Desde luego. Se han enterado de lo que está por pasar... Lo interrumpí.

—A decir verdad, Ransom, cada vez me preocupa más todo el asunto —dije— . Mientras venía se me ocurrió...

—Oh, si los dejas ellos te meterán cualquier cosa en la cabeza —dijo Ransom con tono despreocupado—. El mejor plan es no prestarles atención y seguir adelante. No trates de contestarles. Les encanta arrastrarte a una discusión interminable.

—Pero escucha —dije—. Esto no es un juego de niños. ¿Estás bien seguro de que el Señor Oscuro, el depravado Oyarsa de Tellus, la Tierra, existe realmente? ¿Sabes con certeza si hay dos bandos o cuál de ellos es el nuestro?

De pronto Ransom fijó en mí una de esas miradas apacibles pero extrañamente apabullantes.

—¿Tienes alguna duda *real* sobre cualquiera de los dos puntos? —preguntó.

—No— dije, luego de una pausa, y me sentí bastante avergonzado.

—Todo marcha bien, entonces —dijo Ransom con tono jovial—. Ahora vamos a comer y te daré las explicaciones necesarias.

—¿Qué es ese asunto del ataúd? —pregunté mientras entrábamos en la cocina. —Allí es donde voy a viajar. —¡Ransom! —exclamé—. Él... eso... el eldil... ¿va a llevarte otra vez a Malacandra?

—¡No! —dijo—. Oh, Lewis, no comprendes. ¿Llevarme otra vez a Malacandra? ¡Si él pudiera! ¡Daría todo lo que tengo... sólo por contemplar de nuevo uno de aquellos desfiladeros y ver el agua azul, azul entrando y saliendo de los bosques, remolineante. O estar en la parte superior: ver a un sorn deslizándose por las laderas. ¡O estar otra vez en una de las noches en que Júpiter se alzaba, demasiado brillante como para mirarlo de frente, con todos los asteroides como una Vía Láctea, cada estrella tan brillante como se ve Venus desde la Tierra! ¡Y los olores! Es difícil sacármelo de la cabeza. Uno podría suponer que es peor por la noche, cuando Malacandra sube y puedo verlo realmente. Pero no es entonces cuando me atraviesa el dolor. Es en los cálidos días del verano: al alzar la vista hacia el profundo azul del cielo y pensar que *allí adentro,* a millones de kilómetros, donde nunca jamás podré volver, hay un lugar que conozco, y flores que en ese mismo instante crecen sobre Meldilorn, y amigos míos, yendo a cumplir con sus tareas, que me darían la bienvenida si regresara. No. No tengo tanta suerte. No es a Malacandra a donde me envían. Es a Perelandra.

—Lo que nosotros llamamos Venus, ¿verdad?

—Sí.

—Y dices que te envían.

—Sí. Recordarás que antes de abandonar Malacandra el Oyarsa me insinuó que mi viaje al planeta podía ser el comienzo de una fase completamente nueva en la vida del Sistema Solar... el Campo de Árbol. Podía significar, dijo, que el aislamiento de nuestro mundo, el sitio, estaba empezando a terminar.

—Sí. Lo recuerdo.

—Bueno, realmente parece que algo de eso ocurría. En primer lugar, los dos bandos, coma los llamaste, han comenzado a aparecer mucho más nítidos, mucho menos mezclados aquí en la Tierra, en nuestros propios asuntos humanos: a mostrarse más con sus verdaderos colores.

—Estoy de acuerdo.

—Lo otro es lo siguiente. El arconte negro (nuestro propio Oyarsa torcido) está tramando algún tipo de ataque sobre Perelandra.

—¿Pero tiene libertad para moverse de ese modo en el Sistema Solar? ¿Puede llegar allí?

—Ese es el punto crucial. No puede llegar en persona, en su propio fotosoma o como quiera que lo llamemos. Como bien sabes, lo confinaron dentro de estos límites siglos antes de que hubiera vida humana sobre nuestro planeta. Si se atreviera a mostrarse fuera de la órbita de la Luna, volverían a confinarlo, por la fuerza. Ese sería un tipo de guerra distinta. Tú y yo no podríamos colaborar más de lo que podría colaborar una mosca en la defensa de Moscú. No. Debe estar tratando de llegar a Perelandra de otro modo.

—¿Y cuál es tu papel?

—Bueno... sencillamente me han ordenado estar allí.

—¿Lo ha hecho el... el Oyarsa, quieres decir?

—No. La orden viene de mucho más arriba. A la larga, siempre es así, sabes.

—¿Y qué deberás hacer cuando llegues?

—No me lo han dicho.

—¿Sólo formas parte del *entourage* del Oyarsa?

—Oh no. Él no va a estar. Va a transportarme a Venus... a descargarme allí. Después, según lo que sé, me veré librado a mis propios medios.

—Pero escucha, Ransom... quiero decir ... —mi voz se apagó.

—¡Ya sé! —dijo con una de sus particulares sonrisas desarmantes—. Te parece absurdo. El Dr. Elwin Ransom sale a luchar completamente solo contra poderes y principados. Hasta te debes estar preguntando si no he caído en la megalomanía.

—No quise decir eso para nada —dije.

—Oh, pero creo que lo has pensado. En todo caso es lo mismo que he estado sintiendo desde que el asunto se me vino encima. Pero si lo piensas mejor, ¿acaso es más extraño que lo que todos debemos hacer diariamente? Cuando la Biblia empleaba esa misma expresión, luchar con principados y poderes y seres hipersomáticos de gran altura (dicho sea de paso, nuestra traducción es bastante equívoca en esa punto), quería decir que gente completamente común iba a tener que hacerse cargo de la lucha.

—Oh, no tengo la menor duda —dije—. Pero esto es muy distinto. Aquellas palabras se referían a un conflicto moral.

Ransom echó la cabeza hacia atrás y rió.

—Oh, Lewis, Lewis —dijo—, ¡Eres inimitable, sencillamente Inimitable!

—Digas lo que digas, Ransom, *hay* una diferencia.

—Sí. La hay. Pero una diferencia que convierta en megalomanía pensar que cualquiera de nosotros puede verse obligado a luchar de uno u otro modo. Te diré cómo lo veo. ¿No has notado que en nuestra guerra pequeña, aquí en la tierra, hay distintos períodos, y que mientras transcurre uno de ellos la gente toma la costumbre de pensar y comportarse como si éste fuera a ser permanente? Pero en realidad las cosas cambian bajo nuestras propias manos sin cesar y ni nuestras ventajas ni nuestros riesgos de este año son iguales a los del anterior. Ahora bien, tu idea de que la gente común nunca tendrá que enfrentarse con los eldila oscuros en ninguna forma salvo la psicológica o moral (tentaciones o cosas por el estilo) es simplemente una idea que se aplica durante cierto período de la guerra cósmica: el período del gran sitio, el período que le ha dado a nuestro planeta el nombre de Thulcandra, el planeta *silencioso.* ¿Pero si ese período está pasando? En el próximo puede ser tarea de todos enfrentarse con ellos... bueno, de un modo completamente distinto.

—Ya veo.

—No vayas a imaginar que me han elegido para ir a Perelandra porque sea alguien en especial. Uno nunca puede comprender, o al menos no hasta mucho más tarde, por qué *cualquier* persona fue elegida para *cualquier* tarea. Y cuando lo hace, por lo común se trata de un motivo que no da lugar a la vanidad. Ciertamente, nunca es por lo que el hombre mismo hubiera considerado sus principales habilidades. Supongo que me envían porque los dos canallas que me secuestraron y me llevaron a Malacandra hicieron algo que nunca pretendieron hacer: es decir, le dieron a un ser humano la oportunidad de aprender ese idioma.

—¿A qué idioma te refieres?

—Al *jressa-jlab,* desde luego. El idioma que aprendí en Malacandra.

—¡Pero seguramente no piensas que hablarán en el mismo idioma en Venus!

—¿No te conté nada al respecto? —dijo Ransom, inclinándose hacia adelante. Estábamos ante la mesa y casi habíamos terminado con la cena fría, la cerveza y el té—. Me asombra que no lo haya hecho, porque lo supe hace dos o tres meses y científicamente es una de las cosas más interesantes de todo el asunto. Parece que estábamos muy equivocados al pensar que el *jressa-jlab* era el habla peculiar de Marte. En realidad es lo que podría llamarse solar antiguo, *jlab-eribol-ef-cordi.*

—¿Qué demonios quieres decir?

—Quiero decir que originalmente había un lenguaje común para todas las criaturas que habitaban los planetas de nuestro sistema: los que estuvieron habitados alguna vez, quiero decir: lo que los eldila llaman Mundos Inferiores. La mayor parte, desde luego, nunca estuvo ni estará habitada. Al menos no en el sentido que le damos a la palabra habitada. Ese lenguaje original se perdió en Thulcandra, nuestro mundo, cuando ocurrió toda

nuestra tragedia. Ningún idioma humano conocido del mundo actual desciende de él.

—¿Pero y los otros idiomas de Marte?

—Admito que no entiendo bien ese punto. Algo sé, y creo poder probarlo sobre bases puramente filológicas. Son incomparablemente menos antiguos que el *jressa-jlab,* sobre todo el *surnibur,* el lenguaje de los sorns. Creo que podría demostrarse que el *surnibur* es, de acuerdo a los esquemas malacándricos, un desarrollo bastante moderno. Dudo que su nacimiento pueda fecharse mucho más atrás de nuestro Período Cámbrico.

—¿Y crees que en Venus hablarán el *jressa-jlab,* o solar antiguo?

—Sí. Llegaré conociendo el idioma. Eso resuelve muchos problemas... aunque, como filólogo, lo encuentro un poco desilusionante.

—¿Pero no tienes ninguna idea sobre lo que vas a hacer o con qué condiciones te encontrarás?

—Ni la menor idea sobre lo que haré. Hay tareas donde es esencial *no* saber mucho por anticipado... cosas que uno podría verse obligado a decir que uno no diría con la misma efectividad si las hubiera preparado. En cuanto a las condiciones, bueno, no sé mucho. Hará calor: iré desnudo. Nuestros astrónomos no saben nada sobre la superficie de Perelandra. La capa superior de la atmósfera es demasiado densa. Según parece el problema principal es si gira o no sobre su eje y a qué velocidad lo hace. Hay dos tendencias. Un hombre llamado Schiaparelli cree que gira una vez sobre sí mismo en el mismo tiempo que emplea para girar alrededor del Árbol... quiero decir, del Sol. Los otros piensan que gira sobre el eje una vez cada veinticuatro horas. Esa es una de las cosas que averiguaré.

—Si Schiaparelli tiene razón, ¿habría un día perpetuo sobre un lado y una noche perpetua sobre el otro?

Ransom asintió, pensativo.

—Sería una extraña frontera —dijo un momento después—. Imagínate. Llegarías a una zona de crepúsculo eterno, cada vez más fría y oscura a cada kilómetro que avanzas. Y en un momento dado no podrías seguir adelante porque ya no habría aire. Me pregunto: ¿puede uno permanecer en el día, del lado indicado de la frontera y mirar *dentro* de la noche inalcanzable? Y ver quizás una o dos estrellas ... el único sitio donde uno *podría* verlas, porque desde luego en las tierras-diurnas serían invisibles... Como es lógico, si cuentan con una civilización científica, deben tener trajes de buceo y aparatos como submarinos sobre ruedas para penetrar en la noche.

Le brillaban los ojos, y hasta yo, que pensaba sobre todo en cómo lo extrañaría y hasta me preguntaba sobre las posibilidades de volver a verlo alguna vez, sentí un estremecimiento vicario de maravilla y curiosidad por saber. Un momento después Ransom volvió a hablar.

—Aún no me has preguntado cuál es *tu* papel —dijo.

—¿Quieres decir que yo también voy a ir? —dije, con un estremecimiento de un tipo exactamente opuesto.

—De ningún modo. Quiero decir que deberás embalarme y estar por aquí para desembalarme cuando regrese... si todo marcha bien.

—¿Embalarte? Oh, había olvidado el asunto del ataúd. Ransom, ¿cómo diablos vas a viajar en ese objeto? ¿Cuál es la fuerza motriz? ¿Dónde está el aire... y la comida... y el agua? Sólo hay sitio para ti.

—El mismo Oyarsa de Malacandra será la fuerza motriz. Sencillamente lo moverá hasta Venus. No me preguntes cómo. No tengo idea acerca de los órganos o instrumentos que ellos utilizan. ¡Pero una criatura que ha mantenido un planeta en órbita durante billones de años tiene que poder hacerse cargo de una caja de embalaje!

—¿Pero qué comerás? ¿Cómo respirarás?

—Me dijo que no necesitaré hacerlo. Estaré en una especie de estado de animación suspendida, según lo que pude descifrar. No pude entenderlo cuando intentó una descripción. Pero ese es asunto suyo.

—¿Y te sientes feliz ante la perspectiva? —le dije, porque algo semejante al horror empezaba a invadirme una vez más.

—Si quieres decir: ¿Acepta la razón la posibilidad (sin contar accidentes) de que él me haga llegar sano y salvo a la superficie de Perelandra?... la respuesta es: si —dijo Ransom—. Si quieres decir: ¿Responden los nervios y la imaginación a esa posibilidad?... me temo que la respuesta sea: No. Uno puede creer en la anestesia y aun así sentir pánico cuando nos colocan realmente la máscara en la cara. Creo que me siento como se siente un hombre que cree en la vida futura cuando lo llevan ante el pelotón de fusilamiento. Quizá sea un buen ejercicio.

—¿Y yo voy a empacarte dentro de ese maldito objeto? —dije.

—Sí —dijo Ransom—. Ese es el primer paso. Debemos salir al jardín en cuanto asome el sol y apuntarlo de tal modo que no haya edificios ni árboles en su camino. El huerto de coles servirá. Después entraré en él (con una venda sobre los ojos, porque las paredes no impedirán el paso de toda la luz del sol una vez que salga de la atmósfera) y tú atornillarás la tapa. Después, supongo que lo verás deslizarse y partir. —¿Y luego?

—Bueno, luego viene lo difícil. Debes estar preparado para venir aquí en el momento en que seas citado, para sacar la tapa y dejarme salir cuando regrese.

—¿Cuándo esperas volver?

—Nadie puede decirlo. Seis meses... un año... veinte años. Ese es el problema. Me temo que te estoy colocando sobre los hombros una carga bastante pesada.

—Yo podría estar muerto.

—Lo sé. Me temo que parte de la carga será elegir un sucesor: en seguida, por otra parte. Hay cuatro o cinco personas en las que podemos confiar. —¿De qué modo seré avisado? —Oyarsa se encargará. Será un aviso inconfundible. No necesitas preocuparte de ese punto. Otra cosa: no tengo ningún motivo para suponer que volveré herido. Pero por las dudas... si puedes encontrar un médico a quien podamos hacer partícipe del secreto, no vendría mal que él te acompañe cuando vengas a sacarme. —¿Qué te parece Humprey? —Perfecto. Y ahora a cuestiones más personales. He tenido que dejarte fuera del testamento y me gustaría que supieras el motivo.

—Mi querido Ransom, nunca pensé en tu testamento hasta ahora.

—Desde luego que no. Pero me hubiera gustado dejarte algo. La razón por la que no lo he hecho, es la siguiente. Voy a desaparecer. Es posible que no pueda volver. Es concebible que haya un proceso por asesinato, y si es así toda precaución es poca. Quiero decir, para ti. Y ahora pasemos a dos o tres disposiciones de orden privado.

Acercamos nuestras cabezas y durante largo rato hablamos sobre cuestiones que por lo común se discuten con parientes y no con amigos. Llegué a saber sobre Ransom mucho más de lo que había sabido hasta entonces, y por la cantidad de personas extrañas que me encomendó, "si es que por casualidad podía hacer algo por ellas", alcancé a advertir el alcance y la intimidad de sus caridades. Con cada frase la sombra de la separación cercana y una especie de tristeza fúnebre se asentaban con mayor énfasis en nosotros. Me descubrí tomando nota y apreciando en él todo tipo de pequeños modismos y expresiones, como los que notamos siempre en la mujer amada, pero que advertimos en un hombre sólo cuando transcurren las últimas horas de su vida o se aproxima la fecha de una operación tal vez fatal. Experimenté la incurable incredulidad de nuestra naturaleza y apenas podía creer que quien en ese momento estaba tan cerca, tan tangible y (en cierto sentido) tan a mi disposición, fuera a ser completamente inaccesible en pocas horas, una imagen —pronto, incluso una imagen elusiva— en el recuerdo. Y al fin una especie de timidez cayó entre los dos, porque cada uno sabía lo que sentía el otro. Hacía mucho frío.

—Pronto deberemos salir —dijo Ransom. —No hasta que él, el Oyarsa, regrese —dije, aunque, en realidad, ahora que el momento estaba tan cerca quería terminar cuanto antes.

—Nunca nos ha abandonado —dijo Ransom—. Ha estado en la casa durante todo el tiempo.

—¿Quieres decir que ha estado esperando en el cuarto vecino todas estas horas?

—Esperando, no. Nunca pasa por esa experiencia. Tú y yo somos conscientes de la espera, porque tenemos un cuerpo que llega a sentir cansancio e inquietud, y en consecuencia un sentimiento de duración acumulada. Además podemos discernir obligaciones y emplear el tiempo y en consecuencia tener una concepción del ocio. No pasa lo mismo con él. Ha estado aquí todo el tiempo, pero no puedes llamarle a eso *espera* más de lo que puedes llamarle *espera* a toda su existencia. Sería como decir que un árbol en un bosque o la luz del sol en la ladera de una colina están esperando.

Ransom bostezó.

—Estoy cansado —dijo—, y tú también. Dormiré bien en mi ataúd. Ven. Arrastrémoslo afuera.

Entramos al otro cuarto y me hicieron parar ante la llama sin rasgos que en vez de esperar era, y allí, con Ransom de intérprete, fui en cierto modo presentado y juré con mi propia lengua para aquella gran empresa. Después retiramos las cortinas de oscurecimiento antiaéreo y dejamos entrar la mañana gris, desconsolada. Transportamos entre los dos el ataúd y la tapa, tan fríos que parecían quemarnos los dedos. Había un abundante rocío sobre la hierba y pronto se me empaparon los pies. El eldil estaba con nosotros, allí fuera, en el pequeño prado, apenas visible a la luz del día para mis ojos. Ransom me mostró los cierres de la tapa y el modo en que debía ser asegurada, luego hubo un poco de lastimosa vacilación y después el momento definitivo en que Ransom entró a la casa y reapareció, desnudo; un espantapájaros blanco, alto, trémulo y cansado en aquella hora cruda y pálida del día. Una vez que entró en la horrible caja, hizo que le atara una gruesa faja negra alrededor de los ojos y la cabeza. Después se acostó. En aquel momento no pensé en el planeta Venus, ni creí realmente que pudiera volver a ver a Ransom. Si me hubiera atrevido, habría dado marcha atrás con todo el plan: pero el otro ser —la criatura que no esperaba— estaba allí y el temor a él me dominaba. Con sensaciones que desde entonces se repiten con frecuencia en mis pesadillas, aseguré la fría tapa sobre el hombre vivo y retrocedí. Un momento después estaba solo. No miré cómo partía. Regresé a la casa y me sentí enfermo. Pocas horas más tarde cerraba las puertas y regresaba a Oxford.

Después pasaron los meses y sumaron un año y algo más de un año, y tuvimos ataques aéreos y malas noticias y esperanzas diferidas y toda la tierra se llenó de oscuridad y crueles moradas, hasta la noche en que Oyarsa vino otra vez a mí. Más tarde hubo para mí y Humprey un viaje apresurado, plantones en corredores atestados y esperas al amanecer en andenes ventosos, y por último el momento en que estuvimos de pie en la clara y temprana luz del sol, en el pequeño rincón salvaje de hierbas altas en que se había convertido el jardín de Ransom y vimos una partícula negra contra el sol que se alzaba y luego, casi en silencio, el ataúd se deslizó entre nosotros. Nos arrojamos sobre él y le sacamos la tapa en menos de dos minutos.

—¡Por Dios! ¡Está hecho pedazos! —grité cuando di el primer vistazo al interior.

—Un momento —dijo Humprey.

Y mientras lo decía, la figura del ataúd empezó a moverse y luego se sentó, sacudiéndose al hacerlo una masa de objetos rojos que le habían cubierto la cabeza y los hombros y que yo había tomado durante un momento por restos y sangre. Mientras se deslizaban y el viento los llevaba, advertí que eran flores. Ransom parpadeó durante uno o dos segundos, después nos llamó por nuestro nombre, nos dio una mano a cada uno y salió dando unos pasos sobre la hierba.

—¿Cómo están? —dijo—. Se los ve cansados.

Me quedé un momento en silencio, asombrado ante el cuerpo que se había alzado de aquella estrecha morada: un Ransom casi nuevo, resplandeciente de salud, musculoso y diez años más joven. En los viejos días había empezado a tener algunas canas: pero la barba que ahora le cubría el pecho era de un parejo color dorado.

—Caramba, se ha cortado el pie —dijo Humprey: y en ese momento vi que el tobillo de Ransom sangraba.

—Uf, hace frío aquí —dijo Ransom—. Espero que la caldera esté encendida y haya agua caliente... y alguna ropa.

—Si —dije, mientras lo seguíamos hacia la casa—-Humprey se encargó de todo eso. Me temo que yo no lo habría hecho.

Ahora Ransom estaba en el cuarto de baño, con la puerta abierta, oculto en nubes de vapor, y Humprey y yo le hablábamos desde el rellano de la escalera. Las preguntas eran más de las que el podía contestar.

—La idea de Schiaparelli era totalmente incorrecta —gritaba—. Tienen una noche y un día normales —y—: No, el tobillo no me duele ... o, al menos, acaba de empezarme a doler —y—: Gracias, cualquier ropa vieja. Déjenla sobre la silla —y—:No, gracias. No tengo ganas de comer manteca o huevo, ni nada por el estilo. ¿Dicen que no hay fruta? Oh, está bien, no importa. Puede ser pan o verdura o algo así —y—: Bajaré en cinco minutos.

Nos seguía preguntando si estábamos realmente bien y parecía pensar que nos veíamos enfermos. Bajé a preparar el desayuno y Humprey dijo que se quedaría a examinar y vendar el corte del tobillo de Ransom. Cuando llegó yo estaba contemplando uno de los pétalos rojos que había venido en el ataúd.

—Es una flor muy hermosa —le dije, tendiéndosela.

—Sí —dijo Humprey, estudiándola con las manos y los ojos de un científico—. ¡Qué delicadeza extraordinaria! A su lado una violeta inglesa es una hierba mala.

—Pongamos algunas en agua.

—No vale la pena. Mira: ya está marchita.

—¿Cómo encuentras a Ransom?

—En perfectas condiciones. Aunque no me gusta ese tobillo. Dice que la hemorragia empezó hace tiempo.

Ransom se unió a nosotros, completamente vestido, y serví el té. Y durante todo aquel día y hasta muy adentrada la noche nos contó la historia que sigue.

TRES

Ransom nunca describió a qué se parecía viajar en un ataúd celestial. Dijo que no podía. Pero alusiones accidentales sobre el viaje aparecían de vez en cuando mientras hablaba de temas completamente distintos.

Según su propio relato no estaba lo que nosotros llamamos consciente y, sin embargo, al mismo tiempo la experiencia era muy concreta y de una cualidad particular. En una ocasión, alguien había estado hablando acerca de "ver la vida" en el sentido popular de vagar por el mundo y conocer gente, y B., que estaba presente (y es antropósofo), dijo algo que no puedo recordar con exactitud acerca de "ver la vida" en un sentido muy distinto. Creo que se refería a cierto sistema de meditación que pretendía hacer visible "la forma de la Vida misma" al ojo interno. En todo caso Ransom se dejó atrapar en un extenso interrogatorio al no poder ocultar que asociaba cierta idea muy definida a dicha declaración. Hasta llegó a decir —bajo extrema presión— que en aquella circunstancia, la vida se presentaba como una "forma coloreada". Cuando le preguntaron "qué color", adoptó una expresión extraña y sólo pudo decir "¡Qué colores! ¡Sí, qué colores!". Pero entonces lo arruinó todo al agregar, "desde luego, no era realmente un color, en ningún sentido. Quiero decir, no lo que nosotros llamamos color", y no dijo una palabra más durante toda la noche. Otra alusión se manifestó cuando un amigo escéptico de ambos llamado McPhee argumentaba contra la doctrina cristiana de la resurrección de la carne. En ese momento yo era su víctima y él arremetía en su estilo escocés con preguntas tales como "¿Así que crees que vas a tener tripas y paladar para siempre en un mundo donde no habrá qué comer, y órganos genitales en un mundo sin copulación? ¡Hombre, te van a ser muy útiles!", cuando Ransom irrumpió de pronto con gran excitación: "Oh, ¿no comprendes, pedazo de asno, que hay una gran diferencia entre una vida trans-sensual y una vida no-sensual?". Como es lógico, eso desvió las baterías de McPhee hacia él. Lo que surgió fue que, según Ransom, las funciones y apetitos actuales del cuerpo desaparecerían, no por atrofiamiento sino porque se verían, según dijo, "sumergidas". Recuerdo que empleó la palabra "trans-sexual" y empezó a buscar palabras similares para aplicar a la actividad de comer (después de rechazar "trans-gastronómico"), y como no era el único filólogo presente, eso desvió la conversación hacia otros rumbos. Pero estoy casi seguro de que pensaba en algo que había experimentado durante el viaje a Venus. Aunque tal vez lo más misterioso que dijo sobre el mismo fue lo siguiente. Yo lo estaba interrogando sobre el tema (cosa que él no permitía con mucha frecuencia) y había dicho incautamente: "Por supuesto me doy cuenta de que para ti es algo demasiado vago como para poder expresarlo en palabras", cuando me reprendió en tono bastante duro, para hombre tan paciente, diciendo: "Por el contrario, lo vago son las palabras. El motivo por el que no puede ser expresado es que se trata de algo demasiado *definido* para el lenguaje." Y eso es prácticamente todo lo que puedo contarles sobre el viaje. Algo es seguro: que volvió de Venus aún más cambiado que cuando había regresado de

Marte. Pero desde luego eso puede haberse debido a lo que le ocurrió después del descenso.

Procederé ahora a contar ese descenso, tal como Ransom me lo narrara. Parece haber sido despertado (si esa es la palabra correcta) de su indescriptible estado celestial por la sensación de caer; en otras palabras, cuando estuvo lo suficientemente cerca de Venus como para sentirlo como algo ubicado hacia abajo. Lo próximo que notó fue que tenía muy caliente un costado y muy frío el otro,

aunque ninguna de las dos sensaciones era tan intensa como para ser realmente dolorosa. De todos modos, pronto ambas se vieron sumergidas en la prodigiosa luz blanca de abajo que empezaba a penetrar a través de las paredes semiopacas del féretro. Aumentaba en forma constante y se volvió muy molesta a pesar de que Ransom tenía los ojos protegidos. Sin duda era el *albedo,* el velo externo de atmósfera muy densa que rodea a Venus y que refleja los rayos del sol con intensa energía. Por algún oscuro motivo Ransom no era consciente, como lo había sido al acercarse a Marte, del veloz aumento del paso del cuerpo. Cuando la luz blanca estaba a punto de hacerse insoportable, desapareció por completo y muy pronto el frío del costado izquierdo y el calor del derecho empezaron a disminuir y a ser reemplazados por una calidez pareja. Supongo que en ese momento se encontraba en la capa superior de la atmósfera perelándrica: en una luz crepuscular al principio pálida y luego coloreada. El color predominante, según lo que le permitían ver los costados del féretro, era el dorado o cobrizo. Para entonces debía encontrarse muy cerca de la superficie del planeta, con el largo del ataúd perpendicular a dicha superficie: cayendo de pie como un hombre en un ascensor. La sensación de caída —impotente como estaba e incapaz de mover los brazos— se volvió atemorizante. Entonces llegó de pronto una gran oscuridad verdosa, un ruido inidentificable —el primer mensaje del nuevo mundo— y un marcado descenso de la temperatura. Ahora parecía haber asumido una posición horizontal y además, para su gran sorpresa, estar moviéndose no hacia abajo sino hacia arriba; aunque, en aquel momento, lo juzgó como una ilusión. Durante lodo ese tiempo debe haber estado haciendo esfuerzos débiles, inconscientes para mover los miembros, porque de pronto descubrió que los costados de la morada-cárcel cedían a la presión. *Estaba* moviendo los miembros, entorpecido por alguna sustancia viscosa. ¿Dónde estaba el ataúd? Las sensaciones eran muy confusas. A veces parecía estar cayendo, a veces remontándose hacia arriba, y después volviendo a moverse en el plano horizontal. La sustancia viscosa era blanca. Parecía haber cada vez menos... una sustancia blanca, vaporosa como la del ataúd, aunque no sólida. Con una horrible impresión advirtió que *era* el ataúd, el ataúd que se fundía, se disolvía, dando paso a una confusión indescriptible de colores: un mundo opulento, variado en el que nada, por el momento, parecía palpable. Ahora no había ataúd. Había sido expulsado —depositado— solo. Estaba en Perelandra.

La primera impresión, indefinida, fue la de algo inclinado: como si estuviera viendo una fotografía tomada con la cámara desnivelada. Y hasta eso duró

un instante. La inclinación fue reemplazada por otra; después dos inclinaciones se abalanzaron y formaron un pico, y el pico se acható de pronto en una línea horizontal, y la línea horizontal se inclinó y se convirtió en el borde de una vasta ladera centelleante que se precipitaba furiosa hacia él. En el mismo instante sintió que era alzado. Se remontó más y más hasta que pareció que iba a tocar la cúpula dorada que colgaba sobre él en vez de un cielo. Entonces estuvo sobre una cima; pero casi antes de que los ojos hubieran captado un enorme valle que bostezaba ante él —brillando verde como el vidrio y jaspeado con vetas de blanco espumoso— bajaba precipitándose en el valle a unos cincuenta kilómetros por hora. Y entonces advirtió que sentía una frescura deliciosa en todo el cuerpo, salvo la cabeza, que los pies no se apoyaban en nada y que durante cierto tiempo había estado ejecutando en forma inconsciente los movimientos de un nadador. Cabalgaba sobre el oleaje sin espuma de un océano, vigorizante y fresco, luego de las temperaturas feroces del Cielo, pero cálido según las pautas terrestres: tan cálido como una bahía poco profunda de fondo arenoso en un clima subtropical. Mientras subía deslizándose con suavidad la gran colina convexa de la próxima ola tomó un sorbo de agua. No tenía casi gusto a sal, era potable... como el agua fresca y sólo menos insípida, en un grado infinitesimal. Aunque hasta entonces no había sido consciente de tener sed, el sorbo le produjo un placer asombroso. Era casi como encontrarse con el placer propiamente dicho por vez primera. Hundió el rostro enrojecido en la transparencia verde y cuando lo alzó descubrió que estaba una vez más sobre la cima de una ola.

No había tierra a la vista. El cielo era de un color oro puro y plano, como el fondo de un cuadro medieval. Parecía muy distante: tan lejano como un cirro visto desde tierra. El océano también era dorado en lontananza, manchado con sombras innumerables. Las olas más cercanas, aunque doradas donde las cúspides atrapaban la luz, eran verdes en los declives: al principio color esmeralda y más abajo de un lustroso verde botella, profundizándose hacia el azul donde pasaba bajo las sombras de otras olas.

Vio todo esto en un instante: luego se encontró acelerando una vez más hacia abajo en el seno entre dos olas. De algún modo había quedado boca arriba. Vio el techo dorado de aquel mundo temblar con una rauda variación de luces más pálidas, como tiembla un cielorraso con la luz del sol reflejada por el agua de la bañera cuando uno entra al baño en una mañana de verano. Supuso que era el reflejo de las olas sobre las que nadaba. Es un fenómeno observable tres de cada cinco días en el planeta del amor. La reina de aquellos mares se contempla sin cesar en un espejo celestial.

Arriba otra vez, hasta la cresta, y aún ninguna tierra a la vista. Algo que parecían nubes (¿o podrían ser embarcaciones?) muy lejos, a la izquierda. Después abajo, abajo, abajo ... creyó que nunca llegaría al fondo: esta vez notó lo difusa que era la luz. Semejante diversión en el agua tibia, semejante baño glorioso, como uno lo llamaría en la Tierra, sugerían como acompañamiento natural un sol destellante. Pero no había tal cosa. El agua resplandecía, el cielo ardía dorado, pero todo era rico y difuso y los ojos se

alimentaban sin sentirse encandilados ni doloridos. Hasta las palabras verde y dorado, que Ransom se vio obligado a utilizar cuando describió la escena, son demasiado ásperas para la ternura, la muda iridiscencia de aquel mundo cálido, maternal, delicadamente suntuoso. Era suave para mirar como un crepúsculo, cálido como un mediodía estival, pacífico y dulce como un amanecer. Era completamente disfrutable. Ransom suspiró.

Ante él había ahora una ola tan alta que resultaba temible. En nuestro mundo hablamos vanamente de mares altos como montañas, cuando no son mucho más altos que un mástil. Pero allí era auténtico. Si la forma enorme hubiese sido una colina de tierra y no de agua, Ransom hubiera empleado una mañana entera o más caminando por su ladera para llegar a la cúspide. La ola lo atrapó y lo llevó hasta la elevación en pocos segundos. Pero antes de llegar a la parte superior casi gritó de terror. Porque la ola no tenía una cima lisa como las demás. Apareció una cresta horrible; formas dentadas y ondulantes y fantásticas, anormales, hasta no líquidas, brotaban desde el borda. ¿Rocas? ¿Espuma? ¿Animales? La pregunta apenas tuvo tiempo de cruzarle la mente como un relámpago antes de que aquello estuviera sobre él. Cerró los ojos sin querer. Después se encontró una vez más precipitándose ladera abajo. Fuera lo que fuese, había pasado junto a él. Pero había sido algo. Lo había golpeado en la cara. Tocándose con las manos descubrió que no sangraba. Había sido golpeado por algo blando, que no le había hecho daño: simplemente le había pegado como un látigo por la velocidad que llevaba cuando lo encontró. Volvió a girar para quedar boca arriba, remontándose, mientras lo hacía, a centenares de metros sobre el agua de la loma siguiente. Lejos bajo él, en un valle vasto y momentáneo, vio lo que le había errado. Era un objeto de forma irregular con muchas curvas y entradas. De colores variados, como una colcha de retazos: ígneo, ultramarino, carmesí, anaranjado, amarillo intenso y violeta. No pudo distinguir más porque el vistazo duró muy poco tiempo. Sea lo que fuere, flotaba, porque se lanzó subiendo la pendiente de la ola opuesta y pasó entre la cúspide y se perdió de vista. Se asentaba sobre el agua como una piel, curvándose cuando el agua se curvaba. Tomó la forma de la ola en la parte superior, de modo que durante un instante estuvo con la mitad ya fuera de vista más allá del borde y la otra mitad visible. Se comportaba como una estera de hierbas sobre un río (una estera de hierbas que reprodujera cada pequeña onda hecha al remar a su lado) pero en una escala muy distinta. Aquello debía haber tenido unos treinta acres.

Las palabras son lentas. No deben perder de vista el hecho de que toda la vida de Ransom sobre Venus hasta ese momento había durado menos de cinco minutos. No estaba cansado en lo más mínimo y aún no se inquietaba seriamente en cuanto a su poder para sobrevivir en ese mundo. Tenia confianza en los que lo habían enviado y entretanto la frescura del agua y la soltura de sus miembros seguían siendo una novedad y una delicia; pero por encima de todo había algo más que ya he insinuado y que apenas puede expresarse en palabras: la extraña sensación de placer excesivo que de algún modo parecía comunicársele a través de todos los sentidos al unísono. Empleo la palabra "excesivo" porque el mismo Ransom sólo podía describirlo

diciendo que durante los primeros días en Perelandra se vio invadido no por una sensación de culpa, sino por la sorpresa de no tener tal sensación. Había una exuberancia o derroche de dulzura en el simple acto de vivir que a nuestra raza le resulta difícil no asociar con las acciones extravagantes y prohibidas. Aunque también es un mundo violento. No acababa de perder de vista al objeto flotante cuando sus ojos se vieron heridos por una luz insoportable. Una iluminación gradual, del azul al violeta, hizo que el cielo dorado pareciera oscuro en comparación y en un momento reveló del nuevo planeta más de lo que Ransom había visto hasta entonces. Vio la extensión del oleaje desplegándose ilimitado ante él y lejos, muy lejos, en el extremo mismo del mundo, contra el cielo, una sola columna irguiéndose lisa y verde, lívida, la única cosa fija y vertical en aquel universo de declives cambiantes. Después la suntuosa luz crepuscular retrocedió con rapidez (pareciendo entonces casi oscuridad) y oyó un trueno. Pero el de Perelandra tiene un *timbre* distinto al trueno terrestre, más resonancia, y desde lejos, hasta una especie de tintineo. Es más bien la risa que el rugir del cielo. Siguió otro relámpago, y otro, y luego la tormenta lo rodeó. Enormes nubes purpúreas llegaron para interponerse entre él y el cielo dorado, y sin gotas preliminares comenzó a caer una lluvia como nunca había experimentado. No había líneas en ella; sobre él las aguas parecían apenas menos compactas que el mar y le resultaba difícil respirar. Los relámpagos eran incesantes. En medio de ellos, cuando miraba en cualquier dirección salvo la de las nubes, veía un mundo cambiado por completo. Era como estar en el centro de un arcoiris o en una nube de vapor multicolor. El agua que ahora ocupaba el aire estaba transformando el cielo y el mar en un manicomio de transparencias llameantes y contorsionadas. Se sentía deslumbrado y, por primera vez, un poco asustado. En los relámpagos veía, como antes, sólo el mar infinito y la verde columna inmóvil al fin del mundo. Ninguna tierra: ni el menor indicio de costa de un horizonte a otro.

El trueno era ensordecedor y se hacía difícil respirar aire suficiente. Con la lluvia parecían bajar todo tipo de cosas: aparentemente cosas vivas. Eran como ranas sobrenaturalmente gráciles y aéreas —ranas sublimadas— y tenían el color de las libélulas, pero Ransom no estaba en condiciones de efectuar una observación cuidadosa. Empezaba a sentir los primeros síntomas de agotamiento y el desorden de colores de la atmósfera lo confundía por completo. No pudo precisar cuánto duró tal estado de cosas, pero lo próximo que recuerda haber notado con alguna certeza era que el oleaje decrecía. Tuvo la impresión de estar en el límite de una cadena de montañas acuáticas y mirar hacia un terreno más bajo. Durante largo tiempo no pudo alcanzar dicha región; lo que habían parecido aguas serenas en comparación con el mar que había encontrado al llegar, siempre resultaban sólo olas apenas menores cuando se precipitaba en ellas. Parecía haber una buena cantidad de los grandes objetos flotantes. Y éstos, a su vez, se veían a cierta distancia como un archipiélago, pero siempre, cuando Ransom se acercaba y entraba en el agua encrespada sobre la que viajaban, se convertían en algo más parecido a una flota. Pero al fin no hubo dudas de que el oleaje se calmaba. La lluvia se detuvo. Las olas eran de un tamaño meramente atlántico. Los colores del arcoiris se hicieron más tenues y

transparentes y el cielo dorado se asomó al principio con timidez tras ellos y luego volvió a establecerse de horizonte a horizonte. Las olas se hicieron aún más pequeñas. Ransom empezó a respirar con libertad. Pero ahora estaba realmente cansado y empezó a tener el tiempo de ocio necesario como para sentir miedo.

Uno de los grandes parches de materia flotante bajaba una ola en forma oblicua a poco más de cien metros. Clavó los ojos en él con ansiedad, preguntándose si podría trepar a uno de ellos para descansar. Tenía la fuerte sospecha de que resultarían simples esteras de hierba flotante o las ramas superiores de bosques submarinos, incapaces de sostenerlo. Pero mientras lo pensaba, el parche en que había fijado los ojos trepó a una ola y se interpuso entre él y el cielo. No era plano. Desde la superficie marrón se alzaba toda una serie de formas plumosas y ondulantes, de altura muy despareja; parecían oscuras contra el difuso resplandor del techo dorado. Después se inclinaron todas en una misma dirección cuando lo que las transportaba se enroscó sobre la cima del agua y se zambulló perdiéndose de vista. Pero allí llegaba otro, a menos de treinta metros y cayendo sobre él. Se lanzó en esa dirección, notando al hacerlo que tenía los brazos débiles y doloridos y sintiendo el primer estremecimiento de verdadero miedo. Al acercarse vio que el objeto flotante terminaba en una orla de sustancia inequívocamente vegetal; remolcaba, en realidad, una falda roja de tubos y libras y ampollas. Trató de agarrarse de ellas y descubrió que no se había acercado bastante. Empezó a nadar desesperadamente, porque el objeto se deslizaba junto a él a unos quince kilómetros por hora. Volvió a intentarlo y aferró un puñado de fibras rojas parecidas a látigos, pero se le deslizaron de la mano, casi cortándolo. Entonces se arrojó en medio de ellas, aferrándose como un loco en línea recta hacia adelante. Durante un segundo se encontró en una espacie de caldo de tubos gorgoteantes y ampollas que estallaban; un momento después las manos agarraron algo más firme, algo como madera muy blanda. Después, casi sin aliento y con una rodilla lastimada, se encontró boca abajo sobre una superficie resistente. Se arrastró unos centímetros más. Sí: ahora no había dudas, uno no se hundía, era algo sobre lo que se podía descansar.

Al parecer Ransom debe haberse quedado boca abajo, sin hacer ni pensar nada, durante largo tiempo. En todo caso cuando empezó a observar otra vez los alrededores, estaba bien descansado. Lo primero que descubrió fue que estaba tendido sobre una superficie seca, que al ser examinada resultaba algo muy parecido al brezo, salvo por el color cobrizo. Al escarbar ociosamente con los dedos encontró algo desmenuzable como la tierra seca, pero muy escaso, ya que casi de inmediato llegó a una base de firmes fibras entretejidas. Después rodó sobre la espalda, y al hacerlo descubrió la extrema elasticidad de la superficie sobre la que yacía. Era mucho más flexible que los vegetales como el brezo y transmitía la sensación de que bajo tal vegetación toda la isla flotante era una especie de colchón. Se volvió y miró "tierra adentro" —si esa es la palabra correcta— y durante un instante vio algo muy parecido a una campiña. Contemplaba un largo valle solitario de suelo cobrizo flanqueado por suaves pendientes cubiertas por una especie

de bosque multicolor. Pero cuando aún estaba captando ese paisaje, éste se convirtió en un cerro color cobre con el bosque *bajando* a cada lado. Naturalmente, Ransom tendría que haber estado preparado para algo así, pero dice que le produjo un choque casi enfermante. Lo que había visto en la primera mirada se había parecido tanto a una verdadera campiña que había olvidado que estaba flotando: una isla si así lo prefieren, con valles y colinas, pero valles y colinas que cambiaban de lugar a cada minuto, de modo que sólo una película cinematográfica habría podido levantar su mapa físico. Y tal es la naturaleza de las islas flotantes de Perelandra. Una fotografía, al omitir los colores y la variación perpetua de la forma, las haría parecer engañosamente semejantes a los paisajes de nuestro mundo, pero la realidad es muy distinta; porque son secas y cargadas de frutos como la tierra pero su única forma es la forma inconstante del agua bajo ellas. Sin embargo resultaba difícil resistir la apariencia de terreno firme. Aunque el cerebro de Ransom ya había captado lo que ocurría, los músculos y nervios aún no lo habían hecho. Se incorporó para dar unos pasos tierra adentro (y colina abajo, según eran las cosas cuando se puso en pie) y se encontró de inmediato lanzado de bruces, ileso gracias a la blandura de la hierba. Gateó para ponerse en pie (vio que ahora tenía que subir una empinada cuesta) y cayó por segunda vez. Un feliz aflojamiento de la tensión en la que había vivido desde la llegada lo relajó en una débil risa. Rodó de aquí para allá sobre la blanda superficie fragante en un verdadero ataque infantil de risitas.

El acceso pasó. Y durante las dos o tres horas siguientes trató de aprender a caminar. Era mucho más difícil que mantener las piernas firmes sobre un barco, porque haga lo que haga el mar, la cubierta del barco sigue siendo un plano. Pero aquello era como aprender a caminar sobre el agua misma. Le llevó varias horas alejarse cien metros del borde, o la costa de la isla flotante, y se sintió orgulloso cuando pudo dar cinco pasos sin caerse, con los brazos extendidos, las rodillas dobladas listas para un cambio repentino del equilibrio, todo el cuerpo ladeado y tenso como el de quien está aprendiendo a caminar sobre un alambre. Tal vez hubiera aprendido con más rapidez si las caídas no hubiesen sido tan suaves, si no hubiese sido tan agradable, una vez caído, quedarse inmóvil y contemplar el techo dorado y oír el infinito ruido sedante del agua y aspirar el aroma singularmente delicioso del pasto. Y además era tan extraño, después de rodar dando tumbos en una pequeña cañada, abrir los ojos y encontrarse sentado sobre el pico montañoso central de toda la isla contemplando como Robinson Crusoe el campo y el bosque hasta las costas en toda dirección, que a un hombre le resultaba difícil no demorarse unos minutos... y verse luego retrasado una vez más porque, en el momento mismo en que intentaba ponerse de pie, tanto el valle como la montaña habían sido borrados y la isla entera se había transformado en una planicie.

Mucho después alcanzó la región de los bosques. Había un monte bajo de vegetación plumosa, de la altura de los groselleros, coloreado como las anémonas de mar. Encima se alzaban los ejemplares más altos: árboles extraños con troncos como tubos de color gris y púrpura que desplegaban

sobre la cabeza de Ransom suntuosos pabellones en los que predominaban el naranja, el plata y el azul. Allí, con la ayuda de los troncos, podía afirmar los pies fácilmente. Los aromas del bosque superaban todo lo que él hubiese podido imaginar. Decir que le hicieron sentir hambre y sed sería equívoco; casi crearon un nuevo tipo de hambre y de sed, un anhelo que parecía fluir del cuerpo al alma y que constituía una sensación paradisíaca. Una y otra vez se quedó inmóvil, asido de una rama para afirmarse, y aspirándolo todo, como si respirar se hubiese transformado en una especie de ritual. Y al mismo tiempo el paisaje de la foresta suministraba lo que habría sido una docena de paisajes en la Tierra: un bosque llano con árboles verticales como torres, una depresión profunda donde era sorprendente no descubrir un río. un bosque creciendo sobre una ladera y una vez más, la cima de una colina desde donde uno contemplaba el mar distante a través de los troncos inclinados. Salvo el sonido inorgánico de las olas, lo rodeaba un silencio total. La sensación de soledad se hizo intensa sin volverse dolorosa: sólo añadía, por así decirlo, un toque final de rusticidad a los placeres ultraterrenos que lo Codeaban. Si sentía algún temor, era una leve aprensión de que pudiera peligrar su razón. En Perelandra había algo que podía sobrecargar un cerebro humano.

Ahora había llegado a una zona del bosque donde grandes esferas de fruta amarilla colgaban de los árboles, arracimadas como se arraciman los globos sobre la espalda de un globero y casi del mismo tamaño. Tomó una y la hizo girar una y otra vez. La corteza era lisa y firme y parecía imposible desgarrarla. Entonces uno de los dedos la punzó por accidente y penetró en la frescura. Después de un momento de vacilación Ransom acercó la pequeña abertura a los labios. Se había propuesto tomar un sorbo muy pequeño, experimental, pero apenas probó el sabor dejó toda cautela de lado. Era un sabor, desde luego, así como su hambre y su sed habían sido hambre y sed. Por otro lado era tan distinto a todo otro sabor que llamarlo sabor parecía simple pedantería. Era como descubrir un *genus* completamente nuevo de placeres, algo desconocido entre los hombres, inconmensurable, que superaba toda promesa. Por un trago de aquello en la Tierra se emprenderían guerras y se traicionarían naciones. No podía ser clasificado. Ransom nunca pudo contarnos, cuando regresó al mundo de los hombres, si era áspero o suave, delicado o voluptuoso, cremoso o seco. "No exactamente" era todo lo que podía contestar a tales averiguaciones. Cuando dejó caer la calabaza vacía de la mano y estaba a punto de arrancar otra, se le ocurrió que ahora no tenía hambre ni sed. Y sin embargo repetir un placer tan intenso y casi tan espiritual parecía algo obvio. La razón, o lo que comúnmente llamamos razón en nuestro mundo, estaba a favor de probar otra vez aquel milagro; la inocencia infantil del fruto, las penurias que Ransom había pasado, la incertidumbre acerca del futuro, todo parecía apoyar la acción. Sin embargo algo parecía oponerse a esta "razón". Resulta difícil suponer que la oposición proviniera del deseo, porque ¿qué deseo se apartaría de tanta delicia? Pero cualquiera que fuese la causa, decidió que era mejor no volver a saborearlo. Quizá la experiencia había sido tan completa que repetirla sería una vulgaridad: como querer oír la misma sinfonía dos veces en el mismo día. Mientras estaba meditando en eso y

preguntándose cuántas veces en su vida sobre la Tierra había reiterado placeres no por el deseo, sino a despecho del deseo y obedeciendo a un racionalismo espúreo, notó que la luz cambiaba. Detrás de él estaba más oscuro que hacía un momento; delante, el cielo y el mar brillaban a través del bosque con una intensidad modificada. Sobre la tierra, salir del bosque habría sido cosa de un minuto; en aquella isla ondulante le llevó más tiempo y, cuando por fin surgió a terreno abierto, sus ojos se encontraron con un espectáculo extraordinario. Durante todo el día no había habido variación en algún punto del techo dorado que indicara la posición del sol, pero ahora toda una mitad del cielo la revelaba. La órbita propiamente dicha seguía invisible, pero sobre el borde del mar descansaba un arco de un verde tan luminoso que Ransom no pudo mirarlo de frente, y más allá, desplegándose casi hasta el cenit, un gran abanico de color como una cola de pavo real. Echando un vistazo por encima del hombro, vio la isla incendiada de azul, y a través y más allá de ella, hasta los confines mismos del mundo, su propia sombra enorme. El mar, mucho más calmo ahora de lo que lo había visto hasta entonces, se alzaba hacia el cielo en enormes monolitos y elefantes de vapor azul y púrpura, y una leve brisa, saturada de dulzura, le levantó el cabello sobre la frente. El día agonizaba ardiente. Las aguas se iban aquietando progresivamente; empezó a sentirse algo parecido al silencio. Ransom se sentó con las piernas cruzadas sobre el borde de la isla, solitario señor, al parecer, de aquella solemnidad. Por primera vez se le ocurrió que podrían haberlo enviado a un. mundo deshabitado y el terror añadió, por así decirlo, un filo de navaja a toda aquella profusión de placer. Una vez más, un fenómeno que la razón podría haber previsto lo tomó por sorpresa. Estar desnudo y no tener frío, vagar entre frutos estivales y tenderse sobre el brezo suave: todo lo había llevado a contar con una noche luminosa, una suave noche gris de mediados de verano. Pero antes de que los magníficos colores apocalípticos se hubiesen apagado en el oeste, el cielo oriental estaba negro. Unos momentos más y la negrura había alcanzado el horizonte occidental. Una pequeña luz rojiza se demoró en el cenit por un momento, que Ransom aprovechó para gatear de regreso al bosque. Como suele decirse, ya estaba "tan oscuro que no se podía ver ni dónde se pisaba". Pero antes de tenderse entre los árboles ya había llegado la verdadera noche: una oscuridad unánime, no como la noche sino como estar en un sótano lleno de carbón, una oscuridad en la que la propia mano de Ransom mantenida ante la cara era totalmente invisible. La oscuridad absoluta, sin dimensiones, impenetrable, se le apretó contra los globos oculares. No hay luna en aquella región, ni estrellas que traspasen el techo dorado. Pero la oscuridad era cálida. Nuevos y dulces aromas llegaron filtrándose desde ella. Ahora el mundo no tenía tamaño. Los límites del mundo eran el ancho y la altura del propio cuerpo de Ransom y el pequeño parche de blanda fragancia que conformaba su hamaca, oscilando cada vez más suavemente. La noche lo cubrió como una frazada y apartó de él toda soledad. La oscuridad podría haber sido la de su propio cuarto. El sueño llegó como un fruto que cae en la mano casi antes de que uno haya tocado el tallo.

CUATRO

Al despertar, a Ransom le ocurrió algo que tal vez nunca le ocurre a un hombre hasta que está fuera de su mundo: vio la realidad y creyó que era un sueño. Abrió los ojos y vio un árbol extraño de colores heráldicos cargado de frutos amarillos y hojas plateadas. Alrededor de la base del tallo color índigo estaba enroscado un pequeño dragón cubierto de escamas de oro rojizo. Reconoció de inmediato el jardín de las Hespérides.[3] "Es el sueño más vivido que he tenido" pensó. De algún modo advirtió entonces que estaba despierto, pero la extrema comodidad y cierta cualidad como de trance, tanto en el sueño que acababa de abandonar como en la experiencia ante la que había despertado, hicieron que siguiera tendido, inmóvil. Recordó cómo en aquél mundo muy distinto llamado Malacandra (un mundo frío, arcaico, según le parecía ahora) se había encontrado con el original de los Cíclopes: un gigante pastor en una caverna. ¿Estarían todas las cosas que aparecían como mitología sobre la Tierra repartidas en otros mundos como realidades? Después lo invadió la comprensión. "Estás desnudo y solo en un planeta desconocido, y ese podría ser un animal peligroso." Pero no estaba muy asustado. Sabía que la ferocidad de los animales terrestres era, de acuerdo a las normas cósmicas, una excepción, y había encontrado bondad en criaturas más extrañas que aquélla. Aun así, se quedó tendido un momento más y lo miró. Era una criatura del orden de los saurios, del tamaño de un perro San Bernardo, con el lomo dentado. Tenía los ojos abiertos.

Un momento después se animó a apoyarse en un codo. La criatura lo siguió mirando. Notó que la isla estaba perfectamente llana. Se sentó y vio, entre los troncos de los árboles, que estaban en aguas calmas. El mar parecía un cristal dorado. Siguió estudiando al dragón. ¿Podía tratarse de un animal racional (un *jnau,* como decían en Malacandra) y justamente aquél con el que debía encontrarse? No lo parecía, pero valía la pena probar. Hablando en solar antiguo construyó su primera frase... y su propia voz le sonó desconocida.

—Extranjero —dijo—. Los siervos de Maleldil me han enviado a tu mundo a través del Cielo. ¿Me das la bienvenida?

El animal lo miró con mucha atención y tal vez con mucha sabiduría. Después, por vez primera, cerró los ojos. Parecía un inicio poco prometedor. Ransom decidió ponerse en pie. El dragón volvió a abrir los ojos. Ransom se quedó parado mirándolo durante unos veinte segundos, sin saber cómo actuar. Después vio que el dragón empezaba a desenroscarse. Se mantuvo firme mediante un gran esfuerzo de voluntad; sin importar si la bestia era racional o irracional, huir no serviría de mucho. El animal se apartó del árbol, se sacudió y abrió dos brillantes alas reptilinas, de color oro azulado y como de murciélago. Una vez que las sacudió y volvió a cerrarlas, le brindó a

[3] Tres hermanas, hijas de Atlas, que poseían un jardín con manzanas de oro, cuidado por un dragón de cien cabezas. *(N. del T.)*

Ransom otra larga mirada, y al fin, medio oscilando y medio arrastrándose, se dirigió al borde de la isla y hundió el largo hocico de aspecto metálico en el agua. Cuando terminó de beber, alzó la cabeza y emitió una especie dé balido graznante que no dejaba de ser musical. Después se volvió, miró una vez más a Ransom y por último se acercó a él. *"Esperarlo* es una locura" le dijo la falsa razón, pero Ransom apretó los dientes y no se movió. El animal llegó a su lado y empezó a tocarle suavemente las rodillas con el hocico frío. Ransom estaba perplejo. ¿Era racional y así era como hablaba? ¿Era irracional pero amistoso; y en ese caso, cómo debía responderle? ¡Es difícil acariciar a una criatura con escamas! ¿O sencillamente se estaba rascando contra él? En ese momento, con una brusquedad que lo convenció de que era sólo un animal, pareció olvidarse por completo de Ransom, se dio vuelta y empezó a arrancar hierba con gran avidez. Sintiendo que ahora la honra estaba satisfecha, también él se dio vuelta y caminó hacia el bosque.

Cerca de él había árboles cargados con el fruto que ya había probado, pero su atención se vio atraída por una extraña apariencia, un poco más lejos. En medio del follaje más oscuro de un matorral verde-grisáceo algo parecía centellear. Captado con el rabillo del ojo, había dado la impresión del techo de un invernadero golpeado por el sol. Ahora que lo miraba de frente, seguía recordando al cristal, pero cristal en movimiento perpetuo. La luz parecía ir y venir espasmódicamente. Justo cuando se movía para investigar el fenómeno lo asombró sentir que la tocaban la pierna izquierda. La bestia lo había seguido. Estaba otra vez olfateándolo y frotándose el hocico contra él. Ransom aceleró la marcha. El dragón también. Se detuvo, también el animal. Cuando siguió, éste lo acompañaba tan de cerca que le empujaba los muslos con el flanco y a veces las patas frías, duras y pesadas le caían sobre los pies. La situación era tan incómoda que empezaba a preguntarse seriamente cómo ponerle fin cuando, de pronto, toda su atención se vio atraída por otra cosa. Allí, sobre la cabeza, colgando de una rama semejante a un tubo velludo, había un gran objeto esférico, casi transparente y resplandeciente. Retenía un área de luz refleja en el interior y en un punto se veían insinuados los colores del arco iris. Así que esa era la explicación de la apariencia cristalina en el bosque. Y al mirar a su alrededor percibió innumerables globos destellantes del mismo tipo, en toda dirección. Empezó a examinar el más cercano en detalle. Al principio pensó que se movía, luego pensó que no. Llevado por un impulso natural tendió la mano para tocarlo. De inmediato la cabeza, el rostro y los hombros se vieron bañados por lo que parecía (en aquel mundo cálido) una ducha helada y lo inundó un perfume agudo, penetrante y exquisito que por algún motivo le trajo a la memoria el verso de Pope "morir de una rosa en aromático dolor". La sensación reconfortante era tal que le pareció haber estado hasta entonces despierto sólo a medias. Cuando abrió los ojos —que había cerrado involuntariamente ante la sorpresa del líquido— todos los colores que lo rodeaban parecieron más ricos y el carácter difuso de aquel mundo, más nítido. Lo invadió un nuevo encantamiento. La bestia dorada que estaba a su lado ya no le pareció un peligro o una molestia .Si un hombre desnudo y un dragón sabio eran en realidad los únicos pobladores de aquel paraíso flotante, entonces también esto encajaba, porque en ese momento tuvo la sensación no de ir tras una

aventura sino de encarnar un mito. Ser la figura que era en aquel contorno ultraterreno parecía suficiente.

Se volvió otra vez hacia el árbol. Lo que lo había empapado había desaparecido. El tubo o rama, privado del globo colgante, ahora terminaba en un pequeño orificio tembloroso del que pendía una gota de humedad cristalina. La arboleda aún estaba llena dé frutos tornasolados, pero Ransom advirtió que había un lento movimiento continuo. Un segundo más tarde había desentrañado el fenómeno. Cada una de las esferas brillantes se hinchaba gradualmente y cada una, al llegar a cierto tamaño, desaparecía con un tenue sonido y en su lugar había una humedad fugaz sobre el suelo y una fragancia y una frescura deliciosas en el aire, pronto idas. De hecho, los objetos no eran frutos sino burbujas. Los árboles (los bautizó en ese momento) eran árboles-burbuja. Al parecer su vida consistía en extraer agua del océano y luego expulsarla de ese modo, aunque enriquecida por la breve permanencia en el interior jugoso. Se sentó para entretenerse con el espectáculo. Ahora que conocía el secreto, podía explicarse por qué el bosque se veía y comunicaba una impresión distinta a la de cualquier otro lugar de la isla. Uno podía ver cómo cada burbuja, observada individualmente, emergía de la rama madre como una simple gota, del tamaño de una para, y se henchía y estallaba; pero mirando el bosque como un todo, uno era consciente sólo de una perturbación leve y continua de la luz, una interferencia esquiva en el silencio predominante de Perelandra, una frescura inusual en el aire y una cualidad más vivida del perfume. Para un hombre nacido en nuestro mundo daba más impresión de aire ubre que las zonas despejadas de la isla, o incluso que el mar. Observando un hermoso racimo de burbujas que colgaba sobre su cabeza pensó en lo fácil que sería pararse y zambullirse en ellas y sentir, de un solo golpe, la mágica sensación vigorizante multiplicada por diez. Pero se sintió cohibido por el mismo tipo de sentimiento que le había impedido saborear una segunda calabaza el día anterior. Siempre le había disgustado la gente que pedía la repetición de un fragmento favorito en una ópera... "Eso no hace más que arruinarlo" comentaba. Pero ahora le parecía un principio de aplicación más amplia y de importancia más profunda. ¿Era posible que esa ansiedad de tener las cosas otra vez, como si la vida fuera un film que pudiera proyectarse dos veces o incluso hacia atrás, fuera la raíz de todo mal? No: por supuesto tal denominación caía sobre el dinero. Pero quizás uno valoraba el dinero principalmente como una protección contra el azar, una seguridad de poder tener las cosas otra vez, un medio de detener el paso del film.

La incomodidad física de un peso sobre las rodillas lo sacó de la meditación. El dragón había inclinado y depositado la cabeza larga y pesada sobre ellas.

—¿Sabes que eres una considerable molestia? —le dijo en inglés.

No se movió. Ransom decidió que lo mejor era tratar de entablar amistad con él. Le acarició la cabeza dura y áspera, pero la criatura ni se dio cuenta. Entonces bajó la mano y descubrió una superficie más blanda, o una grieta en la armadura. Ah... allí era donde le gustaba que le hiciera cosquillas.

Ronroneó y proyectó una lengua cilíndrica color pizarra para lamerlo. Rodó hasta quedar boca arriba, revelando un vientre casi blanco, que Ransom le masajeó con los dedos de los pies. La relación con el dragón parecía progresar magníficamente. Por último, la bestia se durmió.

Se puso en pie y obtuvo una segunda ducha de un árbol-burbuja. Lo hizo sentir tan refrescado y alerta que empezó a pensar en comer. Había olvidado en qué lugar de la isla se encontraban las calabazas amarillas y cuando se movió para buscarlas descubrió que le Costaba caminar. Por un momento se preguntó si el líquido de las burbujas tendría alguna propiedad embriagadora, pero un vistazo a su alrededor le confirmó el verdadero motivo. La llanura de brezo cobrizo se hinchó ante él, mientras la miraba, transformándose en una loma baja y la loma se movió en su dirección. Fascinado una vez más ante el espectáculo del terreno rodando hacia él, como agua, en una ola, olvidó adaptarse al movimiento y perdió el equilibrio. Al levantarse, avanzó con más cuidado. Esta vez no había dudas. El mar se estaba agitando. En el sitio donde dos bosques vecinos formaban una perspectiva, hasta el borde de la balsa viviente, pudo ver el agua revuelta y el cálido viento ahora tenía la fuerza suficiente como para encresparle el pelo. Recorrió con cautela el camino hacia la costa, pero antes de llegar pasó junto a unos arbustos de los que pendía una abundante cantidad de bayas ovaladas y verdes, unas tres veces más grandes que las almendras. Tomó una y la partió en dos. La pulpa era seca y como pan, algo del mismo tipo que la banana. Resultó comestible. No proporcionaba el placer orgiástico y casi alarmante de las calabazas, sino más bien el placer específico de la comida sencilla: la delicia de masticar y ser alimentado, una "sobria certeza de la felicidad terrena". Un hombre, o al menos un hombre como Ransom, sentía que debía dar las gracias, y así lo hizo. Las calabazas hubieran exigido más bien un oratorio o una meditación metafísica. Pero aquel alimento tenía inesperados momentos descollantes. De vez en cuando uno daba con una baya que contaba con un centro de color rojo brillante: y éstas eran tan sabrosas, tan memorables entre un millar de sabores, que hubiera comenzado a buscarlas y alimentarse sólo con ellas, si no se lo hubiera prohibido el mismo consejero íntimo que ya le había hablado dos veces desde la llegada a Perelandra. "Bueno, en la tierra pronto descubrirían cómo cultivar estas delicias y costarían mucho más que las otras" pensó Ransom. En efecto, el dinero proveería los medios de decir *otra* con una voz que no podría ser desobedecida.

Cuando terminó de comer bajó a beber al borde del agua aunque antes de llegar ya estaba "subiendo" al borde del agua. En ese momento la isla era un vallecito de tierra brillante anidado entre colinas de agua verde y cuando se tendió de bruces a beber tuvo la extraordinaria experiencia de hundir la boca en un mar más alto que la costa. Después se sentó durante un momento sobre la orilla, con las piernas colgando entre las hierbas rojas que orlaban aquel pequeño país. La soledad se volvió un elemento más insistente en su conciencia. ¿Para qué lo habían llevado allí? Se le ocurrió la loca idea de que ese mundo vacío lo había estado esperando como su primer habitante, que había sido escogido para ser el fundador, el iniciador. Era

extraño que la soledad absoluta experimentada a través de todas aquellas horas no lo hubiera perturbado tanto como una noche de soledad en Malacandra. Pensó que la diferencia residía en eso: que la simple casualidad, o lo que él tomaba por casualidad, lo había abandonado en Marte, mientras que aquí sabía que formaba parte de un plan. Ya no estaba despegado, ya no estaba fuera.

Mientras su territorio trepaba las lisas montañas acuáticas de empañado fulgor, tuvo frecuentes oportunidades de ver que había muchas otras islas cerca. La variación de colorido entre ellas y con respecto a su propia isla era mayor de lo que hubiera creído posible. Era maravilloso ver los grandes colchones o alfombras de tierra moviéndose lentos alrededor como yates en el puerto en un día ventoso: los árboles cambiaban de ángulo a cada momento, exactamente como lo habrían hecho los yates. Era maravilloso ver un borde verde vivido o carmesí aterciopelado que llegaba arrastrándose sobre el tope de una ola, muy arriba de él y después aguardar hasta que el territorio entero se desplegaba bajando el declive de la ola, sometiéndose a su escrutinio. A veces la tierra de Ransom y una tierra vecina estaban sobre pendientes opuestas en el seno de una ola, con sólo un estrecho paso de agua entre ambas; entonces, durante ese instante, uno era engañado por la semejanza con un paisaje terrestre. Era como estar en un valle bien cubierto de bosques con un río en el fondo. Pero mientras uno miraba, aquel río aparente hacía lo imposible. Se alzaba de tal modo que la tierra de uno u otro lado bajaba a partir de él y después subía más aún y hacía desaparecer la mitad del paisaje detrás de sí; se convertía en un gran lomo acuático verde-dorado y empinado que colgaba del cielo, amenazando cubrir la tierra de uno, que ahora era cóncava y se bamboleaba retrocediendo hacia la próxima ola, y al lanzarse hacia arriba, se hacía una vez más convexa.

Lo alarmó un ruido zumbante, metálico. Durante un momento pensó que estaba en Europa y que un avión volaba bajo sobre él. Entonces reconoció a su amigo el dragón. La cola se proyectaba recta detrás, de tal modo que parecía un gusano volador, y enfilaba hacia una isla que estaba a unos ochocientos metros. Siguiéndole la trayectoria con los ojos, Ransom vio dos largas hileras de objetos alados, oscuros contra el firmamento de oro, acercándose a la misma isla a izquierda y derecha. Pero no eran reptiles con alas de murciélago. Esforzándose por ver la distancia, decidió que se trataba de pájaros y un parloteo musical que le hizo llegar poco después un cambio del viento, confirmó tal creencia. Debían ser poco más grandes que los cisnes. Su firme acercamiento a la misma isla a la que enfilaba el dragón le llamó la atención y le provocó un vago sentimiento de expectación. Lo que sucedió de inmediato transformó ese sentimiento en concreta excitación. Tomó conciencia de un tumulto como de espuma cremosa en el agua, mucho más cerca, y que se dirigía a la misma isla. Una flotilla entera de objetos se movía bien formada. Se puso en pie. Entonces la elevación de una ola le impidió verlos. Un momento después estaban otra vez visibles, centenares de metros bajo él. Objetos plateados, animados por movimientos circulares y retozones … volvió a perderlos de vista y maldijo. En un mundo con tan pocos acontecimientos se habían convertido en algo importante. ¡Ah…! Ahí

estaban otra vez. Ciertamente eran peces. Peces muy grandes, obesos, con forma de delfín, dos largas hileras juntas, algunos de ellos lanzando columnas de agua tornasolada, y un líder. Había algo extraño en el líder, una especie de protuberancia o deformación en el lomo. ¡Si fueran visibles más de cincuenta segundos por vez! Ahora casi habían arribado a aquella otra isla y todos los pájaros bajaban para encontrarse con ellos en el borde. Allí iba el líder, con la joroba o pilar sobre la espalda. Siguió un momento de loca incredulidad y luego Ransom estuvo en equilibrio, con las piernas bien abiertas, en el límite más adelantado de su propia isla y gritando con todas las fuerzas. Porque en el mismo instante en que el pez líder llegaba a la tierra vecina, la tierra se había alzado sobre una ola entre él y el cielo y Ransom había visto, en una silueta perfecta e inconfundible, que el objeto sobre el lomo del pez se revelaba como una forma humana: una forma humana que echaba pie a tierra, se volvía con una leve inclinación del cuerpo hacia el pez y luego se perdía de vista cuando la isla entera se deslizó sobre el hombro de la ola. Ransom esperó con el corazón en la boca hasta que volvió a verse. Esta vez no estaba entre él y el cielo. Durante uno o dos segundos no pudo descubrir la figura humana. Lo atravesó una puñalada de algo parecido a la desesperación. Después volvió a distinguirla: una pequeña forma oscura que se movía lentamente entre él y una mancha de vegetación azul. Agitó las manos y gesticuló y gritó hasta quedarse ronco, pero no fue advertido. De vez en cuando la perdía de vista. Hasta cuando volvía a descubrirla, a veces dudaba de que no fuera una ilusión óptica: una configuración casual del follaje que el deseo intenso asimilaba a la forma de un hombre. Pero siempre, justo cuando iba a desesperar, se hacía otra vez inconfundible. Después los ojos se cansaron y supo que cuanto más mirara menos vería. Pero siguió mirando, de todos modos.

Al fin, por simple agotamiento, se sentó. La soledad, hasta entonces apenas dolorosa, se había transformado en un horror. No se atrevía a enfrentar la posibilidad de retornar a ella. La belleza narcótica y fascinante se había esfumado de los alrededores: quitando la forma humana, el resto de aquel mundo era ahora una pura pesadilla, una celda o trampa horrible en la que él estaba prisionero. La sospecha de que estaba empezando a sufrir alucinaciones lo asaltó. Tuvo una visión de su vida eterna en esa isla detestable, siempre solitaria en realidad pero siempre habitada por los fantasmas de seres humanos, que se acercarían a él con sonrisas y manos tendidas, y después desaparecerían cuando él se acercara. Inclinando la cabeza sobre las rodillas, apretó los dientes y se esforzó por poner orden en sus pensamientos. Al principio descubrió que sólo oía su propia respiración y contaba los latidos del corazón; pero lo intentó otra vez y un momento más tarde lo logró. Y entonces, como una revelación, le llegó la simple idea de que, si deseaba atraer la atención de la criatura parecida a un hombre, debía esperar hasta estar sobre la cresta de una ola y entonces ponerse en pie para que lo viera recortado contra el cielo.

En tres ocasiones esperó hasta que la costa donde estaba se transformó en un arrecife y se puso de pie, oscilando según el movimiento de la extraña región, gesticulando. La cuarta vez tuvo éxito. La isla vecina, naturalmente,

estaba en esa momento bajo él, como un valle. En forma inconfundible, la pequeña silueta oscura le devolvió el saludo. Se destacaba sobre un fondo confuso de vegetación verde y empezó a correr hacia él (es decir, hacia la costa más cercana de su propia isla) cruzando una extensión de color naranja. Corría con facilidad: la superficie ondulante del terreno no parecía incomodarla. Entonces la tierra de Ransom se bamboleó hacia abajo y hacia atrás y un gran muro de agua se interpuso entre las dos regiones haciendo que dejaran de verse. Un momento después Ransom veía, desde el valle donde ahora estaba, la tierra color naranja derramándose como una colina en movimiento por el declive ligeramente convexo de una ola, muy por encima de él. La criatura aún corría. El agua entre las dos islas tenía una anchura de diez metros y la criatura estaba a menos de cien metros de él. En ese momento supo que no era simplemente parecida a un hombre, sino un hombre: un hombre verde sobre un campo naranja, verde como un escarabajo verde hermosamente coloreado en un jardín inglés, corriendo ladera abajo hacia él con zancadas cómodas y muy rápidas. Después el mar elevó su propia región y el hombre verde se convirtió en una figura en escorzo allá abajo, lejos, como un actor visto desde el paraíso del Covent Garden. Ransom se paró en el borde mismo de la isla, forzando el cuerpo hacia adelante y gritando. El hombre verde levantó la cabeza. Al parecer también gritaba, con las manos ahuecadas alrededor de la boca, pero el rugido del mar ahogaba el sonido y en el momento siguiente la isla de Ransom cayó en el seno de la ola y el alto lomo verde de mar le obstruyó la visión. Era enloquecedor. Lo torturaba el temor de que la distancia entre las dos islas aumentara. Gracias a Dios: allí llegaba la tierra naranja por encima de la cresta, siguiéndolo en el foso. Y allí estaba el extraño, ahora sobre la costa misma, mirándolo de frente. Por un segundo los ojos extranjeros miraron a los suyos cargados de amor y regocijo. Después todo el rostro cambió: una fuerte impresión de desaliento y asombro pasó sobre él. Ransom se dio cuenta, no sin sentirse también desalentado, que había sido confundido con otra persona. La carrera, los saludos, los gritos, no habían sido para él. Y el hombre verde no tenía nada que ver con un hombre, era una mujer.

Es difícil precisar por qué eso lo sorprendió. Si se toma como base la forma humana, era tan probable que se encontrara con una hembra como con un varón. Pero lo sorprendió, tanto que sólo cuando las dos islas empezaron otra vez a quedar separadas en dos valles acuáticos distintos se dio cuenta de que en vez de decirle algo se había quedado mirándola como un tonto. Y ahora que ella estaba fuera de vista el cerebro le ardía de dudas. ¿Lo habían enviado para encontrarse con *esto?* Había estado esperando prodigios, se había preparado para ver prodigios, pero no para ver una diosa que parecía esculpida en piedra verde, aunque viva. Entonces le cruzó por la mente de pronto —no lo había notado mientras la escena estuvo ante él— que la mujer se encontraba extrañamente acompañada. La había visto parada en medio de una multitud de animales y aves como un alto brote verde entre arbustos: grandes aves del color de las palomas y aves de color llameante, y dragones, y criaturas como castores del tamaño de ratas, y peces de aspecto heráldico en el mar, a sus pies. ¿O lo había imaginado? ¿Era el principio de las

alucinaciones que había temida? ¿O un nuevo mito emergiendo al mundo de los hechos: tal vez un mito más terrible, el de Circe o Alcina? [4] Y la expresión del rostro... ¿qué había esperado ella encontrar que la había desilusionado tanto descubrirlo a él?

La otra isla se volvió una vez más visible. Había estado en lo cierto respecto a los animales. La rodeaban en diez o veinte círculos, todos mirándola, la mayoría inmóviles, aunque algunos trataban de ubicarse, como en una ceremonia, con movimientos delicados y silenciosos. Las aves estaban en largas hileras y otras parecían estar bajando sin cesar y uniéndose a estas hileras. Desde un bosque de árboles-burbuja que había tras la mujer, media docena dé criaturas como cerdos alargados de patas muy cortas —los perros-salchicha del mundo canino— subían hamacándose a unirse a la asamblea. Animales pequeños con forma de rana como los que había visto caer en la lluvia saltaban alrededor de la mujer, a veces por encima de la cabeza, otras posándosele sobre los hombros; eran de colores tan vividos que al principio los tomó por martín-pescadores. En medio de todo eso ella estaba parada, mirándolo, con los pies juntos, los brazos colgando a los costados, la mirada recta y tranquila, sin comunicar nada. Ransom decidió hablar, usando el idioma solar antiguo.

—Soy de otro mundo -—empezó, y luego se detuvo.

La Dama Verde había hecho algo para lo que no estaba preparado en absoluto. Alzó el brazo y lo señaló: no amenazante, sino como invitando a los demás animales a que lo contemplasen. En el mismo instante su rostro cambió una vez más y por un segundo Ransom creyó que ella iba a llorar. En cambio rompió a reír: una carcajada tras otra hasta que la risa le sacudió todo el cuerpo, hasta que casi se dobló en dos, con las manos sobre las rodillas, sin dejar de reírse y señalándolo repetidas veces. Los animales, como nuestros perros en circunstancias similares, comprendieron oscuramente que había diversión en puerta; desplegaron todo tipo de cabriolas, agitaron las alas, bufaron y se pararon sobre las patas traseras. Y la Dama Verde siguió riéndose hasta que una ola volvió a interponerse entre ellos y se perdió de vista.

Ransom estaba estupefacto. ¿Los eldila lo habían enviado a encontrarse con una idiota? ¿O con un espíritu maligno que se burlaba de los hombres? ¿O después de todo era una alucinación? Porque exactamente así podía esperarse que se comportara una alucinación. Entonces se le ocurrió algo que tal vez se nos habría ocurrido mucho más tarde a mí o a ustedes. Podía ser que no fuera ella quien estaba loca sino él quien era ridículo. Bajó la cabeza y se miró. Ciertamente las piernas ofrecían un espectáculo extraño, porque una era marrón-rojiza (como los flancos de un sátiro del Tiziano) y la otra blanca: en comparación, de un blanco casi leproso. Hasta donde pudo

[4] En la *Odisea,* hechicera que transformaba en animales a los hombres. *(N. del T.)*

verse tenía el mismo aspecto multicolor en todo el cuerpo: un resultado lógico de haber estado expuesto al sol de un solo lado durante el viaje. ¿Esa habría sido la broma? Sintió una impaciencia fugaz hacia la criatura que se atrevía a estropear el encuentro entre dos mundos riéndose de semejante trivialidad. Entonces sonrió a pesar suyo pensando en la muy poca carrera que estaba llevando en Perelandra. Había estado preparado para peligros; pero ser primero una desilusión y después un absurdo... ¡Caramba! Ahí aparecían otra vez la Dama y su isla.

Había recobrado la compostura y estaba sentada con los pies tocando el agua, acariciando con un gesto medio inconsciente a una criatura como una gacela que le había metido el hocico suave bajo el brazo. Era difícil creer que hubiera reído alguna vez, que alguna vez hubiera hecho otra cosa que estar sentada en la costa de la isla flotante. Ransom nunca había visto un rostro tan calmo, tan ultraterreno, a pesar de la completa humanidad de cada uno de los rasgos. Más tarde decidió que la cualidad ultraterrena se debía a la ausencia total de ese elemento de resignación que se mezcla, aunque sea en mínima medida, con toda inmovilidad profunda en los rostros terrestres. Aquí se trataba de una serenidad que no conocía tormentas anteriores. Podía ser idiotez, o inmortalidad, podía ser algún estado mental para el que ninguna experiencia terrestre ofreciera una pista. Lo invadió una sensación curiosa y bastante horrible. En el viejo planeta Malacandra había encontrado criaturas cuyas formas no eran ni remotamente humanas pero que habían demostrado ser, cuando uno las conocía mejor, racionales y amistosas. Bajo un exterior extraño había descubierto un corazón como el suyo. ¿Iba a tener ahora la experiencia inversa? Porque cayó en la cuenta de que la palabra "humano" se refiere a algo más que la forma corporal o incluso la mente racional. Se refiere también a esa comunidad de sangre y experiencia que une a todos los hombres y mujeres de la Tierra. Pero aquella criatura no pertenecía a su raza; por más intrincado que fuese, ningún recoveco de un árbol genealógico podía establecer un contacto entre él y ella. En ese sentido, ni una gota de lo que corría por las venas de la mujer era "humana". El universo había producido su especie y la de él en forma independiente por completo.

Todo esto le pasó por la mente con mucha rapidez y se interrumpió cuando tomó conciencia de que la luz estaba cambiando. Al principio creyó que la criatura verde había empezado a volverse azul por sus propios medios, y a brillar con una extraña radiación eléctrica. Después notó que todo el paisaje era una hoguera azul y púrpura y, casi al mismo tiempo, que las dos islas ya no estaban tan cerca como antes. Miró el cielo. El horno multicolor del breve atardecer estaba encendido rodeándolo. En pocos minutos la oscuridad sería total... y las islas se iban apartando. Hablando con lentitud en el antiguo lenguaje le gritó a la mujer:

—Soy un extranjero. Vengo en son de paz. ¿Me permites nadar hasta tu tierra?

La Dama Verde lo miró rápidamente con una expresión de curiosidad.

—¿Qué es "paz"? —preguntó.

Ransom podría haber saltado de impaciencia. Ya estaba notablemente más oscuro y ahora no había dudas de que la distancia entre las islas aumentaba. Cuando iba a volver a hablar, una ola se alzó entre ellos y la mujer se perdió de vista una vez más; cuando esa ola colgó sobre él, brillando purpúrea en la luz del atardecer, notó qué oscuro se había puesto el cielo tras ella. Fue ya a través de una especie de crepúsculo cuino vio la otra isla bajo él desde la próxima loma. Se arrojó al agua. Durante unos segundos le resulto difícil apartarse de la costa. Después pareció lograrlo y se lanzó hacia adelante. Casi de inmediato se encontró de nuevo entre las hierbas y las ampollas rojas. Siguieron uno o dos instantes de lucha violenta y entonces se vio libre, nadando con firmeza y después, casi sin aviso, nadando en una oscuridad total. Siguió adelante, pero ahora invadido por la desesperación de encontrar la otra tierra, o al menos de salvar la vida. El cambio perpetuo del oleaje eliminaba todo sentido de dirección. Sólo por casualidad podría llegar a subir a tierra. Tomando en cuenta el tiempo que había permanecido ya en el agua, juzgó que en realidad debía haber nadado *a lo largo* del espacio entre las dos islas en lugar de cruzarlo. Trató de cambiar de rumbo; después dudó que fuera lo más sensato, trató de retomar el rumbo anterior y se confundió de tal modo que no podía estar seguro de haber hecho alguna de las dos cosas. Seguía repitiéndose que no debía perder la cabeza. Empezaba a sentirse cansado. Abandonó todo intento de guiarse. De pronto, mucho más tarde, tocó vegetación que se deslizaba junto a él. Se aferró y tiró. Aromas deliciosos de frutos y de flores le llegaron desde la oscuridad. Los brazos doloridos tiraron con mayor fuerza aún. Por último se encontró, seguro y jadeando, sobre la superficie seca, suavemente perfumada, ondulante de una isla.

CINCO

Ransom debe haberse dormido apenas subió a tierra, porque no recuerda nada más hasta que lo que parecía el canto de un pájaro irrumpió en sus sueños. Al abrir los ojos, vio que en efecto era un pájaro, un ave de patas largas, como una cigüeña diminuta, que cantaba como un canario. La plena luz del día (o lo que cumple ese papel en Perelandra) lo rodeaba, y tenía en el corazón tal presentimiento de una buena aventura como para hacerlo sentar erguido de inmediato y ponerlo en pie un momento más tarde. Estiró los brazos y miró a su alrededor. No estaba en la isla color naranja, sino en la misma que había sido su hogar desde que llegara al planeta. Flotaba en una calma chicha y, por lo tanto, no tuvo dificultades en llegar a la costa. Y allí se detuvo pasmado. La isla de la Dama estaba flotando detrás de la suya, separada sólo por un metro y medio de agua. Todo el aspecto del mundo había cambiado. No había extensión de mar visible: sólo un llano paisaje boscoso extendiéndose en toda dirección hasta donde alcanzaba la vista. En efecto, diez o doce islas se habían acercado conformando un continente pasajero. Y allí, caminando ante él, como al otro lado de un arroyo, estaba la Dama: caminando con la cabeza baja y las manos ocupadas en trenzar unas flores azules. Estaba canturreando para sí pero se detuvo y se dio la vuelta cuando él la llamó y lo miró de frente.

—Ayer yo era joven —empezó, pero él no oyó el resto de lo que decía. El encuentro, ahora que había llegado realmente, resultaba abrumador. No deben malinterpretar el relato en este punto. Lo que lo abrumaba no era de ninguna manera el hecho de que ella, como él, estuviese totalmente desnuda. La turbación y el deseo estaban a mil kilómetros de su experiencia, y si se sentía un poco avergonzado de su cuerpo, era una vergüenza que nada tenía que ver con la diferencia de sexos y se basaba sólo en que sabía que el cuerpo era un poco feo y un poco ridículo. Menos aún era el color de la mujer un horror para él. En aquel mundo ese color era hermoso y adecuado; lo monstruoso era su blanco opaco y su intenso tostado. No se trataba de ninguna de esas cosas; pero se encontraba acobardado. Un momento después tuvo que pedirle a la mujer que le repitiera lo que había estado diciendo.

—Ayer yo era joven —dijo—. Cuando me reí de ti. Ahora sé que a las personas de tu mundo no les gusta que se rían de ellas. —¿Dices que eras joven? —Sí.

—¿No eres joven hoy también? Ella pareció meditar un momento, con tanta intensidad que las flores cayeron de la mano, olvidadas.

—Ahora -entiendo —dijo un momento después—. Es muy extraño decir que uno es joven en el momento en que está hablando." Pero mañana seré más vieja. Y entonces diré que era joven hoy. Tienes mucha razón. Es una gran sabiduría lo que estás brindando, oh, Hombre Manchado. —¿Qué quieres decir?

—Este mirar hacia atrás y hacia delante a lo largo de la línea y ver cómo un día tiene un aspecto cuando llega a ti, y otro cuando estás en él, y un tercero cuando ha pasado. Como las olas. —Pero eres apenas mayor que ayer. —¿Cómo lo sabes?

—Quiero decir que una noche no es mucho tiempo —dijo Ransom.

Ella volvió a pensar, y luego habló de pronto, con el rostro resplandeciente.

—Ahora entiendo —dijo—. Crees que los tiempos tienen medidas. Una noche es siempre una noche hagas lo que hagas en ella, así como desde este árbol a aquél hay tantos, pasos, los camines rápido o lentamente. Supongo que eso es cierto en un sentido. Pero las olas no llegan siempre a la misma distancia. Veo que vienes de un mundo sabio... si esto es sabio. Nunca lo había hecho antes: salir de la vida al costado y mirarse a uno mismo como si uno no estuviera vivo ¿Todos hacen eso en tu mundo, Manchado?

—¿Qué sabes sobre los otros mundos? —dijo Ransom.

—Sé esto. Más allá del techo todo es cielo profundo, el lugar alto. 'Y lo bajo no está realmente desparramado como parece —aquí abarcó todo el paisaje con un gesto—, sino enrollado en pequeñas bolas: pequeñas masas de lo bajo que nadan en lo alto. Y las más antiguas y mayores tienen sobre ellas lo que nunca hemos visto ni oído ni podemos comprender. Pero en las más jóvenes Maleldil ha hecho crecer las cosas como nosotros, que respiran y procrean.

—¿Cómo averiguaste todo eso? El techo de ustedes es tan denso que tu gente no puede ver a través de él el cielo profundo y mirar los otros mundos.

Hasta entonces el rostro de la mujer había estado solemne. En ese momento aplaudió y una sonrisa como Ransom nunca había visto la transformó. Uno no ve aquí esa sonrisa si no es en un niño, pero en aquella sonrisa no había nada de infantil.

—Oh, entiendo —dijo—. Ahora soy más vieja. Tu mundo no tiene techo. Ustedes miran directamente en el lugar alto y ven la gran danza con sus propios ojos. Viven siempre en ese terror y esa delicia, y pueden contemplar lo que nosotros sólo debemos creer. ¿No es una maravillosa invención de Maleldil? Cuando yo era joven no podía imaginar otra belleza que la de nuestro mundo. Pero Él puede pensar en todo, y todo distinto.

—Esa es una de las cosas que me deja perplejo —dijo Ransom—. Que tú no seas distinta. Estás conformada como las mujeres de mi especie. No lo esperaba. He estado en otro mundo además del mío. Pero allí las criaturas no se parecen en nada a ti o a mí.

—¿Y por qué eso te deja perplejo?

—No entiendo por qué mundos distintos producen criaturas semejantes. ¿Acaso los árboles distintos producen frutos semejantes?

—Pero aquel mundo era más viejo que el tuyo—dijo ella.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Ransom atónito. —Maleldil me lo está diciendo —contestó la mujer. Y mientras hablaba el paisaje se transformó, aunque con una diferencia que no podía ser identificada por ninguno de los sentidos. La luz era difusa, el aire suave y el cuerpo entero de Ransom se bañaba en la felicidad, pero el mundo-jardín en donde se encontraba parecía estar atestado, y como si le hubieran aplicado una presión insoportable sobre los hombros, se le aflojaron las piernas y medio cayó, medio se hundió hasta quedar sentado.

—Ahora todo llega a mi mente —siguió ella—. Veo las grandes criaturas con piel y los gigantes blancos... ¿cómo los llamabas?... los sorns, y los ríos azules. Oh, qué placer intenso sería verlos con los ojos externos, tocarlos, y aún más intenso porque ya no aparecerán más de ese tipo. Sólo subsisten en los mundos antiguos.

—¿Por qué? —dijo Ransom en un susurro, levantando la cabeza para mirarla.

—Deberías saberlo mejor que yo —dijo ella—. ¿Acaso no fue en tu mundo que sucedió todo?

—¿Todo qué?

—Creía que serías tú quien me lo diría —dijo la mujer, ahora perpleja a su vez.

—¿De qué estás hablando? —dijo Ransom.

—Quiero decir que en tu mundo Maleldil tomó Él mismo por primera vez esta forma, la forma de tu raza y la mía.

—¿Sabes eso? —dijo Ransom en tono brusco. Los que han tenido un sueño muy hermoso pero del que sin embargo quieren despertar cuanto antes, comprenderán sus sensaciones.

—Sí, lo sé. Maleldil me ha hecho más vieja hasta ese punto desde que empezamos a hablar.

Ransom nunca había visto una expresión como la del rostro de la Dama, y no podía mirarla con firmeza. Toda la aventura parecía escapársele de las manos. Hubo un largo silencio. Se inclinó hacia el agua y bebió antes de volver a hablar.

—Oh, Dama mía —dijo—. ¿Por qué dices que tales criaturas subsisten sólo en los mundos antiguos?

—¿Tan joven eres? —contestó ella—. ¿Cómo podrían aparecer de nuevo? Desde que nuestro Amado se hizo hombre, ¿cómo podría la Razón adoptar otra forma en algún mundo? ¿No comprendes? Eso ha terminado. Llega un

tiempo entre los tiempos que dobla un recodo y todo lo que queda de este lado es nuevo. Los tiempos no retroceden.

—¿Y puede un mundo pequeño como el mío ser el recodo?

—No entiendo. Entre nosotros recodo no es el nombre de un tamaño.

—¿Y sabes … —dijo Ransom con cierta vacilación—, y sabes *por qué* Él vino así a mi mundo?

Durante toda esa parte de la conversación a Ransom le costaba mirarla más allá de los pies, así que la respuesta fue simplemente una voz en el aire, sobre él.

—Sí —dijo la voz—. Sé el motivo. Pero no es el motivo que tú conoces. Hubo más de un motivo, y existe uno que conozco y no puedo contarte, y otro que conoces y no puedes contarme.

—Y desde entonces todos serán hombres —dijo Ransom.

—Lo dices como si te diera pena.

—Creo que no tengo más entendimiento que un animal —dijo Ransom—. No sé bien lo que estoy diciendo. Pero amaba a los seres con piel que encontré en Malacandra, el mundo antiguo. ¿Van a ser barridos? ¿No son más que basura en el Cielo Profundo?

—No sé qué significa *basura* —contestó ella—, ni qué estás diciendo. No querrás decir que son peores porque llegaron antes a la historia y no regresarán, ¿verdad? Integran su propia parte en la historia y no otra. Nosotros estamos de este lado de la ola y ellos sobre el lado opuesto. Todo es nuevo.

Una de las dificultades de Ransom era cierta incapacidad de precisar con seguridad quién hablaba en cualquier momento de la conversación. Podía deberse (o no) al hecho de que no podía mirar el rostro de la Dama durante mucho tiempo. Y ahora quería que la conversación terminara. Había "tenido suficiente": no en el sentido semi-cómico con que usamos esas palabras para significar que un hombre ha tenido demasiado, sino en el sentido llano. Había tenido su cuota, como un hombre que ha dormido o comido lo necesario. Incluso una hora antes, le habría resultado difícil expresarlo lisa y llanamente, pero ahora le pareció natural decir:

—No quiero seguir hablando. Pero me gustaría pasar a tu isla para que podamos encontrarnos cuando queramos.

—¿A cuál llamas mi isla? —dijo la Dama. —A aquella sobre la que estás —dijo Ransom—. ¿Qué otra podría ser?

—Ven —dijo ella, con un gesto que transformaba a todo el mundo en un hogar y a ella en una anfitriona.

Ransom se deslizó en el agua y trepó junto a ella. Entonces hizo una reverencia, un poco torpe, como todos los hombres modernos, y se apartó de la Dama caminando hacia un bosque cercano. Descubrió que tenía las piernas inseguras y un poco doloridas; lo dominaba un curioso agotamiento físico. Se sentó a descansar unos minutos y cayó de inmediato en un sueño sin sueños.

Despertó completamente descansado pero con una sensación de inseguridad, que no se relacionaba para nada con el hecho de que al despertar se encontró extrañamente acompañado. A sus pies, con el hocico descansando en parte sobre ellos, estaba tendido el dragón, con un ojo cerrado y el otro abierto. Al apoyarse en un codo y mirar a su alrededor descubrió que tenía otro custodio junto a la cabeza: un mamífero parecido a un canguro pero amarillo. Era la cosa más amarilla que había visto en su vida. En cuanto se movió los dos animales empezaron a empujarlo suavemente. No lo dejaron en paz hasta que se puso en pie, y una vez en pie sólo le permitieron caminar en una dirección. El dragón era demasiado pesado para empujarlo a un lado y la bestia amarilla danzaba a su alrededor de tal modo que lo apartaba de toda dirección que no fuera la que él quería que tomara. Cedió a la presión y les permitió que lo condujeran como perros pastores, primero a través de un bosque de árboles más altos y marrones que los que había visto hasta entonces y luego cruzando un pequeño claro y dentro de una especie de paseo de árboles-burbuja y más allá de él en extensos campos de flores plateadas que le llegaban al pecho. Y entonces vio que lo habían estado llevando a presentarlo a su ama. Ella estaba de pie a unos pocos metros, inmóvil aunque obviamente no desocupada: hacía algo con la mente, tal vez incluso con los músculos, que él no comprendía. Era la primera vez que la contemplaba con firmeza, sin ser advertido, y le pareció más extraña que antes. En la mente terrestre no había categoría en la que pudiese encajar. En ella los opuestos se encontraban y se fundían de un modo para el que no tenemos imágenes. Una manera de expresarlo sería decir que ni el arte sagrado ni el arte profano podrían retratarla. Hermosa, desnuda, desprovista de vergüenza, joven... obviamente era una diosa: pero a la vez el rostro, el rostro tan sereno que evitaba la insipidez sólo por la concentración misma de su mansedumbre, el rostro que era como la frescura e inmovilidad repentinas de una iglesia cuando entramos a ella desde una calle soleada ... eso la transformaba en una Madona. El silencio alerta, interior, que asomaba en sus ojos lo intimidaba; sin embargo en cualquier momento podía reír como una niña, o correr como Artemisa o danzar como una Ménade. [5] Todo contra el cielo dorado que parecía colgar a un brazo de distancia sobre él. Los animales se abalanzaron a saludarla, y al atravesar corriendo la vegetación plumosa espantaron cantidades de ranas, de tal modo que era como si gotas enormes de rocío de vividos colores fueran lanzadas al aire. La Dama se volvió cuando ellos se acercaron y les dio la bienvenida, y una vez más la imagen fue parecida a muchas escenas terrestres pero el efecto global distinto. No era realmente como una mujer

[5] Artemisa: diosa de los bosques y la caza en la mitología grecorromana. Ménades: mujeres que participan del culto a Dionisios. *(N. de* T.)

mimando a un caballo ni como un niño que juega con un cachorro. Había en su rostro una autoridad, una condescendencia en sus caricias, que al tomar en serio la inferioridad de sus adoradores los hacía de algún modo menos inferiores: los elevaba del nivel de animales mimosos al de esclavos. Cuando Ransom llegó, ella se inclinó y susurró algo en la oreja de la criatura amarilla y luego, dirigiéndose al dragón, baló hacia él casi en su misma voz. Una vez recibido el permiso formal de partir, ambos se lanzaron de regreso al bosque.

—En tu mundo los animales parecen casi racionales —dijo Ransom.

—Nosotros los hacemos más viejos cada día —contestó ella—. ¿No significa eso ser un animal?

Pero Ransom se aferró a la palabra *nosotros,* que ella había empleado.

—Sobre eso he venido a hablarte —dijo—. Maleldil me ha enviado a tu mundo con algún propósito. ¿Sabes tú cuál es?

La mujer se quedó inmóvil un momento casi como quien escucha y luego contestó:

—No.

—Entonces debes llevarme a tu hogar y presentarme a tu pueblo.

—¿Pueblo? No sé de qué estás hablando.

—Tus semejantes... los otros como tú.

—¿Quieres decir el Rey?

—Sí. Si tienen un Rey, lo mejor sería que me llevaras a él.

—No puedo hacerlo —contestó ella—. No sé dónde encontrarlo.

—Llévame a tu hogar, entonces.

—¿Qué es *hogar?*

—El sitio donde las personas viven y tienen sus posesiones y crían a sus hijos.

Ella abrió las manos para indicar todo lo que estaba a la vista.

—Este es mi hogar —dijo.

—¿Vives aquí sola? —preguntó Ransom.

—¿Qué es *sola?*

Ransom trató de empezar de nuevo.

—Llévame donde pueda encontrarme con otros como tú.

—Si quieres decir el Rey, ya te he dicho que no sé dónde está. Cuando éramos jóvenes, hace muchos días, estábamos saltando de isla en isla, y cuando él estaba en una y yo en otra las olas se alzaron y nos apartaron.

—¿Pero no puedes llevarme ante algún otro integrante de tu especie? El Rey no puede ser el único.

—Él es el único. ¿No lo sabías?

—Pero debe haber otros como tú... tus hermanos y hermanas, tus semejantes, tus amigos.

—No sé qué significan esas palabras.

—¿Quién es el Rey? —dijo Ransom desesperado.

—Es él mismo, es el Rey —dijo ella—. ¿Cómo se puede contestar semejante pregunta?

—Escucha —dijo Ransom—. Debes tener una madre. ¿Vive? ¿Dónde está? ¿Cuándo la viste por última vez?

—¿Tengo una madre? —dijo la Dama Verde, mirándolo de frente con ojos de sereno asombro—. ¿Qué quieres decir? Yo *soy* la Madre.

Una vez más invadió a Ransom la impresión de que no era ella, o no ella solamente, quien había hablado. No oyó ningún otro sonido, porque el mar y el aire estaban quietos, pero una sensación imprecisa de vasta música coral lo rodeaba. El temor reverencial que las respuestas aparentemente tontas de la Dama habían ido disipando en los últimos minutos volvió a él.

—No comprendo —dijo.

—Yo tampoco —contestó la Dama—. Sólo que mi espíritu ensalza a Maleldil que baja del Cielo Profundo hasta este humilde lugar y hará que yo sea bendecida por todos los tiempos que están rodando hacia nosotros. Es Él quien tiene la fuerza y me hace fuerte y llena los mundos vacíos con buenas criaturas.

—Si eres una madre, ¿dónde están tus hijos?

—Aún no —contestó ella.

—¿Quién será el padre?

—El Rey ... ¿quién otro?

—Pero el Rey... ¿él no tiene padre?

—Él *es* el Padre.

—¿Quieres decir —dijo Ransom lentamente— que tú y él son los dos únicos de tu especie en el mundo entero?

—Por supuesto —un momento después su rostro cambió—. Oh, qué joven he sido —dijo—. Ahora entiendo. Sabía que había muchas criaturas en el mundo antiguo de los jrossa y los sorns. Pero había olvidado que el tuyo también es un mundo más viejo que el nuestro. Entiendo: ahora hay muchos como tú. Había estado pensando que también había sólo dos de tu especie. Creía que tú eras el Rey y Padre de tu mundo. Pero hay hijos de los hijos de los hijos ahora y tal vez tú eres uno de ellos.

—Sí —dijo Ransom.

—Dale mis mejores saludos a la Dama y Madre de tu mundo cuando regreses —dijo la Mujer Verde.

Y por vez primera hubo una nota de cortesía deliberada, hasta de ceremoniosidad, en sus palabras. Ransom comprendió. Ahora ella sabía por fin que no está dirigiéndose a un igual. Era una reina enviando un mensaje a otra por medio de un plebeyo, y su conducta con respecto a él fue a partir de entonces más distinguida. A Ransom le costó dar la respuesta siguiente.

—Nuestra Dama y Madre está muerta —dijo. —¿Qué es *muerta?*

—Entre nosotros los seres parten después de un tiempo. Maleldil les saca el alma y la ubica en otro sitio: en el Cielo Profundo, esperamos. A eso le llaman muerte.

—Oh, Hombre Manchado, no es extraño que tu mundo fuera el elegido para ser el recodo del tiempo. Viven mirando el cielo propiamente dicho y, como si eso fuera poco, Maleldil los conduce a él al final. Han sido favorecidos más que todos los mundos.

Ransom sacudió la cabeza.

—No. No es así —dijo.

—Me pregunto si no te enviaron aquí para enseñarnos *muerte* —dijo la mujer.

—No entiendes —dijo Ransom—. No es así. Es algo horrible. Tiene un olor inmundo. El mismo Maleldil sollozó al verlo.

Era obvio que tanto la voz como la expresión facial de Ransom eran algo nuevo para ella. Durante un instante vio sobre el rostro de la Dama el estremecimiento, no de horror sino de total perplejidad, y después, sin esfuerzo, el océano de su paz lo cubrió como si nunca hubiera existido y ella le preguntó qué había querido decir.

—Nunca podrías comprenderlo, Dama —contestó—. Pero en nuestro mundo no todos los sucesos son agradables o bienvenidos. Puede existir algo ante lo cual te cortarías los brazos y las piernas para impedir que ocurra... y sin embargo ocurre, entre nosotros.

—¿Pero cómo puede uno desear que cualquiera de las olas que Maleldil hace rodar hacia nosotros no nos alcance?

Ransom se encontró llevado a discutir, a pesar de que había resuelto no hacerlo.

—Pero hasta tú misma, cuando me viste por primera vez, sé que estabas esperando y deseando que yo fuera el Rey —dijo—. Cuando descubriste que no lo era, se te transformó el rostro. ¿Acaso *ese* suceso no fue mal recibido? ¿No deseaste que fuera distinto?

—Oh —dijo la Dama. Se volvió un poco de lado con la cabeza y las manos apretadas, en profunda meditación. Levantó la cabeza y dijo—: Haces que vaya envejeciendo más rápido de lo que puedo soportar —y se apartó unos pasos.

Ransom se preguntó qué había hecho. De pronto se le ocurrió que la pureza y la paz de la Dama no eran, como habían parecido, cosas asentadas e inevitables como la pureza y la paz de un animal: que estaban vivas y en consecuencia eran frágiles, un equilibrio mantenido por una mente y en consecuencia, al menos en teoría, posible de perder. No hay motivo por el que un hombre que va por un camino liso pierda el equilibrio sobre una bicicleta, pero puede hacerlo. No había motivo para que ella se apartara de su felicidad y penetrara en la psicología de nuestra raza, pero tampoco había ningún muro que se lo impidiera. La sensación de precariedad lo aterrorizó, pero cuando ella volvió a mirarlo cambió esa palabra por aventura, y después todas las palabras desaparecieron de su mente. Una vez más no pudo mirarla con firmeza. Ahora sabía qué trataban de expresar los pintores antiguos cuando inventaron el halo. La felicidad y la gravedad unidas, un esplendor como de martirio, aunque totalmente desprovisto de dolor, parecía derramarse de los rasgos de la Dama. Sin embargo, cuando habló, sus palabras fueron desilusionantes.

—He sido tan joven hasta este momento que toda mi vida parece ahora haber sido una especie de sueño. He creído que era transportada y fíjate: estaba caminando.

Ransom le preguntó qué quería decir.

—Lo que me has hecho ver es claro como el cielo, pero nunca lo vi antes —contestó la Dama—. Sin embargo ocurre todos los días. Una entra al bosque a buscar alimento y ya la idea de un fruto en vez de otro ha crecido en la mente. Después, puede ser que una encuentre un fruto distinto y no el fruto en el que había pensado. Una esperaba una alegría y es concedida otra. Pero nunca había notado antes esto: que en el momento mismo del hallazgo hay en la mente una especie de retroceso o de apartamiento. La imagen del fruto que *no* has hallado aún está, por un momento, ante ti. Y si lo desearas (si fuera posible desearlo), podrías mantenerla allí. Podrías enviar a tu alma en pos del bien que habías esperado, en vez de volverla hacia el bien que has

conseguido. Podrías rechazar el bien real, podrías lograr que el fruto real fuera insípido pensando en el otro.

Ransom la interrumpió.

—Difícilmente eso sea lo mismo que hallar a un extraño cuando deseabas encontrar a tu esposo.

—Oh, así es como he llegado a comprender todo esto. El Rey y tú se diferencian más que dos tipos de fruto. El júbilo de volver a encontrarlo y el júbilo de todo el conocimiento nuevo que he obtenido de ti son más distintos que dos sabores; cuando la diferencia es tan grande, y cada una de las dos cosas es tan grande, entonces la primera imagen permanece en la mente largo tiempo (muchos latidos del corazón) después de que otro bien ha llegado. Y esa, oh Manchado, es la maravilla y la gloria que me has hecho ver; que soy yo, yo misma, quien se aparta del bien esperado hacia el bien concedido. Lo hago de acuerdo a mi propio corazón. Es posible concebir un corazón que no lo haga: que se aferré al bien en el que había pensado al principio y transforme el bien concedido en algo que no es bueno.

—No veo la maravilla y la gloria de eso —dijo Ransom.

Los ojos de la Dama despidieron sobre él tal destello triunfal sobre sus pensamientos que en la Tierra habría sido considerado como desdén; pero en aquel mundo no era desdén.

—Creía que era transportada por la voluntad de Aquél a quien amo, pero ahora veo que caminaba con ella —dijo—. Creía que las cosas buenas que Él me enviaba me llevaban del mismo modo que las olas alzan las islas; pero ahora veo que soy yo quien se zambulle en ellas con mis propias piernas y brazos, como cuando nadamos. Me siento como si viviera en tu mundo sin techo, donde los hombres caminan desprotegidos bajo el cielo desnudo. ¡Es un deleite con un matiz de terror! Nuestro propio ser caminando de un bien a otro, caminando junto a Él como Él mismo podría caminar, sin siquiera tomarse de la mano. ¿Cómo me ha separado Él tanto de Él mismo? ¿Cómo se le ocurrió a Su mente concebir algo semejante? El mundo es muchísimo más, amplio de lo que pensaba. Creía que íbamos siguiendo senderos... pero parece que no hay senderos. La propia marcha es el sendero.

—¿Y no temes que alguna vez sea difícil apartar tu corazón de lo que deseabas hacia lo que Maleldil te envía?

—Entiendo —dijo la Dama un momento después—. La ola en la que te zambulles podría ser demasiado grande y rápida. Podrías necesitar todas tus fuerzas para nadar en ella. ¿Quieres decir que Él podría enviarme un bien como ése?

—Sí... o como una ola tan rápida y enorme que todas tus fuerzas serían pocas.

—Muchas veces ocurre así al nadar —dijo la Dama—. ¿No forma eso parte del placer?

—¿Pero eres feliz sin el Rey? ¿No *deseas* al Rey?

—¿Desearlo? —dijo ella—. ¿Cómo podría existir algo que yo no deseara?

Había algo en las respuestas de la Dama que empezaba a repeler a Ransom.

—No puedes desearlo mucho si eres feliz sin él—dijo, y se sorprendió de inmediato ante el malhumor de su propia voz.

—¿Por qué? —dijo la Dama—. ¿Y por qué, oh Manchado, se te están formando pequeñas colinas y valles en la frente y por qué alzaste un poquito los hombros? ¿Son esos signos de algo en tu mundo?

—No quieren decir nada —dijo Ransom con rapidez.

Era un pequeño embuste; pero no allí. Lo desgarró mientras lo pronunciaba, como un vómito. Adquirió una importancia infinita. La pradera plateada y el cielo dorado parecían arrojárselo de vuelta a la cara. Como aturdido por una ira inconmensurable en el aire mismo tartamudeó una retractación:

—No quieren decir nada que pueda explicarte.

La Dama lo estaba mirando con una expresión nueva y más crítica. Tal vez, en presencia del primer hijo de madre que había contemplado, preveía oscuramente los problemas que podrían surgir cuando tuviera hijos propios.

—Ya hemos hablado lo suficiente —dijo al fin.

Al principio Ransom pensó que la Dama iba a volverse y abandonarlo. Después, cuando ella no se movió, hizo una reverencia y retrocedió uno o dos pasos. Ella siguió sin decir nada y parecía haberse olvidado de él. Ransom se dio vuelta y recorrió otra vez el camino a través de la profunda vegetación hasta que los dos se perdieron de vista. La audiencia había terminado.

SEIS

En cuanto la Dama se perdió de vista, el primer impulso de Ransom fue pasarse las manos por el pelo, exhalar el aire de los pulmones en un largo silbido, encender un cigarrillo, meter las manos en los bolsillos y, en general, pasar por todo ese rito de relajamiento que ejecuta un hombre al encontrarse a solas después de una entrevista bastante angustiosa. Pero no tenía cigarrillos ni bolsillos: ni se sentía realmente solo. Esa sensación de estar en Presencia de Alguien que había caído sobre él con una presión tan insoportable en los primeros momentos de la conversación con la Dama no desapareció al alejarse. En todo caso había aumentado. Hasta cierto punto la compañía de ella había sido una protección y su ausencia lo dejaba librado no a la soledad sino a un tipo de intimidad más terrible. Al principio era casi intolerable; así lo expresó al contarnos la historia: "Parecía no haber *sitio."* Pero más tarde descubrió que era intolerable sólo por momentos: en realidad justo en los momentos (simbolizados por el impulso de fumar y meter las manos en los bolsillos) en que un hombre afirma su independencia y siente que por fin está a solas. Cuando uno se sentía así, hasta el aire mismo parecía demasiado ocupado para respirar; una plenitud absoluta parecía excluirlo a uno de un lugar del que sin embargo era imposible partir. Pero cuando uno cedía, se abandonaba a ello, no había que soportar ninguna carga. Se convertía no en un peso sino en un medio, un esplendor como de oro comestible, potable y respirable, que alimentaba y transportaba y no sólo se derramaba hacia uno sino también desde uno. Tomado del modo incorrecto, asfixiaba; tomado del modo correcto, hacía que la vida terrestre pareciera un vacío en comparación. Lógicamente, al principio los malos momentos se repetían con frecuencia. Pero así como un hombre con una herida que le duele en ciertas posiciones aprende poco a poco a evitarlas, Ransom aprendió a no hacer aquel gesto interior. El día fue siendo cada vez mejor para él a medida que pasaban las horas. Durante el transcurso del día exploró la isla con bastante cuidado. El mar aún estaba calmo y en muchas direcciones habría sido posible alcanzar las islas vecinas con un simple salto. Sin embargo, se encontraba ubicado en la orilla del archipiélago pasajero y desde una de las costas se encontró mirando el mar abierto. Descansaban, o más bien derivaban lentamente, en los alrededores de la enorme columna verde que había visto poco después de llegar a Perelandra. Tenía una excelente visión del objeto a un kilómetro y medio de distancia. Evidentemente era una isla montañosa. La columna resultaba en realidad un agrupamiento de columnas ... es decir, de riscos mucho más altos que anchos, muy parecidos a dolomitas exageradas, pero más suaves: tan suaves que sería más acertado describirlas como pilares de la Calzada de los Gigantes[6] magnificados al tamaño de montañas. La enorme masa enhiesta, sin embargo, no se alzaba del mar. La isla tenia una base de territorio desparejo, pero con tierra más lisa junto a la costa e indicios de valles con vegetación entre las lomas, y hasta de valles más empinados y

[6] Promontorio de Irlanda del Norte, integrado por pilares de basalto erosionado. *(N. del T.)*

estrechos que trepaban de algún modo entre los riscos centrales. Era tierra, ciertamente, verdadera tierra fija enraizada en la superficie sólida del planeta. Desde donde estaba sentado podía distinguir confusamente la textura de verdadera roca. En parte era tierra habitable. Sintió un gran deseo de explorarla. Parecía que desembarcar no presentaría dificultades y hasta la gran montaña podía llegar a ser escalable.

Ese día no volvió a ver a la Dama. A la mañana siguiente, temprano, después de entretenerse nadando un poco y tomando la primera comida del día, estaba sentado una vez más sobre la costa mirando hacia la Tierra Fija. De pronto oyó la voz de la Dama detrás de él y se dio la vuelta. Había salido del bosque con algunos animales que la seguían, como de costumbre. Las palabras habían sido de saludo, pero no parecía predispuesta a hablar. Llegó y se detuvo en el borde de la isla flotante junto a él y miró con él la Tierra Fija.

—Iré allí —dijo al fin.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Ransom.

—Si quieres —dijo la Dama—. Pero tienes que entender que es la Tierra Fija.

—Por eso quiero recorrerla —dijo Ransom—. En mi mundo todas las tierras son fijas y me agradaría volver a caminar en un terreno así.

Ella emitió una súbita exclamación de sorpresa y lo miró con los ojos abiertos.

—¿Entonces dónde viven en tu mundo? —preguntó.

—Sobre las tierras.

—Pero dijiste que son todas fijas.

—Sí. Vivimos sobre las tierras fijas.

Por primera vez desde que se encontraran, algo no muy distinto a una expresión de horror y disgusto pasó sobre el rostro de la Dama.

—¿Pero qué hacen durante la noche?

—¿Durante la noche? —dijo Ransom perplejo—. Bueno, dormimos, por supuesto.

—¿Pero dónde?

—Donde vivimos. En tierra.

Ella se quedó sumida en sus pensamientos tanto tiempo que Ransom temió que no volviera a hablar. Cuando lo hizo, la voz era baja y a la vez tranquila, aunque el matiz de júbilo aún no había retornado.

—Nunca les ordenaron no hacerlo —dijo, más como una afirmación que como una pregunta. —No —dijo Ransom.

—Entonces puede habar leyes distintas en mundos distintos.

—¿En tu mundo hay una ley que ordena no dormir en una Tierra Fija?

—Sí —dijo la Dama—. Él no quiere que habitemos allí. Podemos desembarcar en ellas y caminar por ellas, porque el mundo es nuestro. Pero permanecer allí... dormir y despertarle allí... —se estremeció.

—No podríamos tener esa ley en nuestro mundo —dijo Ransom—. No *hay* tierras flotantes.

—¿Cuántos son ustedes? —preguntó la Dama de pronto.

Ransom descubrió que no conocía la población de la Tierra, pero se las ingenió para darle a la Dama una idea de muchos millones. Había esperado que se asombrara, pero parecía que los números no le interesaban.

—¿Cómo encuentran sitio todos sobre la Tierra Fija? —preguntó.

—No hay una sola tierra fija, sino muchas —contestó—. Y son grandes: casi grandes como el mar.

—¿Cómo lo soportan? —estalló ella—. Casi la mitad de tu mundo está vacío y muerto. Cargas y cargas de tierra, todas encadenadas. ¿La sola idea no los aplasta?

—En absoluto —dijo Ransom—. La sola idea de un mundo que fuera todo mar como el tuyo volvería infeliz y temerosa a mi gente.

—¿Dónde terminará esto? —dijo la Dama, hablando más para sí que para Ransom—. Mi edad ha aumentado tanto en las últimas horas que toda mi vida anterior parece sólo el tronco de un árbol y ahora soy como las ramas proyectándose en toda dirección. Se están apartando tanto que apenas puedo soportarlo. Haber aprendido primero que camino de un bien a otro con mis propios pies... eso era suficiente. Pero ahora parece que el bien no es igual en todos los mundos; que Maleldil ha prohibido en uno lo que Él permite en otro.

—Tal vez mi mundo está equivocado en ese sentido —dijo Ransom, sin fuerzas, porque se sentía aterrado ante lo que había hecho.

—No es así —dijo ella—. Maleldil mismo me lo acaba de decir. Y no podría ser así, si tu mundo no tiene tierras flotantes. Pero Él no me está diciendo por qué lo ha prohibido para nosotros.

—Probablemente haya un buen motivo —empezó Ransom, cuando fue interrumpido por la súbita risa de la Dama.

—Oh, Manchado, Manchado —dijo, riendo aún—. ¡Cuánto habla la gente de tu raza!

—Lo siento —dijo Ransom, un poco irritado.

—¿Por qué lo sientes?

—Lo siento si crees que hablo demasiado.

—¿Demasiado? ¿Cómo puedo distinguir qué sería hablar demasiado para ti?

—Cuando en nuestro mundo dicen que un hombre habla mucho, dan a entender que quieren que se calle.

—Si eso es lo que quieren dar a entender, ¿por qué no lo dicen?

—¿Qué es lo que te hizo reír? —preguntó Ransom, encontrando difícil de contestar la pregunta.

—Me reía, Manchado, porque estabas preguntando, como yo, sobre la ley que Maleldil ha hecho para un mundo y no para otro. Y no tenían nada que decir al respecto y aún así organizaste la nada en palabras.

—*Tenía* algo que decir, sin embargo —dijo Ransom en voz muy baja—. Al menos —agregó alzando la voz—, esta prohibición no es penosa en un mundo como el tuyo.

—Decir eso también es extraño —replicó la Dama—. ¿Quién pensó que fuera penosa? Si yo les ordenara a los animales que caminaran sobre la cabeza, no lo encontrarían penoso. Caminar sobre la cabeza se convertiría en su deleite. Yo soy el animal de Él y todas sus órdenes son alegrías. No es eso lo que me hace pensar. Pero estaba entrando en mi mente la pregunta acerca de si habrá dos tipos de órdenes.

—Algunos hombres sabios han dicho... —empezó Ransom, cuando ella lo interrumpió.

—Vamos a esperar y preguntarle al Rey —dijo—. Porque creo, Manchado, que sobre esto no sabes mucho más que yo.

—Sí, el Rey, sin duda —dijo Ransom—. Si es que podemos encontrarlo — después, en forma totalmente involuntaria, agregó en inglés—: ¡Por Júpiter! ¿Qué fue eso?

Ella también había lanzado una exclamación. Algo como una estrella fugaz parecía haber cruzado el cielo, lejos y a la izquierda, y segundos después un sonido indeterminado llegó a sus oídos.

—¿Qué fue eso? —preguntó Ransom otra vez, ahora en solar antiguo.

—Algo ha caído del Cielo Profundo —dijo la Dama—. El rostro mostraba asombro y curiosidad; pero en la tierra vemos tan rara vez talas emociones sin que se mezclen con un poco de temor defensivo, que la expresión le pareció extraña a Ransom.

—Creo que tienes razón —dijo—. ¡Caramba! ¿Qué es esto?

El mar calmo se había hinchado y todas las hierbas del borde de la isla se movían. Una ola única pasó bajo ella y luego todo quedó inmóvil otra vez.

—Es evidente que algo ha caído al mar —dijo la Dama. Después, reanudó la conversación como si no hubiera pasado nada.

—Había resuelto ir hoy a la Tierra Fija para buscar al Rey. No está en ninguna de estas islas, porque ya las recorrí todas. Pero si trepamos alto sobre la Tierra Fija y miramos a su alrededor, entonces veremos lejos. Podríamos ver si hay otras islas cerca de, nosotros.

—Hagámoslo —dijo Ransom—. Si es que podemos nadar esa distancia.

—Cabalgaremos —dijo la Dama.

Entonces se arrodilló sobre la costa —había tal gracia en todos sus movimientos que era una maravilla verla arrodillarse— y emitió tres llamados bajos, todos en el mismo tono. Al principio no hubo resultados visibles. Pero pronto Ransom vio en el agua una turbulencia que se acercaba con rapidez. Un momento más tarde el mar junto a la isla era una masa de los grandes peces plateados: echando chorros de agua, contorsionando el cuerpo, apretándose uno contra otro para aproximarse, y los más cercanos tocando la tierra con el hocico. No tenían sólo el color, sino también la tersura de la plata. Los más grandes medían casi tres metros de largo y todos eran rollizos y de aspecto poderoso. Eran muy distintos a cualquier especie terrestre, porque la base de la cabeza era notablemente más ancha que la parte delantera del tronco. Pero después el tronco mismo también se ensanchaba hacia la cola. Sin el abultamiento posterior habrían parecido renacuajos gigantes. Tales como eran, recordaban más bien a ancianos barrigones de pecho hundido con cabezas muy grandes. La Dama pareció tomarse un buen rato para elegir dos de ellos. Pero en cuanto lo hizo los demás retrocedieron unos metros y los dos afortunados candidatos giraron en redondo y se quedaron inmóviles, de cola a la costa, moviendo suavemente las aletas.

—Mira, Manchado, se hace así —dijo ella y se sentó a horcajadas sobre la parte angosta del pez de la derecha.

Ransom siguió el ejemplo. Frente a él la gran cabeza hacía las veces de hombros, de modo que no había peligro de deslizarse. Observó a su anfitriona. La Dama le dio al pez un ligero golpe con los talones. Ransom hizo do mismo con el suyo. Poco después se deslizaban mar afuera a una velocidad de diez kilómetros por hora. Sobre el agua el aire era más fresco y la brisa le levantaba el palo sobre la frente. En un mundo donde hasta entonces sólo había nadado y caminado, el avance del paz daba la impresión de una velocidad estimulante. Echó un vistazo hacia atrás y vio la masa ondulada y plumosa de las islas alejándose y el cielo haciéndose más grande y más enfáticamente dorado. Delante, la montaña de fantástica forma y color dominaba todo el campo visual. Notó con interés que el cardumen entero de

peces rechazados aún estaba con ellos: algunos siguiéndolos, aunque la mayoría retozaba en dos alas muy amplias, a izquierda y derecha.

—¿Siempre van detrás de este modo? —preguntó.

—¿En tu mundo los animales no van detrás? —replicó ella—. No podemos montar más de dos. Sería penoso si los que no elegimos ni siquiera pudieran seguirnos.

—¿Por eso te llevó tanto tiempo escoger los dos peces, Dama? —preguntó Ransom.

—Por supuesto —dijo la Dama—. Trato de no elegir con frecuencia el mismo pez.

La tierra se acercaba rápidamente y lo que había parecido una costa pareja empezó a abrirse en bahías y proyectarse en promontorios. Y luego se habían acercado lo suficiente como para ver que en aquel océano de aspecto sereno había un oleaje invisible, un leve subir y bajar del agua sobre la playa. Poco después a los peces les faltó profundidad para nadar más allá y siguiendo el ejemplo de la Dama Verde, Ransom deslizó las piernas por encima del flanco del pez y tanteó con los dedos de los pies hacia abajo. ¡Oh, éxtasis!; tocaron guijarro sólido. Hasta entonces no había advertido que anhelaba pisar "tierra fija". Levantó la cabeza. Bajando hasta la bahía en la que estaban desembarcando corría un valle estrecho y empinado con farallones y crestones bajos de piedra rojiza y, más abajo, los bancos de una especie de terreno pantanoso y unos pocos árboles. Los árboles casi podrían haber sido terrestres: ubicados en cualquier país meridional de nuestro mundo no le habrían parecido notables a nadie que no fuera un botánico experto. Y lo mejor de todo —y regocijante para los ojos y los oídos de Ransom como un atisbo del hogar y del cielo— era que por el centro del valle corría un pequeño arroyo, un oscuro arroyo transparente donde un hombre podría tener esperanzas de encontrar truchas.

—¿Amas esta tierra, Manchado? —dijo la Dama, observándolo.

—Sí —dijo él—. Es como mi mundo.

Empezaron a subir por el valle hacia donde nacía. Cuando estuvieron bajo los árboles, la semejanza con una región terrestre disminuyó, porque en aquel mundo la luz es mucho menos intensa y el claro donde debería haber sólo un poco de sombra proyectaba una penumbra boscosa. Había cerca de cuatrocientos metros hasta la parte superior del valle, donde se estrechaba hasta convertirse en una simple grieta entre rocas bajas. Agarrándose una o dos veces de la roca y dando un salto la Dama las trepó y Ransom la siguió. Estaba sorprendido por el vigor de ella. Salieron a una empinada tierra alta con una especie de césped que hubiera sido muy parecido al pasto de no predominar el color azul. Parecía estar profusamente sembrado y punteado de objetos blancos y esponjosos hasta donde llegaba la vista.

—¿Flores? —preguntó Ransom. La Dama se rió.

—No. Estos son los manchados. Te di el nombre pensando en ellos.

Se sintió confundido por un momento pero los objetos empezaron a moverse, y pronto a moverse con rapidez, hacia la pareja humana que evidentemente habían olfateado: porque ya estaban a tal altura que había una fuerte brisa. En un instante estuvieron saltando alrededor de la Dama y dándole la bienvenida. Eran animales blancos con manchas negras, del tamaño aproximado de una oveja pero con orejas tan grandes, hocicos tan movedizos y colas tan largas, que la impresión general era más bien de ratones gigantes. Las patas como garras o casi como manos estaban claramente conformadas para trepar y se alimentaban con el césped azul. Después de un intercambio formal de atenciones con las criaturas, Ransom y la Dama siguieron su camino. Debajo, el círculo del mar dorado se desplegaba ahora en una extensión enorme y arriba las verdes columnas rocosas parecían casi cernirse sobre ellos. Pero llegar a la base supuso una ascensión prolongada y difícil. La temperatura era mucho más baja, aunque aún cálida. También el silencio era notable. En las islas, aunque uno no lo hubiese advertido en el momento, debía haber habido un fondo continuo de ruidos acuáticos, burbujeantes, y el movimiento de los animales.

Ahora estaban penetrando en una especie de bahía o entrante de césped entre dos de las columnas verdes. Vistas desde abajo habían parecido tocarse entre sí; pero ahora, aunque habían avanzado tanto entre dos de ellas que casi toda visión quedaba interrumpida a ambos lados, aún quedaba sitio como para que un batallón caminara formado. El declive se hacía cada vez más abrupto y, a medida que se empinaba, el espacio entre las columnas se hacía más estrecho. Pronto estuvieron avanzando sobre manos y rodillas en un sitio donde las paredes verdes los encerraban de tal modo que tuvieron que marchar en fila india, y Ransom, al levantar la cabeza, apenas pudo ver el cielo. Por fin se enfrentaron con un verdadero trabajo de escalamiento: una garganta de piedra de unos dos metros y medio de altura que se unía, como una encía rocosa, a la raíz de los dos dientes monstruosos de la montaña. "No sé qué daría por tener puesto un buen par de pantalones" pensó Ransom para sí al mirarla. La Dama, que se había adelantado, se paró de puntillas y alzó los brazos para aferrar un saliente sobre el borde del escollo. Después la vio tirar, evidentemente tratando de alzar todo el peso del cuerpo con los brazos y proyectarse hasta arriba de un solo envión.

—Escucha, no puedes hacerlo así —empezó, hablando en inglés sin darse cuenta, pero antes de que tuviera tiempo de corregirse ella estaba parada sobre el borde. No vio con precisión cómo lo había hecho, pero no se advertían señales de que hubiera necesitado un esfuerzo inusual. Su propio ascenso fue un asunto menos honroso y quien al fin estuvo parado junto a ella fue un hombre jadeante y transpirado con una mancha de sangre en la rodilla. La Dama se sintió interesada por la sangre, y cuando le explicó el fenómeno lo mejor que pudo, quiso arañarse un poco la piel para ver si pasaba lo mismo. Esto lo llevó a tratar de explicarle qué significaba el dolor,

lo que sólo logró ponerla más ansiosa por probar el experimento. Pero al parecer Maleldil le dijo que no lo hiciera.

Ransom se volvió entonces para observar los alrededores. Bien altos, como inclinados hacia dentro y uno sobre otro en la cima por la perspectiva, casi ocultando el cielo, se erguían los inmensos espolones de roca: no dos o tres, sino nueve. Algunos, como los que habían atravesado para entrar al círculo, estaban muy juntos. Otros estaban apartados varios metros. Rodeaban una meseta más o menos oval de unas tres hectáreas, cubierta por un césped más fino que cualquier variedad de nuestro planeta y punteado de pequeñas flores rojas. Un viento fuerte, cantarino, transportaba, por así decirlo, la quintaesencia fresca y refinada de todos los perfumes del mundo más suntuoso de abajo, manteniéndolos en continua agitación. Atisbos del mar lejano, visible entre las columnas, hacían que uno fuera consciente sin cesar de la gran altura, los ojos de Ransom, habituados desde hacía tiempo a la mezcolanza de curvas y colores de las islas flotantes, descansaron con gran alivio sobre las líneas puras y las masas estables del lugar. Se adelantó unos pasos en la amplitud catedralicia de la meseta y cuando habló la voz despertó ecos.

—Oh, qué bueno es esto —dijo—. Aunque tal vez tú, para quien está prohibido, no sientas lo mismo.

Pero una mirada al rostro de la Dama le indicó que estaba equivocado. No sabía qué había en su mente; el rostro, como en una o dos ocasiones anteriores, parecía resplandecer con algo ante lo cual tenía que bajar los ojos.

—Examinemos el mar —dijo un momento después la Dama.

Recorrieron el perímetro de la meseta metódicamente. Tras ellos se extendía el grupo de islas del que habían partido por la mañana. Visto desde esa altura era aún más amplio de lo que Ransom había supuesto. La suntuosidad de los colores —naranja, plata, púrpura y (para su asombro) negro lustroso— lo hacían parecer casi heráldico. De allí venía el viento; el aroma de las islas, aunque débil, era como el sonido del agua que corre para un hombre sediento. En toda otra dirección sólo vieron el océano. Al menos no vieron islas. Pero cuando casi habían completado el recorrido, Ransom gritó y la Dama señaló casi en el mismo instante. A unos tres kilómetros, oscuro contra el verde cobrizo del agua, había un pequeño objeto redondo. Si hubiera estado mirando un mar terrestre, Ransom lo habría tomado, a primera vista, por una boya.

—No sé qué es —dijo la Dama—. A menos que sea lo que cayó del Cielo Profundo esta mañana.

"Me gustaría tener un par de prismáticos", pensó Ransom, porque las palabras de la Dama habían despertado en él una súbita sospecha. Y cuanto más miraba la burbuja oscura más se confirmaba la sospecha. Parecía ser perfectamente esférica y pensó que ya había visto algo similar anteriormente.

Ustedes ya saben que Ransom había estado en el mundo que los hombres llaman Marte aunque su verdadero nombre es Malacandra. Pero no había sido llevado allí por los eldila. Había sido llevado por hombres, y en una espacionave, una esfera hueca de vidrio y acero. En realidad lo habían secuestrado hombres que creían que los poderes reinantes en Malacandra exigían un sacrificio humano. Todo había sido una equivocación. El gran Oyarsa que había gobernado en Marte desde el principio (y que mis ojos habían contemplado, en cierto sentido, en la sala de la casa de campo de Ransom) no le había hecho daño ni pretendía hacérselo. Pero su captor principal, el profesor Weston, pretendía hacer mucho daño. Era un hombre obsesionado por la idea que en este momento circula por todo nuestro planeta en oscuras obras de "ficción científica", en pequeñas sociedades interplanetarias y clubs de cohetería y entre las tapas de revistas monstruosas, ignorada o burlada por los intelectuales, pero preparada, si alguna vez cae el poder en sus manos, para abrir un nuevo capítulo de desgracias para el universo. Es la idea de que la humanidad, habiendo corrompido suficientemente el planeta donde se originó, debe buscar a cualquier costo un medio para sembrarse sobre una superficie mayor: de que las vastas distancias astronómicas que constituyen las medidas de cuarentena dispuestas por Dios, deben superarse de algún modo. Esto para empezar. Pero más allá se extiende el dulce veneno del falso infinito; el sueño loco de que un planeta tras otro, un sistema tras otro, por fin una galaxia tras otra, pueden ser obligados a sustentar, en todas partes y para siempre, el tipo de vida contenido en los órganos genitales de nuestra especie: un sueño engendrado por el odio a la muerte unido al temor a la verdadera inmortalidad, acariciado en secreto por miles de hombres ignorantes y centenares de hombres que no lo son. La destrucción o cautiverio de otras especies del universo, si es que las hay, es para tales mentes un bienvenido corolario. En el profesor Weston el poder se había encontrado por fin con el sueño. El gran físico había descubierto una energía motriz para su espacionave. Y aquel pequeño objeto negro, que flotaba abajo, sobre las aguas inmaculadas de Perelandra, le parecía a Ransom cada vez más similar a la espacionave. "Así que para esto me han enviado", pensó. "Falló en Malacandra y ahora ha llegado aquí. Y me corresponde a mí hacer algo al respecto." Un terrible sentimiento de insuficiencia lo invadió. La última vez —en Marte— Weston había tenido un solo cómplice. Aunque había contado con armas de fuego. ¿Y cuántos cómplices podía tener esta vez? Y en Marte había sido contrarrestado no por Ransom sino por los eldila, y sobre todo por el gran eldil, el Oyarsa, de aquel mundo. Se volvió rápidamente hacia la Dama.

—No he visto eldila en tu mundo —dijo.

—¿Eldila? —repitió ella como si fuera una palabra nueva.

—Sí. Eldila —dijo Ransom—. Los grandes y antiguos servidores de Maleldil. Las criaturas que no procrean ni respiran. Cuyos servidores están hechos de luz. A quienes apenas podemos ver. Que deben ser obedecidos.

Ella reflexionó un momento y luego habló.

—Esta vez Maleldil me hace más vieja suave y dulcemente. Me muestra todas las naturalezas de esas benditas criaturas. Pero *ahora* no hay obediencia para ellas, no en este mundo. Todo eso es el orden antiguo, Manchado, el costado opuesto de la ola que ha pasado rodando junto a nosotros y no volverá. El mundo antiguo al que viajaste estaba al cuidado de los eldila. En nuestro propio mundo también gobernaron una vez: pero no desde que nuestro Amado se hizo Hombre. En tu mundo aún subsisten. Pero en el nuestro, que es el primero en despertar después del gran cambio, no tienen poder. No hay nada entre nosotros y Él. Ellos han disminuido y nosotros hemos aumentado. Y ahora Maleldil pone en mi mente que esa es la alegría y la gloria de ellos. Nos recibieron (a nosotros, seres de los mundos inferiores, que procrean y respiran) débiles y pequeños como animales a quienes el más ligero toque de ellos podía destruir; y su gloria fue cuidarnos y hacernos más viejos hasta que fuimos más viejos que ellos: hasta que pudieron caer a nuestros pies. Es una alegría que nosotros no tendremos. Por más que yo eduque a los animales nunca serán mejores que yo. Pero es una alegría que supera a todas. No es que sea una alegría mejor que la nuestra. Cada alegría supera a todas las demás. El fruto que estamos comiendo es siempre el mejor de todos.

—Hay eldila que no lo consideraron una alegría—dijo Ransom.

—¿Cómo?

—Dama, ayer hablabas de aferrarse al bien antiguo en vez de tomar el bien que aparecía.

—Sí... por unos pocos latidos del corazón.

—Hubo un eldil que se aferró más tiempo... que ha estado aferrándose desde antes de que los mundos fueran creados.

—Pero el viejo bien dejaría de ser un bien en todo sentido si él hiciera eso.

—Sí. Dejó de serlo. Y aún sigue aferrado a él.

Ella lo miró asombrada e iba a hablar, pero él la interrumpió.

—No hay tiempo para explicar —dijo.

—¿No hay tiempo? ¿Qué le pasó al tiempo?—preguntó la Dama.

—Escucha —dijo él—. Lo que está abajo ha llegado de mi mundo a través del Cielo Profundo. Adentro hay un hombre: tal vez muchos hombres...

—Mira —dijo ella—. Se está dividiendo en dos: uno grande y uno pequeño.

Ransom vio que un pequeño objeto negro se había desprendido de la espacionave y empezaba a apartarse inseguro de ella. Lo confundió por un momento. Después cayó en la cuenta de que era probable que Weston (si era Weston) conociera la superficie acuática con la que debía encontrarse en Venus y hubiese traído un bote plegable. ¿Pero podía ser que no hubiera

contado con las mareas y las tormentas y no previera que podría ser imposible recobrar alguna vez la espacionave? No era típico de Weston cortarse la retirada. Y por cierto Ransom no deseaba que la retirada de Weston quedase cortada. Un Weston que, aún deseándolo, no pudiera regresar a la Tierra, era un problema insoluble. De todos modos, ¿qué posibilidades tenía él, Ransom, de hacer algo sin apoyo de los eldila? Empezó a sentirse irritado por una sensación de injusticia. ¿Qué sentido tenía enviarlo a él —un mero erudito— a enfrentar una situación de este tipo? Cualquier boxeador común o, mejor aún, cualquier hombre que pudiera hacer buen uso de una ametralladora liviana, habría sido más adecuado para la empresa. Si al menos pudiese encontrar al Rey del que hablaba la Mujer Verde …

Pero mientras se le ocurrían tales ideas, tomó conciencia de un murmullo confuso que había ido usurpando lentamente el silencio desde hacía cierto tiempo.

—Mira —dijo la Dama de pronto y señaló la masa de islas.

La superficie ya no era pareja. En el mismo momento advirtió que el ruido era de olas: olas pequeñas aún, pero que empezaban a espumar nítidamente sobre los promontorios rocosos de la Tierra Fija.

—El mar está subiendo —dijo la Dama—. Debemos bajar y abandonar esta tierra en seguida. Pronto las olas serán demasiado grandes… y no debo estar aquí durante la noche.

—Por allí no —gritó Ransom—. No por donde te encontrarías con el hombre de mi mundo.

—¿Por qué? —dijo la Dama—. Soy la Dama y Madre de este mundo. Si el Rey no está aquí, ¿quién otro podría recibir a un extranjero?

—Yo saldré a su encuentro.

—Este no es tu mundo, Manchado —replicó ella.

—No entiendes —dijo Ransom—. Ese hombre … es amigo del eldil del que te hablé… uno de los que se aferran al bien equivocado.

—Entonces debo explicárselo —dijo la Dama— Vayamos y hagámoslo más viejo.

Y con esas palabras se descolgó por el borde rocoso de la meseta y empezó a bajar el declive de la montaña. A Ransom le costó más librarse de las rocas, pero una vez que los pies volvieron a pisar el césped empezó a correr a la máxima velocidad posible. La Dama gritó sorprendida cuando pasó a su lado como un relámpago, pero él no le hizo caso. Ahora podía ver con claridad hacia qué bahía se dirigía el pequeño bote y tenía la atención concentrada en dirigir la marcha y afirmar los pies. Había sólo un hombre en el bote. Bajó y bajó corriendo por la pendiente. Ahora estaba en un repliegue: ahora en un valle sinuoso que le obstruyó durante un momento la visión del mar. Ahora

estaba por fin en la ensenada misma. Miró hacia atrás y vio aterrado que la Dama también había corrido y se encontraba a sólo unos metros. Miró otra vez hacia delante. Había olas, aunque no muy grandes aún, que rompían sobre la playa pedregosa. Un hombre en camisa y shorts y con casco de fibra estaba hundido hasta los tobillos en el agua, acercándose a la costa y arrastrando un pequeño bote de lona de fondo plano. Era Weston, por cierto, aunque el rostro tenía algo sutilmente extraño. A Ransom le pareció de vital importancia impedir un encuentro entre Weston y la Dama. Había visto cómo Weston asesinaba a un habitante de Malacandra. Se dio la vuelta, abriendo los brazos para cortarle el paso a la Dama y gritando "¡Atrás!". La Dama estaba demasiado cerca. Durante un segundo casi cayó en sus brazos. Después se apartó de él, jadeando por la carrera, sorprendida, con la boca abierta para hablar. Pero en ese momento Ransom oyó la voz de Weston detrás de sí, que decía en inglés:

—¿Puedo preguntarle, doctor Ransom, qué significa esto?

SIETE

Dadas las circunstancias habría sido razonable esperar que Weston se encontrara mucho más desorientado ante la presencia de Ransom que Ransom ante la suya. Pero si lo estaba, no lo demostró, y Ransom no pudo dejar de admirar el macizo egoísmo que le permitía a aquel hombre, en el momento mismo de la llegada a un mundo desconocido, estar parado inmutable en su autoritaria vulgaridad, con los brazos en jarras y los pies plantados con tanta firmeza sobre el suelo extraterrestre como si estuviera de pie en su propio estudio, de espaldas al fuego. Después, con una fuerte impresión, notó que Weston le hablaba a la Dama en el idioma solar antiguo con fluidez perfecta. En Malacandra, en parte por incapacidad y sobre todo por desprecio a los habitantes, apenas había podido tartamudearlo. Era una novedad inexplicable e inquietante. Ransom sintió que le habían quitado la única ventaja. Sintió que ahora estaba ante lo incalculable. Si los platillos de la balanza se habían nivelado de pronto en este único aspecto, ¿qué vendría después?

Salió de la abstracción para descubrir que Weston y la Dama habían estado conversando con fluidez, pero sin entendimiento mutuo.

—Es inútil —estaba diciendo ella—. Tú y yo no tenemos la edad suficiente para hablarnos, parece. El mar se está agitando; volvamos a las islas. ¿Él vendrá con nosotros, Manchado?

—¿Dónde están los dos peces? —dijo Ransom.

—Deben estar esperando en la próxima bahía —dijo la Dama.

—Rápido, entonces —le dijo Ransom; luego, en respuesta a la mirada de la Dama—: No, él no vendrá.

Probablemente ella no comprendía el apuro de Ransom, pero tenía los ojos puestos en el mar y comprendía sus propios motivos para apresurarse. Ya había empezado a subir la ladera del valle, con Ransom siguiéndola, cuando Weston gritó: —No, no se irá.

Ransom se volvió y se encontró apuntado por un revólver. El calor súbito que sintió en el cuerpo fue la única señal por la que supo que estaba asustado. Seguía conservando la lucidez.

—¿También en este mundo va a empezar asesinando a uno de los habitantes? —preguntó.

—¿Qué están diciendo? —preguntó la Dama, haciendo una pausa y mirando a los dos hombres con un rostro tranquilo, confundido.

—Quédese donde está, Ransom —dijo el Profesor—. La nativa puede ir adonde guste: cuanto antes mejor.

Ransom estaba a punto de implorarle a la Dama que aprovechara para escapar, cuando advirtió que no era necesario. Irracionalmente había supuesto que ella comprendería la situación, pero era obvio que no veía más que dos extraños hablando sobre algo que no comprendía por el momento ... eso y su propia necesidad de abandonar de inmediato la Tierra Fija.

—¿Tú y él vienen conmigo, Manchado? —preguntó.

—No —dijo Ransom, sin darse la vuelta —. Tal vez tú y yo no volvamos a encontrarnos pronto. Dale al Rey mis saludos si lo encuentras y háblale siempre de mí a Maleldil. Me quedo aquí.

—Nos encontraremos cuando a Maleldil le plazca o si no nos ocurrirá un bien mayor —contestó ella.

Después oyó los pasos tras él por unos segundos, luego dejó de oírlos y supo que estaba a solas con Weston.

—Se ha permitido usted emplear la palabra asesinato hace un momento, Dr. Ransom, en relación a un accidente que ocurrió cuando estábamos en Malacandra —dijo el Profesor—. En todo caso, la criatura que murió no era un ser humano. Permítame decirle que considero la seducción de una muchacha nativa como un medio casi igualmente desgraciado de introducir la civilización en un nuevo planeta.

—¿Seducción? —dijo Ransom—. Oh, ya veo. Usted cree que estaba haciéndole el amor.

—Cuando me encuentro con un hombre civilizado desnudo que abraza a una mujer salvaje desnuda en un lugar solitario, así lo llamo.

—No la estaba abrazando —dijo Ransom estúpidamente, porque la tarea de defenderse sobre ese punto parecía en aquel momento una simple debilidad de espíritu—. Y nadie usa ropa aquí. ¿Pero qué importa? Prosiga con el trabajo que lo trajo a Perelandra.

—¿Me pide usted que le crea que ha estado viviendo con esa mujer bajo estas condiciones en un estado de inocencia asexual?

—¡Oh, asexual! —dijo Ransom disgustado—. Perfecto, si le parece bien. Es una descripción tan buena de la vida en Perelandra como decir que un hombre ha olvidado el agua porque las cataratas del Niágara no le dan de inmediato la idea de recogerla en tazas de té. Pero tiene bastante razón si quiere decir que no he pensado en desearla más que en... en... —le faltaron las comparaciones y se interrumpió. Empezó otra vez—: Pero no diga que le pido que crea eso o cualquier otra cosa. Sólo le pido que empiece y termine lo más pronto posible con las carnicerías y robos que ha venido a hacer.

Weston clavó los ojos en él con una curiosa expresión: después, inesperadamente, volvió a meter el revólver en la funda.

—Ransom —dijo—, está cometiendo una gran injusticia conmigo.

Durante unos segundos hubo silencio entre los dos. Largas rompientes con cúmulos blancos de espuma sobre la cresta rodaban ahora en la ensenada, exactamente como en la Tierra.

—Así es —dijo Weston al fin—. Y empezaré por admitir algo con franqueza. Usted puede darle el uso que guste. Eso no me acobardará. Digo deliberadamente que en algunos aspectos estaba equivocado (seriamente equivocado) en mi concepción de todo el problema interplanetario cuando fui a Malacandra.

En parte por el alivio que siguió a la desaparición del revólver, y en parte por el estudiado aire de magnitud con que hablaba el gran científico, Ransom se sintió muy inclinado a reír. Pero se le ocurrió que tal vez fuera esa la primera ocasión en toda su vida que Weston reconocía estar equivocado y que hasta ese falso atisbo de humildad, aun constituido por un noventa y nueve por ciento de arrogancia, no debía ser desairado: no por él, al menos.

—Bueno, eso está muy bien —dijo—. ¿Qué quiere dar a entender?

—Pronto se lo diré —dijo Weston—. Entretanto debo desembarcar mis cosas.

Arrastraron el pequeño bote de lona entre los dos y empezaron a transportar la estufa a queroseno de Weston, latas, una tienda y otros bultos a un punto situado a unos doscientos metros tierra adentro Ransom, que sabía que todos los objetos eran innecesarios, no puso objeciones y en un cuarto de hora habían levantado algo similar a un campamento en un sitio musgoso bajo árboles de tronco azul y follaje plateado, junto a un riachuelo. Se sentaron los dos y Ransom escuchó al principio con interés, luego con asombro y por fin con incredulidad. Weston carraspeó, sacó pecho y adoptó una pose de conferenciante. A lo largo de la conversación siguiente, Ransom se vio invadido por una sensación de desajuste demencial. Allí estaban dos seres humanos, arrojados juntos sobre un mundo extranjero bajo condiciones de inconcebible extrañeza: uno apartado de su espacionave, el otro recién librado de la amenaza de una muerte inmediata. ¿Era sensato, imaginable, que se encontraran enzarzados en una discusión filosófica que bien podría haberse desarrollado en el cuarto de una asociación universitaria de Cambridge? Sin embargo, era obvio que Weston insistía en eso. No mostraba interés por el destino de la espacionave; hasta parecía no sentir curiosidad por la presencia de Ransom, en Venus. ¿Era posible que hubiera recorrido más de cuarenta millones de kilómetros de espacio en busca de... conversación? Pero a medida que hablaba, Ransom se sintió cada vez más en presencia de un mono-maníaco. Como un actor que sólo puede pensar en su celebridad o un amante que sólo piensa en su amada, tenso, tedioso e inevitable, el científico perseguía su idea fija.

—La tragedia de mi vida —decía— y en realidad del mundo intelectual moderno en general, es la rígida especialización del conocimiento impuesta por la complejidad creciente de lo que se conoce. He compartido tal tragedia, ya que una temprana devoción por la física me impidió prestar la debida atención a la biología hasta que llegué a los cincuenta años. Para hacerme justicia, debo aclarar que el falso ideal humanista del conocimiento como fin en sí mismo nunca me atrajo. Siempre quise saber con el propósito de obtener utilidad. Como es natural, al principio dicha utilidad se me presentaba en aspectos personales: quería becas, una entrada fija y esa posición reconocida generalmente por el mundo sin la cual un hombre no tiene influencia. Cuando logré estos fines, empecé a tener miras más amplias: ¡lo útil para la raza humana!

Hizo una pausa al redondear el párrafo y Ransom le indicó que continuara con un movimiento de cabeza.

—A la larga —continuó Weston— lo útil para la raza humana depende rígidamente de la posibilidad del viaje interplanetario y hasta interestelar. Solucioné ese problema. La llave del destino humano fue colocada en mis manos. Sería innecesario (y doloroso para ambos) recordarle cómo me fue arrancada en Malacandra por un miembro de una especie inteligente hostil cuya existencia, debo admitirlo, no había previsto.

—Hostil no es la palabra exacta —dijo Ransom—, pero siga.

—Los rigores del viaje de regreso desde Malacandra provocaron una seria crisis de mi salud...

—También de la mía —dijo Ransom.

Weston pareció de algún modo desconcertado por la interrupción y continuó.

—Durante la convalecencia conté con el tiempo libre necesario para la reflexión que me había negado durante muchos años. Medité sobre todo en las objeciones que usted había sentido sobre la eliminación de los habitantes no-humanos de Malacandra que constituía, naturalmente, el paso preliminar necesario para ser ocupado por nuestra especie. La forma tradicional y, si puedo decirlo, humanitaria en que usted presentó tales objeciones me había ocultado hasta entonces su verdadera validez. Ahora empecé a percibir esa validez. Empecé a ver que mi devoción exclusiva a la utilidad humana se basaba en realidad en un dualismo inconsciente.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que durante toda la vida había estado haciendo una dicotomía o antítesis completamente anticientífica entre el hombre y la naturaleza: me había concebido a mí mismo luchando *por* el hombre contra el medio ambiente no-humano. Durante la enfermedad me zambullí en la biología, y especialmente en lo que podríamos llamar filosofía biológica. Hasta entonces, como físico, me había conformado con considerar la vida como un terna que caía fuera de mi campo de acción. Los criterios

enfrentados de los que trazan una nítida línea divisoria entre lo orgánico y lo inorgánico y los que sostienen que lo que llamamos vida estaba implícito en la materia desde el principio no me habían interesado. Ahora lo hicieron. Comprendí casi de inmediato que no podía admitir ninguna grieta, ninguna discontinuidad, en el despliegue del proceso cósmico. Me convertí en un creyente convicto de la evolución emergente. Todo es uno. La materia prima de la mente, el dinamismo que tiende inconsciente hacia un fin, está presente desde un principio.

Hizo una pausa. Ransom había oído antes ese tipo de discurso con bastante frecuencia y se preguntaba cuándo iría al grano su acompañante. Cuando Weston prosiguió lo hizo con un tono aún más solemne.

—El espectáculo majestuoso de esta tendencia ciega, desarticulada hacia un fin, empujando hacia arriba, siempre hacia arriba en una unificación infinita de logros diferenciados hacia una complejidad siempre creciente de organización, hacia la espontaneidad y la espiritualidad, arrolló toda mi antigua concepción de un deber hacia el hombre como tal. En sí mismo el hombre es nada. El movimiento hacia adelante de la vida, la espiritualidad creciente, lo es todo. Reconozco sin reservas, Ransom, que habría estado equivocado en eliminar a los malacándricos. Lo que me hacía preferir nuestra raza a la de ellos era un mero prejuicio. De aquí en adelante mi misión es difundir la espiritualidad, no la raza humana. Esto constituye la culminación de mi carrera. Primero trabajé para mí mismo; después para la ciencia; después para la humanidad; pero ahora al fin lo hago para el espíritu mismo: podríamos decir, empleando un lenguaje que le será familiar, para el Espíritu Santo.

—¿Qué diablos quiere decir exactamente con eso?—preguntó Ransom.

—Quiero decir —dijo Weston—, que ahora nada nos divide salvo unos pocos tecnicismos teológicos gastados, con los que desgraciadamente se ha dejado incrustar la religión organizada. Pero yo he taladrado esa costra. Bajo ella el significado es tan verdadero y vivo como siempre. Si puede disculparme que lo exprese de ese modo, la verdad esencial del punto de vista religioso sobre la vida encuentra una prueba notable en el hecho de que le haya permitido captar a usted, en Malacandra, en su propio enfoque mítico e imaginativo, una verdad que para mí estaba oculta.

—No sé mucho sobre lo que la gente llama el punto de vista religioso sobre la vida —dijo Ransom, frunciendo el entrecejo—. Vea, soy cristiano. Y lo que nosotros entendemos por el Espíritu Santo *no* es una tendencia ciega, desarticulada hacia un fin.

—Mi querido Ransom —dijo Weston—, lo comprendo perfectamente. No dudo de que mi fraseología le parecerá extraña y tal vez hasta chocante. Asociaciones primitivas y reverenciadas pueden impedirle reconocer en esta nueva forma las mismas verdades que la religión ha preservado durante tanto tiempo y que la ciencia está por fin redescubriendo. Pero pueda

entenderlo o no, créame que estamos hablando exactamente de la misma cosa.

—No estoy seguro en absoluto de que sea así.

—Si me permite decirlo, esa es una de las debilidades reales de la religión organizada: esa adhesión a las fórmulas, ese fracaso en reconocer los propios amigos. Dios es un espíritu, Ransom. Concéntrese en eso. Ya está acostumbrado a la idea. Aténgase a ello. Dios es un espíritu.

—Bueno, por supuesto. ¿Y con eso qué?

—¿Con eso qué? Caramba, espíritu ... mente ... libertad... espontaneidad ... de eso estoy hablando. Esa es la meta hacia la que se mueve todo el proceso cósmico El desencadenamiento final de esa libertad, de esa espiritualidad, es la obra a la que dedico toda mi vida y la vida de la humanidad. La meta, Ransom, la meta: ¡piense en ella! *Puro* espíritu: el vórtice final de la actividad que se piensa y se origina a sí misma.

—¿Final? —dijo Ransom—. ¿Quiere decir que aún no existe?

—Ah —dijo Weston—. Entiendo lo que le molesta. Por supuesto que lo sé. La religión lo pinta como algo que está allí desde un principio. Pero seguramente eso no constituye una verdadera diferencia. Transformarlo en una diferencia sería tomar al tiempo demasiado en serio. Una vez alcanzado, entonces podremos decir que había estado tanto en el principio como en el fin. El tiempo es una de las cosas que trascenderá.

—A propósito —dijo Ransom—. ¿Es personal en algún sentido: está vivo?

Una expresión indescriptible pasó por el rostro de Weston. Se acercó un poco más a Ransom y empezó a hablar en voz más baja.

—Eso es lo que ninguno de ellos entiende —dijo.

Era un susurro tan de gángster o de escolar y tan distinto al rotundo estilo oratorio normal de Weston que por un momento Ransom sintió una impresión casi de repugnancia.

—Sí —dijo Weston—, yo mismo no podría haberlo creído hasta hace poco. No es una persona, desde luego. El antropomorfismo es una de las enfermedades infantiles de la religión popular —había vuelto a adoptar la pose pública— pero tal vez el extremo opuesto, la abstracción excesiva, haya demostrado ser en general más desastroso. Llámelo una Fuerza. Una Fuerza enorme, inescrutable, derramándose en nosotros desde los cimientos oscuros de la existencia. Una Fuerza que puede elegir sus instrumentos. Sólo últimamente, Ransom, he aprendido por experiencia concreta lo que usted ha creído durante toda la vida como parte de su religión.

Aquí volvió a hundirse en un susurro: un susurro graznante que no se parecía a su voz normal.

—Guiado —dijo—. Elegido. Guiado. He llegado a ser consciente de que soy un hombre aparte. ¿Por qué me dediqué a la física? ¿Por qué descubrí los rayos Weston? ¿Por qué fui a Malacandra? Eso (la Fuerza) me aguijoneó todo el tiempo. He sido guiado. Ahora sé que soy el científico más grande que el mundo ha producido. He sido formado así con un propósito. Es a través de mí como el espíritu mismo está subiendo en este momento hacia la meta.

—Escuche —dijo Ransom—, hay que tener cuidado con este tipo de cosas. Usted bien sabe que hay espíritus y espíritus.

—¿Eh? —dijo Weston—. ¿De qué está hablando?

—Quiero decir que algo puede ser un espíritu y no ser bueno para uno.

—¿Pero no estábamos de acuerdo en que el espíritu era el bien, la culminación de todo el proceso? ¿Acaso las personas religiosas no están a favor de la espiritualidad? ¿Qué sentido tiene el ascetismo: los ayunos, el celibato y lo demás? ¿No estábamos de acuerdo en que Dios era un espíritu? ¿No lo adoran ustedes porque Él es puro espíritu?

—¡Por todos los cielos, no! Lo adoramos porque Él es sabio y bueno. No hay nada particularmente espléndido en ser sólo un espíritu. El Diablo es un espíritu.

—Es muy interesante que usted acabe de mencionar al Diablo —dijo Weston, que para entonces había recobrado por completo su conducta normal—. Una de las cosas más interesantes de la religión popular es esa tendencia a dividir en grupos dobles, a crear parejas de opuestos: el cielo y el infierno, Dios y el Diablo. Creo que no necesito declarar que desde mi punto de vista no es admisible ningún dualismo real en el universo; en ese terreno me sentía inclinado, incluso hasta hace pocas semanas, a rechazar esos pares de elementos como pura mitología. Habría sido un profundo error. La causa de esta tendencia religiosa universal debe buscarse en un nivel mucho más profundo. En realidad los componentes de los pares son retratos del espíritu, de la energía cósmica: autorretratos, en verdad, porque es la Fuerza-de-la-Vida misma la que los ha depositado en nuestros cerebros.

—¿Qué diablos quiere usted decir? —dijo Ransom. Mientras hablaba se puso en pie y empezó a caminar de aquí para allá. Un agotamiento y un malestar espantosos habían caído sobre él.

—*Su* Diablo y *su* Dios —dijo Weston—, son ambos imágenes de la misma fuerza. Su cielo es una imagen de la espiritualidad perfecta que está adelante; su infierno una imagen del instinto o *impulso* que nos está llevando a ella desde atrás. De allí la paz estática del primero y el fuego y la oscuridad del segundo. La próxima etapa de la evolución emergente, llamándonos para que avancemos, es Dios; la etapa superada que queda atrás, rechazándonos, es el Diablo. Después de todo, su propia religión dice que los demonios son ángeles caídos.

—Y usted está diciendo exactamente lo opuesto, según lo que puedo entender: que los ángeles son demonios que se han alzado del mundo.

—Viene a ser lo mismo —dijo Weston.

Hubo otra larga pausa.

—Escuche —dijo Ransom—, es fácil malinterpretarnos en un punto como éste. Lo que usted dice me suena como el error más horrible en que puede caer un hombre. Pero puede deberse a que en el esfuerzo por adaptarlo a mi supuesto "punto de vista religioso", esté diciendo mucho más de lo que en realidad quiere decir. Todo ese asunto de los espíritus y las fuerzas es sólo una metáfora, ¿verdad? Espero que todo lo que quiere dar a entender en realidad sea que siente como un deber trabajar para la difusión de la civilización y el conocimiento y ese tipo de cosas.

Había tratado de mantener la voz libre de la ansiedad involuntaria que empezaba a sentir. Un momento después retrocedió aterrado ante la risa cacareante, casi infantil o senil, con que le contestó Weston.

—Perfecto, perfecto —dijo—. Igual a todos los tipos religiosos. Hablan y hablan sobre estas cosas durante toda la vida y en cuanto se enfrentan con la realidad se asustan.

—¿Qué prueba —dijo Ransom (que se sentía realmente asustado)—, qué prueba tiene de estar siendo guiado o apoyado por algo que no sea su propia mente y los libros de otros?

—Debe haber notado, mi querido Ransom —dijo Weston— que desde la última vez que nos vimos he mejorado un poco mi conocimiento del idioma extraterrestre. Usted es filólogo, según me han dicho.

Ransom se sobresaltó.

—¿Cómo lo logró? —dijo abruptamente.

—Conducción, entienda, conducción —graznó Weston. Estaba agachado junto a las raíces del árbol con las rodillas alzadas y el rostro, ahora color masilla, mostraba una sonrisa fija y hasta ligeramente retorcida—. Conducción —repitió—. Cosas que me entran en la cabeza. He sido preparado todo el tiempo. Formando un recipiente adecuado para eso.

—Debe ser bastante fácil —dijo Ransom con impaciencia—. Si la Fuerza-de-la-Vida es algo tan ambiguo que Dios y el Diablo son retratos buenos por igual de ella, supongo que cualquier recipiente se adecúa por igual y cualquier cosa que uno haga la expresa por igual.

—Existe una corriente principal —dijo Weston—. Es cuestión de rendirse a eso: convertirse en el conductor de la determinación viva, feroz, central... en el dedo mismo con que se tiende hacia adelante.

—Pero hace un momento pensé que ese era el aspecto diabólico.

—Esa es la paradoja fundamental. El objeto que tratamos de alcanzar es lo que usted llamaría Dios. Lo que pugna por llegar, el dinamismo, es lo que la gente como usted siempre llaman el Diablo. Las personas como yo, que se esfuerzan por avanzar, siempre son mártires. Ustedes nos denigran y a través de nosotros llegan a la meta.

—¿Significa eso en lenguaje más simple que las cosas que la Fuerza desea que hagan son lo que la gente común llama diabólicas?

—Mi querido Ransom, me gustaría que no siguiera recayendo en el nivel popular. Ambos aspectos son sólo momentos de la realidad única, singular. El mundo salta hacia adelante a través de los grandes hombres y la grandeza siempre trasciende el simple moralismo. Cuando el salto se ha efectuado, nuestro "diabolismo", como usted lo llama, se convierte en la moral de la etapa siguiente; pero mientras lo estamos ejecutando, nos llaman criminales, herejes, blasfemos ...

—¿Hasta dónde llega? ¿Seguiría obedeciendo a la Fuerza-de-la-Vida si descubriera que está incitándolo a matarme?

—Sí.

—¿O a vender Inglaterra a los alemanes?

—Sí.

—¿O a publicar falsedades como investigación seria en un periódico científico?

—Sí.

—¡Dios lo ayude!

—Sigue usted apegado a los convencionalismos —dijo Weston—. Sigue tratando con abstracciones. ¿No puede concebir al menos una entrega total...

una entrega a algo que supera por completo todos sus mezquinos encasillamientos éticos?

Ransom se aferró a la última esperanza.

—Espere, Weston —dijo abruptamente—. Ese puede ser un punto de contacto. Usted dice que es una entrega total. Es decir, se entrega a sí mismo. No se esfuerza en provecho propio. No, espere un instante. Ese *es* el punto de contacto entre su moral y la mía. Ambos reconocemos...

—Idiota —dijo Weston. La voz era casi un aullido y se había puesto en pie—. Idiota —repitió—. ¿No puede entender nada? ¿Siempre tratará de volver a comprimir todo dentro del marco lastimoso de su anticuada jerga sobre el yo y la abnegación? Eso no es más que el viejo y maldito dualismo bajo otra forma. En el pensamiento concreto no hay distinción posible entre el universo y yo. Mientras yo sea el conductor de la presión central hacia

adelante del universo, yo soy él. ¿No lo entiende, pedazo de idiota tímido, escrupuloso? Yo *soy* el universo. Yo, Weston, soy el Dios y el Diablo del que usted habla. Convoco esa Fuerza en mí completamente...

Entonces empezaron a pasar cosas terribles. Un espasmo como el que precede a un vómito agónico retorció el rostro de Weston volviéndolo irreconocible. Cuando pasó, durante un segundo algo parecido al antiguo Weston reapareció —el antiguo Weston, con ojos aterrorizados y aullando "¡Ransom, Ransom! Por el amor de Dios no los deje ..."— y de inmediato el cuerpo giró sobre sí mismo como si lo hubiera golpeado la bala de un revólver, cayó a tierra y se quedó allí, rodando a los pies de Ransom, babeando y entrechocando los dientes y arrancando el musgo a puñados. Las convulsiones disminuyeron poco a poco. Weston quedó inmóvil, respirando con dificultad, los ojos abiertos pero sin expresión. Ahora Ransom estaba arrodillado junto a él. Era evidente que el cuerpo estaba vivo y Ransom se preguntó si se trataría de un ataque fulminante o de un acceso epiléptico, porque nunca había presenciado ninguno de los dos casos. Revolvió entre los bultos y encontró una botella de brandy, la destapó y la aplicó a los labios del paciente. Para su consternación los dientes se abrieron, se cerraron sobre el cuello de la botella y lo mordieron, desbrozándolo. No escupieron el vidrio.

—Oh, Dios, lo maté —dijo Ransom.

Pero aparte de un chorro de sangre en los labios el aspecto de Weston no cambió. El rostro sugería que no sentía dolor o que sentía un dolor que superaba toda comprensión humana. Al fin Ransom se puso en pie, pero antes sacó el revólver del cinturón de Weston y después, bajando hasta la playa, lo arrojó al mar lo más lejos que pudo.

Se quedó parado unos momentos mirando la bahía sin saber qué hacer. Después se dio la vuelta y subió la ladera cubierta de césped que contorneaba el pequeño valle a su izquierda. Se encontró sobre un terreno alto bastante plano desde donde se veía bien el mar, ahora encrespado y con el parejo color dorado fracturado en un diseño de luces y sombras que cambiaba sin cesar. Por uno o dos segundos no pudo ver las islas. Entonces las copas de los árboles aparecieron de pronto, colgando altas contra el cielo y muy separadas. Era evidente que el tiempo reinante ya las estaba apartando: y en el mismo momento en que lo pensó desaparecieron una vez más en algún valle oculto de las olas. Se preguntó qué probabilidad habría de volver a encontrarlas. Lo golpeó una sensación de soledad y luego un sentimiento de frustración iracunda. Si Weston estaba agonizando, o aunque llegara a vivir, aprisionado con él sobre una isla que no podían abandonar, ¿cuál había sido el peligro que le habían enviado a evitar en Perelandra? Y al empezar a pensar otra vez en sí mismo, advirtió que tenía hambre. No había visto frutos ni calabazas sobre la Tierra Fija. Tal vez fuera una trampa mortal. Sonrió amargamente ante la insensatez que lo había llevado a sentirse feliz, por la mañana, de cambiar los paraísos flotantes, donde cada arbusto chorreaba dulzura, por aquella roca estéril. Pero tal vez no fuera estéril, después de todo. Decidido a buscar comida, a pesar del cansancio

que lo invadía cada vez con más fuerza, acababa de volverse tierra adentro cuando los rápidos cambios de color que anuncian la noche de aquel mundo le dieron alcance. Aceleró la marcha vanamente. Antes de llegar al fondo del valle, la arboleda donde había dejado a Weston ya era una simple nube de oscuridad. Antes de poder alcanzarla ya estaba hundido en la noche sin dimensiones, sin fisuras. Uno o dos esfuerzos de buscar a tientas el camino hasta el lugar donde habían depositado los víveres de Weston sólo sirvieron para abolir por completo el sentido de la dirección. Se vio obligado a sentarse. Gritó una o dos veces el nombre de Weston pero, tal como lo esperaba, no obtuvo respuesta. "De todos modos me alegra haberle sacado el revólver", pensó Ransom, y luego: "Bueno, *qui dort, dine*[7] y supongo que tengo que aprovechar antes de que llegue la mañana". Al tenderse descubrió que el suelo sólido y el musgo de la Tierra Fija eran mucho menos cómodos que las superficies a las que se había acostumbrado últimamente. Eso y la idea de otro ser humano tendido muy cerca, sin duda, con los ojos abiertos y los dientes apretados sobre vidrio astillado y el latido hosco y recurrente de las olas rompiendo sobre la playa, todo hacía que la noche fuera incómoda.

—Si yo viviera en Perelandra —murmuró—, Maleldil no necesitaría *prohibir* esta isla. Me gustaría no haber puesto nunca los ojos en ella.

[7] Quien duerme, cena. *(N. del T.)*

OCHO

Después de una noche desordenada y llena de sueños, despertó en pleno día. Tenía la boca seca, un calambre en el cuello y los miembros doloridos. Era algo tan distinto a los despertares anteriores en el mundo de Venus, que por un momento supuso que estaba de vuelta en la Tierra: y el sueño (porque eso le pareció) de haber vivido y caminado sobre los océanos de la estrella matutina cruzó su memoria con una sensación de dulzura perdida que era casi insoportable. Después se sentó y los hechos volvieron a él. "Sin embargo es muy parecido a haber salido de un sueño", pensó. El hambre y la sed se convirtieron de inmediato en las sensaciones predominantes, pero consideró un deber darle antes un vistazo al hombre enfermo ... aunque con muy pocas esperanzas de poder ayudarlo. Miró a su alrededor. Sí, allí estaba el bosquecillo de árboles plateados, pero no pudo ver a Weston. Entonces miró hacia la bahía; tampoco estaba el bote. Suponiendo que en la oscuridad se había equivocado de valle, se puso en pie y se acercó al arroyo a beber. Cuando levantó la cara del agua con un largo suspiro de satisfacción, sus ojos tropezaron de pronto con una caja pequeña de madera ... y luego, un poco más allá, con un par de latas de conserva. El cerebro le trabajaba con bastante lentitud y le llevó unos segundos darse cuenta de que después de todo estaba en el valle correcto, unos cuantos más, sacar conclusiones del hecho de que la caja estuviera abierta y vacía y de que algunos víveres hubieran sido llevados y otros dejados atrás. ¿Pero era posible que un hombre en las condiciones físicas de Weston pudiera haberse recobrado lo suficiente durante la noche como para alzar campamento y alejarse cargado con algún tipo de bulto? ¿Era posible que cualquier hombre pudiese haber enfrentado un mar como aquél en un bote plegable? Era cierto, como lo notó entonces por primera vez, que la tormenta (un mero vendaval de acuerdo a la escala perelándrica) parecía haberse apaciguado durante la noche; pero había aún un oleaje imponente y parecía descartable que el Profesor pudiese haber abandonado la isla. Era mucho más probable que hubiese abandonado el valle a pie llevándose el bote consigo. Ransom decidió que debía encontrar a Weston en seguida: debía mantenerse en contacto con el enemigo. Porque si Weston se había recobrado, no había dudas de que tenía la intención de provocar algún tipo de daño. Ransom no estaba nada seguro de haber entendido toda la exposición alocada del día anterior; pero lo que había entendido no le gustaba nada y sospechaba que el vago misticismo sobre la "espiritualidad" se resolvería en algo aún más repugnante que su antiguo plan, sencillo en comparación, de imperialismo interplanetario. Habría sido deshonesto tomar en serio las cosas que el hombre había dicho un momento antes del ataque, sin duda; pero aun sin eso era suficiente.

Ransom pasó las próximas horas recorriendo la isla en busca de comida y de Weston. En lo que refería a la comida, se vio recompensado. Cierto fruto semejante al del arándano podía recogerse a puñados en los declives

superiores y en los valles boscosos abundaba una especie de nuez ovalada. El carozo tenía una consistencia suave y tenaz, como la del corcho o el riñón, y el sabor, aunque un poco ácido y prosaico comparado con el de la fruta de las islas flotantes, no dejaba de ser satisfactorio. Los ratones gigantes eran mansos como los demás animales perelándricos, pero parecían más estúpidos. Ransom subió a la meseta central. El mar estaba sembrado de islas en toda dirección, que subían y bajaban con el oleaje, y todas apartadas por vastas extensiones de agua. Se vio atraído en seguida por una isla de color naranja, pero no supo si se trataba de aquella sobre la que había estado viviendo, porque vio al menos dos más en las que predominaba el mismo color. En determinado momento contó veintitrés islas en total. Pensó que eran más de las que habían integrado el archipiélago momentáneo y eso le permitió tener esperanzas de que cualquiera de las que veía pudiese ocultar al Rey... o incluso de que el Rey pudiese estar en ese momento reunido con la Dama. Sin pensarlo con mucha claridad, había llegado a poner todas sus esperanzas en el Rey.

No pudo descubrir rastros de Weston. Realmente parecía, a pesar de todas las improbabilidades, que de algún modo se las había arreglado para abandonar la Tierra Fija; la ansiedad de Ransom era muy grande. No tenía la menor idea de lo que Weston podía hacer, en su nueva tendencia. Lo mejor que podía esperarse era que simplemente ignorara al amo y a la dueña de Perelandra como a simples salvajes o "nativos".

Más tarde, cansado, se sentó en la playa. Ahora había poco oleaje y las olas, justo antes de romper, no llegaban a la rodilla. Sus pies, ablandados por la superficie acolchada sobre la que se camina en las islas flotantes, estaban acalorados y doloridos. Poco después decidió refrescarlos caminando un poco en el agua baja. La cualidad deliciosa del agua lo llevó a avanzar hasta que le llegó al pecho. Mientras estaba allí, hundido en sus pensamientos, percibió de pronto que lo que había tomado por un efecto de la luz en el agua era en realidad el lomo de uno de los grandes peces plateados. "Me pregunto si me dejaría montarlo", pensó, y entonces, observando cómo el animal movía el hocico hacia él y se mantenía lo más cerca posible del agua baja, se le ocurrió que el pez trataba de llamarle la atención. ¿Podía haber sido *enviado*? La idea no había terminado de cruzarle la mente como una flecha cuando decidió hacer la prueba. Apoyó la mano sobre el lomo de la criatura y ésta no se apartó ante el contacto. Entonces se encaramó con cierta dificultad para quedar sentado sobre la parte estrecha tras la cabeza del pez y mientras lo hacía el animal permaneció tan fijo como pudo; pero en cuanto estuvo afirmado en la montura dio la vuelta con rapidez y enfiló hacia el mar.

Si Ransom hubiera deseado bajar, pronto le resultó imposible hacerlo. Cuando miró hacía atrás, los pináculos verdes de la montaña ya habían retirado las cimas del cielo y la línea de la costa empezaba a ocultar sus bahías y promontorios. Ya no se oían las rompientes: sólo los prolongados ruidos silbantes o vivaces del agua que lo rodeaba. Se veían muchas islas flotantes, aunque desde ese nivel eran meras siluetas plumosas. Pero el pez

no parecía dirigirse a ninguna de ellas. En línea recta, como si conociera bien el camino, el batir de las grandes aletas lo transportó durante más de una hora. Después el verde y el púrpura salpicaron el mundo entero, y luego llegó la oscuridad.

Por algún motivo casi no sintió inquietud cuando se encontró subiendo y bajando rápidamente las bajas colinas acuáticas a través de la noche negra. Y no todo era negro. Los cielos habían desaparecido y la superficie del mar; abajo, muy abajo de él, en el corazón del vacío a través del que parecía estar viajando, aparecieron bombas lumínicas restallantes y rayas contorsionadas de luminosidad verdiazul. Al principio eran muy remotas, pero pronto, según pudo juzgar, se acercaron. Todo un mundo de criaturas fosforescentes parecía jugar no lejos de la superficie: anguilas enroscadas y seres veloces con coraza completa y después formas heráldicamente fantásticas junto a las cuales el caballito de mar de nuestras aguas era ordinario. Lo rodeaban por completo: con frescura se veían veinte o treinta simultáneamente. Y mezcladas con todo aquel tumulto de centauros y dragones marinos vio formas aún más extrañas: peces, si es que eran peces, cuya parte delantera era de una forma tan parecida a la humana que al captarlos por primera vez pensó que había caído en un sueño y sacudió la cabeza para despertar. Pero no era un sueño. Allí... y allí otra vez: un hombre, un perfil y luego durante un segundo un rostro completo: verdaderos tritones o sirenas. La semejanza con lo humano era en realidad mayor, no menor, de lo que había supuesto al principio. Lo que se lo había ocultado por un momento era la ausencia total de expresión humana. Sin embargo los rostros no eran imbéciles, ni siquiera eran parodias brutales de lo humano, como los de los monos terrestres. Parecían más bien rostros humanos dormidos o rostros en los que la humanidad dormía mientras alguna otra vida, ni bestial ni diabólica, sino simplemente fantástica, fuera de nuestra órbita, estaba descaradamente despierta. Recordó su antigua sospecha de que lo que era mito en un mundo podía ser realidad en algún otro. Se preguntó también si el Rey y la Reina de Perelandra, aunque fueran sin duda la primera pareja humana del planeta, podrían tener algún ancestro marítimo en el aspecto físico. Y si era así, ¿entonces qué ocurría con los seres semejantes y anteriores al hombre de nuestro'-mundo? ¿Habrían sido en verdad las brutalidades melancólicas cuyas imágenes vemos en los libros populares sobre la evolución? ¿O los mitos antiguos eran más verdaderos que los modernos? ¿Hubo realmente una época en que los sátiros bailaban en los bosques de Italia? Pero en ese punto acalló su mente, por el mero placer de inhalar la fragancia que empezaba a filtrarse hacia él desde la oscuridad, delante. Cálida y dulce, a cada momento más dulce y más pura, a cada momento más intensa y más saturada de delicias, llegaba a él. Sabía bien qué era. De allí en adelante podría distinguirla del resto del universo: el aliento nocturno de una isla flotante en la estrella Venus. Era extraño sentir tanta nostalgia por lugares donde la residencia había sido tan breve y que eran, según cualquier norma objetiva, algo tan ajeno a nuestra raza. ¿O no lo eran? El cordón de deseo que lo llevaba a la isla invisible le pareció en aquel momento algo amarrado mucho, mucho antes de la llegada a Perelandra, mucho antes de las épocas más antiguas que la memoria podía recuperar de la infancia, antes de su

nacimiento, antes del nacimiento del hombre mismo, antes de los orígenes del tiempo. Era penetrante, suave, salvaje y sagrado, todo al mismo tiempo y en cualquier mundo donde los nervios de los hombres hubiesen dejado de obedecer a sus deseos centrales sin duda habría sido también afrodisíaco, pero no en Perelandra. El pez ya no se movía. Ransom tendió la mano. Descubrió que tocaba hierba. Se encaramó sobre la cabeza del monstruoso pez y trepó a la superficie suavemente móvil de la isla. Aunque la ausencia había sido breve, los hábitos de caminar adquiridos en la tierra se habían reafirmado y cayó más de una vez mientras avanzaba a tientas sobre el césped palpitante. Pero aquí caerse no hacía daño, ¡por suerte! Lo rodeaban árboles en la oscuridad y cuando la mano tocó un objeto liso, fresco, redondo, se lo llevó sin temor a los labios. No era ninguno de los frutos que había probado antes. Era mejor que cualquiera de ellos. Bien podía afirmar la Reina que en su mundo el fruto que uno comía en cualquier momento era, en ese instante, el mejor. Agotado por el día de caminatas y escalamientos y, aún más, vencido por la satisfacción absoluta, se hundió en un sueño sin sueños.

Al despertar sintió que habían pasado varias horas y se encontró aún rodeado por la oscuridad. Supo, también, que había sido despertado de pronto: un momento más tarde estaba escuchando el sonido que lo había despertado. Eran voces: la voz de un hombre y la de una mujer en una apasionada conversación. Juzgó que estaban muy cerca de él: porque en la noche perelándrica un objeto no es más visible si está a seis centímetros que si está a seis kilómetros. Comprendió de inmediato quiénes eran los que hablaban: pero las voces sonaban extrañas y las emociones de ambos le resultaban oscuras, al no contar con expresiones faciales para deducirlas.

—Me pregunto si toda la gente de tu mundo tiene la costumbre de hablar sobre la misma cosa más de una vez —decía la voz de la mujer—. Ya te he dicho que nos está prohibido vivir sobre la Tierra Fija. ¿Por qué no hablas de otra cosa o dejas de hablar?

—Porque es una prohibición tan extraña —dijo la voz del hombre—. Y tan distinta a los modos de Maleldil en mi mundo. Y Él no te ha prohibido pensar en vivir en la Tierra Fija.

—Eso sí que sería extraño: pensar en lo que nunca ocurrirá.

—De ningún modo: en nuestro mundo lo hacemos sin cesar. Unimos palabras para que signifiquen cosas que nunca han pasado y lugares que nunca han pasado y lugares que nunca han existido: palabras hermosas, unidas armoniosamente. Y después nos las contamos unos a otros. Las llamamos historias o poesía. En ese mundo antiguo del que hablaste, Malacandra, hacen lo mismo. Por la alegría, la maravilla y la sabiduría.

—¿Qué sabiduría hay en ello?

—El mundo no está hecho sólo de 'lo que es, sino también de lo que podría ser. Maleldil conoce los dos aspectos y quiere que nosotros los conozcamos.

—Nunca llegué a pensar en esto. El otro (el Manchado) ya me ha dicho cosas que me hicieron sentir como un árbol cuyas ramas se apartaran cada vez más. Pero esto lo supera todo. Salir de lo que es hacia lo que podría ser y hablar y concebir cosas allí: al costado del mundo. Le preguntaré al Rey qué piensa sobre eso.

—Ves, siempre volvemos a lo mismo. Ojalá no te hubieras separado del Rey.

—Oh, entiendo. También esa es una de las cosas que podrían ser. El mundo podría estar hecho de tal modo que el Rey y yo nunca nos separáramos.

—El mundo no necesitaría ser distinto: sólo el modo en que ustedes viven. En un mundo donde la gente vive sobre las Tierras Fijas, las personas no se ven separadas de pronto.

—Pero debes recordar que no tenemos que vivir sobre la Tierra Fija.

—No, pero Él nunca les ha prohibido pensar en eso. ¿No podría ser ese uno de los motivos por los que les está prohibido hacerlo: para que puedan tener un podría ser en qué pensar, con el cual hacer una historia, como lo llamamos nosotros?

—Lo pensaré más. Haré que el Rey me haga más vieja al respecto.

—¡Cuánto deseo conocer al Rey del que hablas! Pero en cuanto a historias él podría no ser tan viejo como tú.

—Lo que dices es como un árbol sin fruto. El Rey siempre es más viejo que yo, con respecto a todas las cosas.

—Pero el Manchado y yo ya te hemos hecho más vieja sobre algunos asuntos que el Rey nunca te mencionó. Ese es el nuevo bien que nunca esperaste. Creías que siempre ibas a aprender las cosas a través del Rey, pero ahora Maleldil te ha enviado otros hombres en los que nunca se te habría ocurrido pensar y te han contado cosas ¡que el Rey mismo no conoce.

—Ahora empiezo a entender porqué el Rey y yo estamos separados en este momento. Lo que Él me tenía preparado era un bien extraño y magnífico.

—Si te niegas a aprender cosas de mí y sigues diciendo que esperarás y le preguntarás al Rey, ¿no sería eso como rechazar el fruto que has encontrado para volverte hacia el fruto que habías esperado?

—Esas son preguntas profundas, extranjero. Maleldil no me está poniendo muchas cosas en la mente sobre ellas.

—¿No entiendes por qué?

—No.

—Desde que el Manchado y yo hemos venido a tu mundo te hemos puesto en la mente muchas cosas que Maleldil no ha puesto. ¿No comprendes que Él te está dejando un poco libre con respecto a Él?

—¿Cómo podría hacerlo? Él está dondequiera que vamos.

—Sí, pero en otro sentido. Te está haciendo más vieja: te está haciendo aprender cosas no a través de Él, sino por tus encuentros con otra gente y por tus propias preguntas y pensamientos.

—Ciertamente lo está haciendo.

—Sí. Te está convirtiendo en una mujer completa, porque hasta ahora estabas hecha sólo a medias: como los animales que no aprenden nada por si mismos. Esta vez, cuando vuelvas a encontrarte con el Rey, eres tú quien tendrá cosas para contarle. Eres tú quien será más vieja que él y quien lo hará más viejo.

—Maleldil no haría que ocurra algo así. Sería como un fruto sin sabor.

—Pero tendría sabor para *él.* ¿No crees que el Rey a veces se cansa de ser el más viejo? ¿No te amaría más si fueras más sabia que él?

—¿Esto es lo que tú llamas una poesía o te refieres a lo que existe realmente?

—Me refiero a algo que existe realmente.

—¿Pero cómo podría alguien amar más a algo? Es como, decir que una cosa podría ser más grande que sí misma.

—Sólo quiero decir que llegarías a parecerte más a las mujeres de mi mundo.

—¿Cómo son ellas?

—Tienen un poderoso espíritu. Siempre tienden las manos hacia el bien nuevo e inesperado y ven que es bueno mucho antes de que los hombres lo comprendan. Sus mentes se adelantan a lo que Maleldil les ha contado. No necesitan esperarlo a Él para que les diga qué es bueno, sino que lo saben por sí mismas, como Él. Son, en realidad, pequeños Maleldils. Y por la sabiduría, su belleza supera a la tuya tanto como la dulzura de estas calabazas supera al sabor del agua. Y por su belleza el amor que los hombres sienten por ellas supera al amor del Rey por ti tanto como el ardor desnudo del Cielo Profundo visto desde mi mundo es más maravilloso que el techo dorado de ustedes.

—Me gustaría poder verlas.

—Me gustaría que pudieras.

—Qué hermoso es Maleldil y qué maravillosas son todas sus obras: tal vez Él sacará de mí hijas que serán tanto más admirables que yo, como yo soy más admirable que los animales. Será mejor de lo que pensaba. Había pensado que iba a ser siempre Reina y Dama. Pero ahora veo que podría ser como los eldila. Podría ser la señalada para distinguir, cuando ellas sean niñas pequeñas y débiles, cuál crecerá y me superará y a cuyos pies deberé caer.

Veo que no son sólo las preguntas y los pensamientos los que se abren cada vez más como las ramas. También la alegría se abre y llega adonde nunca habríamos pensado.

—Ahora dormiré —dijo la otra voz.

Al decirlo se convirtió, por vez primera, en la voz inconfundible de Weston: de un Weston malhumorado y agrio. Hasta ese momento Ransom, aunque resolvía sin cesar unirse a la conversación, se había mantenido en silencio en una especie de incertidumbre entre dos estados mentales en conflicto. Por un lado estaba seguro, tanto por la voz como por todo lo que había dicho, de que el varón que hablaba era Weston. Por otro lado, la voz, separada del aspecto físico del hombre, sonaba curiosamente distinta a sí misma. Más aún: el modo paciente, insistente en que era empleada era muy distinto a la forma en que el profesor intercalaba por lo común el discurso pomposo con la abrupta fanfarronada. ¿Cómo podía un hombre que acababa de salir de una crisis física como la que le había visto experimentar a Weston haber recobrado tal dominio de sí mismo en pocas horas? ¿Y cómo podía haber llegado a la isla flotante? Durante todo el diálogo Ransom se había visto enfrentado con una contradicción intolerable. Algo que era y no era Weston estaba hablando: la sensación de tal monstruosidad, a sólo unos metros de distancia en la oscuridad, le había enviado estremecimientos de agudo terror a lo largo de la espina dorsal y había provocado en su mente preguntas que trató de rechazar como fantásticas. Ahora que la conversación había terminado advertía, además, con qué intensa ansiedad la había seguido. En el mismo instante tomó conciencia de una impresión de triunfo. Pero no era él quien estaba triunfando. La oscuridad entera que lo rodeaba resonaba con la victoria. Se sobresaltó y se incorporó a medias. ¿Había existido algún sonido real? Escuchando con atención no pudo oír nada aparte del grave sonido murmurante del viento cálido y del oleaje suave. La sugestión de música debía haber sido interna. Pero en cuanto volvió a acostarse estuvo seguro de que no era así. Desde afuera, ciertamente era desde afuera, pero no a través del sentido del oído, que la jarana festiva y la danza y el esplendor se derramaban sobre él: sin sonido y sin embargo de un modo que sólo podía recordarse y ser pensado como música. Era como tener un sentido nuevo. Era como estar presente cuando las estrellas matutinas cantan a coro. Era como si Perelandra hubiese sido creada en ese momento: tal vez en cierto sentido lo había sido. La sensación de un gran desastre evitado se impuso en su mente y con ello la esperanza de que tal vez no hubiese un segundo intento; y después, más dulce que todo lo demás, la insinuación de que no había sido llevado allí para hacer algo sino sólo como espectador o testigo. Minutos después dormía.

NUEVE

El tiempo había cambiado durante la noche. Ransom estaba sentado en el borde del bosquecillo donde había dormido, mirando un mar liso donde no había otras islas a la vista. Había despertado minutos antes, descubriendo que estaba tendido solo en un matorral de tallos parecidos a cañas, pero sólidos como varas de abedul y que sostenían un pabellón casi plano de denso follaje. De él colgaban frutos tan lisos, brillantes y redondos como las bayas del acebo; comió algunos. Después se abrió camino hasta terreno abierto, cerca de los bordes de la isla, y miró a su alrededor. Ni Weston ni la Dama estaban a la vista, y empezó a caminar sin apuro junto al mar. Los pies descalzos se hundieron un poco en una alfombra de vegetación azafranada, que los cubrió con un polvo aromático. Al bajar la cabeza para mirarlos, notó de pronto algo más. Al principio creyó que era una criatura de forma más fantástica que las que había visto hasta entonces en Perelandra. La forma era no sólo fantástica, sino también horrenda. Entonces se dejó caer sobre una rodilla para examinarla. Por fin la tocó, con repugnancia. Un momento después retiró las manos como un hombre que ha tocado una serpiente.

Era un animal dañado. Era, o había sido, una de las ranas de colores brillantes. Pero había tenido algún accidente. Todo el lomo había sido rasgado y abierto en una especie de tajo en forma de V, con la punta ubicada un poco detrás de la cabeza. Algo había desgarrado una herida que se ensanchaba hacia atrás —como hacemos al abrir un sobre— a lo largo del tronco y llegaba tan lejos que las patas traseras o saltadoras habían sido casi arrancadas. Estaban tan arruinadas que la rana no podía saltar.

En la Tierra habría sido simplemente un espectáculo desagradable, pero hasta ese momento Ransom no había visto nada muerto ni arruinado en Perelandra y fue como un golpe en la cara. Era como el primer espasmo de un dolor bien recordado advirtiéndole a un hombre, que creía estar curado, que la familia lo ha engañado y está agonizando después de todo. Era como la primera mentira en boca de un amigo a quien uno pensaba confiarle mil libras en préstamo. Era irrevocable. El viento cálido como la leche que soplaba sobre el mar dorado, los azules y platas y verdes del jardín flotante, todo se había convertido, en un momento, simplemente en el margen adornado de un libro cuyo texto era el pequeño horror que se debatía a sus pies, y él mismo, en ese instante, pasó a un estado emocional que no podía controlar ni comprender. Se dijo que probablemente una criatura de ese tipo tenía pocas sensaciones. Pero eso no arreglaba las cosas. No era la simple piedad por el dolor lo que le había cambiado de pronto el ritmo del corazón. Aquello era una obscenidad intolerable que lo llenaba de vergüenza. Habría sido preferible, o así lo pensó entonces, que el universo entero no existiese antes de que pasara ese único hecho. Después decidió, a pesar de la convicción teórica de que era un organismo demasiado primitivo para sentir

mucho dolor, que era mejor matarlo. No tenía botas ni piedras ni garrote. La rana demostró ser notablemente difícil de matar. Cuando ya era demasiado tarde para desistir, comprendió claramente que había sido una estupidez intentarlo. Cualesquiera pudiesen ser los sufrimientos del animal ciertamente los había aumentado, no disminuido. Pero tenía que terminar. La tarea pareció llevarle casi una hora. Y cuando al fin el mutilado animal quedó inmóvil y Ransom bajó al borde del agua a lavarse, se sentía enfermo y tembloroso. Parece extraño decir esto de alguien que había combatido en el Somme; pero los arquitectos afirman que nada es grande o pequeño salvo por la posición que ocupa.

Al fin se puso en pie y reanudó la marcha. Un momento después se sobresaltó y volvió a mirar el suelo. Aceleró el paso y una vez más se detuvo y miró. Se quedó petrificado y se cubrió la cara. Rogó al cielo en voz alta que interrumpiera la pesadilla o le permitiera comprender qué pasaba. Había un rastro de ranas mutiladas a lo largo del borde de la isla. Pisando con cuidado, lo siguió. Contó diez, quince, veinte: la vigésimoprimera lo llevó a un sitio donde el bosque llegaba al borde del agua. Entró al bosque y salió por el otro lado. Entonces se detuvo en seco, mirando. Weston, aún vestido pero sin el casco de fibra, estaba parado a unos diez metros y mientras Ransom observaba fue desgarrando una rana: serena y casi quirúrgicamente introdujo el dedo índice, con su larga uña afilada, bajo la piel, tras la cabeza de la criatura y la desgarró hacia atrás. Ransom no había notado antes que Weston tuviera uñas tan notables. Después terminó la operación, arrojó el despojo sangriento a un lado y levantó la cabeza. Sus ojos se encontraron.

Si Ransom no dijo nada, fue porque no podía hablar. Veía a un hombre que ciertamente no estaba enfermo, a juzgar por la pose despreocupada y el enérgico uso que acababa de hacer de sus dedos. Veía a un hombre que ciertamente era Weston, a juzgar por la talla y la constitución y el color y los rasgos. En ese sentido era bien reconocible. Pero el terror residía en que además era irreconocible. No parecía un hombre enfermo: pero se parecía mucho a un hombre muerto. El rostro que alzó después de torturar a la rana tenía ese terrible poder que tiene a, veces el rostro de un cadáver para simplemente rechazar cualquier actitud humana concebible que uno pueda adoptar hacia él. La boca inexpresiva, la mirada fija, sin parpadeo, de los ojos, algo pesado e inorgánico en los pliegues mismos de la mejilla, decían con claridad: "Tengo rasgos como los tuyos, pero entre tú y yo no hay nada en común." Fue eso lo que dejó sin habla a Ransom. ¿Qué podía uno decirle a *eso,* qué invocación o amenaza podía tener sentido? Y entonces, abriéndose paso en su conciencia, apartando a empujones todo hábito mental y todo deseo de no creer, llegó la convicción de que en realidad aquello no era un hombre: de que el cuerpo de Weston era mantenido en Perelandra, caminando y sin corromperse, por algún tipo de vida completamente distinto, y que Weston propiamente dicho había desaparecido.

Miró a Ransom en silencio y por último empezó a sonreír. Todos nos hemos referido con frecuencia —Ransom mismo lo había dicho— a una sonrisa

diabólica. Ahora advertía que nunca había tomado las palabras en serio. La sonrisa no era amarga, ni furiosa, ni en un sentido común, siniestra; ni siquiera era burlona. Parecía llamar a Ransom, con un horrible candor de bienvenida, al mundo de sus propios placeres, como si todos los hombres estuvieran de acuerdo en esos placeres, como si fueran lo más natural del mundo y nunca hubiesen sido puestos en duda. No era furtiva, ni avergonzada, no había nada de conspiradora en ella. No desafiaba a la bondad, la ignoraba a tal punto que la aniquilaba. Ransom advirtió que antes sólo había visto pretensiones incómodas y a medias de la maldad. Esta criatura la representaba con energía. La agudeza de su maldad había sobrepasado toda lucha, llegando a cierto estado que mostraba una horrible similitud con la inocencia. Estaba más allá del vicio así como la Dama estaba más allá de la virtud.

La inmovilidad y la sonrisa duraron tal vez minutos enteros: no menos, con seguridad. Entonces Ransom dio un paso hacia aquel ser, sin una noción clara de lo que haría cuando llegara a él. Tropezó y cayó. Sintió una curiosa dificultad en volver a ponerse en pie y cuando lo hizo perdió el equilibrio y cayó por segunda vez. Después hubo un momento de oscuridad ocupado por un rugir de trenes expreso. Después volvieron el cielo dorado y las olas multicolores y supo que estaba solo y recuperándose de un desmayo. Mientras yacía allí, aún sin poder y tal vez sin querer levantarse, recordó que en ciertos filósofos y poetas antiguos había leído que la simple visión de los demonios era uno de los tormentos mayores del Infierno. Hasta entonces le había parecido una simple expresión caprichosa y arcaica. Y sin embargo (ahora lo entendía) hasta los niños saben que no es así: a ningún niño le habría resultado difícil entender que podría haber un rostro cuya mera contemplación sería la calamidad definitiva. Los niños, los poetas y los filósofos tenían razón. Así como hay un Rostro por encima de todos los mundos al que basta ver para sentir un goce irrevocable, del mismo modo en el fondo de todos los mundos espera ese rostro cuya sola visión es la desgracia de la que nadie que lo contemple puede recobrarse. Aunque parecía haber y en verdad había, mil caminos por los que un hombre podía recorrer el mundo, no había ni uno solo que no llevara tarde o temprano a la visión beatífica o a la visión desgraciada. Ransom mismo, por supuesto, había visto sólo una máscara o débil bosquejo; aún así, no estaba muy seguro de que viviría.

Cuando pudo, se puso en pie y partió en busca del ser. Debía tratar de impedir que encontrara a la Dama o al menos de estar presente cuando se encontraran. Qué podía hacer, no lo sabía, pero estaba claro sin posibilidad de evasión que lo habían enviado para esto. El cuerpo de Weston, viajando en una espacionave, había sido el puente por el que algo más había invadido Perelandra: que fuera la maldad suprema y original a la que en Marte llaman El Torcido, o uno de sus acólitos menores, no importaba. Ransom tenía piel de gallina en todo el cuerpo y las rodillas insistían en entrechocarse. Lo sorprendió poder experimentar un terror tan intenso y aún así estar caminando y pensando: como los hombres que en la guerra o en la enfermedad se sorprenden al descubrir lo que pueden soportar. "Nos volverá

locos", "Nos matará en el acto", decimos; y después ocurre y descubrimos que no estamos locos ni muertos, aun abocados a la tarea.

El tiempo cambió. La planicie sobre la que estaba caminando se infló en una ola de tierra. El cielo se volvió más pálido: pronto pasó a ser más bien rosa claro que dorado. El mar se hizo más oscuro, casi broncíneo. Pronto la isla estuvo trepando considerables colinas acuáticas. En una o dos ocasiones tuvo que sentarse y descansar. Varias horas más tarde (porque el avance era muy lento) vio de pronto dos siluetas humanas sobre lo que en ese momento era un horizonte. Un instante después se perdieron de vista mientras el terreno se alzaba entre ellos y él. Llegar le llevó cerca de media hora. El cuerpo de Weston estaba de pie: oscilando y manteniendo el equilibrio para adaptarse a cada cambio del suelo de un modo que el verdadero Weston no habría podido lograr. Le estaba hablando a la Dama. Y lo que más sorprendió a Ransom fue que la Dama lo siguió escuchando sin volverse para darle la bienvenida o al menos comentar su arribo cuando llegó y se sentó junto a ella sobre la hierba blanda.

—*Es* una gran apertura —estaba diciendo el ser—, esto de hacer historias o poesía sobre cosas que podrían existir pero no existen. Si te retraes, ¿no te estás apartando del fruto que te es ofrecido?

—No me retraigo ante hacer una historia, oh extranjero, sino ante esa única historia que me has puesto en la cabeza —contestó ella—. Yo misma puedo hacer historias sobre mis hijos o el Rey. Puedo hacer una en que el pez vuele y las bestias terrestres naden. Pero si trato de hacer la historia sobre vivir en la Tierra Fija, no sé cómo hacerla respecto a Maleldil. Porque si la hago como si Él hubiese cambiado su mandato, eso no resultará. Y si la hago como si nosotros viviéramos allí contra Su mandato, es como hacer que el cielo sea todo negro y el agua imposible de beber y el aire imposible de respirar. Pero además, no veo cuál es el placer de tratar de hacer esas cosas.

—Hacerte más sabia, más vieja —dijo el cuerpo de Weston.

—¿Estás seguro de que hará eso? —preguntó ella.

—Sí, estoy seguro —contestó la cosa—. Así es como las mujeres de mi mundo se han vuelto tan magníficas y hermosas.

—No lo escuches —interrumpió Ransom—, despídelo. No oigas lo que dice, no pienses en ello.

La Dama se volvió hacia Ransom por vez primera. Desde la última vez que la viera se había producido un levísimo cambio en el rostro. No se veía triste, ni profundamente confundido, pero la insinuación de algo precario había aumentado. Por otro lado la Dama estaba claramente complacida de verlo, aunque sorprendida por la interrupción, y las primeras palabras que pronunció revelaron que el descuido de no saludarlo cuando llegó provenía de no haber enfrentado nunca la posibilidad de una conversación entre más de dos personas. Y durante el resto de la charla, su ignorancia sobre la técnica de la conversación general, le otorgó una cualidad extraña e

inquietante a toda la escena. La Dama no tenía noción de cómo mirar con rapidez de un rostro a otro o cómo desenredar dos observaciones simultáneas. A veces escuchaba con toda su atención a Ransom, a veces al otro, pero nunca a ambos.

—¿Por qué empiezas a hablar antes de que el hombre haya terminado, Manchado? —preguntó—. ¿Cómo hacen en tu mundo, donde son tantos y con frecuencia deben estar juntas más de dos personas? ¿No hablan por turno, o tienen una habilidad especial para comprender hasta cuando todos hablan a la vez? No soy lo suficientemente vieja como para eso.

—No quiero que lo oigas en ningún sentido —dijo Ransom—. Él es...

Y entonces vaciló. "Malo", "mentiroso", "enemigo", ninguna de esas palabras tendría, por el momento, el menor significado para ella. Devanándose los sesos pensó en las conversaciones anteriores sobre el gran eldil que se había aferrado al bien antiguo y rechazado el nuevo. Sí; ese sería el único acceso de la dama a la idea de maldad. Iba a hablar pero ya era demasiado tarde. La voz de Weston se le adelantó.

—Este Manchado no quiere que me oigas, porque quiere mantenerte joven —dijo—. No quiere que te adelantes hacia frutos nuevos que nunca has probado.

—¿Pero cómo puede querer mantenerme más joven?

—¿No has comprendido aún —dijo el cuerpo de Weston— que el Manchado es alguien que siempre se retrae ante la ola que viene hacia nosotros y le gustaría, si pudiera, traer de nuevo la ola que ha pasado? ¿No lo reveló desde el primer momento en que habló contigo? Él no sabía que todo era nuevo desde que Maleldil se hizo hombre y que ahora todas las criaturas dotadas de razón serán hombres. Tuviste que enseñárselo. Y cuando lo aprendió no lo recibió con alegría. Lo apenaba que fueran a desaparecer los pueblos con pieles. Si pudiera, traería otra vez ese mundo antiguo. Y cuando le pediste que te enseñara muerte, no lo hizo. Quería que siguieras joven, que no aprendieras muerte. ¿No fue él quien te puso por primera vez en la mente la idea de que era posible no desear la ola que Maleldil hace rodar hacia nosotros, retraerse tanto que uno estaría dispuesto a cortarse los brazos y las piernas para impedir que llegue?

—¿Quieres decir que él es tan joven?

—Es lo que en mi mundo llamamos malo —dijo el cuerpo de Weston—. Alguien que rechaza el fruto que le es ofrecido a cambio del fruto que esperaba o el fruto que encontró la última vez.

—Entonces debemos hacerlo más viejo —dijo la Dama, y aunque no miró a Ransom, le fue revelado todo lo que de reina y madre había en ella, y supo que deseaba para él y para todas las cosas un bien infinito. Y él... él no podía hacer nada. Le habían arrancado el arma de la mano.

—¿Y tú nos enseñarás muerte? —le dijo la Dama a la forma de Weston, que estaba ubicada un poco por encima de ella.

—Sí —dijo el ser—. Por eso vine aquí, para que puedan tener muerte en abundancia. Pero debes ser muy valiente.

—*Valiente.* ¿Qué es eso?

—Es lo que te hace nadar en un día en que las olas son tan grandes y veloces que dentro tuyo algo te ordena quedarte en tierra.

—Lo sé. Y esos son los mejores días de todos para nadar.

—Sí. Pero para encontrar muerte, y con muerte la verdadera vejez y la belleza vigorosa y la apertura extrema, debes zambullirte en cosas más grandes que las olas.

—Continúa. Tus palabras son distintas a todas las palabras que he oído hasta hoy. Son como la burbuja rompiéndose en el árbol. Me hacen pensar en... en... no sé en qué me hacen pensar.

—Pronunciaré palabras mayores que éstas, pero debo esperar hasta que seas más vieja.

—Hazme más vieja.

—Dama, Dama —interrumpió Ransom—. ¿Acaso Maléldil no te haría más vieja en Su propio tiempo y a Su propio modo y no sería eso mucho mejor?

El rostro de Weston no se volvió hacia él ni en ese ni en ningún otro momento de la conversación, pero la voz, dirigida de lleno a la Dama, contestó la interrupción de Ransom.

—¿Ves? —dijo—. Él mismo, aunque no tenía la intención ni el deseo de hacerlo, te hizo entender hace unos días que Maléldil está empezando a enseñarte a caminar por tus propios medios, sin llevarte de la mano. Esa fue la primera apertura. Cuando llegaste a saberlo, te estaba volviendo realmente vieja. Y desde entonces Maléldil te ha permitido aprender mucho: no a través de Su propia voz, sino de la mía. Te estás valiendo de ti misma. Eso es lo que Maléldil quiere que hagas. Es por eso que Él ha dejado que estés separada del Rey y, en cierto sentido, hasta que Él ha dejado que estés separada del Rey y, en cierto sentido, hasta de Él mismo. Su modo de hacerte más vieja es hacer que tú misma te hagas más vieja. Y, sin embargo, este Manchado preferiría tenerte sentada esperando que Maléldil lo haga todo.

—¿Qué debemos hacerle al Manchado para hacerlo más viejo? —dijo la Dama.

—No creo que puedas ayudarlo hasta que tú misma seas más vieja —dijo la voz de Weston—. Todavía no puedes ayudar a nadie. Eres como un árbol sin fruto.

—Eso es muy cierto —dijo la Dama—. Continúa.

—Entonces escucha —dijo el cuerpo de Weston—. ¿Has comprendido que esperar la voz de Maleldil cuando Maleldil desea que camines por tus propios medios es una especie de desobediencia?

—Creo que sí.

—El modo equivocado de obedecer puede ser en sí una desobediencia.

La Dama meditó unos momentos y luego batió palmas.

—Entiendo —dijo—. ¡Entiendo! Oh, qué vieja me haces. Hasta ahora perseguía a un animal para divertirme. Y él comprendía y se alejaba corriendo de mí. Si se hubiera quedado quieto y me hubiera permitido atraparlo, habría sido una especie de desobediencia … pero no la mejor.

—Comprendes muy bien. Cuando hayas crecido del todo, serás aún más sabia y hermosa que las mujeres de mi mundo. Y ves que podría pasar lo mismo con las órdenes de Maleldil.

—Creo que no lo veo con claridad.

—¿Estás segura de que Él desea realmente ser obedecido siempre?

—¿Cómo podemos no obedecer lo que amamos?

—El animal que huía de ti te amaba.

—Me pregunto si es lo mismo —dijo la Dama—. El animal sabe muy bien cuándo quiero que huya y cuándo quiero que venga a mí. Pero Maleldil nunca nos ha dicho que alguna obra o palabra de Él fuera una broma. ¿Cómo podría nuestro Amado necesitar bromear o divertirse como nosotros? Él es todo goce ardiente y vigor. Es como pensar que Él necesitaría dormir o comer.

—No, no sería una broma. Es sólo algo parecido, no la cosa misma. Pero alejar tu mano de la suya… crecer por completo … caminar por tus propios medios … ¿podría llegar a ser perfecto si no hubieras, al menos por una sola vez, *parecido* desobedecerle?

—¿Cómo puede uno *parecer* desobedecer?

—Haciendo lo que Él sólo *parecía* prohibir. Podría haber una orden que Él deseara que quebraran.

—Pero si Él nos dijera que la quebráramos, entonces no sería una orden. Y si Él no lo hiciera, ¿cómo podríamos saberlo?

—Qué sabia te estás volviendo, oh hermosa —dijo la boca de Weston—. No. Si Él les dijera que quebraran lo que Él ordenó, no sería una verdadera orden, como lo has comprendido. Porque tienes razón. Él no hace bromas.

Una verdadera desobediencia, una verdadera apertura, eso es lo que Él secretamente anhela: secretamente, porque decirlo lo arruinaría todo.

—Empiezo a preguntarme si eres mucho más viejo que yo —dijo la Dama después de una pausa—. ¡Lo que dices es como fruto sin gusto! ¿Cómo podría apartarme de Su voluntad salvo hacia lo que no puede ser deseado? ¿Deberé empezar a tratar de no amarlo a Él... o al Rey... o a los animales? Sería como tratar de caminar sobre el agua o de nadar a través de las islas. ¿Deberé tratar de no dormir o beber o reír? Creía que tus palabras tenían sentido. Pero ahora parece que no tienen ninguno. Caminar apartándose de Su voluntad es caminar hacia ninguna parte.

—Eso es cierto en todas Sus órdenes menos una.

—¿Pero puede ésa ser distinta?

—Más aún, tú misma ves que es distinta. Sus otras órdenes (amar, dormir, llenar el mundo con tus hijos) ves por ti misma que son buenas. Y son iguales en todos los mundos. Pero la orden contra vivir sobre la Isla Fija no. Ya has aprendido que Él no dio esa orden en mi mundo. Y no puedes ver qué hay de bueno en ella. No es extraño. Si fuera realmente buena, ¿no tendría Él que haber ordenado lo mismo en todos los mundos? ¿Porque cómo podría Maleldil no ordenar lo que es bueno? *No* hay bien en esa orden. Maleldil mismo te lo está demostrando, en este momento, a través de tu propia razón. Es una orden, nada más. Es prohibir por el simple gusto de prohibir.

—¿Pero por qué... ?

—Para que puedas romperla. ¿Qué otro motivo podría haber? No es buena. No es igual en otros mundos. Se interpone entre ti y toda vida sedentaria, todo dominio de tus propios días. ¿Acaso Maleldil no te está mostrando con la máxima claridad posible que fue establecida como una prueba: como una gran ola sobre la que debes pasar, para que puedas llegar a ser realmente vieja, realmente separada de Él?

—Pero si me atañe con tanta profundidad, ¿por qué Él no pone en mi mente nada sobre esto? Todo viene, de ti, extranjero. No hay ni siquiera un murmullo de la Voz que diga sí a tus palabras.

—¿Pero no te das cuenta de que no puede haberlo? Él anhela, oh, cómo anhela, ver a Su criatura ser totalmente ella misma, afirmarse en su propia razón y su propia valentía incluso contra Él. ¿Pero cómo puede Él *decirle* que lo haga? Arruinaría todo. Hiciera lo que hiciese después la criatura, sólo sería un paso más dado con Él. Esta es la única de todas las cosas que Él no está cansado de verse solo a sí mismo en todo lo que ha hecho? Si eso lo satisfaciera, ¿por qué necesitaría Él crear? Encontrar al otro ... aquello cuya voluntad ya no es suya ... ese es el deseo de Maleldil.

—Si yo pudiera saberlo ...

—Él no debe decírtelo. No puede decírtelo. Lo máximo que puede hacer es permitir que alguna otra criatura te lo diga. Y mira, así lo ha hecho. ¿Acaso es por nada, o sin voluntad, que he viajado a través del Cielo Profundo para enseñarte lo que Él necesita que sepas pero no debe enseñarte Él mismo?

—Dama —dijo Ransom—. Si hablo, ¿me escucharás?

—Encantada, Manchado.

—Este hombre ha dicho que la ley contra vivir en la Isla Fija es distinta a las demás leyes, porque no es la misma en todos los mundos y porque no podemos ver cuál es su bondad. Y hasta allí tiene razón. Pero después dice que se diferencia de ese modo con el fin de que puedas desobedecerla. Pero podría haber otro motivo. —Dilo, Manchado.

—Creo que Él hizo una ley como esa para que pudiera haber obediencia. En todas las otras cuestiones lo que llamas obedecer a Él no es más que hacer lo que también para ti es bueno. ¿Queda satisfecho el amor con eso? Es cierto, las cumples porque es Su voluntad, pero no sólo porque sea Su voluntad. ¿Cómo podrías saborear el goce de obedecer a menos que Él te mande hacer algo para lo que Su mandamiento es la *única* razón? Cuando hablamos la última vez dijiste que si le decías a los animales que caminaran sobre la cabeza, ellos lo harían complacidos. Así que sé que entiendes bien lo que te estoy diciendo.

—Oh, valiente Manchado, es lo mejor que has dicho hasta ahora —dijo la Dama Verde—. Me hace mucho más vieja: aunque no se parece a la vejez que me está dando este otro. ¡Oh, qué bien lo veo! No podemos apartarnos de la voluntad de Maleldil; pero Él nos ha dado un medio de apartarnos de *nuestra* voluntad. Y no podría existir tal medio si no hubiera una orden como ésta. Basada en nuestra voluntad. Es como pasar a través del techo del mundo hacia el Cielo Profundo. Más allá todo es el amor propiamente dicho. Sabía que había júbilo en contemplar la Isla Fija y desechar toda idea de vivir alguna vez allí, pero hasta ahora no lo entendía.

El rostro estaba radiante mientras hablaba, pero después lo cruzó una sombra de perplejidad.

—Manchado —dijo—, si eres tan joven, como dice este otro, ¿cómo sabes estas cosas? —Él dice que soy joven, pero yo digo que no lo soy. La voz del rostro de Weston habló súbitamente, fue más alta y profunda que antes y menos parecida a la voz de Weston.

—Soy más viejo que él y no se atreverá a negarlo —dijo—. Antes de que las madres de las madres de su madre fueran concebidas, ya era más viejo de lo que él puede calcular. He estado con Maleldil en el Cielo Profundo donde él nunca llegó y oí los concilios eternos. En el orden de la creación soy más grande que él y ante mí él no cuenta en absoluto. ¿No es así?

El rostro cadavérico no se volvió hacia Ransom ni siquiera entonces, pero el que había hablado y la Dama parecían esperar su respuesta. La falsedad que le saltó a la mente murió en sus labios. En aquel aire, hasta cuando la verdad parecía fatal sólo la verdad servía. Pasándose la lengua por los labios y ahogando una sensación de náusea, contestó:

—En nuestro mundo ser más viejo no siempre es ser más sabio.

—Míralo —le dijo el cuerpo de Weston a la Dama—. Observa qué blancas se le han puesto las mejillas y qué húmeda tiene la frente. Nunca has visto eso antes: desde ahora lo verás con más frecuencia. Es lo que les pasa (el comienzo de lo que les pasa) a las criaturas pequeñas cuando se oponen a las grandes.

Un agudo estremecimiento de terror recorrió la columna vertebral de Ransom. Lo que lo salvó fue el rostro de la Dama. Intocada por la maldad tan cercana a ella, distante como si estuviera a diez años de viaje dentro de su propia inocencia y al mismo tiempo tan protegida y tan expuesta por esa inocencia, levantó la cabeza hacia la Muerte que estaba sobre ella, confundida, sí, pero no más allá de los límites de una animada curiosidad y dijo:

—Pero sobre esta prohibición él tenía razón, Extranjero. Eres tú quien necesita ser más viejo. ¿No puedes verlo?

—Yo siempre he visto el todo donde él sólo ve la mitad. Es muy cierto que Maleldil te ha dado un medio de apartarte de tu propia voluntad... pero de tu voluntad más profunda.

—¿Y cuál es?

—En este momento tu más profunda voluntad es obedecer a Él: ser siempre como eres ahora, sólo Su animal o Su hija muy joven. El camino para apartarse de eso es difícil. Fue hecho difícil para que sólo los muy grandes, los muy sabios, los muy valientes se atrevieran a emprenderlo, a seguir, a seguir fuera de la pequeñez en la que ahora vives, a través de la ola oscura de Su prohibición, hacia la vida real, la vida profunda, con todo su goce y esplendor y dureza.

—Escucha, Dama —dijo Ransom—. Hay algo que él no te está diciendo. Todo lo que estamos hablando ahora ya fue hablado antes. Lo que él quiere que intentes ya fue intentado. Hace mucho tiempo cuando empezó nuestro mundo, había sólo un hombre y una mujer en él, como tú y el Rey en éste. Y allí estuvo él una vez, como está ahora, hablándole a la mujer. La había encontrado sola como te ha encontrado sola a ti. Ella escuchó e hizo lo que Maleldil le había prohibido hacer. Pero de ello no resultó ningún goce ni esplendor. Lo que resultó no puedo contártelo porque no tienes imágenes para ello en tu mente. Pero todo amor se vio perturbado y enfriado y la voz de Maleldil se volvió difícil de oír así que la sabiduría escaseó entre ellos; la mujer se volvió contra el hombre y la madre contra el hijo, y cuando buscaron qué comer no había fruto en los árboles, y cazar para comer les

ocupó todo el tiempo, de modo que sus vidas se hicieron más estrechas, no más anchas.

—Te ha ocultado la mitad de lo que pasó —dijo la boca cadavérica de Weston—. De ello resultaron dificultades pero también esplendor. Construyeron con las propias manos montañas más altas que tu Tierra Fija. Fabricaron para sí islas flotantes mayores que las tuyas que podían moverse a voluntad sobre el océano, más veloces que cualquier ave. Como no siempre había comida suficiente, una mujer podía entregar el único fruto al hijo o al esposo y ella comer en cambio muerte: podía darles todo, cosa que en tu estrecha y pequeña vida de jugar y besar y cabalgar peces nunca has hecho, ni harás a menos que rompas el mandamiento. Como la sabiduría era más difícil de encontrar, las que la encontraban se volvían más hermosas y eran superiores a las compañeras así como tú eres superior a los animales; miles se disputaban su amor ...

—Creo que ahora voy a dormir —dijo la Dama en forma completamente repentina. Hasta ese momento había estado escuchando al cuerpo de Weston con la boca y los ojos abiertos, pero cuando éste habló de las mujeres con miles de amantes bostezó, con el bostezo descarado e impremeditado de un gato joven.

—Aún no —dijo el otro—. Hay otra cosa. Él no te ha contado que fue la ruptura del mandamiento lo que trajo a Maleldil a nuestro mundo y lo que provocó que Él se hiciera hombre. No se atreverá a negarlo.

—¿Afirmas eso, Manchado?

Ransom estaba sentado con los dedos entrelazados tan estrechamente que se le habían puesto blancos los nudillos. La injusticia de todo el asunto lo hería como un alambre de púas. Injusto... ¿Cómo podía esperar Maleldil que luchara contra esto, que luchara sin armas, sin poder mentir y llevado sin embargo a lugares donde la verdad parecía fatal? ¡Era injusto! Tuvo un impulso repentino de rebelión ardiente. Un segundo después, la duda, como una ola enorme, rompió sobre él. ¿Y si el enemigo tenía razón después de todo? *Félix peccatum Adae.* Hasta la Iglesia le diría que el bien provenía de la desobediencia a. la larga. Sí, y también era cierto que él, Ransom, era una criatura tímida, alguien que se retraía ante las cosas nuevas y duras. ¿De qué lado estaba la tentación después de todo? El progreso pasó ante sus ojos en una gran visión fugaz: ciudades, ejércitos, altas naves, bibliotecas y fama, y la magnificencia de la poesía brotando como una fuente de los esfuerzos y las ambiciones de los hombres. ¿Quién podía estar seguro de que la evolución creativa no era la verdad más profunda? Desde todo tipo de fisuras de su propia mente cuya existencia nunca había sospechado, algo salvaje, impetuoso y exquisito empezó a subir, a volcarse hacia la forma de Weston. "Él es un espíritu, es un espíritu, y tú sólo un hombre" decía la voz íntima. "Él pasa de siglo en siglo. Tú sólo eres un hombre ..."

—¿Afirmas eso, Manchado? —preguntó la Dama por segunda vez.

El hechizo estaba roto.

—Te diré lo que afirmo —contestó Ransom, poniéndose en pie de un salto—. Por supuesto que de ello vino el bien. ¿Acaso Maleldil es un animal para que podamos detenerlo en Su camino o una hoja para que podamos retorcer Su forma? Se haga lo que se haga, Él lo convertirá en bien. Pero no en el bien que Él había preparado para uno si uno le hubiera obedecido. Eso está perdido para siempre. El primer Rey y la primera Madre de nuestro mundo hicieron lo que estaba prohibido; a la larga Él lo transformó en bien. Pero lo que ellos hicieron no fue bueno y lo que perdieron no lo hemos visto. Y hubo algunos para quienes el bien no llegó ni llegará nunca.

Se volvió hacia el cuerpo de Weston.

—Tú —dijo—, cuéntale todo. ¿Qué bien te tocó a ti? ¿Te alegraste *tú* cuando Maleldil se convirtió en hombre? Cuéntale *tus* alegrías y qué ganancia obtuviste al hacer que Maleldil y la muerte se conocieran.

En el momento que siguió a estas palabras ocurrieron dos cosas que eran totalmente ajenas a cualquier experiencia terrestre. El cuerpo que había sido de Weston alzó la cabeza y abrió la boca y emitió un. largo aullido melancólico, como un perro, y la Dama se tendió, indiferente por completo, cerró los ojos y se quedó dormida en el acto. Y mientras pasaban estas dos cosas el trozo de terreno sobre el que estaban de pie los dos hombres y tendida la mujer se precipitó hacia abajo por una gran ladera acuática.

Ransom mantuvo los ojos clavados en el enemigo, pero éste no se fijó en él. Los ojos se movían como los ojos de un hombre vivo pero era difícil estar seguro de lo que estaban mirando o de si usaba los ojos realmente como órganos de visión en algún sentido. Daba la impresión de una fuerza que mantenía astutamente las pupilas fijas en dirección adecuada mientras la boca hablaba pero que, para sus propios fines, empleaba modos de percepción completamente distintos. El ser se sentó junto a la cabeza de la Dama sobre el costado opuesto a Ransom. Si es que se le podía llamar sentarse. El cuerpo no llegó a la posición de agachado mediante los movimientos normales de un hombre: era más bien como si una fuerza externa lo maniobrara haciéndole adoptar la posición correcta y luego lo dejara caer. Era imposible indicar un movimiento en particular que fuera definitivamente no-humano. Ransom tuvo la impresión de observar una imitación de los movimientos vivientes muy bien estudiada y técnicamente correcta: pero en cierto sentido faltaba el toque maestro. Y se sintió estremecido por un horror inarticulado, infantil ante la cosa con la que debía enfrentarse: el cadáver manipulado, el espantajo, el Anti-hombre.

No había nada que hacer aparte de vigilar: estar sentado allí, para siempre si fuera necesario, resguardando a la Dama del Anti-hombre mientras la isla trepaba interminablemente sobre los Alpes y Andes de agua bruñida. Los tres estaban muy quistos. Con frecuencia los animales y los pájaros llegaban y los miraban. Horas más tarde el Anti-hombre empezó a hablar. Ni siquiera

en dirección a Ransom; lenta y pesadamente, como una máquina mal aceitada, hizo que la boca y los labios pronunciaran el nombre.

—Ransom —dijo.

—¿Sí? —dijo Ransom.

—Nada —dijo el Anti-hombre.

Ransom le lanzó una mirada inquisitiva. ¿Estaba loca la criatura? Pero como antes, parecía más bien muerta que loca, sentada con la cabeza baja y la boca entreabierta, un poco de polvo amarillo del musgo depositado en las arrugas de las mejillas, las piernas cruzadas como las de un sastre y las manos, con las largas uñas de aspecto metálico, apretadas sobre el suelo ante sí. Ransom dejó de lado el problema y volvió a sus desagradables pensamientos.

—Ransom —dijo el ser otra vez.

—¿Qué pasa? —dijo Ransom con impaciencia.

—Nada —contestó.

Otra vez hubo silencio y otra vez, un minuto más tarde, la boca horrible dijo:

—¡Ransom!

Esta vez no contestó. Pasó otro minuto y el ser volvió a pronunciar el nombre; después, como una ametralladora:

—Ransom… Ransom… Ransom… —tal vez cien veces.

—¿Qué demonios quieres? — rugió él.

—Nada —dijo la voz.

La próxima vez decidió no contestar, pero cuando el ser lo hubo llamado unas mil veces se descubrió contestando lo quisiera o no, y la réplica llegaba:

—Nada.

Por fin se adiestró para mantener silencio no porque la tortura de resistir el impulso de hablar fuese menor que la tortura de responder, sino porque algo dentro de él se alzó para combatir la seguridad del atormentador de que a la larga debía ceder. Si el ataque hubiese sido más violento habría sido más fácil resistirlo. Lo que le daba escalofríos y casi acobardaba a Ransom era la unión de lo maligno con algo casi infantil. En cierto modo estaba preparado para la tentación, la blasfemia o toda una batería de horrores: pero no para aquel machacar mezquino, infatigable como el de un muchachito intratable de la escuela secundaria. En verdad ningún horror imaginable podría haber superado la impresión que crecía en él mientras pasaban las lentas horas, de que la criatura estaba, según toda norma humana, dada vuelta: tenía el

corazón en la superficie y la superficialidad en el corazón. En la superficie, grandes proyectos y un antagonismo hacia el Cielo que abarcaba el destino de mundos enteros: pero en lo profundo, una vez atravesado todo velo, ¿había después de todo algo más que una negra puerilidad, una malevolencia vacía y sin objeto satisfecha con saciarse de las más pequeñas crueldades, así como el amor no rechaza las *más* pequeñas bondades? Lo que lo mantuvo firme, mucho después de que toda posibilidad de pensar en otra cosa había desaparecido, fue la decisión de que, si debía elegir entre oír la palabra Ransom o la palabra nada un millón de veces, prefería la palabra Ransom,

Y durante todo el tiempo la pequeña región coloreada como una joya trepaba hacia el firmamento amarillo y colgaba allí un instante y volcaba los bosques y aceleraba bajando dentro de las cálidas profundidades lustrosas de las olas: la Dama yacía durmiendo con el brazo doblado bajo la cabeza y los labios entreabiertos. Durmiendo, ciertamente —porque los ojos estaban cerrados y la respiración era regular— aunque sin parecerse en nada a los que duermen en nuestro mundo, porque el rostro estaba saturado de expresión e inteligencia y los miembros parecían listos para saltar en cualquier momento; en general daba la impresión de que el sueño no era algo que le ocurriera a ella, sino una acción que ejecutaba. Entonces la noche cayó de pronto. —Ransom ... Ransom ... —prosiguió la voz. Y súbitamente se le ocurrió la idea de que aunque él en algún momento debería dormir, el antihombre bien podría no necesitarlo.

DIEZ

Justamente dormir resultó el problema. Durante lo que pareció un largo tiempo, entumecido y agotado, y poco después también hambriento y sediento, estuvo sentado inmóvil en la oscuridad tratando de no atender la repetición incansable de "Ransom ... Ransom... Ransom". Pero poco después se encontró escuchando una conversación de la que supo que no había oído el principio y advirtió que había dormido. La Dama parecía decir muy poco. La voz de Weston hablaba suave y continua. No se refería a la Tierra Fija ni tampoco a Maleldil. Parecía estar contando, con extrema belleza y emoción, una cantidad de historias, y al principio Ransom no pudo captar ninguna conexión entre ellas. Eran todas sobre mujeres, pero mujeres que evidentemente habían vivido en períodos históricos distintos y en circunstancias completamente distintas. A juzgar por las réplicas de la Dama era obvio que las historias incluían muchos elementos que ella no entendía; extrañamente, al Anti-hombre eso no le importaba. Si las preguntas despertadas por cualquier historia resultaban un poco difíciles de contestar, el orador simplemente la dejaba de lado y empezaba otra en el acto. Todas las heroínas de las historias parecían haber sufrido mucho: habían sido oprimidas por los padres, desechadas por los maridos abandonadas por los amantes. Los hijos se habían alzado contra ellas y la sociedad las había expulsado. Pero todas las historias, en cierto sentido, tenían un final feliz: a veces con honras y alabanzas para una heroína aún viva, más a menudo con tardío reconocimiento y lágrimas vanas después de la muerte. A medida que la perorata interminable continuaba, las preguntas de la Dama se iban haciendo más escasas; era evidente que cierto sentido para las palabras muerte y pena —aunque Ransom, no pudo ni siquiera adivinar qué tipo de sentido— iba siendo creado en su mente por la mera repetición. Al fin empezó a comprender a qué se referían, todas las historias. Cada una de aquellas mujeres se había adelantado sola y afrontado un riesgo terrible por el hijo, el amante o el pueblo. Cada una de ellas había sido incomprendida, denigrada y perseguida: pero también espléndidamente reivindicada por el acontecimiento. A menudo no era fácil seguir los detalles precises. Ransom tenía más que una sospecha de que muchas de las nobles pioneras habían sido lo que en el habla común terrestre llamamos brujas o pervertidas. Pero todo eso quedaba en el trasfondo. Lo que surgía de las historias era más bien una imagen que una idea: la estampa de la forma alta, esbelta, sin inclinarse aunque el peso del mundo descansara sobre sus hombros, adentrándose sin temor ni amigos en la oscuridad para hacer por los demás lo que los damas le habían prohibido hacer y sin embargo debía ser hecho. Y durante todo el tiempo, como una especie de fondo a las siluetas de las diosas, el que hablaba iba levantando una imagen del otro sexo. No se pronunciaba ninguna palabra directa sobre el tema: pero se los sentía allí como una multitud enorme, difusa de criaturas lastimosamente pueriles y complacientemente arrogantes, tímidos, meticulosos y nada

creativos, perezosos y como bueyes, casi arraigados a la tierra en su indolencia, listos a no intentar nada, a no arriesgar nada, a no hacer ningún esfuerzo y capaces de alcanzar la plenitud de la vida sólo mediante la virtud no reconocida y rebelde de las hembras. Estaba hecho con mucha eficacia. Ransom, que no tenía un gran orgullo sexual, por unos momentos se encontró a punto de creerlo.

En medio de esto la oscuridad fue desgarrada de pronto por un relámpago, segundos después llegó el alboroto del trueno perelándrico, como el sonido de un tamboril celestial y luego la cálida lluvia. Ransom no le prestó mucha atención. El relámpago le había mostrado al Anti-hombre sentado bien erguido, a la Dama apoyada en un codo, al dragón tendido despierto junto a su cabeza, una pequeña arboleda detrás y grandes olas recortadas contra el horizonte. Estaba pensando en lo que había visto. Se preguntaba cómo la Dama podía ver aquel rostro —las mandíbulas moviéndose monótonas como si mascaran en vez de hablar— y no saber que la criatura era maligna. Por supuesto comprendía que era irracional de su parte. Sin duda él mismo era una figura estrafalaria para ella; no podía tener conocimientos ni sobre la maldad ni sobre el aspecto normal del hombre terrestre para guiarse. La expresión del rostro, revelada por la súbita luz era una que Ransom no le había visto hasta entonces. La Dama no miraba al narrador: en ese sentido, sus pensamientos podrían haber estado a mil kilómetros de distancia. Tenía los labios cerrados y un poco salientes. Las cejas levemente alzadas. Ransom no la había visto nunca tan semejante a una mujer de nuestra propia raza y sin embargo era una expresión que no se encuentra con frecuencia en la Tierra... salvo, como advirtió con un sacudón, sobre el escenario. "Es como la reina de una tragedia" fue la desagradable comparación que se le ocurrió. Desde luego era una grosera exageración, un insulto por el que no podía perdonarse. Y sin embargo ... sin embargo ... el cuadro vivo revelado por el relámpago le había quedado fotografiado en el cerebro. Hiciera lo que hiciese le resultaba imposible no pensar en el nuevo aspecto del rostro de la Dama. Una reina trágica muy *buena,* sin duda. La heroína de una magnífica tragedia, interpretada con gran nobleza por una actriz que era una buena mujer en la vida real. Según las normas terrestres, una expresión digna de ser ensalzada, hasta reverenciada: pero al recordar todo lo que había leído antes en sus rasgos, la radiación no consciente de sí misma, la santidad retozona, la profunda quietud que a veces le recordaba la infancia y a veces la extrema vejez; aunque la juventud y la valentía inflexibles del rostro y del cuerpo negaban a ambas, Ransom encontraba la nueva expresión aterrorizante. El toque fatal de la grandeza tentadora, del pathos disfrutado —la asunción, por pequeña que fuese, de un rol— le parecía una odiosa vulgaridad. Tal vez ella no estaba haciendo más —tenía fundadas esperanzas de que no estuviera haciendo más— que responder de un modo puramente imaginario al nuevo arte de las historias y la poesía. ¡Pero por Dios habría sido mejor que no fuera así! Y por primera vez el pensamiento "Esto no puede seguir" se formuló en su mente.

—Iré adonde las hojas nos protejan de la lluvia —dijo la voz de la Dama en la oscuridad.

Ransom apenas había notado que se estaba mojando: en un mundo sin ropas es menos importante. Pero se puso en pie cuando la oyó moverse y la siguió de oído lo mejor que pudo. El Anti-hombre parecía estar haciendo lo mismo. Avanzaron en la oscuridad total sobre una superficie tan variable como la del agua. De vez en cuando había otro relámpago. Uno veía a la Dama caminando erguida, al Anti-hombre moviéndose junto a ella con los brazos colgando y los shorts y la camisa de Weston ahora empapados y adheridos al cuerpo, y al dragón resoplando y hamacándose detrás. Al fin llegaron a un sitio donde la alfombra estaba seca bajo los pies y donde sonaba el ruido tamborileante de la lluvia sobre hojas firmes encima de sus cabezas. Volvieron a tenderse.

—Y había otra vez —empezó de inmediato el Anti-hombre—, una reina en nuestro mundo que gobernaba una pequeña región ...

—¡Shhh! —dijo la Dama—. Déjanos escuchar la lluvia.

Un momento después, agregó:

—¿Qué fue eso? Era algún animal que nunca he oído antes... —en verdad, había habido algo muy semejante a un gruñido grave junto a ellos.

—No sé —dijo la voz de Weston.

—Yo creo que sí —dijo Ransom.

—¡Shhh! —dijo otra vez la Dama y no se habló más por aquella noche.

Aquel fue el comienzo de una serie de días y de noches que Ransom recordó con aversión por el resto de su vida. Había tenido mucha razón en suponer que el enemigo no necesitaba dormir. Por fortuna la Dama sí, aunque mucho menos que Ransom y posiblemente, a medida que pasaban los días, descansaba menos de lo necesario. A Ransom le parecía que cada vez que se adormecía despertaba para encontrar al Anti-hombre ya conversando con ella. Estaba mortalmente cansado. Apenas podría haberlo soportado de no mediar el hecho de que con frecuencia la anfitriona los despedía a los dos. En tales ocasiones Ransom se mantenía cerca del Anti-hombre. Era un descanso de la batalla principal, pero un descanso muy imperfecto. No se atrevía a perder de vista al enemigo ni por un momento y con cada día que pasaba su compañía se le hacía más insoportable. Tuvo una buena oportunidad de aprender la falsedad de la máxima de que el Príncipe de las Tinieblas es un caballero. Una y otra vez sintió que un Mefistófeles suave y sutil de capa roja y espadín y una pluma en el sombrero, o aun un sombrío Satán trágico salido de *El Paraíso Perdido,*[8] habrían sido un bienvenido alivio junto a lo que en realidad estaba condenado a contemplar. No se parecía en nada a vérselas con un político malvado: era mucho más similar a

[8] Poema épico de Milton, donde se narra la Caída del hombre. *(N. del T.)*

custodiar a un imbécil o un mono o un niño muy molesto. Lo que le había repugnado y dado náuseas cuando empezó a decir por primera vez "Ransom... Ransom..." seguía repugnándole cada día y cada hora. Mostraba mucha inteligencia y sutileza cuando hablaba con la Dama; Ransom advirtió pronto que consideraba a la inteligencia simple y únicamente como un arma, que no tenía más deseo de emplearla en sus horas de ocio que el que siente un soldado de hacer prácticas de bayoneta cuando está de licencia. Para él el pensamiento era un ardid necesario a ciertos fines, pero el pensamiento en sí mismo no le interesaba. Adoptaba la razón tan externa e inorgánicamente como adoptaba el cuerpo de Weston. En cuanto la Dama se perdía de vista parecía retroceder. Ransom pasaba gran parte del tiempo protegiendo a los animales. Cada vez que el ser se perdía de vista, o se adelantaba unos metros, agarraba cualquier animal o ave que tuviera a mano y le arrancaba un poco de piel o plumas. Cuando le era posible, Ransom. trataba de interponerse entre él y la víctima. En tales ocasiones había momentos detestables en que los dos quedaban parados enfrentándose. Nunca llegaban a luchar, porque el Antihombre se limitaba a sonreír y tal vez a escupir y retroceder un poco, pero antes de que ocurriera, por lo común Ransom tenía ocasión de descubrir el terror espantoso que le provocaba. Porque junto a la repugnancia, el terror más infantil de vivir con un fantasma o un cadáver mecanizado nunca lo abandonaba por más de unos minutos. El hecho de estar a *solas* con eso a veces se apoderaba de su mente con tal intensidad que necesitaba de toda la razón para resistir la ansiedad de compañía: el impulso de precipitarse locamente a través de la isla hasta encontrar a la Dama y rogarle que lo protegiera. Cuando el Anti-hombre no podía conseguir animales, se contentaba con plantas. Le gustaba tajearles la corteza con las uñas, o descuajar raíces, o arrancar hojas, o puñados de césped. Tenía juegos innumerables para practicar con Ransom. Contaba con un repertorio completo de obscenidades para ejecutar con su cuerpo (o más bien el de Weston): la mera estupidez de ellas era casi peor que la bajeza. Se sentaba haciéndole muecas durante horas enteras; después, por varias horas más, volvía a la vieja cantinela de "...Ransom... Ransom..." Con frecuencia las muecas lograban una similitud horrible con gente que Ransom había conocido y amado en nuestro mundo. Pero lo peor de todo eran los momentos en que le permitía a Weston regresar a su semblante. Entonces la voz que siempre era la voz de Weston, empezaba un balbuceo penoso, vacilante:

—Tenga cuidado, Ransom. Estoy abajo en el fondo de un agujero negro. No, creo que no. Estoy en Perelandra. No puedo pensar muy bien ahora, pero no importa, él piensa todo en mi lugar. Pronto estaré bastante bien. Ese muchacho insiste en cerrar las ventanas. Todo anda perfecto: me han sacado la cabeza y han puesto la de otro en mí. Pronto estaré bien, creo. No me dejaban ver el álbum de recortes de prensa. Así que fui y le dije que, si no me querían entre los primeros quince, bien podían divertirse sin mí, entiende. Le diremos a ese cachorrito que presentar un trabajo como éste es un insulto para los examinadores. Lo que quiero saber es por qué debo pagar por un pasaje de primera clase y después viajar apretado de este modo. No es justo. No es justo. Nunca quise hacer daño. Podría usted

sacarme un poco el peso del pecho, no quiero toda esta ropa. Déjeme solo. Déjeme solo. No es justo. No es justo. Qué moscones enormes. Dicen que uno se acostumbra a ellos... —y terminaba con el aullido canino.

Ransom nunca pudo decidir si se trataba de un truco o si una energía psíquica declinante que una vez había sido Weston estaba en realidad intermitente y lamentablemente viva dentro del cuerpo sentado ante él. Descubrió que todo el odio que hubiese sentido alguna vez por el Profesor había muerto. Le parecía natural rogar con fervor por su alma. Sin embargo, lo que sentía por Weston no era exactamente piedad. Hasta entonces, cada vez que había pensado en el infierno, había imaginado a las almas perdidas como aún humanas; ahora, cuando el temible abismo que separa lo fantasmal de lo humano bostezaba ante él, la piedad era casi tragada por el horror: por la reacción invencible de la vida que había en él ante la muerte concreta y autoconsumante. Si en tales momentos los restos de Weston estaban hablando a través de los labios del Antihombre, entonces Weston había dejado de ser un hombre en todo sentido. Las fuerzas que tal vez años atrás habían empezado a devorarle la humanidad ahora habían completado la obra. La voluntad ebria que había ido envenenando lentamente la inteligencia y los afectos ahora por fin se había envenenado a sí misma y todo el organismo psíquico había caído en pedazos. Sólo quedaba un fantasma: una inquietud eterna, un desmoronamiento, una ruina, un olor a descomposición. "Y ese —pensaba Ransom— podría ser mi destino, o el de ella."

Pero naturalmente las horas pasadas con el Antihombre eran como horas en una zona apartada. La parte importante de la vida era la conversación interminable entre el Tentador y la Dama Verde. Considerado hora por hora, el progreso era difícil de estimar; pero a medida que pasaban los días Ransom no pudo resistir la convicción de que el desarrollo general favorecía al enemigo. Desde luego había vaivenes. Con frecuencia el Anti-hombre era rechazado inesperadamente por alguna simpleza que parecía no haber previsto. Con frecuencia, también, las contribuciones de Ransom al terrible debate tenían un éxito momentáneo. Hubo instantes en que pensó, "¡Gracias a Dios! Al fin hemos vencido". Pero el enemigo nunca se cansaba y Ransom se iba cansando sin cesar; pronto creyó que podía advertir señales de que la Dama también se estaba fatigando. Por último se lo atribuyó a ella y le rogó que los despidiera a ambos. Pero la Dama lo reprendió y el reproche reveló lo peligrosa que se había vuelto la situación.

—¿Irme y descansar y jugar cuando todo esto está en nuestras manos? —preguntó—. No hasta estar segura de que no me queda ninguna gran proeza que yo pueda hacer por el Rey y por los hijos de nuestros hijos.

Ahora el enemigo trabajaba casi exclusivamente en esa dirección. Aunque la Dama no contaba con una palabra para "deber", él la hizo aparecer bajo la luz de un deber que ella debía seguir acariciando la idea de la desobediencia, y la convenció de que rechazarlo sería una cobardía. Las ideas de la gran proeza, del gran riesgo de una especie de martirio, le eran presentadas a la Dama todos los días, variadas de mil maneras. La noción de esperar para

consultar al Rey antes de tomar una decisión fue discretamente apartada. No había que pensar en una "cobardía" semejante. Todo el sentido —toda la grandeza— de su acción residiría en ejecutarla sin conocimiento del Rey, en dejarlo completamente libre para repudiarla, de modo que todos los beneficios serían para él y todos los riesgos para ella; con el riesgo, desde luego, toda la magnanimidad, el pathos, la tragedia y la originalidad. Y además, insinuó el Tentador, no tendría sentido consultar al Rey porque con seguridad él *no* aprobaría la acción: los hombres eran así. El Rey debía ser obligado a ser libre. El noble hecho debía llevarse a cabo ahora que ella estaba librada a sus propios medios: ahora o nunca; y con ese "Ahora o nunca" el Tentador empezó a jugar con un temor que obviamente la Dama compartía con las mujeres de la Tierra: el temor de desperdiciar la vida, de dejar pasar alguna gran oportunidad. "Qué pasaría si yo fuera como un árbol que podría haber tenido calabazas y sin embargo no tuviera ninguna" decía. Ransom trató de convencerla de que los hijos eran fruto suficiente. Pero el Anti-hombre preguntó si podía ser posible que la elaborada división de la raza humana en dos sexos sólo tuviera como fin los hijos: algo que podría haber sido suministrado con más sencillez como ocurría en muchas plantas. Un momento después explicaba que los hombres como Ransom —hombres del tipo intensamente masculino y nostálgico que siempre se retrae ante el bien nuevo— se habían esforzado sin cesar en su mundo por mantener a la mujer dedicada sólo a la crianza de los hijos y a ignorar el alto destino para el que Maleldil la había creado en realidad. Le contó que tales hombres habían hecho un daño incalculable. Que se cuidara ella de que no ocurriera nada parecido en Perelandra. Fue aquí cuando comenzó a enseñarle muchas palabras nuevas: palabras como Creativo, Intuición y Espiritual. Pero ese fue uno de sus pasos en falso. Cuando la Dama comprendió por fin lo que quería decir "creativo", olvidó todo lo que se refería al Gran Riesgo y la soledad trágica y se rió durante un minuto entero. Por último le dijo al Anti-hombre que era aún más joven que el Manchado y los despidió a los dos.

Ransom ganó terreno basándose en eso, pero al día siguiente lo perdió todo al perder la calma. El enemigo había estado machacándole a la Dama con un ardor mayor que de costumbre la nobleza de la abnegación y la entrega de sí mismo, y el encantamiento parecía hacerse cada vez más profundo en la mente de la Dama, cuando Ransom, empujado más allá de toda paciencia, se puso en pie de un salto y realmente cayó sobre ella hablando con demasiada rapidez y casi gritando, hasta olvidándose del solar antiguo y entremezclando palabras en inglés. Trató de contarle a la Dama que había visto ese tipo de "generosidad" en acción: contarle sobre mujeres que preferían enfermar de hambre en vez de empezar a comer antes de que volviera el hombre de la casa, aunque sabían perfectamente bien que no había nada que le disgustara más a él; sobre madres que se hacían pedazos por casar a una hija con un hombre al que ésta detestaba; sobre Agripina y Lady Macbeth.

—¿No puedes ver que te está haciendo decir palabras que no significan nada? —gritó—. ¿Qué sentido tiene decir que harías esto por bien del Rey

cuando sabes que es lo que el Rey más odia? ¿Acaso eres Maleldil que puedes determinar lo que es bueno para el Rey?

Pero ella entendió sólo una pequeña parte de lo que decía y estaba perpleja por su conducta. El Anti-hombre sacó provecho de este discurso.

Pero a través de todos los vaivenes, de todos los cambios de frente, de todos los contraataques y resistencias y retiradas, Ransom llegó a ver cada vez con más claridad la estrategia de todo el asunto. La respuesta de la Dama a la insinuación de convertirse en alguien que se arriesgaba, en una pionera trágica seguía siendo una respuesta basada sobre todo en el amor al Rey y a los hijos futuros y hasta, en cierto sentido, al mismo Maleldil. La idea de que Él podría no desear realmente ser obedecido al pie de la letra era la compuerta a través de la cual había entrado en su mente toda la marea de sugestión. Pero mezclada a esta respuesta, desde el momento mismo en que el Anti-hombre empezó sus historias trágicas, había un levísimo toque de teatralidad, el primer atisbo de una inclinación narcisista a desempeñar un gran papel en el drama de su mundo. Era obvio que todo el esfuerzo del Anti-hombre era aumentar ese elemento. Mientras fuera sólo una gota, por así decirlo, en el mar de la mente de la Dama, no habría tenido éxito realmente. Tal vez, mientras siguiera siendo así, ella estaría protegida de la verdadera desobediencia: tal vez ninguna criatura racional, a menos que ese motivo predominara, podía rechazar realmente la felicidad por algo tan vago como la cháchara del Tentador sobre la Vida Más Profunda y el Camino Ascendente. El egoísmo oculto en el concepto de la rebelión noble debía ser aumentado. Y Ransom pensaba a pesar de las numerosas recuperaciones de la Dama y de los numerosos retrocesos del enemigo, que el egoísmo, muy lentamente y sin embargo perceptible, estaba aumentado. Desde luego, el asunto era cruelmente complicado. Lo que el Anti-hombre decía era siempre casi verdadero. Por cierto debía formar parte del plan Divino que aquella criatura feliz madurara, se convirtiera en una criatura con un libre albedrío cada vez mayor, se convirtiera en cierto sentido, en algo más separado de Dios y de su esposo para así armonizar con ellos de un modo más rico. De hecho, él había visto este proceso desarrollándose desde el momento en que la había encontrado y lo había ayudado inconscientemente. La tentación actual, si era vencida, se convertiría en el paso próximo y mayor, en la misma dirección: una obediencia más libre, más razonada más consciente que cualquiera que la Dama hubiese conocido antes, estaba en sus manos. Pero por ese mismo motivo el paso en falso fatal que, una vez dado, la arrojaría a la esclavitud terrible del apetito y el odio y la economía y el gobierno que nuestra raza tan bien conoce, podía hacerse sonar tan parecido al verdadero. Lo que le aseguraba que el elemento peligroso del interés de la Dama estaba creciendo era su progresiva falta de consideración al simple esqueleto intelectual del problema. Cada vez era más difícil hacerle recordar los *datos:* una orden de Maleldil, una incertidumbre completa sobre los resultados de quebrarla y una felicidad actual tan grande que era difícil que algún cambio fuera para bien. El oleaje ampuloso de imágenes vagamente espléndidas que conjuraba el Anti-hombre y la importancia trascendente de la imagen central, lo arrasaba todo. Ella seguía viviendo en la inocencia.

Ninguna intención maligna se había formado en su mente. Pero si la voluntad seguía incorrupta, la mitad de la imaginación ya estaba ocupada con formas brillantes, venenosas. "Esto no puede seguir", pensó Ransom por segunda vez. Pero todos sus argumentos demostraban ser inútiles a la larga y aquello seguía.

Llegó una noche en que se encontró tan agotado que, cerca de la mañana, cayó en un sueño plomizo y durmió hasta bien entrado el día. Despertó para encontrarse a solas. Un gran horror lo invadió.

—¿Qué puedo haber hecho? ¿Qué puedo haber hecho? —exclamó, porque creyó que todo estaba perdido.

Con el corazón enfermo y la cabeza dolorida se tambaleó hasta la orilla de la isla: su propósito era encontrar al pez y perseguir a los truhanes hasta la Tierra Fija; tenía pocas dudas de que se habían dirigido allí. En su amargura y confusión mental, olvidó que no tenía idea de en qué dirección estaba ahora esa tierra ni a qué distancia. Apresurándose a través de los bosques, irrumpió en un espacio abierto y de pronto descubrió que no estaba solo. Dos figuras humanas, vestidas de pies a cabeza, estaban ante él silenciosas bajo el cielo amarillo. Las prendas eran color púrpura y azul, llevaban en la cabeza guirnaldas de hojas plateadas y estaban descalzos. Le parecieron el uno el más horrendo y la otra la más hermosa de los hijos de los hombres. Entonces uno de ellos habló y advirtió que no eran otros que la Dama Verde y el cuerpo poseso de Weston. Las prendas eran de plumas y sabía bien de qué aves perelándricas provenían; el arte del tejido, si podía llamársele «tejido, le resultaba incomprensible.

—Bienvenido, Manchado —dijo la Dama—. Has dormido mucho. ¿Qué te parecen nuestras hojas?

—Las aves —dijo Ransom—. ¡Las pobres aves! ¿Qué les ha hecho él?

—Encontró las plumas en algún lugar —dijo la Dama despreocupadamente—. Ellas las dejan caer. —¿Por qué has hecho esto, Dama? —Él ha estado haciéndome más vieja otra vez. ¿Por qué no me lo contaste nunca, Manchado? —¿Contarte qué?

—Nunca lo supimos. Éste me mostró que los árboles tienen hojas y los animales piel y dijo que en tu mundo los hombres y las mujeres también se cuelgan cosas hermosas del cuerpo. ¿Por qué no nos dijiste cómo nos veíamos? Oh, Manchado, Manchado, espero que este no vaya a ser otro de los bienes nuevos de los que retiras la mano. No puede ser nuevo para ti si todos lo hacen en tu mundo.

—Ah —dijo Ransom—, pero allí es distinto. Hace frío.

—Así dijo el Extranjero —contestó la Dama—. Pero no en todas las partes de tu mundo. Dice que lo hacen incluso donde el tiempo es cálido.

—¿Dijo para qué lo hacen?

—Para ser hermosos. ¿Para qué si no? —dijo la Dama, con cierto asombro en el rostro.

"Gracias al Cielo, sólo le está enseñando la vanidad" pensó Ransom: porque había temido algo peor. Sin embargo ¿podía a la larga ser posible usar ropas sin aprender el recato y a través del recato la lascivia?

—¿Nos encuentras más hermosos? —dijo la Dama, interrumpiendo sus pensamientos.

—No —dijo Ransom y luego, corrigiéndose—: No sé.

En realidad no era fácil contestar. Ahora que la camisa y los shorts prosaicos de Weston quedaban ocultos, el Anti-hombre parecía una figura más exótica y en consecuencia más imaginativa, menos escuálidamente horrible. En cuanto a la Dama... no había duda de que lucía peor en cierto sentido. Sin embargo hay cierta naturalidad en la desnudez: así como hablamos del pan "natural". Con la vestimenta purpúrea había aparecido una especie de suntuosidad, una extravagancia, una concesión, por así decirlo, a las concepciones inferiores de lo bello. En ese momento la Dama se le apareció por primera (y última) vez como una mujer de la que era concebible que se enamorara un hombre nacido en la Tierra. Y eso era intolerable. La horrenda impropiedad de la idea había quitado en un momento algo de los colores del paisaje y del aroma de las flores. —¿Crees que somos más hermosos? —repitió la Dama.

—¿Qué importa? —dijo Ransom con voz opaca. —Todos deberían desear ser tan hermosos como puedan —contestó ella—. Y nosotros no podemos vernos.

—Podemos —dijo el cuerpo de Weston. —¿Cómo puede ser? —dijo la Dama, volviéndose hacia él—. Aunque pudiéramos dar vuelta los ojos por completo para mirar hacia adentro sólo veríamos oscuridad.

—No de ese modo —contestó el ser—. Te mostraré. Se apartó unos pasos hasta donde la mochila de Weston descansaba sobre el césped amarillo. Con la curiosa precisión que a menudo cae sobre nosotros cuando estamos ansiosos y preocupados, Ransom tomó nota exacta de la construcción y el modelo de la mochila. Debía provenir del mismo negocio de Londres donde él había comprado la suya: ese pequeño detalle, recordándole de pronto que Weston había sido una vez un hombre, que también él había tenido alegrías y sufrimientos y una mente humana casi le trajo lágrimas a los ojos. Los dedos horribles que Weston nunca volvería a usar trabajaron con las hebillas y extrajeron un pequeño objeto brillante: un barato espejo inglés de bolsillo. Se lo tendió a la Dama Verde. Ella lo hizo girar en sus manos.

—¿Qué es? ¿Qué tengo que hacer? —dijo.

—Mira en él —dijo el Anti-hombre.

—¿Cómo?

—¡Mira! —dijo él. Entonces se lo sacó de la mano y lo sostuvo ante el rostro de la Dama. Ella miró con fijeza durante un tiempo considerable sin ninguna impresión visible. Después retrocedió de un salto dando un grito y se cubrió la cara. Ransom también se sobresaltó. Era la primera vez que la veía como simple recipiente pasivo de una emoción. A su alrededor había grandes cambios.

—Oh... oh ... —gritó ella— ¿Qué es? Vi un rostro.

—Sólo tu propio rostro, oh, hermosa —dijo el Anti-hombre.

—Lo sé —dijo la Dama, apartando aún los ojos del espejo—. Mi rostro ... allá afuera ... mirándome ¿Estoy haciéndome más vieja o es otra cosa? Siento... siento ... mi corazón late muy rápido. No estoy caliente. ¿Qué es esto?

Sus ojos pasaron de uno a otro. Todos los misterios habían desaparecido del rostro. Era tan fácil de interpretar como el de un hombre en un refugio cuando está cayendo una bomba.

—¿Qué es esto? —repitió.

—Lo llaman Miedo —dijo la boca de Weston. Después la criatura volvió el rostro de frente hacia Ransom y sonrió con una mueca.

—Miedo —dijo ella—. Esto es Miedo —sopesando el descubrimiento; después, con abrupta decisión—: No me gusta.

—Desaparecerá —dijo el Anti-hombre, cuando Ransom lo interrumpió.

—Nunca desaparecerá si haces lo que él quiere. Te está llevando hacia un miedo cada vez mayor.

—Hacia las grandes olas y a través de ellas y más allá —dijo el Anti-hombre—. Ahora que conoces el Miedo ves que debías ser tú quien lo saboreara para bien de tu raza. Sabes que el Rey no lo haría. No deseas que lo haga. Pero no hay motivo para el miedo en este pequeño objeto: más bien para la alegría. ¿Qué hay de temible en él?

—Cosas que son dos cuando son una —replicó la Dama con decisión—. Esa cosa —señaló el espejo— es yo y no es yo.

—Pero si no miras, nunca sabrás lo bella que eres.

—Se me ocurre Extranjero —contestó—, que un fruto no se come a sí mismo y un hombre no debería estar acompañado por él misino.

—Un fruto no puede hacerlo porque es sólo un fruto —dijo el Anti-hombre—. Pero nosotros podemos. A esto le llamamos espejo. Un hombre puede amarse a sí mismo y estar acompañado por él mismo. Eso es lo que significa ser un hombre o una mujer: caminar junto a uno mismo como si uno fuera una segunda persona y deleitarse en la propia belleza. Los espejos fueron creados para enseñar ese arte.

—¿Es bueno? —dijo la Dama.

—No —dijo Ransom.

—¿Cómo puedes averiguarlo sin probar? —dijo el Anti-hombre.

—Si pruebas y no es bueno —dijo Ransom—, ¿cómo sabes si serás capaz de dejar de hacerlo?

—Ya estoy caminando junto a mí misma —dijo la Dama—. Pero aún no sé como luzco. Si me he convertido en dos, será mejor que sepa cómo es la otra. En cuanto a ti, Manchado, una mirada me mostrará el rostro de esa mujer ¿y por qué debería mirar más dé una vez?

Tomó el espejo de manos del Anti-hombre, tímida pero firmemente, y miró en él en silencio durante casi un minuto. Después dejó caer la mano y lo sostuvo al costado del cuerpo.

—Es muy extraño —dijo al fin.

—Es muy hermoso —dijo el Anti-hombre—. ¿No crees?

—Sí.

—Pero aún no has encontrado lo que querías encontrar.

—¿Qué era? Lo he olvidado.

—Si el vestido de plumas te hacía más o menos hermosa.

—Sólo vi un rostro.

—Mantenlo más apartado y verás a la mujer lateral completa: la otra que es tú misma. O no: yo lo sostendré.

Las sugestiones vulgares de la escena se volvieron grotescas a esta altura. La Dama se miró primero con el vestido, después sin él, luego con él otra vez; por último se decidió en contra y lo arrojó a un lado. El Anti-hombre lo levantó.

—¿No lo guardarás? —dijo—. Podrías querer ponértelo en ciertos días aunque no quieras hacerlo todos los días.

—*¿Guardarlo?* —preguntó la Dama, sin entender claramente.

—Lo había olvidado —dijo el Anti-hombre—. Había olvidado que no vives sobre la Tierra Fija ni has construido una casa ni te has convertido en dueña de tus días en ningún sentido. *Guardar* significa poner una cosa en un lugar donde sabes que siempre puedes volver a encontrarla, donde la lluvia y los animales y otra gente no pueden alcanzarla. Te daría este espejo para que lo guardes. Sería el espejo de la Reina, un obsequio traído al mundo desde el Cielo Profundo: las demás mujeres no lo tendrían. Pero me lo has recordado. No puede haber obsequio, ni posibilidades de guardar, ni previsión mientras vivas como lo haces: al día, como los animales.

Pero la Dama parecía no escucharlo. Estaba de pie como alguien casi aturdido por la suntuosidad de una visión. No parecía en lo más mínimo una mujer pensando en un vestido nuevo. La expresión del rostro era noble. Demasiado noble. La grandeza, la tragedia, los altos sentimientos: obviamente era eso lo que ocupaba sus pensamientos. Ransom advirtió que el asunto de las ropas y el espejo había estado relacionado sólo superficialmente con lo que por lo común llamamos vanidad femenina. La imagen de su bello cuerpo le había sido ofrecida a la Dama sólo como un medio de despertar la imagen mucho más peligrosa de su alma magnífica. La concepción externa y, por así decirlo, dramática del yo era el verdadero fin del enemigo. Estaba convirtiendo la mente de la Dama en un teatro donde ese yo fantasma ocuparía el escenario. Él ya había escrito la obra.

ONCE

Como había dormido hasta tarde, esa mañana a Ransom le resultó fácil mantenerse despierto en la noche siguiente. El mar se había calmado y ya no llovía. Se sentó erguido en la oscuridad con la espalda apoyada contra un árbol. Los otros estaban cerca: la Dama, a juzgar por la respiración, dormida y el Anti-hombre esperando sin duda para despertarla y seguir con sus requerimientos en cuanto Ransom se adormeciera. Por tercera vez, más intensa que nunca, le llegó la idea: "Esto no puede seguir".

El Enemigo estaba empleando métodos de tercer grado. A Ransom le parecía que a la larga, salvo un milagro, la resistencia de la Dama estaba destinada a consumirse. ¿Por qué no ocurría un milagro? O mejor dicho: ¿por qué no había milagro por parte del bando justo? Porque la presencia del Enemigo era en sí misma una especie de milagro. ¿Acaso el Infierno tenía una prerrogativa para obrar maravillas? ¿Por qué el cielo no obraba ninguna? No por primera vez se encontró cuestionando a la Justicia Divina. No podía entender por qué Maleldil debía permanecer ausente si el Enemigo estaba allí en persona.

Pero mientras lo pensaba, tan súbita y agudamente como si la sólida oscuridad que lo rodeaba hubiese hablado con voz articulada, supo que Maleldil no estaba ausente. Esta sensación —tan bienvenida y sin embargo nunca recibida sin cierta resistencia—, esa sensación de la Presencia que había experimentado una o dos veces antes en Perelandra, volvió a él. La oscuridad estaba saturada por completo. Parecía apretarle el tronco de tal modo que apenas podía usar los pulmones: parecía cerrarse sobre el cráneo como una corona de peso intolerable de tal modo que por un momento apenas pudo pensar. Además, llegó a advertir que en cierta manera indefinible Maleldil nunca había estado ausente, que sólo una actividad inconsciente de su propio espíritu había logrado ignorarlo en los días anteriores.

Para nuestra raza el silencio interior es una tarea difícil. Hay una parte locuaz de la mente que, hasta que se la corrige, sigue parloteando aun en los sitios más sagrados. Así, mientras una parte de Ransom permanecía, por así decirlo, postrada en una quietud de temor y de amor que se parecía a una especie de muerte, algo más dentro de él, no afectado en absoluto por la reverencia, seguía emitiendo dudas y objeciones en su cerebro. "¡Está muy bien, *ese* tipo de presencia!" decía aquel crítico locuaz. "Pero el Enemigo está realmente aquí, realmente diciendo y haciendo cosas. ¿Dónde está el representante de Maleldil?"

La respuesta, rápida como la *réplica* de un esgrimista o un jugador de tenis, brotada del silencio y la oscuridad, lo dejó casi sin aliento. Parecía Blasfemia. "De todos modos, ¿qué puedo yo hacer?" balbuceó el yo locuaz.

"He hecho todo lo que pude. He hablado hasta hartarme. No vale la pena, te lo aseguro." Trató de convencerme de que no era posible que él, Ransom, fuera el representante de Maleldil como el Anti-hombre era el representante del Infierno. La insinuación, arguyó, era en sí misma diabólica: una tentación al orgullo fatuo, a la megalomanía. Quedó horrorizado cuando la oscuridad se limitó a arrojarle el argumento a la cara, casi con impaciencia. Y entonces —se preguntó cómo podía habérsele escapado hasta ese momento— se vio obligado a admitir que su propia venida a Perelandra era al menos tan maravillosa como la del Enemigo. El milagro del bando justo, que él había solicitado, había ocurrido en realidad. Él mismo era el milagro.

"Oh, pero eso no tiene sentido" dijo el yo locuaz. Él, Ransom, con el ridículo cuerpo manchado y los argumentos diez veces derrotados, ¿qué clase de milagro era? La mente se precipitó esperanzada hacia un callejón lateral que parecía prometer escape. Perfecto. Él *había* sido llevado allí milagrosamente. Estaba en las manos de Dios. Mientras hiciera todo lo posible —y *había* hecho todo lo posible— Dios se encargaría del resultado final. Él no había triunfado, pero había hecho todo lo posible. Nadie podría hacer más. "No corresponde a los mortales disponer el triunfo." No debía preocuparse del resultado final. Maleldil se encargaría. Y Maleldil lo devolvería sano y salvo a la Tierra luego de sus muy reales, aunque ineficaces, esfuerzos. Probablemente la verdadera intención de Maleldil fuera que él diera a conocer a la raza humana las verdades que había aprendido en el planeta Venus. En cuanto al destino de Venus, eso no podía descansar realmente sobre sus hombros. Estaba en manos de Dios. Uno debía contentarse con dejarlo en ellas. Uno debía tener Fe...

Restalló como una cuerda de violín. No quedó ni una migaja de todas las evasivas. Implacable, inconfundiblemente, la Oscuridad le impuso el conocimiento de que tal imagen de la situación era falsa por completo. El viaje a Perelandra no era un ejercicio moral, ni una lucha fingida. Si el resultado estaba en manos de Maleldil, Ransom y la Dama *eran* esas manos. El destino de un mundo dependía realmente de cómo se comportaran en las próximas horas. Era algo irreductible, desnudamente real. Si querían, podían negarse a salvar la inocencia de la nueva raza, y si se negaban la inocencia no sería salvada. No le correspondía a ninguna otra criatura de todo el tiempo o el espacio. Ransom lo vio claramente, aunque hasta entonces no tenía indicios de lo que podía hacer.

El yo locuaz protestó, furiosa, rápidamente, como la hélice de una nave acelerando fuera del agua. ¡Qué cosa imprudente, injusta, absurda! ¿Maleldil *quería* perder mundos? ¿Qué sentido tenía disponer las cosas de tal modo que todo lo realmente importante tuviera que depender definitiva y absolutamente de un hombre de paja como él? Y en ese momento, en la remota Tierra, como no pudo dejar de recordar, los hombres estaban en guerra y subalternos pálidos y cabos pecosos que apenas habían empezado a afeitarse, estaban de pie en hondonadas horribles o se arrastraban avanzando en una oscuridad mortífera, despertando, como él, a la absurda verdad de que realmente todo dependía de sus acciones; lejos en el tiempo,

Horacio estaba parado en el puente, Constantino decidía si abrazaría o no la nueva religión y Eva misma contemplaba el fruto prohibido y el Cielo de los Cielos esperaba su decisión. Ransom se retorció y rechinó los dientes, pero no pudo dejar de comprender. Así, y no de otro modo, estaba hecho el mundo. De las elecciones individuales debía depender algo o nada. Y si era algo, ¿quién podía fijarle límites? Una roca puede determinar el curso de un río. Él era la roca en aquel momento horrible que se había convertido en el centro del universo entero. Los eldila de todos los mundos, los organismos inmaculados de luz eterna, estaban silenciosos en el Cielo Profundo para ver qué haría Elwin Ransom de Cambridge.

Entonces llegó un bendito alivio. De pronto advirtió que no sabía qué podía hacer. Casi río de júbilo. Todo el horror había sido prematuro. No tenía ante él ninguna tarea definida. Todo lo que se le pedía era una decisión general y previa de oponerse al Enemigo en cualquier forma que las circunstancias mostraran como deseable: de hecho —y se refugió en las consoladoras palabras como un niño se refugia en los brazos de la madre— se le pedía "hacer todo lo posible": o, mejor dicho, seguir haciendo todo lo posible, porque en realidad lo había estado haciendo sin cesar.

—¡Cómo convertimos en monstruos a las cosas sin necesidad! —murmuró, acomodándose. Una suave creciente de lo que le pareció una piedad alegre y racional se alzó y lo cubrió.

¡Caramba! ¿Qué era esto? Volvió a sentarse erguido, con el corazón latiéndole salvaje en el costado. Sus pensamientos habían tropezado con una idea ante la que dieron un respingo como el de un hombre que ha tocado un atizador ardiente. Pero esta vez la idea era realmente demasiado infantil como para tomarla en cuenta. Esta vez *debía* tratarse de un engaño, surgido de su propia mente. Lo lógico era que una lucha con el Diablo significara una lucha *espiritual:* la noción de un combate físico sólo era adecuada para un salvaje. Si *fuera* tan sencillo... pero aquí el yo locuaz cometió un error fatal. El hábito de la honestidad imaginativa estaba demasiado arraigado en Ransom como para permitirle juguetear más de un segundo con la pretensión de que temía menos un enfrentamiento cuerpo a cuerpo con el Anti-hombre que cualquier otra cosa. Imágenes vividas se apiñaron en él: el frío muerto de aquellas manos (horas antes había tocado por accidente a la criatura)... las largas uñas metálicas... desgarrando delgadas tiras de carne, arrancando tendones. Uno moriría lentamente. La cruel imbecilidad le sonreiría a uno en la cara hasta el fin. Uno cedería mucho antes de morir: rogaría clemencia, prometería ayuda, adoración, cualquier cosa.

Era una suerte que algo tan horrible fuera tan obviamente descartable. Ransom casi decretó, aunque no del todo, que fuera lo que fuese lo que parecían estar diciéndole el Silencio y la Oscuridad al respecto, era imposible que Maleldil pretendiera en realidad una lucha tan cruda, tan material. Cualquier insinuación en contra debía ser sólo producto de su propia fantasía morbosa. Degradaría el combate espiritual a la condición de simple mitología. Pero aquí surgió otro obstáculo. Hacía tiempo, en Marte y con más intensidad desde que había llegado a Perelandra, Ransom había ido

advirtiendo que la triple distinción que separa a la verdad del mito y a ambos de los hechos era puramente terrestre : era carne y uña con la desgraciada división entre el alma y el cuerpo que resultó de la Caída. Incluso en la tierra los sacramentos existían como un recordatorio permanente de que la división no era ni sana ni definitiva. La Encarnación había sido el principio de su desaparición. En Perelandra no tendría ningún sentido. Ocurriera lo que ocurriese, sería de tal naturaleza que los hombres de la tierra lo llamarían mitológico. Ransom había pensado' todo esto antes. Ahora lo sabía. La Presencia en la oscuridad, nunca tan formidable, le ponía estas verdades en las manos, como joyas terribles.

El yo locuaz había sido casi desviado de su ritmo discutidor: se había convertido por unos segundos en la voz de un simple niño sollozando para que lo dejaran salir, le permitieran irse a casa. Entonces se recobró. Explicó con precisión en qué residía el absurdo de una batalla física con el Anti-hombre. No tendría nada que ver con lo espiritual. Si se le hacía obedecer a la Dama sólo mediante la eliminación por la fuerza del Tentador, ¿de qué serviría? ¿Qué probaría? Y si la tentación no era un sondeo o una prueba, ¿por qué se permitía que llegara a ocurrir? ¿Insinuaba Maleldil que nuestro propio mundo podría haberse salvado si el elefante hubiera pisado por casualidad a la serpiente un momento antes de que Eva fuese a ceder ? ¿ Era tan fácil e inmoral? ¡Se trataba de algo manifiestamente absurdo!

El silencio terrible continuó. Se fue pareciendo cada vez más a un rostro, un rostro no carente de tristeza, que te mira cuando estás mintiendo y nunca interrumpe, pero poco a poco sabes que él sabe y balbuceas y te contradices a ti mismo y te vas quedando en silencio. El yo locuaz fue desapareciendo al fin. La Oscuridad casi le dijo a Ransom: "Sabes que no haces más que perder el tiempo." A cada minuto que pasaba se le hacía más evidente que el paralelo que había intentado trazar entre el Edén y Perelandra era grosero e imperfecto. Lo que había pasado en la Tierra, cuando Maleldil nació como hombre en Belén, había alterado el universo para siempre. El mundo nuevo de Perelandra no era una simple repetición del viejo mundo Tellus, la Tierra. Maleldil nunca se repetía. Como había dicho la Dama, la misma ola nunca volvía dos veces. Cuando Eva cayó, Dios no era Hombre. Aún no había convertido a los hombres en miembros de Su cuerpo: desde entonces lo había realizado, y de allí en adelante Él salvaba y sufría a través de ellos. Uno de los propósitos por los que Él lo había hecho era salvar a Perelandra no a través de Él mismo sino a través de Él mismo en Ransom. Si Ransom se negaba, el plan, hasta ese punto, se frustraba. Para ese punto de la historia, una historia mucho más compleja de lo que Ransom había imaginado, era él quien había sido elegido. Con una extraña sensación de "abandono de sí mismo, desaparición" advirtió que uno bien podía llamarle centro a Perelandra, no a Tellus. Uno podía considerar a la historia de la Tierra como un simple preparativo para los mundos nuevos de los que Perelandra era el primero. Lo uno no era ni más ni menos cierto que lo otro. Nada era más o menos importante que cualquier otra cosa, nada era una copia o un modelo de cualquier otra cosa.

Al mismo tiempo advirtió también que el yo locuaz había cometido una petición de principio. Hasta entonces la Dama había rechazado al agresor. Estaba agitada y cansada y tal vez había algunas manchas en su imaginación, pero había resistido. Ya en ese sentido la historia se diferenciaba de todo lo que él sabía con certeza sobre la madre de nuestra raza. No sabía si Eva había resistido, y si era así, por cuánto tiempo. Menos aún sabía cómo habría terminado la historia de haberlo hecho. Si la "serpiente" se hubiera visto chasqueada y volviera al día siguiente y al otro... ¿entonces qué? ¿Habría durado el proceso toda la eternidad? ¿Cómo lo habría detenido Maleldil? En Perelandra su propia intuición no había sido que no debiera ocurrir ninguna tentación, sino que "esto no puede seguir". Detener aquel requerimiento de tercer grado, ya rechazado más de una vez, era un problema para el que la Caída terrestre no ofrecía la menor guía: una tarea nueva y para esa nueva tarea un personaje nuevo en el drama, que por desgracia parecía ser él mismo. La mente retrocedía en vano una y otra vez al Libro del Génesis, preguntando "¿Qué habría ocurrido?". Pero la Oscuridad no respondía a esto.

Paciente e inexorable volvía a traerlo al aquí y el ahora, y a la certeza creciente de lo que exigían el aquí y el ahora. Casi sintió que las palabras "habría ocurrido" no tenían sentido: eran simples invitaciones a vagar por lo que la Dama habría llamado un "mundo lateral" sin realidad. Sólo lo existente era real: y cada situación existente era nueva. En Perelandra la tentación sería detenida por Ransom o no sería detenida en absoluto. La Voz —porque ahora se enfrentaba casi con una Voz— pareció crear alrededor de tal alternativa un vacío infinito. Ese capítulo, esa página, esa mismísima fase de la historia cósmica era total y eternamente ella misma; ningún otro fragmento ocurrido o por ocurrir podría reemplazarla.

Retrocedió a una línea defensiva distinta. ¿Cómo *podía* combatir al enemigo inmortal? Aún cuando fuera un hombre aguerrido, en vez de un erudito sedentario de vista débil y con una herida de la guerra pasada: ¿de qué serviría combatirlo? Matarlo era imposible, ¿verdad? Pero la respuesta fue evidente casi de inmediato. El cuerpo de Weston podía ser destruido y era de suponerse que dicho cuerpo era la única posición establecida del Enemigo en Perelandra. Mediante aquel cuerpo, cuando aún obedecía a una voluntad humana, había entrado al mundo nuevo: expulsado de él, sin duda no tendría otra morada. Había entrado al cuerpo por invitación de Weston mismo y sin una invitación semejante no podía entrar en otro. Ransom recordó que en la Biblia los espíritus impuros sienten horror a ser lanzados al "abismo". Y al pensarlo advirtió por fin, con un hundimiento del corazón, que si le demandaban justamente acción física, no se trataba de una acción imposible o sin esperanzas, según las normas comunes. En el plano físico era una Cuestión de un cuerpo maduro y sedentario contra otro y los dos sin más armas que puños, dientes y uñas. Ante la idea de tales detalles, lo vencieron el terror y la repugnancia. Matar al ser con armas semejantes (recordó cómo había matado a la rana) sería una pesadilla; que lo mataran —quién sabía con cuánta lentitud— era más de lo que podía afrontar. De que lo iban a matar estaba seguro.

—¿Cuándo gané una pelea en mi vida? —preguntó.

Ya no se esforzaba por resistir la convicción de lo que debía hacer. Había agotado todos los esfuerzos. La respuesta era clara más allá de toda evasión. La Voz surgida de la noche le hablaba de un modo tan incontestable que, aunque no había sonido, casi sintió que iba a despertar a la mujer que dormía cerca. Estaba enfrentado a lo imposible. Debía hacerlo: no podía hacerlo. Recordó en vano lo que muchachos incrédulos debían estar haciendo en ese instante sobre la Tierra por una causa menor. La voluntad se encontraba en ese valle donde la apelación a la vergüenza resulta inútil: más aún, hace que el valle sea más oscuro y más profundo. Creía poder enfrentar al Anti-hombre con armas de fuego: incluso erguirse sin armas y enfrentar una muerte segura si el ser hubiese conservado el revólver de Weston. Pero luchar cuerpo a cuerpo, dirigirse voluntariamente a esos brazos muertos pero vivos, entrar en contacto con él, pecho desnudo contra pecho desnudo ... Tonterías terribles le invadieron la mente. No obedecería a la Voz, pero no habría problemas porque más tarde se arrepentiría, cuando estuviera de nuevo en la Tierra. Perdería el valor como San Pedro y, como San Pedro, sería perdonado. Desde luego, conocía muy bien la respuesta intelectual a tales tentaciones, pero estaba en uno de esos momentos en que toda expresión intelectual suena a cuento trillado. Entonces algún viento mental cruzado le cambió el estado de ánimo. Tal vez lucharía y ganaría, tal vez ni siquiera quedara muy maltrecho. Pero desde la oscuridad no le llegó la menor insinuación de garantía en ese sentido. El futuro era negro como la misma noche.

—No en vano llevas el nombre de Ransom[9] —dijo la Voz.

Y supo que no era una fantasía propia. Lo supo por un motivo muy curioso: porque durante muchos años había sabido que su apellido no derivaba de la palabra inglesa *ransom* sino de *Ranolf's son.*[10] Nunca se le habría ocurrido asociar las dos palabras. Conectar el nombre de Ransom con el acto de rescatar habría sido para él un simple retruécano. Pero ni siquiera el yo locuaz se atrevió a sugerir que la Voz estuviese haciendo un juego de palabras. Comprendió en un instante que lo que era, para los filólogos humanos, una simple semejanza accidental de dos sonidos, no era un accidente en absoluto. Toda la distinción entre lo accidental y lo planificado, como la distinción entre la realidad y el mito, era puramente terrestre. El diseño es tan amplio que dentro del pequeño marco de la experiencia terrestre aparecen fragmentos de él entre los que no podemos ver conexión, y otros entre los que sí podemos hacerlo. De allí que distingamos correctamente, para nuestra utilidad, lo accidental de lo esencial. Pero salgamos del marco y la distinción cae en el vacío, agitando alas inútiles. Ransom había sido sacado por la fuerza del marco, llevado al diseño mayor.

---

[9] Ransom significa en inglés *rescate.* Sobre ese significado juegan los párrafos siguientes. *(N. del T.)*

[10] Hijo de Ranolf. *(N. del T.)*

Ahora comprendía por qué los filósofos antiguos habían afirmado que más allá de la Luna no existe la suerte o la fortuna. Antes de que su Madre lo hubiera dado a luz, antes de que les hubieran llamado Ransom a sus ancestros, antes de que la palabra *ransom* (rescate) hubiese designado un pago que libera, antes de que hubiera sido hecho el mundo, todas estas cosas habían estado tan juntas en la eternidad que la significación misma del diseño en este punto descansaba en que llegaran a juntarse exactamente de este modo. Y Ransom inclinó la cabeza y gimió y se lamentó contra su destino: seguir siendo un hombre y, sin embargo, verse obligado a subir al mundo metafísico, para actuar lo que la filosofía sólo piensa.

—Yo también me llamo Rescate —dijo la Voz.

Pasó cierto tiempo antes de que empezara a entender la significación de la frase. Sabía bien que Aquél a quien en otros mundos llaman Maleldil era el rescate del mundo, el rescate de él mismo. ¿Pero con qué fin se lo declaraba ahora? Antes de que llegara, sintió la insoportable aproximación de la respuesta, y tendió los brazos ante él como si pudiera impedirle forzar la puerta de su mente. Pero llegó. Así que *esa* era la verdadera cuestión. Si él fallaba, también este mundo sería redimido en el futuro. Si él no fuera el rescate, otro lo sería. Sin embargo nada se repetía nunca. No una segunda crucifixión: tal vez —quién sabe— ni siquiera una segunda Encarnación... un acto de amor aún más apabullante, cierta gloria de humildad aún más profunda. Porque ya había visto cómo crece el diseño y cómo a partir de cada mundo se ramifica en el próximo a alguna otra dimensión. La pequeña maldad externa que Satán había hecho en Malacandra era sólo como una línea: la maldad más profunda que había hecho en la Tierra era como un cuadrado: si Venus caía, la maldad sería un cubo: la Redención algo inconcebible. Sin embargo sería redimida. Sabía desde hacía tiempo que grandes cuestiones dependían de su decisión; al advertir ahora la verdadera amplitud de la libertad temible que le estaban poniendo en las manos —una amplitud ante la que el infinito entero meramente espacial parecía estrecho— se sintió como un hombre arrastrado bajo el cielo desnudo, al borde de un precipicio, en los dientes de un viento que llegaba aullando del polo. Hasta entonces se había imaginado a sí mismo de pie ante el Señor, como Pedro. Pero era peor. Estaba sentado ante Él como Pilatos. A él le correspondía salvar o derramar sangre. Tenía las manos enrojecidas, como las de todos los hombres, por la matanza anterior a la fundación del mundo; ahora, si quería, podía volver a hundirlas en la misma sangre.

—Piedad —gimió; y después—: Señor, ¿por qué yo? Pero no hubo respuesta.

Seguía pareciendo algo imposible. Pero poco a poco le pasó una cosa que le había pasado sólo dos veces antes. Una vez mientras trataba de decidirse a ejecutar un trabajo muy peligroso durante la última guerra. Otra mientras reafirmaba la decisión de ir a Londres a ver a cierto hombre y hacerle una confesión extremadamente embarazosa que la justicia exigía. En los dos casos el acto había parecido una imposibilidad absoluta: no había creído sino sabido que, siendo como él era, le resultaba psicológicamente imposible hacerlo; entonces, sin ningún movimiento evidente de la voluntad, tan

objetivo y sin emoción como la lectura de un cuadrante, se había alzado ante él, con una certidumbre perfecta, el conocimiento de que "más o menos a esta hora, mañana, habrás llevado a cabo lo imposible". Lo mismo ocurrió ahora. El miedo, la vergüenza, el amor, todos los argumentos, no habían cambiado en lo más mínimo. No era algo ni más ni menos temible que antes. La única diferencia era que sabía —casi como si se tratara de una proposición histórica— que iba a ser hecho. Podía rogar, sollozar o rebelarse, podía maldecir o adorar, cantar como un mártir o blasfemar como un demonio. No importaba en lo más mínimo. El acto iba a ser consumado. En el curso del tiempo iba a llegar un momento en que él lo habría consumado. El acto futuro estaba allí, fijo e inalterable, como ya ejecutado. Que se diera la casualidad de que ocupaba la posición que llamamos futuro en vez de la que llamamos pasado, era una mera contingencia. Toda la lucha había terminado y, sin embargo, no parecía haber habido un momento de victoria. Podríamos decir, si quisiéramos, que el poder de elección sencillamente había sido dejado a un lado y sustituido por un destino inflexible. Por otra parte, podríamos decir que Ransom había sido liberado de la retórica de sus pasiones y emergido a una libertad inexpugnable. En verdad Ransom no podía ver ninguna diferencia entre las dos afirmaciones. La predestinación y la libertad eran obviamente idénticas. Ya no podía ver ningún sentido en los numerosos argumentos que había oído sobre el tema.

Apenas descubrió que por cierto trataría de matar al Anti-hombre al día siguiente, el hecho le pareció un asunto menos importante de lo que había supuesto. Le era difícil recordar por qué se había acusado de megalomanía cuando se le ocurrió la idea por primera vez. Era cierto que, si no lo llevaba a cabo, Maleldil en Persona haría algo mayor en cambio. En ese sentido, él representaba a Maleldil: pero no más de lo que lo habría representado Eva simplemente no comiendo la manzana o de lo que lo representa cualquier hombre haciendo cualquier buena acción. Así como no había comparación posible en la persona, tampoco la había en el sufrimiento: sólo la comparación que puede haber entre un hombre que se quema el dedo apagando una chispa y un bombero que pierde la vida combatiendo el incendio que se originó porque la chispa no fue apagada. Ya no preguntaba "¿Por qué yo?". Tanto podría ser él como otro. Tanto podría ser esta elección como otra. La luz feroz que había visto caer sobre este momento de decisión caía sobre toda la realidad.

—He hecho que tu Enemigo duerma —dijo la Voz—. No se despertará hasta mañana. Ponte en pie. Adéntrate veinte pasos en el bosque; duerme allí. Tu hermana también duerme.

DOCE

Cuando llega una mañana temida, por lo común nos encontramos bien despiertos de pronto. Ransom pasó sin etapas intermedias de un sueño sin sueño a la plena consciencia de su tarea. Se encontraba solo: la isla se hamacaba suavemente sobre un mar ni sereno ni tormentoso. La luz dorada, brillando entre los troncos añiles de los árboles, le indicó en qué dirección estaba el agua. Se dirigió a ella y se bañó. Después, otra vez en tierra, se inclinó y bebió. Se quedó parado unos minutos pasándose las manos por el pelo mojado y frotándose los miembros. Al bajar la vista y mirar su propio cuerpo notó cuánto había disminuido la quemadura solar de un costado y la palidez del otro. Difícilmente habría sido bautizado como Manchado si 'la Dama lo hubiese encontrado en ese momento por primera vez. El color se había vuelto más semejante al del marfil: los dedos de los pies, después de tantos días de andar descalzo, habían empezado a perder la forma apiñada y escuálida que les imponen las botas. En rasgos generales pensaba mejor que antes de sí mismo como animal humano. Se sentía bastante seguro de que nunca volvería a gobernar un cuerpo sin defectos hasta que llegara un amanecer mayor para el universo entero y estaba feliz de que el instrumento hubiese sido afinado hasta alcanzar las exigencias de un concierto antes de entregarlo.

—Cuando despierte tras Tu imagen, estaré satisfecho —se dijo.

Poco después entró en los bosques. Accidentalmente —porque en ese momento estaba concentrado en buscar comida— atravesó toda una nube de burbujas arbóreas. El placer fue tan agudo como cuando lo había experimentado por primera vez y al salir de ellas hasta había cambiado el ritmo de sus pasos. Aunque iba a ser su última comida, ni siquiera entonces le pareció correcto buscar un fruto favorito. Pero lo que encontró fueron calabazas. "Un buen desayuno en la mañana en que van a colgarte", pensó caprichosamente mientras dejaba caer la cáscara vacía de la mano: saturado de tal placer que parecía hacer bailar el mundo entero. "Bien considerado" pensó, "ha valido la pena. Lo he pasado bien. He vivido en el Paraíso".

Se adentró un poco más en el bosque, que allí se volvía más denso, y casi tropezó con la forma durmiente de la Dama. Era poco común que durmiera a esa hora del día, y supuso que era obra de Maleldil. "Nunca volveré a verla" pensó, y luego, "Nunca volveré a contemplar un cuerpo femenino del mismo modo en que contemplo éste". Mientras estaba allí, mirándola, lo que lo embargaba era sobre todo un anhelo intenso y huérfano de poder haber mirado así, aunque fuera por una sola *vez, a* la gran Madre de nuestra raza, en su inocencia y esplendor.

—Otras cosas, otras bendiciones, otras glorias —murmuró—. Pero nunca eso. Nunca en todos los mundos, eso. Dios puede hacer buen uso de todo lo que ocurre. Pero la pérdida es real.

La miró una vez más y luego caminó abruptamente, pasando el sitio donde ella descansaba. "Tenía razón" pensó. "Esto no podía seguir. Era hora de detenerlo."

Estuvo vagando largo rato, entrando y saliendo de los matorrales oscuros aunque coloreados, antes de encontrar al Enemigo. Se topó con su viejo amigo el dragón, exactamente como lo había visto la primera vez, enroscado alrededor del tronco de un árbol, pero también él dormía; entonces advirtió que desde el despertar no había percibido el trino de los pájaros, ni el susurro de cuerpos suaves, ni ojos marrones espiando entre las hojas, ni oído ningún ruido fuera del que hacía el agua. Parecía que Dios Nuestro Señor había hundido a toda la isla o tal vez todo el mundo en un denso sueño. Durante un instante le provocó un sentimiento de desolación, pero casi en seguida se regocijó de que ningún recuerdo de sangre y furor fuera a quedar impreso en aquellas mentes felices.

Casi una hora después, de pronto, al dar vuelta alrededor de un pequeño grupo de árboles-burbuja se encontró frente a frente con el Anti-hombre. "¿Ya está herido?" pensó cuando lo golpeó la visión de un pecho manchado de sangre. Después vio que des-de luego no se trataba de la sangre del Anti-hombre. Un pájaro, ya medio desplumado y con el pico bien abierto en el aullido silencioso de la estrangulación, luchaba débilmente en sus largas manos hábiles. Ransom se encontró actuando antes de saber qué había hecho. Debe haber despertado algún recuerdo de las técnicas boxísticas de la secundaria, porque descubrió que había lanzado con todas las fuerzas un directo a la mandíbula del Anti-hombre con la izquierda. Pero había olvidado que peleaba sin guantes; lo que se lo recordó fue el dolor cuando el puño chocó contra el hueso de la mandíbula —parecía casi haberse roto los nudillos— y la vibración tremenda que le subió por el brazo. Se quedó inmóvil durante un segundo bajo el impacto y eso le brindó al Anti-hombre tiempo para retroceder unos seis pasos. Tampoco a él parecía haberle gustado el primer sabor del encuentro. Era evidente que se había mordido la lengua, porque cuando intentó hablar le brotó sangre burbujeante de la boca. Aún sostenía el pájaro.

—Así que quieres medir fuerzas —dijo en inglés, con voz espesa.

—Suelta ese pájaro —dijo Ransom.

—Pero esto es una gran tontería —dijo el Antihombre—. ¿Sabes quién soy?

—Sé *qué* eres —dijo Ransom—. Cuál de ellos no importa.

—¿Y crees que puedes luchar contra mí, pequeño? —contestó—. ¿Crees que Él te ayudará, tal vez? Muchos lo creyeron. A Él lo conozco desde hace mucho más tiempo que tú, pequeño. Todos creen que Él los va a ayudar... hasta que vuelven en sí aullando retractaciones demasiado tarde en medio

del fuego, haciéndose pedazos en campos de concentración, retorciéndose bajo sierras, farfullando en los manicomios o clavados a una cruz. ¿Pudo Él ayudarse a Sí mismo? —y la criatura de pronto echó la cabeza atrás y gritó en una voz tan alta que pareció que hasta el techo celestial dorado iba a quebrarse—: *Eloi, Eloi, lama sabachthani.*

Y en cuanto lo hizo, Ransom estuvo seguro de que los sonidos eran perfecto arameo del siglo uno. El Anti-hombre no estaba citando, estaba recordando. Eran exactamente las palabras pronunciadas desde la Cruz, atesoradas a través de todos aquellos años en la memoria ardiente de la criatura proscripta que las había oído entonces y ahora las sacaba a relucir en una parodia espantosa; el horror le dio náuseas por un momento. Antes de que se recobrara el Antihombre estaba sobre él, ululando como un ciclón, con los ojos tan abiertos que parecían sin párpados y todos los pelos erizados. Lo había apretado estrechamente contra el pecho, rodeándolo con los brazos y las uñas le estaban desgarrando largas lonjas en la espalda. Ransom tenía los brazos inmovilizados y, aporreando como un salvaje, no pudo alcanzarlo ni con un solo golpe. Giró la cabeza y mordió con fuerzas el músculo del brazo derecho del Antihombre, al principio sin éxito, después más profundamente. Éste dio un aullido, trató de resistir y de pronto Ransom se vio libre. El rival bajó por un instante la defensa y Ransom se encontró haciendo llover puñetazos sobre la región del corazón, más rápidos y violentos de lo que hubiera creído posible. Podía oír cómo la boca del Anti-hombre exhalaba a grandes boqueadas el aliento que le estaba sacando a golpes. Después las manos del contrario se alzaron otra vez, con los dedos arqueados como garras. No estaba tratando de boxear. Quería aferrar. Ransom le apartó el brazo derecho de un golpe, con un horrible choque de hueso contra hueso, y le alcanzó la parte carnosa de la mejilla con un golpe corto: al mismo tiempo las largas uñas le desgarraron la derecha. Trató de agarrarle los brazos al enemigo. Más por suerte que por habilidad logró aferrarle las muñecas.

Lo que siguió durante el minuto siguiente difícilmente habría parecido un combate en algún sentido para cualquier espectador. El Anti-hombre trataba con cada gramo de energía que podía extraer al cuerpo de Weston de liberar los brazos de las manos de Ransom y éste, con cada gramo de su energía, intentaba sostener su toma alrededor de las muñecas. Pero el esfuerzo, que hacía correr ríos de sudor por las espaldas de ambos luchadores, daba como resultado un movimiento lento y aparentemente ocioso y hasta insensato, de los dos pares de brazos. Por el momento ninguno de los dos podía herir al otro. El Anti-hombre adelantó la cabeza y trató de morder, pero Ransom enderezó los brazos y lo mantuvo a distancia. No parecía haber motivos para que el forcejeo fuera a terminar alguna vez.

Entonces el enemigo proyectó una pierna y la dobló tras la rodilla de Ransom, que casi perdió el equilibrio. Los movimientos se hicieron rápidos y confusos por ambas partes. Ransom intentó a su vez hacer una zancadilla y falló. Empezó a retorcerle el brazo izquierdo al enemigo con cierta idea de quebrárselo o al menos provocarle un esguince. Pero en el esfuerzo por

lograrlo debe haber aflojado la presión sobre la otra muñeca. El Anti-hombre liberó su derecha. Ransom apenas tuvo tiempo de cerrar los ojos antes de que las largas uñas bajaran desgarrándole la mejilla y el dolor puso fin a los golpes que le estaba propinando en las costillas con la izquierda. Un segundo después —no supo muy bien cómo había ocurrido— estaban apartados, con el pecho subiendo y bajando mientras boqueaban, mirándose fijamente.

Sin duda los dos ofrecían un espectáculo lamentable. Ransom no podía ver sus heridas pero parecía estar cubierto de sangre. Los ojos del enemigo estaban casi cerrados y el cuerpo, en los sitios no ocultos por los restos de la camisa de Weston, era una masa de lo que pronto serían contusiones. Esto, la respiración trabajosa y la comprobación misma del vigor del Anti-hombre cuando se aferraban, había cambiado por completo el estado de ánimo de Ransom. Lo asombraba no descubrirlo más poderoso. Durante todo el tiempo, a pesar de lo que le indicaba la razón, había esperado que el vigor del cuerpo del enemigo fuera sobrehumano, diabólico. Había contado con brazos tan difíciles de agarrar y detener como la hélice de un avión. Pero ahora sabía, por la experiencia concreta, que su vigor físico era sencillamente el de Weston. En el plano físico se trataba de un erudito maduro contra otro. De los dos, Weston había sido el de mejor constitución, pero estaba gordo: el cuerpo no absorbía bien el castigo. Ransom era más ágil y tenía más resuello. Ahora la seguridad de morir que había sentido antes le parecía ridícula. Era un enfrentamiento muy parejo. No había motivos para no ganar… y vivir.

Esta vez fue Ransom quien atacó y la segunda vuelta fue muy parecida a la primera. Quedó claro que cuando podía boxear, Ransom era superior; cuando se trataba de uñas y dientes llevaba las de perder. Hasta en los peores momentos tenía la mente bien despejada. Comprendió que el resultado del día dependía de una cuestión muy sencilla: si la pérdida de sangre lo destruiría antes de que los golpes violentos contra el corazón y los riñones destruyeran al otro.

Todo aquel mundo suntuoso dormía alrededor de ellos. No había reglas, ni arbitraje, ni espectadores; pero el simple agotamiento, obligándolos a separarse continuamente, dividía el duelo grotesco en rounds con tanta precisión como podía desearse. El combate se convirtió en algo parecido a las repeticiones frenéticas del delirio y la sed en un dolor mayor que el que podía provocar el adversario. A veces caían al suelo juntos. En una ocasión Ransom estuvo realmente sentado sobre el pecho del enemigo, apretándole la garganta con las dos manos y —descubrió para su sorpresa— gritando una línea de La *Batalla de Maldon:* pero el otro le arañó tanto los brazos y lo golpeó en la espalda con las rodillas que fue rechazado.

Después recuerda —como se recuerda una isla de consciencia precedida y continuada por una larga anestesia— haberse adelantado a enfrentar al Antihombre por lo que parecía la milésima vez y sabiendo claramente que no podría luchar mucho más. Recuerda haber visto al Enemigo no como Weston, sino como un mandril y haber advertido en seguida que se trataba

del delirio. Se tambaleó. Entonces lo invadió una experiencia que tal vez ningún hombre bueno puede haber tenido en nuestro mundo: un torrente de odio perfectamente puro y legítimo. La energía del odio, nunca sentida antes sin cierta culpa, sin cierto conocimiento confuso de que no podía distinguir bien al pecador del pecado, le creció en los brazos y las piernas hasta que sintió que eran pilares de sangre ardiente. Lo que estaba ante él dejó de parecer una criatura de voluntad corrompida. Era la corrupción propiamente dicha, a la que la voluntad estaba unida sólo como un instrumento. Siglos atrás había sido una Persona. Pero ahora los restos de personalidad sobrevivían sólo como armas a disposición de una furiosa negación auto-exilada. Tal vez sea difícil comprender por qué esto llenó a Ransom no de horror sino de júbilo. El júbilo provenía de descubrir al fin para qué estaba hecho el odio. Así como un muchacho con un hacha se regocija al encontrar un árbol o un muchacho con una caja de lápices de colores se regocija al descubrir una pila de papel perfectamente blanco, así se regocijó Ransom ante la adecuación perfecta entre la emoción que sentía y su objeto. Sangrando y temblando de agotamiento, sintió que nada estaba fuera del alcance de su poder, y cuando se lanzó sobre la Muerte viviente, el eterno Número Negativo de la matemática universal, se asombró, y sin embargo (en un nivel más profundo) no se asombró en lo más mínimo, del propio vigor. Los brazos parecían moverse más veloces que el pensamiento. Las manos le enseñaron cosas terribles. Sintió cómo se quebraban las muñecas del otro, oyó cómo le crujía el hueso de la mandíbula. Toda la criatura parecía crujir y resquebrajarse bajo los golpes. De algún modo sus propios dolores, en los sitios donde el adversario lo rasguñaba, dejaron de importar. Sintió que podía luchar así, odiar así con un odio perfecto, durante un año entero.

Súbitamente descubrió que estaba dando golpes en el aire. Se encontraba en tal estado mental que al principio no pudo entender qué pasaba: no pudo creer que el Anti-hombre había huido. Su estupidez momentánea le dio ventaja al otro y cuando Ransom volvió en sí apenas tuvo tiempo de verlo desaparecer en el bosque, con desparejos pasos de rengo, un brazo colgando inútil y el aullido canino. Se precipitó tras él. Durante un segundo el enemigo quedó oculto por los troncos de los árboles. Después estuvo otra vez a la vista. Ransom empezó a correr con toda la energía posible, pero el otro mantuvo la delantera.

Fue una persecución fantástica, entrando y saliendo de las luces y las sombras, bajando y subiendo las lomas y valles de lento movimiento. Pasaron junto al dormido dragón. Pasaron a la Dama, que dormía con una sonrisa en el rostro. El Anti-hombre se inclinó mientras pasaba con los dedos de la mano izquierda arqueados para arañar. La habría rasguñado si se hubiese atrevido, pero Ransom lo seguía de cerca y no podía arriesgar la demora. Atravesaron un grupo de grandes aves anaranjadas completamente dormidas, cada una sobre una pata, cada una con la cabeza bajo el ala, de modo tal que parecían un grupo de arbustos regulares y floridos. Pisaron con cuidado en los sitios donde parejas y familias de canguros amarillos estaban tendidos de espaldas con los ojos bien cerrados y las pequeñas garras delanteras dobladas sobre el pecho como si fueran cruzados

esculpidos encima de tumbas. Se agacharon bajo ramas inclinadas por el peso de los cerdos arbóreos, que descansaban haciendo un ruido agradable como el ronquido de un niño. Atravesaron grupos de árboles-burbuja y olvidaron el cansancio por el momento. Era una isla grande. Salían de los bosques y corrían por anchos campos de color azafrán o plateados, a veces hundidos hasta el tobillo y a veces hasta el pecho en la frescura de aromas intensos. Bajaban corriendo hacia bosques que mientras se aproximaban descansaban en el fondo de valles ocultos, pero antes de llegar se elevaban para coronar la cima de colinas solitarias. Ransom no podía alcanzar a su presa. Era asombroso que una criatura tan estropeada como lo mostraban las zancadas desparejas, pudiera mantener ese ritmo. Si el tobillo estaba realmente torcido, como sospechaba, debía sufrir lo indescriptible a cada paso. Entonces se le ocurrió el pensamiento horrible de que tal vez. de algún modo podía trasladar el dolor que debía soportar a los restos de conciencia de Weston que aún sobrevivían en el cuerpo. La idea de que algo que una vez había sido de su propia especie y se había alimentado de un pecho humano podía seguir prisionero en ese instante de la cosa que él perseguía, redobló el odio, un odio distinto a casi todos los que había conocido, porque le aumentaba el vigor.

Cuando salieron del cuarto o quinto bosque vio el mar ante ellos a menos de treinta metros. El Anti-hombre siguió corriendo como si no hiciera distinciones entre la tierra y el agua y se zambulló con una gran salpicadura. Ransom pudo verle la cabeza, oscura contra el agua cobriza, mientras nadaba. Se alegró, porque la natación era el único deporte en el que se había acercado alguna vez a la excelencia. Cuando entró al agua perdió de vista al Anti-hombre por un momento; después, al alzar la cabeza y sacudirse el pelo mojado de la cara mientras emprendía la persecución (el pelo le había crecido mucho), vio el cuerpo entero del otro erguido y por encima de la superficie, como si estuviera sentado sobre el mar. Un segundo vistazo le hizo advertir que había montado un pez. Era evidente que el sueño encantado no se extendía más allá de la isla, porque el Anti-hombre Iba a buena velocidad sobre la montura. Estaba agachado haciéndole algo al pez, que Ransom no pudo ver. Sin duda contaba con muchos modos de urgir al animal para que acelerara la marcha.

Durante un momento se sintió desesperado: pero había olvidado el amor esencial por los hombres que sentían aquellos caballos marinos. Descubrió casi de inmediato que estaba en medio de un cardumen entero de las criaturas, que saltaban y hacían cabriolas para llamarle la atención. A pesar de la buena voluntad de los animales no le resultó fácil ubicarse sobre la superficie resbaladiza del espléndido ejemplar que alcanzaron primero sus manos: mientras se esforzaba por montar, la distancia iba aumentando entre él y el fugitivo. Pero al fin lo logró. Acomodándose tras la cabeza de ojos saltones tocó al animal con las rodillas, lo golpeó con los talones, le susurró palabras de ruego y aliento y en general hizo lo posible por despertar sus fibras. El animal empezó a avanzar. Pero al mirar delante Ransom ya no pudo ver la menor señal del Anti-hombre, sino sólo el extenso lomo vacío de la próxima ola viniendo hacia él. Sin duda la presa estaba más

allá de la loma. Entonces advirtió que no tenía que preocuparse por la dirección. La ladera acuática estaba sembrada de grandes peces, cada uno denunciado por un montón de espuma amarilla y algunos incluso echando chorros de agua. Posiblemente el Anti-hombre no había contado con el instinto que les hacía seguir como líder a cualquier integrante del cardumen sobre el que se sentara un ser humano. Se adelantaban todos lentamente en línea recta, seguros del camino a seguir como cornejas volviendo al nido o sabuesos siguiendo un rastro. Cuando Ransom y el pez subieron a la cima de la ola, se encontró mirando el amplio seno entre dos olas, muy semejante a uno de los valles de las colinas natales. Lejos y acercándose en ese momento al declive opuesto se veía la forma pequeña, oscura y como de muñeco del Antihombre: y entre ellos todo el banco de peces desparramado en tres o cuatro hileras. Era evidente que no había peligro de perder contacto. Ransom le estaba dando caza con los peces y éstos no dejarían de seguirlo. Rió sonoramente.

—Mis sabuesos son de estirpe espartana, con la misma boca hendida y del mismo color —rugió.

Ahora su atención captó por primera vez el hecho bendito de que ya no estaba luchando ni parado. Trató de adoptar una posición más descansada y un dolor demoledor en la espalda lo hizo erguir de golpe otra vez. Tontamente tendió la mano hacia atrás para explorarse los hombros, y casi aulló ante el dolor de su propio roce. La espalda parecía estar hecha pedazos y los pedazos parecían estar todos pegados entre sí. Al mismo tiempo notó que había perdido un diente y que le había desaparecido casi toda la piel de los nudillos; bajo el escozor de los ardientes dolores superficiales, dolores más profundos y siniestros lo atormentaban de pies a cabeza. No había advertido que estaba tan golpeado.

Entonces recordó que tenía sed. Ahora que había empezado a enfriarse y se le endurecían los músculos descubrió que la tarea de obtener un trago del agua que pasaba veloz junto a él era extremadamente difícil. Al principio pensó en inclinarse hasta que la cabeza quedara casi dada vuelta y hundir la cara en el agua: pero un solo intento le hizo desechar la idea. Se vio reducido a bajar las manos ahuecadas, y hasta eso, a medida que la rigidez de los músculos aumentaba, debía ser hecho con infinito cuidado y con numerosos gruñidos y jadeos. Le llevó unos cuantos minutos conseguir un pequeño sorbo que simplemente burló la sed. Calmar la sed lo mantuvo ocupado por lo que pareció media hora: media hora de dolores agudos y placeres demenciales. Nada había tenido nunca mejor sabor. Incluso cuando había terminado de beber siguió juntando agua y echándosela encima. Podría haber sido uno de los mejores momentos de su vida... si el escozor de la espalda no pareciera estar empeorando y si no tuviera miedo de que hubiera veneno en los cortes. Las piernas seguían apretándose al pez y aflojarlas significaba dolor y precaución. De vez en cuando la oscuridad amenazaba con vencerlo. Podría haberse desmayado fácilmente, pero pensó "Nunca lo haré" y fijó los ojos en objetos cercanos; se concentró en ideas simples y así mantuvo la conciencia.

Durante todo el tiempo, el Anti-hombre cabalgaba ante él, ola arriba y ola abajo, y los peces lo seguían y Ransom seguía a los peces. Ahora parecía haber más, como si la persecución hubiese encontrado otros cardúmenes y los hubiera incorporado al estilo de una bola de nieve: pronto hubo criaturas distintas a los peces. Aparecieron aves de cuello largo, como cisnes —no pudo distinguir el color porque contra el cielo parecían negras—, al principio girando, arriba, pero después dispuestas en largas hileras rectas: todas siguiendo al Antihombre. El grito de las aves se oía con frecuencia y era el sonido más salvaje que Ransom hubiese oído, el más desolado y el que menos tenía que ver con el Hombre. No había tierra a la vista, ni había habido durante varias horas. Estaba en alta mar, en los espacios baldíos de Perelandra, como no lo había estado desde la llegada. Los ruidos del mar le llenaban los oídos: el olor del mar, inconfundible y excitante como el de nuestros océanos telúricos, pero de una calidez y una dulzura dorada completamente distintas, le penetraba en el cerebro. Era también salvaje y extraño. No hostil: de haberlo sido, el carácter salvaje y extraño habría sido menor, porque la hostilidad es una relación y un enemigo no es un completo extraño. Se le ocurrió que no sabía absolutamente nada de aquel mundo. Algún día, sin duda, estaría poblado por los descendientes del Rey y la Reina. Pero todos los millones de años del pasado despoblado, todos los innumerables kilómetros de agua risueña del presente solitario ... ¿existían sólo para eso? Era extraño que él, para quien a veces un bosque o un cielo matutino habían sido en la Tierra como una especie de alimento, tuviera que haber venido a otro planeta para captar la naturaleza como algo que contaba con sus propios derechos. El significado difuso, el carácter inescrutable que había estado presente tanto en Tellus, la Tierra, como en Perelandra desde que se separaron del Sol, y que sería, en cierto sentido, desplazado por el advenimiento del hombre imperial; al mismo tiempo, en cierto sentido distinto, no desplazado en absoluto, lo envolvió desde todos los ángulos y lo atrapó dentro de sí.

TRECE

La oscuridad cayó sobre las olas tan súbitamente como si la hubieran volcado de una botella. En cuanto los colores y las distancias desaparecieron, el sonido y el dolor se hicieron más enfáticos. El mundo quedó reducido a una sorda molestia y punzadas repentinas y el batir de las aletas del pez y los sonidos monótonos aunque infinitamente variados del agua. Más tarde se encontró casi cayendo del pez, recuperó la posición en la montura con dificultad y advirtió que había dormido, tal vez durante horas. Previo que tal peligro volvería a presentarse continuamente. Después de pensarlo un poco se alzó dolorosamente fuera de la estrecha montura tras la cabeza y tendió el cuerpo a todo lo largo del lomo del pez. Apartó las piernas y rodeó con ellas al animal hasta donde pudo y lo mismo hizo con los brazos, esperando conservar así la montura aun durmiendo. Era lo máximo que podía hacer. Lo recorrió una extraña sensación emocionante, comunicada sin duda por el movimiento de los músculos del pez. Le daba la ilusión de compartir su poderosa vida animal, como si él mismo se estuviera transformando en pez.

Mucho después se encontró mirando algo parecido a un rostro humano. Debería haberlo aterrorizado paro, como nos ocurre a veces en un sueño, no fue así. Era un rostro azul-verdoso que al parecer brillaba con luz propia. Los ojos eran mucho más grandes que los de un hombre y le daban un aspecto de duende. Una orla de membranas arrugadas a cada lado sugerían patillas. Con una fuerte impresión advirtió que no estaba soñando, sino despierto. El ser era real. Aún estaba tendido, dolorido y agotado, sobre el cuerpo del pez y el rostro pertenecía a algo que nadaba paralelo a él. Recordó a los sub-hombres o tritones que había visto antes. No sentía ningún temor y adivinó que la reacción de la criatura ante él era la misma que la suya: una perplejidad inquieta, aunque no hostil. Cada uno de los dos le era indiferente por completo al otro. Se encontraron como se encuentran las ramas de árboles distintos cuando el viento las acerca.

Ransom se irguió una vez más hasta quedar sentado. Descubrió que la oscuridad no era completa. El pez nadaba en un baño de fosforescencia y también el extraño junto a él. Lo rodeaban otras burbujas y dagas de luz azul y pudo distinguir oscuramente por la forma cuáles eran peces y cuáles eran personas acuáticas. Sus movimientos delineaban un poco el contorno de las olas e introducían cierta sugestión de perspectiva en la noche. Un momento después notó que muy cerca de él varias de las personas acuáticas parecían estar alimentándose. Sacaban del agua masas oscuras de algo con las manos palmeadas como las de una rana y lo devoraban. Al masticar, la sustancia les colgaba de la boca en montones peludos y desmenuzados que parecían bigotes. Es significativo que en ningún momento se le ocurrió tratar de establecer contacto con estos seres, como había hecho con todo otro animal de Perelandra, ni a ellos tratar de establecerlo con él. No parecían ser

siervos naturales del hombre como los demás animales. Tuvo la impresión de que simplemente compartían un planeta con él como las ovejas y los caballos comparten un campo, cada especie ignorando a la otra. Más tarde, esto llegó a preocuparlo: pero por el momento estaba concentrado en un problema más práctico. Ver cómo comían le había recordado que tenía hambre y se estaba preguntando si la sustancia sería comestible para él. Le llevó un largo tiempo, rastrillando el agua con los dados, sacar un poco. Cuando al fin lo hizo resultó tener la misma estructura general de una de nuestras algas más pequeñas y ampollitas que reventaban con un chasquido cuando se las apretaba. Era resistente y resbaladiza, pero no salada como el alga de un mar terrestre. Nunca pudo describir adecuadamente el sabor. Debe tenerse en cuenta a través de todo este relato que mientras Ransom estuvo en Perelandra el sentido del gusto se había convertido en algo más de lo que era sobre la Tierra: le brindaba conocimiento tanto como placer, aunque no un conocimiento que pudiera ser reducido a palabras. En cuanto hubo comido unos cuantos puñados del alga sintió un curioso cambio mental. Experimentó como si la superficie del mar fuera la cima del mundo. Pensó en las islas flotantes como nosotros pensamos en las nubes, las vio en la imaginación como aparecían desde abajo: felpudos de fibra con largos gallardetes colgando, y tomó una conciencia alarmante de su propia experiencia de caminar sobre el lado superior como de un milagro o un mito. Sintió cómo el recuerdo de la Dama Verde y de iodos los descendientes prometidos y de los demás temas que lo habían ocupado desde que llegó a Perelandra, se esfumaba con rapidez de la mente, como se esfuma un sueño al despertamos o como si fuera empujado a un lado por todo un mundo de intereses y emociones a los que no podía dar nombre. Lo aterrorizó. A pesar del hambre tiró lo que quedaba del alga.

Debe haber dormido otra vez, porque la próxima escena que recuerda era a la luz del día. El Antihombre seguía visible adelante y *el* banco de peces aún se desparramaba entre ellos. Las aves habían abandonado la caza. Y ahora por fin bajó sobre él un sentido cabal y prosaico de su posición. A juzgar por la experiencia de Ransom, constituye una curiosa falla de la razón que cuando un hombre llega a un planeta extraño al principio se olvida por completo el tamaño. Todo ese mundo es tan pequeño comparado con el viaje por el espacio que olvida las distancias dentro de él: dos lugares cualquiera de Marte, o de Venus, se le aparecen como sitios de una misma ciudad. Pero ahora, cuando Ransom miró una vez más a su alrededor y en toda dirección sólo vio cielo dorado y olas que rodaban, el completo absurdo de tal ilusión penetró en él. Aunque hubiera continentes en Perelandra, el más cercano bien podía estar separado de él por la anchura del Pacífico, o más. Pero no tenía motivos para suponer que hubiera alguno. No tenía motivos ni siquiera para suponer que las islas flotantes eran numerosas, o que estaban distribuidas parejamente sobre la superficie del planeta. Aunque el desflecado archipiélago se desplegara sobre mil quinientos kilómetros cuadrados o más, ¿qué sería eso sino una mota despreciable en un océano sin tierras que rodaba eterno alrededor de un globo no mucho menor que el Mundo de los Hombres? El pez pronto se cansaría. Calculó que ya no nadaba a la velocidad original. Sin duda el Anti-hombre torturaría al suyo

para que nadara hasta morir. Pero él no podía hacerlo. Mientras pensaba en esto y miraba hacia adelante, vio algo que le enfrió el corazón. Uno de los otros peces se apartó con deliberación de la hilera, despidió una pequeña columna de espuma, se zambulló, y reapareció a unos metros, evidentemente a la deriva. Se perdió de vista en pocos minutos. Ya había tenido bastante.

Y entonces las experiencias del día y la noche anteriores empezaron a hacer un asalto directo sobre su fe. La soledad de los mares y, aún más, las experiencias posteriores a probar el alga, habían insinuado una duda en cuanto a si aquel mundo pertenecía en algún sentido real a los que se llamaban a sí mismos su Rey y su Reina. ¿Cómo podía estar hecho para ellos si la mayor parte, en realidad, les resultaba inhabitable? ¿No era una idea ingenua y antropomórfica en el más alto grado? En cuanto a la gran prohibición, de la que había parecido depender tanto: ¿era en verdad tan importante? ¿Qué les importaba a las olas rugientes de espuma amarilla y al extraño pueblo que vivía en ellas, si dos pequeñas criaturas, ahora lejanas, vivían o dejaban de vivir en una roca en particular? El paralelismo entre las escenas que había presenciado últimamente y las registradas en el Libro del Génesis, y que hasta entonces le había dado la sensación de conocer por experiencia lo que los demás hombres sólo creían,

empezó a perder importancia. ¿Demostraba algo más que el hecho de que *tabúes* irracionales parecidos habían acompañado el alba de la razón en dos mundos distintos? Estaba muy bien hablar de Maleldil: ¿pero dónde estaba Maleldil ahora? Si el océano ilimitado afirmaba algo, afirmaba algo muy distinto. Como todos los lugares solitarios, en realidad estaba habitado: pero no por una Deidad antropomórfica, sino más bien por lo inescrutable absoluto ante lo cual el hombre y su vida permanecen eternamente ajenos. Y más allá del océano estaba el espacio mismo... Ransom trató de recordar en vano que él había estado en "el espacio" y había descubierto que era el Cielo, hormigueando con una plenitud de vida para la que no sobraba ni un solo centímetro cúbico del infinito. Todo eso parecía un sueño. La línea opuesta de pensamiento de la que se había burlado con frecuencia llamándola El Espantajo Empírico, irrumpió en su mente: el gran mito de nuestro siglo, integrado por gases y galaxias, años luz y evoluciones, perspectivas pesadillescas de aritmética simple en las que todo lo que puede tener algún significado posible para la mente se transforma en simple derivado del desorden esencial. Hasta entonces siempre le había restado importancia, había tratado con cierto desdén los superlativos insípidos, el asombro payasesco ante el hecho de que cosas distintas tuvieran que ser de tamaños distintos, la locuaz generosidad de cifras. Incluso en ese momento, la razón no estaba vencida por completo, aunque el corazón no escucharía a la razón. Una parte de sí mismo aún sabía que el tamaño de algo es su característica menos importante, que el universo material provenía del poder comparativo y creador de mitos de su interior, que la majestad misma ante la que ahora estaba le pedía humillarse, y que los simples números no pueden intimidarnos a menos que les prestemos, de nuestras propias fuentes, esa sensación de enormidad que ellos no pueden provocar por sí solos más de lo

que puede hacerlo el libro mayor de un banquero. Pero tal conocimiento seguía siendo una abstracción. La simple grandeza y la soledad lo agobiaban.

Aquellos pensamientos deben haberlo ocupado durante horas y absorbido toda su atención. Lo volvió en sí lo que menos esperaba: el sonido de una voz humana. Saliendo del ensueño vio que todos los peces lo habían abandonado. El suyo nadaba débilmente: y allí, a pocos metros, ya no huyendo sino dirigiéndose lento hacia él, estaba el Anti-hombre. Sentado abrazándose a sí mismo, con los ojos casi cerrados por las magulladuras, la carne color hígado, la pierna al parecer quebrada, la boca torcida por el dolor.

—Ransom —dijo con voz endeble.

Ransom mantuvo la boca cerrada. No iba a alentarlo a que empezara otra vez con el juego.

—Ransom —volvió a decir el otro con voz quebrada—. Por el amor de Dios háble me.

Lo miró sorprendido. El otro tenía lágrimas en las mejillas.

—Ransom, no me rechace —dijo—. Dígame qué ha pasado. ¿Qué nos han hecho? Usted... está todo ensangrentado. Tengo la pierna quebrada ...

La voz se apagó en un susurro.

—¿Quién es usted? —preguntó Ransom lacónicamente.

—Oh, no finja que no me conoce —murmuró la voz de Weston—. Soy Weston. Usted es Ransom: Elwin Ransom de Leicester, Cambridge, el filólogo. Sé que hemos tenido nuestras disputas. Lo siento. Me atrevería a decir que he estado equivocado. Ransom, no me dejará morir en ese lugar horrible, ¿verdad?

—¿Dónde aprendió arameo? —preguntó Ransom, sin apartar los ojos del otro.

—¿Arameo? —dijo la voz de Weston—. No sé de qué está hablando. No le veo la gracia a burlarse de un hombre agonizante.

—¿Pero es usted realmente Weston? —dijo Ransom, porque empezaba a creer que Weston había regresado.

—¿Quién otro podría ser? —llegó la respuesta, con un impulso de débil mal humor, al borde de las lágrimas.

—¿Dónde ha estado usted? —preguntó Ransom.

Weston —si es que era Weston— se estremeció.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó un momento después.

—En Perelandra... es decir Venus —contestó Ransom.

—¿Ha encontrado la espacionave? —preguntó Weston.

— Nunca la vi salvo a distancia —dijo Ransom—. Y no tengo idea de dónde se encuentra ahora: por lo que sé supongo que a unos trescientos kilómetros.

—¿Quiere decir que estamos atrapados? —dijo Weston, casi en un grito. Ransom no dijo nada y el otro agachó la cabeza y lloró como un niño.

—Vamos, tomárselo así no le va a hacer ningún bien —dijo Ransom al fin—. Bien considerado, no estaría mucho mejor en la Tierra. Recuerde que están en guerra allí. ¡Los alemanes pueden estar bombardeando Londres en este momento! —después, al ver que la criatura seguía llorando, agregó—: Anímese, Weston. Después de todo, es sólo la muerte. Tarde o temprano tenemos que morir, bien lo sabe. No nos faltará agua y el hambre, sin la sed, no es tan terrible. Y en cuanto a ahogarse: bueno, una herida de bayoneta, o el cáncer, sería peor.

—Quiere decir que va a abandonarme —dijo Weston.

—No puedo, aunque lo quiera —dijo Ransom—. ¿No comprende que estoy en la misma situación que usted?

—¿Me promete no irse y dejarme en esta situación? —dijo Weston.

—Está bien, se lo prometo, si así lo quiere. ¿Dónde podría ir?

Weston miró muy lentamente a su alrededor y luego urgió al pez para que se acercara un poco más al de Ransom.

—¿Donde está... *eso?* —preguntó en un susurro—. Usted sabe ...

Y gesticuló sin sentido.

—Yo podría hacerle la misma pregunta —dijo Ransom.

—¿A mí? —dijo Weston. El rostro estaba tan desfigurado por uno y otro motivo que era difícil estar seguro de la expresión.

—¿Tiene alguna idea de lo que le ha estado pasando en los últimos días? —dijo Ransom.

Weston miró una vez más a su alrededor con inquietud.

—Es todo cierto, sabe —dijo al fin.

—¿Qué es cierto?

De pronto Weston se volvió con un gruñido de rabia.

—Todo está muy bien para usted —dijo—. Ahogarse no hace daño y de todos modos la muerte tiene que llegar y toda esa insensatez. ¿Qué sabe *usted* de la muerte? Es todo cierto, se lo aseguro.

—¿De qué está hablando?

—Me he estado atiborrando de cosas sin sentido durante toda la vida —dijo Weston—. Tratando de convencerme de que importa lo que le ocurra a la raza humana... tratando de creer que cualquier cosa que uno pueda hacer volverá soportable el universo. Está todo podrido, ¿no se da cuenta?

—¡Y hay algo más que es más cierto!

—Sí —dijo Weston, y se quedó en silencio un largo rato.

—Sería mejor que acerquemos las cabezas de nuestros peces o nos veremos apartados —dijo Ransom poco después, con los ojos puestos en las aguas.

Weston obedeció sin ser consciente al parecer de lo que hacía y durante un tiempo cabalgaron lentamente uno junto al otro.

—Le diré lo que es más cierto —dijo Weston poco después.

—¿Qué?

—Un niño pequeño que se escabulle escaleras arriba cuando nadie lo ve y con mucha lentitud hace girar el picaporte para espiar en el cuarto donde yace el cuerpo muerto de la abuela... y después se aleja corriendo y tiene pesadillas. Una abuela enorme, entiende.

—¿Qué pretende dar a entender diciendo que eso es más cierto?

—Quiero decir que ese niño sabe algo sobre el universo que toda ciencia y toda religión tratan de ocultar.

Ransom no dijo nada.

—Hay montones de cosas —siguió Weston poco después—. Los niños temen atravesar el cementerio parroquial por la noche y los mayores les dicen que no sean tontos: pero los niños son más sabios que los mayores. Gente del África Central que hace cosas bestiales con máscaras en medio de la noche: y los misioneros y los funcionarios dicen que es superstición. Y bien, los negros saben más sobre el universo que los blancos. Sacerdotes sucios en las calles apartadas de Dublín asustando mortalmente a niños medio imbéciles con cuentos sobre eso. Usted diría que son incultos. No lo son: salvo que creen en una vía de escape. No hay. Ese es el universo real, siempre lo ha sido, siempre lo será. Eso es lo que todo *significa.*

—No tengo bien en claro... —empezó Ransom, cuando Weston lo interrumpió.

—Por eso es tan importante vivir todo lo que se pueda. Todo lo bueno está en el presente; una delgada cascarita a la que llamamos vida, puesta para

exhibición, y después... el universo *real* por siempre jamás. Engrosar la cáscara un centímetro: vivir una semana, un día, media hora más: eso es lo único que importa. Por supuesto usted no lo sabe: pero todo hombre que espera ser colgado lo sabe. Usted dice: "¿Qué importancia tiene una pequeña postergación?". ¡Qué importancia!

—Pero nadie necesita ir allí —dijo Ransom.

—Sé que usted cree eso —dijo Weston—. Pero está equivocado. Sólo un pequeño grupo de gente civilizada lo cree. La humanidad como un todo sabe que no es así. Sabe (Hornero lo sabía) que *todos* los muertos se han hundido en la oscuridad interior: bajo la cáscara. Todos ignorantes, todos temblando, farfullando, corrompiéndose. Espectros. Cualquier salvaje sabe que *todos* los fantasmas odian a los vivos que aun disfrutan de la cáscara: del mismo modo que las viejas odian a las muchachas que siguen teniendo buena apariencia. Tener miedo de los fantasmas es muy correcto. Uno va a formar parte de ellos.

—Usted no cree en Dios —dijo Ransom.

—Bueno, ese es otro punto —dijo Weston—. Cuando muchacho he ido a la iglesia tanto como usted. En algunas partes de la Biblia hay más sentido del que la gente religiosa cree. ¿Acaso no afirma que Él es el Dios de los vivos, no de los muertos? Es exactamente así. Tal vez su Dios existe: pero que sea así o no, no tiene importancia. No, como es natural usted no lo entenderá, pero un día lo hará. No creo que se haga realmente una idea clara de la cáscara: la delgada piel externa que llamamos vida. Imagine al universo como un globo infinito con esta costra muy delgada sobre la parte exterior. Pero recuerde que el espesor es un espesor de *tiempo:* en los mejores puntos tiene unos setenta años. Nacemos en la superficie y durante la vida nos vamos hundiendo, atravesándola. Cuando la hemos atravesado por completo entonces estamos lo que se llama Muertos: hemos llegado a la oscura parte interna, el globo real. Si su Dios existe, Él no está en el globo: está fuera, como una luna. Al pasar al interior pasamos fuera de Su alcance. Él no nos sigue adentro. Usted lo expresaría diciendo que Él no está en el tiempo: ¡cree que eso es muy consolador! En otras palabras Él permanece inmóvil: fuera, en la luz y el aire. Pero nosotros estamos en el tiempo. Nos "movemos con los tiempos". Es decir, desde Su punto de vista, nos movemos *alejándonos,* hacia lo que Él considera como no-ser, adonde Él nunca sigue a nadie. Eso es todo lo que existe para nosotros, todo lo que siempre existió. Él puede estar o no en lo que usted llama "Vida". ¿Qué importancia tiene? ¡*Nosotros* no vamos a estar allí por mucho tiempo!

—Difícilmente sea esa la historia completa —dijo Ransom—. Si el universo entero fuera así, entonces nosotros, como partes de él, nos sentiríamos cómodos en tal universo. El solo hecho de que nos impacte como algo monstruoso...

—Sí —interrumpió Weston—, estaría muy bien si no fuese que el razonamiento mismo sólo es válido mientras uno permanezca en la cáscara.

No tiene nada que ver con el universo real. Hasta los científicos comunes, como lo era yo mismo, están empezando a averiguarlo. ¿No ha comprendido el verdadero significado de todas las ideas modernas sobre los peligros de la extrapolación y el espacio curvo y la incertidumbre del átomo? No lo dicen con tantas palabras, desde luego, pero a lo que están llegando hoy en día, incluso antes de morir, es a lo que llegan todos los hombres cuando están muertos: al conocimiento de que la realidad no es ni racional ni consistente ni nada por el estilo. En cierto sentido podríamos decir que no está allí. "Real" e "Irreal", "Verdadero" y "Falso": todo eso está sólo en la superficie. Cede en cuanto uno lo presiona.

—Si todo eso fuera cierto —dijo Ransom—, ¿qué sentido tendría decirlo?

—¿Qué sentido tiene todo lo demás? —contestó Weston—. El único sentido en todo es que no existe ningún sentido. ¿Por qué los fantasmas quieren asustar? Porque *son* fantasmas. ¿Qué otra cosa les queda por hacer?

—Comprendo —dijo Ransom—. La descripción que da un hombre del universo o de cualquier otra construcción depende mucho de donde está ubicado.

—Pero sobre todo de si está dentro o fuera—dijo Weston—. Todas las cosas que a uno le gusta tratar están en el exterior. Un planeta como el nuestro, o como Perelandra, por ejemplo. O un hermoso cuerpo humano. Todos los colores y las formas agradables están simplemente donde el cuerpo termina, donde deja de ser. Dentro, ¿qué tenemos? Oscuridad, gusanos, calor, presión, sal. sofocación, hedor.

Surcaron las aguas en silencio por unos minutos, sobre olas que iban aumentando de tamaño. Los peces parecían avanzar poco.

—Como es natural a usted no le importa —dijo Weston—. ¿Qué le podemos importar nosotros a la gente de la cáscara? Ustedes aún no han sido tironeados hacia abajo. Es como un sueño que tuve una vez, aunque entonces no supe lo verídico que era. Soñé que estaba muerto... es decir, prolijamente tendido en la sala de un sanatorio con el rostro arreglado por el encargado de pompas fúnebres y grandes lirios en el cuarto. Y entonces una especie de persona que se estaba cayendo a pedazos (como un vagabundo, sólo que era él mismo, no la ropa, lo que se estaba cayendo a pedazos) llegó y se paró al pie de la cama, odiándome. "Perfecto" dijo, "perfecto. Crees que estás magníficamente bien con la sábana limpia y el ataúd pulido que te están preparando. Yo empecé así. Todos lo hacemos. No tienes más que esperar y ver en qué te conviertes al final."

—En realidad, creo que bien podría callarse —dijo Ransom.

—Después está el Espiritismo —dijo Weston, sin darse por aludido—. Solía pensar que era todo una insensatez. Pero no es así. Es totalmente cierto. ¿Ha notado que todas las descripciones *agradables* de los muertos pertenecen a la tradición o a la filosofía? Lo que descubre la experimentación concreta es distinto por completo. Ectoplasma: películas viscosas que surgen

del vientre del médium y conforman rostros grandes, caóticos, destartalados. Escritura automática que produce resmas de basura.

—*¿Es* usted Weston? —dijo Ransom, volviéndose de pronto hacia el acompañante. La obstinada voz susurrante, tan articulada que uno tenía que escucharla y sin embargo tan desarticulada que uno tenía que esforzarse para seguir lo que decía, estaba empezando a exasperarlo.

—No se enfurezca —dijo la voz—. Enfurecerse conmigo no está bien. Creí que iba a tener un poco de compasión. Dios mío, Ransom, es horrible. Usted no entiende. Bien abajo cubierto por capas y capas. Enterrado vivo. Uno trata de relacionar las cosas y no puede. Ellos le sacan la cabeza... y uno no puede ni siquiera volver a recordar a qué se parecía la vida en la cáscara, porque uno sabe que nunca significó nada desde el principio mismo.

—¿Qué es usted? —gritó Ransom—. ¿Cómo sabe a qué se parece la muerte? Por Dios, lo ayudaría si pudiera. Pero deme los hechos. ¿Dónde ha estado durante estos días?

—Shhh —dijo el otro de pronto—. ¿Qué es eso?

Ransom escuchó. Ciertamente parecía haber un elemento nuevo en la gran multitud de sonidos que los rodeaba. Al principio no pudo definirlo. Ahora las olas eran muy grandes y el viento intenso. El acompañante tendió la mano y aferró el brazo de Ransom.

—¡Oh, Dios mío! —gritó—. ¡Oh, Ransom, Ransom! Vamos a morir. A morir y volver a ser puestos bajo la cáscara. Ransom, usted prometió ayudarme. No permita que vuelvan a atraparme.

—Cállese —dijo Ransom con desagrado, porque la criatura estaba gimiendo y berreando tanto que no podía oír nada más: y le era muy necesario identificar la nota profunda que se había mezclado al silbido del viento y el rugir de las olas.

—Rompientes —dijo Weston—. ¡Rompientes, idiota! ¿No puede oír? ¡Allá hay tierra! Una costa rocosa. Mire allí... no, a la izquierda. Vamos a estrellarnos, a hacernos papilla. ¡Mire: oh, Dios, ahí llega la oscuridad!

Y la oscuridad llegó. Un terror ante la muerte como nunca había sentido antes, un terror ante la criatura espantada que estaba junto a él, cayó sobre Ransom: por último, un terror sin objeto preciso. En pocos minutos pudo ver a través del color negro azabache de la noche la luminosa nube de espuma. Por el modo en que se proyectaba agudamente hacia arriba juzgó que rompía contra acantilados. Aves invisibles pasaron a baja altura, con una agitación del aire y un chillido.

—¿Está usted allí, Weston? —gritó—. ¡Animo! Recupérese. Todo lo que estuvo diciendo es una locura. Rece una plegaria infantil si no puede rezar una plegaria adulta. Arrepiéntase de sus pecados. Tómeme de la mano. En

este momento hay centenares de simples muchachos enfrentando la muerte en la Tierra. Comportémonos con dignidad.

Le agarraron la mano en la oscuridad, con mayor firmeza de la que él deseaba.

—No puedo soportarlo, no puedo soportarlo —llegó la voz de Weston.

—Tranquilo ahora. No, así no —gritó Ransom, porque de pronto Weston le había aferrado el brazo con las dos manos.

—No puedo soportarlo —llegó otra vez la voz.

—¡Vamos! —dijo Ransom—. Suelte. ¿Qué diablos está haciendo?...

Y mientras hablaba brazos poderosos lo arrancaron de la montura, lo envolvieron en un abrazo terrible justo debajo de los muslos y, aunque intentó vanamente agarrarse de la bruñida superficie del pez, lo arrastraron hacia abajo. Las aguas se cerraron sobre su cabeza y el enemigo siguió arrastrándolo hacia la cálida profundidad, y más abajo aún, donde ya no había calor.

CATORCE

"No puedo retener más el aliento", pensó Ransom. "No puedo. No puedo." Objetos fríos y viscosos se deslizaban hacia arriba sobre el cuerpo agónico. Decidió dejar de retener el aliento, abrir la boca y morir, pero la voluntad no obedeció la decisión. Sentía como si fueran a estallarle no sólo el pecho sino también las sienes. Luchar era inútil. Los brazos no encontraban al enemigo y las piernas estaban trabadas. Advirtió que se movían hacia arriba. Pero no tenía esperanzas. La superficie estaba demasiado lejos, no podría resistir hasta que la alcanzaran. Ante la presencia inmediata de la muerte todas las ideas sobre la otra vida se retiraron de su mente. La simple proposición abstracta, "Esto es un hombre muriendo" flotó ante él sin emoción. De pronto un estruendo de sonidos volvió a precipitarse en los oídos: explosiones y ruidos metálicos intolerables. Abrió la boca automáticamente. Respiraba otra vez. En una oscuridad densa como alquitrán y llena de ecos se estaba agarrando de lo que parecía grava y pateando como un salvaje para librar las piernas del abrazo. Después se vio libre y luchando una vez más: un forcejeo, ciego metido a medias en el agua sobre lo que parecía una playa de guijarros, con rocas más agudas aquí y allá que le cortaban los pies y los codos. La negrura se llenó de maldiciones jadeantes, en su propia voz y en la de Weston, de aullidos de dolor, golpes sordos y el ruido de respiración trabajosa. Por último se encontró a horcajadas sobre el enemigo. Le apretó los costados con las rodillas hasta hacerle crujir las costillas y le rodeó la garganta con las manos. De algún modo pudo resistir los rasguños feroces que el otro le hacía en los brazos: para seguir apretando. Una sola vez había tenido que apretar *así,* pero había sido sobre una arteria, para salvar una vida, no para matar. Pareció durar siglos. Aún mucho después de que la criatura hubo dejado de forcejear no se animaba a aflojar la presión. Incluso cuando estuvo bien seguro de que ya no respiraba siguió sentado sobre el pecho y mantuvo las manos cansadas, aunque ahora flojamente, sobre la garganta del otro. Él mismo iba a desmayarse, pero contó hasta mil antes de cambiar de posición. Aun entonces siguió sentado sobre el cadáver. No sabía si el espíritu que le había hablado en las últimas horas era realmente el de Weston o si había sido víctima de una treta. En verdad, la distinción no importaba mucho. Sin duda en la condenación había una confusión de personas: lo que los panteístas esperaban falsamente del Cielo los hombres malvados lo recibían realmente en el Infierno. Se fundían con el Amo, así como un soldadito de plomo se escurre hacia abajo y pierde la forma en de cucharón de fundir sostenido sobre el quemador de gas. La cuestión de si en un momento dado está actuando Satán o alguien dirigido por Satán, a la larga no tiene un significado preciso. Entretanto, lo principal era no ser engañado otra vez.

No quedaba nada por hacer, salvo esperar la mañana. A juzgar por el estruendo de los ecos que lo rodeaban, dedujo que estaban en una bahía

muy estrecha entre acantilados. Cómo habían podido alcanzarla era un misterio. Debían faltar varias horas para la mañana. Eso era una molestia considerable. Decidió no abandonar el cadáver hasta haberlo examinado a la luz del día y tal vez tomar otras medidas para asegurarse de que no pudiese ser reanimado. Hasta entonces debía pasar el tiempo como mejor pudiese. La playa de guijarros no era muy cómoda y cuando trató de inclinarse hacia atrás se encontró con una pared dentada. Por fortuna estaba tan cansado que durante un tiempo el mero hecho de estar sentado inmóvil lo conformó. Pero esa fase pasó.

Trató de pasarla lo mejor posible. Decidió dejar de calcular cómo pasaba el tiempo. "La única respuesta segura" se dijo, "es pensar en la hora más temprana que uno pueda suponer posible y después dar por sentado que la hora real la precede en dos horas." Se entretuvo recapitulando toda la aventura en Perelandra. Recitó todo lo que pudo recordar de *La Ilíada, La Odisea,* la *Chanson de Roland, El Paraíso Perdido,* el *Kalevala, La Caza del Snark y* un poema sobre las reglas fonéticas germánicas que había compuesto cuando era estudiante de primer año. Trató de pasar el mayor tiempo posible persiguiendo las líneas que no podía recordar. Se planteó un problema de ajedrez. Trató de esbozar un capítulo para un libro que estaba escribiendo. Pero en general todo fue un fracaso.

Tales actividades prosiguieron, alternándose con períodos de tenaz inactividad, hasta que le pareció difícil recordar un tiempo anterior a aquella noche. Apenas podía creer que hasta para un hombre aburrido y despierto doce horas pudieran parecer tan largas. ¡Y el ruido: la incomodidad arenosa, resbaladiza! Ahora que lo pensaba era muy raro que la región no contara con ninguna de las suaves brisas nocturnas que había encontrado en todos los demás lugares de Perelandra. También era raro (pero la idea le vino cuando parecían haber pasado varias horas más) que los ojos no pudieran descansar ni siquiera en la cresta fosforescente de las olas. Muy lentamente se le empezó a ocurrir una explicación posible de ambos hechos: además explicaría por qué la oscuridad duraba tanto. La idea era demasiado terrible como para entregarse al miedo. Controlándose, se puso rígidamente en pie y empezó a caminar con cuidado a lo largo de la playa. El avance era lento: pero un momento después los brazos tendidos tocaron roca perpendicular. Se paró de puntillas y estiró hacia arriba las manos lo más posible. No encontraron más que roca. "No te alarmes" se dijo. Emprendió a tientas el camino de regreso. Llegó al cadáver del Anti-hombre, lo pasó y siguió más allá, sobre la playa opuesta. Se curvaba con rapidez y antes de haber dado veinte pasos las manos —que mantenía por encima de la cabeza— encontraron no una pared sino un techo de roca. Unos pasos más allá bajaba. Después tuvo que agacharse. Un poco más y tuvo que avanzar sobre manos y rodillas. Era evidente que el techo iba en descenso y por último se unía a la playa.

Enfermo de desesperación volvió tanteando hasta el cadáver y se sentó. Ahora no había dudas sobre la verdad. No tenía sentido esperar el amanecer. Allí no habría amanecer hasta el fin del mundo y tal vez ya había esperado

una noche y un día. Los ecos metálicos, el aire estancado, el olor mismo del lugar, todo lo confirmaba. Al hundirse, el enemigo y él, por una rara casualidad habían sido llevados a través de un agujero en los acantilados, muy por debajo del nivel del agua, a la playa de una caverna. ¿Era posible invertir el proceso? Bajó al borde del agua ... o, más bien, mientras buscaba a tientas el camino para bajar el agua la salió al encuentro. Atronó sobre su cabeza y bien alto detrás de él y luego retrocedió con una fuerza de arrastre que sólo pudo resistir abriendo los brazos y las piernas y aferrándose a las rocas de la playa. Zambullirse en *eso* sería inútil: sencillamente se rompería las costillas contra la pared opuesta de la caverna. Teniendo luz y un lugar alto de donde zambullirse, era concebible llegar al fondo y dar con la entrada... pero muy dudoso. Y de todos modos, luz no había...

Aunque el aire no era muy fresco supuso que la prisión debía contar con un suministro en algún sitio: si se trataba de una abertura que él pudiese alcanzar ya era otro asunto. Se volvió de inmediato y empezó a explorar la roca tras la playa. Al principio parecía algo sin esperanzas, pero es difícil desechar la convicción de que las cavernas llevan a alguna parte, y después de cierto tiempo las manos descubrieron una saliente a unos noventa centímetros de altura. Trepó a ella. Había esperado que sólo tuviera unos centímetros de ancho, pero las manos no pudieron encontrar una pared ante él. Con mucha cautela avanzó unos pasos. El pie derecho tocó algo agudo. Silbó de dolor y siguió con mayor cautela aún. Entonces encontró roca vertical: lisa hasta donde pudo alcanzar. Se volvió a la derecha y poco después la perdió. Se volvió a la izquierda y empezó a avanzar otra vez y casi en seguida se golpeó el dedo del pie. Después de acariciarlo un momento siguió sobre manos y rodillas. Parecía estar entre piedras grandes, pero el camino era practicable. Durante unos diez minutos avanzó bien, subiendo una pendiente bastante pronunciada, a veces sobre cascajo resbaladizo, a veces sobre la parte superior de las grandes rocas. Entonces llegó a otro acantilado. En éste parecía haber una saliente a un metro treinta de altura, pero esta vez realmente estrecha. Consiguió subir y se pegó a la superficie, tanteando a izquierda y derecha en busca de lugares donde afirmarse.

Cuando encontró uno y advirtió que iba a intentar un verdadero escalamiento, vaciló. Recordó que lo que estaba sobre él podría ser un acantilado que aun a la luz del día y con ropa adecuada no se atrevería a escalar: pero la esperanza susurraba que también podía tener sólo dos metros de alto y que unos minutos de sangre fría podían llevarlo a esos pasajes suavemente sinuosos que subían desde el corazón de la montaña y que para entonces habían ganado una posición tan firme en su imaginación. Decidió seguir. En realidad, lo que le preocupaba no era el miedo de caer, sino de verse apartado del agua. Podía enfrentar la posibilidad de morir de hambre: no de sed. Pero siguió. Por unos minutos hizo cosas que nunca había hecho sobre la Tierra. Sin duda en cierto sentido era ayudado por la oscuridad: no tenía ninguna sensación concreta de altura y no sentía vértigos. Por otro lado, trabajar sólo con el sentido del tacto hacía que la ascensión fuera demencial. Sin duda si alguien lo hubiera visto, habría parecido que en un momento se arriesgaba como un loco y en otro se

entregaba a una cautela excesiva. Trató de sacarse de la cabeza la posibilidad de estar trepando simplemente hacia un techo.

Un cuarto de hora más tarde se encontró sobre una amplia superficie horizontal: una saliente de roca mucho más ancha o la parte superior del precipicio. Descansó un momento y se lamió las cortaduras. Después se puso en pie y avanzó a tientas, esperando a cada momento encontrarse con otra pared de roca. Cuando unos treinta pasos más tarde eso no ocurrió, gritó y por el sonido calculó que estaba en un espacio bastante abierto. Entonces continuó. El suelo era de guijarros pequeños y subía en forma bastante aguda. Había algunas piedras más grandes pero había aprendido a curvar los dedos hacia arriba cuando el pie tanteaba para dar el paso siguiente y rara vez se los golpeaba. Un problema menor era que aún en la oscuridad perfecta no podía dejar de esforzar los ojos para ver. Eso le provocó un dolor de cabeza y creaba luces y colores ilusorios.

La lenta marcha cuesta arriba en la oscuridad duró tanto que empezó a temer estar girando en círculo o haberse metido en una galería que corría sin cesar bajo la superficie del planeta. Hasta cierto punto el firme ascenso lo tranquilizaba. Las ansias de ver luz se hicieron dolorosas. Se descubrió pensando en la luz como un hambriento piensa en la comida: imaginando colinas en abril como nubes lechosas que pasaban rápidas por el cielo azul o en círculos serenos de lámparas sobre mesas agradablemente provistas de libros y de pipas. Por una curiosa confusión mental le resultaba imposible no imaginar que el declive sobre el que caminaba no estaba simplemente a oscuras, sino que era negro de por sí, como cubierto de hollín. Sentía que los pies y las manos debían estar ennegrecidos de tocarlo. Cada vez que se imaginaba llegando a cualquier tipo de luz, imaginaba también que la luz revelaba un mundo de hollín a su alrededor.

Se golpeó la cabeza con fuerza contra algo y cayó sentado, medio aturdido. Al recobrarse descubrió por el tacto que la cuesta de cascajo subía hasta un techo de roca lisa. Cuando se sentó a asimilar el descubrimiento, se sentía muy deprimido. El sonido de las olas subía débil y melancólico de abajo y le indicaba que no estaba a gran altura. Al fin, aunque con muy pocas esperanzas, empezó a caminar hacia la derecha, manteniendo contacto con el techo alzando los brazos. Pronto éste subió fuera de alcance. Mucho después oyó sonido a agua. Se adelantó más lentamente, con gran temor de toparse con una cascada. Los guijarros empezaron a estar húmedos y por fin se paró en una pequeña charca. Volviéndose a la izquierda descubrió en verdad una cascada, pero se trataba de una corriente de agua pequeña, sin fuerza para ponerlo en peligro. Se arrodilló en la charca ondulante y bebió de la cascada y se bañó la cabeza dolorida y los hombros cansados bajo ella. Después, muy aliviado, trató de abrirse camino aguas arriba.

Aunque cierto tipo de musgo hacía resbaladizas las rocas y muchas de las charcas eran profundas, no presentó serias dificultades. En unos veinte minutos había llegado a la parte superior, y por lo que pudo calcular gritando y tomando nota de los ecos se encontraba ahora en una caverna realmente enorme. Tomó la corriente como guía y se dedicó a seguirla. En la

oscuridad impenetrable era como una compañía. Cierta esperanza concreta —distinta de la mera convención de esperanza que sostiene a los hombres en situaciones desesperadas— empezó a penetrar en su mente.

Fue poco después cuando empezaron a preocuparlo los ruidos. El último estruendo débil del mar en el pequeño agujero del que había partido tantas horas atrás ahora había desaparecido y el sonido predominante era el tintineo suave de la corriente. Pero empezó a creer que oía otros ruidos mezclados a éste. A veces una sorda caída, como si algo se hubiese deslizado en una de las charcas tras él: a veces, más misteriosamente, un seco sonido chirriante, como si arrastraran metal sobre las rocas. Al principio lo atribuyó a la imaginación. Después se detuvo en una o dos ocasiones a escuchar y no oyó nada; pero cada vez que seguía el ruido volvía a empezar. Por fin, al detenerse una vez más, lo oyó con claridad inconfundible. ¿Podía ser que el Anti-hombre después de todo hubiese resucitado y aún lo siguiera? Pero parecía imposible, porque su intención había sido escapar. No era fácil hacerse cargo de la otra posibilidad: que las cavernas podían tener habitantes. En realidad toda su experiencia previa le aseguraba que en caso de existir lo más probable era que fuesen inofensivos, pero por alguna razón no podía creer del todo que algo que habitara semejante sitio pudiese ser agradable y un ligero eco de la charla del Anti-hombre (o de Weston) volvió a él. "Todo es hermoso en la superficie, pero adentro, abajo: oscuridad, calor, terror y hedor." Entonces se le ocurrió que si una criatura lo estaba siguiendo corriente arriba podía convenirle abandonar las riberas y esperar hasta que pasara de largo. Pero si le estaba dando caza era de suponerse que lo hacía por el olfato; en todo caso no podía arriesgarse a perder la corriente. Por último siguió adelante.

Ya fuera por la debilidad —porque ahora tenía mucho hambre— o porque los ruidos que lo seguían le hicieron acelerar el paso sin querer, descubrió que estaba desagradablemente acalorado y hasta el riachuelo no pareció muy refrescante cuando puso los pies en él. Empezó a pensar que, lo persiguieran o no, debía tener un breve descanso: pero en ese mismo momento vio la luz. Los ojos habían sido engañados antes tantas veces que al principio no lo creyó. Los cerró mientras contaba hasta cien y volvió a mirar. Se dio vuelta por completo y se sentó varios minutos, rogando que no fuera una ilusión, y miró otra vez.

—Bueno —dijo Ransom—. Si se trata de una ilusión, es bastante tenaz.

Una luminosidad muy difusa, minúscula, temblorosa, de color ligeramente rojizo, estaba ante él. Era demasiado débil para iluminar algo más y en ese mundo de negrura no pudo distinguir si estaba a cinco metros o cinco kilómetros de distancia. Se puso en marcha de inmediato, con el corazón golpeándole el pecho. Gracias al Cielo, la corriente parecía estar llevándolo hacia ella.

Cuando creía que aún faltaba un largo trecho se encontró casi pisándola. Era un círculo de luz que descansaba sobre la superficie del agua, que formaba allí un hondo charco tembloroso. Venía de arriba. Entrando al

charco levantó la cabeza. Un parche irregular de luz, ahora nítidamente roja, estaba directamente sobre él. Esta vez tenía la intensidad necesaria como para mostrarle los objetos que la rodeaban, y cuando los ojos los dominaron advirtió que estaba contemplando un túnel o grieta. La abertura inferior daba sobre el techo de la caverna, que allí debía estar a sólo uno o dos metros de su cabeza: la abertura superior obviamente debía dar al piso de una cámara separada y más alta desde donde llegaba la luz. Pudo ver el costado desparejo del túnel, iluminado en forma confusa y forrado de almohadillas y tiras de vegetación gelatinosa bastante desagradable. Por allí el agua se escurría y le caía sobre la cabeza y los hombros en una ducha cálida. La calidez, y el color rojo de la luz, sugerían que la caverna superior estaba iluminada por fuego subterráneo. No será claro para el lector, ni lo fue para Ransom cuando lo pensó más tarde, por qué decidió de inmediato llegar a la caverna superior si le era posible. Piensa que lo que lo movió fue en realidad el simple hambre de luz. La primera mirada al túnel había restablecido las dimensiones y la perspectiva de su mundo y eso era en sí como librarse de la prisión. Parecía indicarle sobre los alrededores mucho más de lo que en realidad indicaba: le devolvió todo ese marco de referencias espaciales sin las que un hombre apenas parece capaz de afirmar que su cuerpo le pertenece. Después de eso, cualquier retorno al horrible vacío negro, el mundo de tizne y hollín, el mundo sin tamaño ni distancia donde había estado vagando, quedaba descartado. Quizá pensara también que lo que lo estaba siguiendo dejaría de hacerlo si podía llegar a la caverna iluminada.

Pero no era fácil lograrlo. No podía alcanzar la entrada del túnel. Incluso saltando sólo logró tocar apenas el borde de la vegetación. Al fin se le ocurrió un plan improbable que era lo mejor en que podía pensar. Había luz suficiente como para ver una cantidad de rocas más grandes entre la grava y puso manos a la obra para elevar un montón en el centro del charco. Trabajó febrilmente y con frecuencia tuvo que deshacer lo que había hecho: lo probó varias veces antes de que alcanzara realmente la altura necesaria. Cuando por fin quedó listo y se paró sudando y tembloroso sobre la cima, aún quedaba por correr el verdadero riesgo. Tenía que aferrar la vegetación a ambos lados de la cabeza, confiar en la suerte para que resistiera y medio saltar, medio trepar con la máxima rapidez posible, porque si resistía, estaba seguro de que no sería por mucho tiempo. De uno u otro modo se las arregló para hacerlo. Consiguió calzarse dentro de la grieta con la espalda contra un costado y los pies contra el otro, como un montañés en lo que llaman una chimenea. La densa vegetación pulposa le protegía la piel, y después de algunos forcejeos hacia arriba descubrió que las paredes del pasaje eran tan irregulares que podía trepar normalmente. El calor aumentaba con rapidez.

—Subir aquí ha sido una tontería —dijo Ransom, pero mientras lo decía, se encontró en la parte superior.

Al principio lo enceguecio la luz. Cuando al fin pudo discernir los alrededores descubrió que estaba en una vasta sala tan inundada de luz ígnea que le dio la impresión de estar cavada en arcilla roja. La estaba

mirando a lo largo. El suelo bajaba a la izquierda. A la derecha se empinaba hacia lo que parecía el borde de un risco, más allá del cual había un abismo de brillo cegador. Un ancho río poco profundo bajaba por el centro de la caverna. El techo estaba tan alto que era invisible, pero las paredes se remontaban en la oscuridad con amplias curvas, como las raíces de un haya.

Se puso en pie vacilante, cruzó chapoteando el río (que era caliente al tacto) y se acercó al borde del precipicio. El fuego parecía estar a miles de metros bajo él y no pudo ver el otro lado del pozo en el que se hinchaba y rugía y se retorcía. Los ojos sólo pudieron soportarlo uno o dos segundos y cuando se dio la vuelta el resto de la caverna pareció oscura. El calor que sentía en el cuerpo era doloroso. Se apartó del borde del precipicio y se sentó de espaldas al fuego a ordenar las ideas.

Se ordenaron de modo no previsto. Súbita e irresistible, como un ataque de tanques, toda la visión del universo que Weston (si es que era Weston) le había predicado últimamente se apoderó casi por completo de él. Pareció vislumbrar que había estado viviendo toda la vida en un mundo de ilusiones. Los fantasmas, los malditos fantasmas, tenían razón. La belleza de Perelandra, la inocencia de la Dama, el sufrimiento de los santos y los buenos afectos de los hombres, eran sólo apariencia y demostración externa. Lo que él llamaba los mundos era sólo la piel de los mundos: a cuatrocientos metros de la superficie y a partir de allí a través de miles de kilómetros de oscuridad y silencio y fuego infernal, hasta el centro mismo de cada uno, vivía la realidad: la insensatez, lo deshecho, la idiotez omnipotente para la que todo espíritu carecía de importancia y ante la que todo esfuerzo era vano. Fuera lo que fuese lo que lo estaba siguiendo subiría por aquel agujero oscuro, húmedo, sería excretado pronto por el conducto horrendo, y entonces él moriría. Fijó los ojos en la boca oscura por la que él mismo acababa de emerger. Y entonces…

—Me lo esperaba —dijo Ransom.

Lenta, a sacudones, con movimientos anormales e inhumanos, una forma humana, escarlata a la luz del fuego, salió gateando sobre el suelo de la caverna. Era el Anti-hombre, por supuesto: arrastrando la pierna rota y con el maxilar inferior colgando como el de un cadáver, consiguió ponerse en pie. Y entonces, muy cerca de él, algo más salió del agujero. Primero surgieron lo que parecían ramas de árboles, y después siete u ocho puntos de luz, agrupados de modo irregular, como una constelación. Después una masa tubular que reflejaba el resplandor rojizo como sí estuviese lustrada. El corazón le dio un gran vuelco cuando las ramas se resolvieron de pronto en largas antenas tiesas y los puntos de luz se transformaron en *los* ojos numerosos de una cabeza cubierta con una caparazón como un casco y la masa que la seguía se revelaba como un cuerpo grande *más o* menos cilíndrico. Siguieron cosas horribles: patas angulosas, muy articuladas, y poco después, cuando creía que el cuerpo entero estaba a la vista, apareció un segundo cuerpo y detrás un tercero. El ser estaba dividido en tres partes, unidas sólo por una especie de estructura como una cintura de avispa: tres

partes que no parecían estar realmente alineadas y le daban el aspecto de un animal pisoteado; una deformidad enorme, temblorosa, de muchas patas, parada tras el Anti-hombre de tal modo que las sombras de los dos danzaban en amenaza inmensa y unánime sobre la pared rocosa que había tras ellos.

"Quieren asustarme", dijo algo en el cerebro de Ransom y en el mismo momento se convenció de que el Anti-hombre había convocado al gran animal reptante y también de que los malos pensamientos que habían precedido la aparición del enemigo habían sido vertidos en su mente por la voluntad del enemigo. Saber que sus pensamientos podían ser manipulados desde afuera de ese modo no le despertó terror sino rabia. Ransom descubrió que se había puesto en pie, que se estaba acercando al Anti-hombre, que estaba diciendo cosas, tal vez cosas tontas, en inglés:

—¿Cree que voy a soportar *esto?* —aulló—. Salga de mi cerebro. ¡No le pertenece, le digo! ¡Fuera!

Mientras gritaba levantó una piedra grande y dentada del borde de la corriente.

—Ransom —graznó el Anti-hombre—. ¡Espere! Los dos estamos atrapados …

Pero Ransom ya estaba sobre él.

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, ahí va… quiero decir, Amén —dijo Ransom, y arrojó la roca con todas sus fuerzas al rostro del Anti-hombre.

El Anti-hombre cayó como cae un lápiz, con la cara destrozada, imposible de reconocer. En vez de mirarlo Ransom se volvió para enfrentar el otro horror. ¿Pero dónde había ido a parar el horror? La criatura estaba allí, sin duda una criatura de forma curiosa, pero toda la aversión había desaparecido por completo de su mente, de tal modo que ni entonces ni en ningún otro momento pudo recordarla, ni volver a comprender siquiera por qué uno debía disputar con un animal por tener más patas o más ojos que uno. Todo lo que había sentido desde la infancia respecto a los insectos y reptiles murió en ese momento: murió totalmente, como muere la música horrible cuando apagamos la radio. Al parecer todo había sido, desde el principio, un siniestro encantamiento del enemigo. Una vez, mientras estaba sentado escribiendo junto a una ventana abierta en Cambridge, había levantado la cabeza y se había estremecido al ver lo que supuso un escarabajo multicolor de forma particularmente horrenda arrastrándose sobre la hoja de papel. Una segunda mirada le indicó que era una hoja muerta, movida por la brisa; en un instante las mismas curvas y entrantes que habían constituido su fealdad se transformaron en sus bellezas. En este momento había tenido casi la misma sensación. Comprendió en seguida que la criatura no pretendía hacerle daño: que no tenía ninguna pretensión en especial. Había sido atraída hasta allí por el Anti-hombre y ahora estaba inmóvil, moviendo las antenas con vacilación. Después, como al parecer los alrededores no le

gustaron, giró laboriosamente y empezó a descender por el agujero de donde había salido. Mientras veía la última división del cuerpo tripartito bambalearse al borde de la abertura y por fin volcarse hacia arriba con la cola en forma de torpedo en el aire, Ransom casi rió.

—Parece un tren subterráneo animado —fue su comentario.

Se volvió hacia el Anti-hombre. Apenas quedaba algo que uno pudiera llamar cabeza, pero decidió no correr riesgos. Lo tomó de los tobillos y tiró de él hasta el borde del precipicio: entonces, después de descansar unos segundos, lo arrojó por encima del mismo. Durante un instante vio la forma negra recortada contra el mar de fuego: ese fue su fin.

Rodó mas que arrastrarse de regreso a la corriente y bebió en abundancia.

—Este puede ser o no mi fin —pensó Ransom—. Puede haber o no una vía de escape de estas cavernas. Pero hoy no daré un paso más. Ni para salvar la vida... ni para salvar la vida. Es categórico. Loado sea Dios, estoy exhausto.

Un segundo después dormía.

QUINCE

Durante el resto del viaje subterráneo, después del largo sueño en la caverna iluminada por el fuego, Ransom estuvo hasta cierto punto aturdido por el hambre y la fatiga. Recuerda haberse quedado inmóvil durante horas después de despertar y hasta haber debatido consigo mismo si valía la pena seguir. El momento verdadero de la decisión ha desaparecido de su mente. Las imágenes se presentan de modo caótico, descoyuntado. A un costado había una larga galería abierta hacia el pozo de fuego y un lugar terrible donde subían nubes de vapor sin cesar, eternamente. Sin duda uno de los numerosos torrentes que rugían cerca caía en la profundidad del fuego. Más allá había grandes salas aún tenuemente iluminadas y llenas de una desconocida riqueza mineral que centelleaba y danzaba en la luz y engañaba sus ojos como si estuviera explorando un salón de espejos con ayuda de un encendedor. También le pareció, aunque esto puede haber sido delirio, que atravesaba una vasta y espaciosa catedral más bien obra del arte que de la naturaleza, con dos grandes tronos en un extremo y sillas a cada lado, demasiado amplios para ocupantes humanos. Si los objetos eran reales, nunca les descubrió una explicación. Hubo un túnel oscuro en el que un viento salido de Dios sabe dónde soplaba y le echaba arena en la cara. Hubo también un lugar donde él mismo caminaba en la oscuridad y miraba hacia abajo braza tras braza de columnas y arcos naturales y abismos retorcidos que seguían hasta un suelo pulido iluminado por una fría luz verde. Y cuando se paró y miró le pareció que cuatro de los grandes escarabajos terrestres, disminuidos por la distancia al tamaño de mosquitos, aparecían lentamente, y arrastraban tras ellos un carro plano y sobre el carro, enhiesta, imperturbable, se mantenía una figura cubierta de mantos, enorme, inmóvil y esbelta. Y conduciendo el extraño tronco de animales de tiro pasó con insufrible majestad y se perdió de vista. Era evidente que el interior de aquel mundo no era para el hombre. Pero era para algo. A Ransom le pareció que, si un hombre podía descubrirlo, era posible que existiera un modo de renovar la antigua práctica pagana de propiciar a los dioses locales de lugares desconocidos de tal manera que no fuera una ofensa para el único Dios, sino sólo una apología prudente y cortés por la transgresión. Aquel ser, aquella forma fajada en su carroza, *sin* duda era una criatura amiga. Eso no quería decir que fueran iguales o tuvieran los mismos derechos en la reglón subterránea. Mucho después llegó el ruido de tambores: el *bum-ba-ba-ba-bum-bum* surgido de la densa oscuridad, distante al principio, luego rodeándolo por completo, luego apagándose después de una infinita prolongación de ecos en el laberinto negro. Más tarde apareció la fuente de luz fría: una columna, como de agua, brillando con radiación propia y pulsante, a la que era imposible acercarse por más que uno viajara y que al fin se eclipsó súbitamente. No descubrió qué era. Y

así, luego de más maravillas y majestuosidad y esfuerzo de los que pueden ser contados, llegó un momento en que los pies resbalaron sin aviso sobre barro... un intento salvaje de aferrarse a algo... un espasmo de terror... y se encontró farfullando y debatiéndose en agua profunda, rápida. Pensó que aunque se librara de ser estrellado contra las paredes del canal, pronto iba a zambullirse con la corriente en el pozo de fuego. Pero el canal debe haber sido muy recto y la corriente tal vez menos violenta de lo que había supuesto. En todo caso nunca tocó los costados. Al fin iba impotente, abalanzado hacia adelanta en la oscuridad llena de ecos. Duró largo tiempo.

Comprenderán que con la espera de la muerte, y el agotamiento, y el gran ruido, se sentía mentalmente confundido. Recordando más tarde la aventura, a Ransom le parecía que había flotado pasando de la oscuridad a un color gris y después a un caos inexplicable de azules y verdes y blancos semitransparentes. Hubo un atisbo de arcos sobre su cabeza y de columnas que brillaban apenas, pero todo incierto y anulándose entre sí en cuanto lo veía. Era como una caverna de hielo, pero demasiado cálida para eso. Y encima de él el techo parecía ondear como agua, pero sin duda se trataba de un reflejo. Un momento más y se vio lanzado a la plena luz del día, al aire y al calor, rodó precipitadamente y fue depositado, aturdido y sin aliento, en los bajíos de una gran charca.

Estaba casi demasiado débil para moverse. Algo en el aire y en el dilatado silencio que hacía de fondo al trino solitario de las aves, le indicó que estaba sobre el alto pico de una montaña. Rodó más que arrastrarse hasta salir del agua sobre el suave césped azul. Volviéndose hacia donde había venido vio un río que brotaba de la boca de una caverna, una caverna que parecía estar realmente hecha de hielo. Bajo ella el agua era de un azul espectral, pero cerca de donde él yacía era de un cálido color ámbar. Lo rodeaban neblina y frescura y rocío. A su lado se alzaba un risco cubierto con fajas de vegetación brillante, aunque centelleante como cristal, donde asomaba su propia superficie. Pero le prestó poca atención. Había ricos racimos de un fruto semejante a la uva brillando bajo las hojitas puntiagudas y podía alcanzarlos sin ponerse de pie. Comer se transformó en dormir por una transición que nunca pudo recordar.

A esta altura se hace cada vez más difícil brindar las experiencias de Ransom en cierto orden. Él mismo no tiene idea del tiempo que pasó junto al río ante la boca de la caverna, comiendo y durmiendo y despertando sólo para volver a comer y dormir. Cree que fueron sólo uno o dos días, pero a juzgar por el estado de su cuerpo cuando el período de convalecencia terminó supongo que más bien deben haber sido quince o veinte. Fue una época para recordar sólo en sueños, como recordamos la infancia. En realidad fue una segunda infancia, en la que lo alimentaba el pecho del planeta Venus: y no se destetó hasta que se apartó de allí. Tres impresiones del largo descanso permanecen. Una es el sonido incesante del agua cantarina. Otra la vida deliciosa que absorbía de los racimos que casi parecían inclinarse sin invitación en sus manos tendidas. La tercera es la canción. A veces alta en el aire sobre él, a veces subiendo como si brotara de

las hondonadas y los valles lejanos de abajo, flotaba a través del sueño y era el primer sonido en cada despertar. Informe como el canto de un ave, no era sin embargo una voz de ave. Era a un violonchelo lo que es la voz de un ave a una flauta: grave, madura y tierna, profunda, suntuosa y marrón-dorado, apasionada además, pero no con las pasiones de los hombres.

Como Ransom fue destetado tan gradualmente de aquel estado de descanso, no puedo brindar sus impresiones del lugar en el que estaba poco a poco, como él llegó a captarlo. Pero cuando se encontró curado y sintió otra vez la mente despejada, lo que vio fue lo siguiente. Los riscos de los que había surgido el río a través de la caverna, no eran de hielo, sino de un tipo de roca translúcida. Cualquier astilla pequeña arrancada de ellos era transparente como el vidrio, pero los riscos en sí, cuando se los miraba de cerca, parecían volverse opacos a quince centímetros de la superficie. Si uno entraba aguas arriba en la caverna y luego se volvía y miraba hacia la luz, los bordes del arco que formaba la boca eran nítidamente transparentes: y adentro todo parecía azul. No supo qué pasaba en la cima de estos riscos.

Ante él el prado de césped azul seguía siendo horizontal por unos treinta pasos y después caía en un declive agudo, haciendo que el río bajara en una serie de cataratas. El declive estaba cubierto de flores que una brisa leve movía sin cesar. Bajaba por un largo trecho y terminaba en un valle retorcido y boscoso que se curvaba perdiéndose de vista a la derecha tras un ¡majestuoso talud: pero más allá, más abajo —tan abajo que era casi increíble— se advertía la punta de numerosos picos montañosos, y más allá, aún más tenue, el atisbo de valles más bajos, y después todo se esfumaba en una niebla dorada. Sobre el costado opuesto del valle la tierra saltaba hacia arriba en grandes extensiones y pliegues de albura casi himaláyica hasta las rocas rojas. No rojas como los riscos de Devonshire: de un verdadero rojo-rosa, como si las hubieran pintado. El brillo lo asombró, así como también los picos agudos como agujas, hasta que se le ocurrió que estaba en un mundo joven y tales montañas podían encontrarse, geológicamente hablando, en la infancia. Además, debían estar más lejos de lo que parecía.

A la izquierda y detrás de él los riscos de cristal le bloqueaban la visión. A la derecha terminaban pronto y más allá el terreno se alzaba en otro pico, más cercano: mucho más bajo que los que se veían al otro lado del valle. La inclinación fantástica de todos los declives confirmaba la idea de que se encontraba sobre una montaña muy joven.

Salvo la canción todo estaba muy sereno. Cuando veía aves volando, por lo común era abajo, muy lejos. Sobre los declives de la derecha y, menos nítidamente, sobre el declive del gran *massif* que lo enfrentaba, había un efecto continuo como de ondas, al que no pudo encontrarle explicación. Era como el de agua corriendo: pero si se trataba de un río sobre una montaña más remota, tendría que tener tres o cuatro kilómetros de ancho y eso le parecía improbable.

Al tratar de desplegar el panorama completo he omitido algo que, en realidad, hizo que captarlo fuera una larga tarea para Ransom. Todo el lugar

se veía sometido a neblinas. Desaparecía sin cesar en un velo de color azafrán o dorado muy pálido y volvía a aparecer: casi como si el techo celestial de oro, que en verdad parecía estar a sólo unos metros de las cumbres montañosas, se abriera y derramara riquezas sobre el mundo.

Día a día, a medida que iba conociendo más el lugar, Ransom iba conociendo también más el estado de su propio cuerpo. Durante largo tiempo estuvo casi demasiado rígido como para moverse y hasta respirar sin cuidado lo hacía contraer de dolor. Sin embargo, se curó con rapidez sorprendente. Pero así como un hombre que ha sufrido una caída sólo descubre el verdadero daño cuando los raspones y cortes menores duelen menos, así Ransom estuvo casi recobrado cuando descubrió la herida más grave. Era en el tobillo. La forma demostraba con claridad que la habían provocado dientes humanos: los dientes desagradables, romos de nuestra especie, que trituran y quebrantan más de lo que cortan. Extrañamente, no guardaba recuerdos de esa mordedura en especial en los innumerables forcejeos con el Antihombre. No parecía malsana, pero seguía sangrando. No sangraba con rapidez, pero nada de lo que pudo hacer detuvo la hemorragia. Sin embargo lo preocupó muy poco. En ese período ni el futuro ni el pasado le importaban realmente. Desear y temer eran estados de conciencia para los que parecía haber perdido la aptitud.

De todos modos llegó un día en que sintió la necesidad de un poco de ejercicio y, sin embargo; no se sentía aún preparado para abandonar el pequeño refugio entre la charca y el acantilado, que se había convertido en una especie de hogar. Empleó el día en hacer algo que puede parecer bastante tonto y sin embargo, en el momento, a Ransom le pareció que no podía omitirlo. Había descubierto que el material de los riscos transparentes no era muy duro. Así que tomó una roca filosa de otro tipo y limpió de vegetación un amplio espacio sobre la pared del risco. Después tomó medidas, trazó líneas con cuidado y horas más tarde había producido lo que sigue. El idioma era solar antiguo pero las letras romanas:

EN EL INTERIOR DE ESTAS CAVERNAS FUE QUEMADO

EL CUERPO DE

EDWARD ROLLES WESTON

UN SABIO JNAU DEL MUNDO QUE LOS QUE LO HABITAN

LLAMAN TELLUS, TIERRA PERO LOS ELDILA

THULCANDRA.

NACIÓ CUANDO TELLUS HABÍA COMPLETADO MIL

OCHOCIENTAS NOVENTA Y SEIS REVOLUCIONES

ALREDEDOR DE ÁRBOL DESDE LA ÉPOCA EN QUE

MALELDIL BENDITO SEA ÉL NACIÓ COMO JNAU EN

THULCANDRA.

ESTUDIÓ LAS PROPIEDADES DE LOS CUERPOS Y FUE EL

PRIMER TERRESTRE QUE VIAJÓ A TRAVÉS DEL ESPACIO

PROFUNDO A MALACANDRA Y A PÉRELANDRA DONDE

ENTREGÓ SU VOLUNTAD Y RAZÓN AL ELDIL TORCIDO

CUANDO TELLUS COMPLETABA MIL NOVECIENTAS

CUARENTA Y DOS REVOLUCIONES

A PARTIR DEL NACIMIENTO DE MALELDIL

BENDITO SEA ÉL.

—Ha sido una tontería —se dijo Ransom satisfecho cuando volvió a acostarse—. Nadie llegará a leerlo. Pero tenía que quedar un testimonio. Después de todo fue un gran físico. De cualquier manera, me ha permitido hacer un poco de ejercicio.

Bostezó prodigiosamente y se acomodó para otras doce horas de sueño.

Al día siguiente se sintió mejor y empezó a dar paseos cortos, no bajando, sino yendo y viniendo sobre la ladera a cada lado de la caverna. Al otro día

estaba aún mejor. Pero al tercer día se sintió bien y preparado para más aventuras.

Emprendió la marcha por la mañana bien temprano y empezó a seguir el río colina abajo. El declive era muy agudo pero no había salientes de roca, el césped era suave y elástico y se sorprendió al descubrir que el descenso no le provocaba cansancio en las rodillas. A la media hora de marcha, cuando los picos de la montaña opuesta estaban ya demasiado altos como para verse y los riscos de cristal eran atrás sólo un resplandor lejano, llegó a un nuevo tipo de vegetación. Se acercaba a un bosque de árboles pequeños cuyos troncos medían sólo setenta centímetros de altura; en la parte superior de cada tronco crecían largos gallardetes que no se alzaban en el aire sino que flotaban en el viento colina abajo y paralelos al suelo. Así, cuando penetró en ellos, se encontró caminando hundido hasta la rodilla y más aún en un mar en continuo ondular: un mar que pronto se agitó rodeándolo hasta donde alcanzaba la vista. Era de color azul, pero mucho más suave que el azul del césped: casi azul Cambridge en el centro de cada gallardete vegetal, pero decreciendo en los bordes plumosos y con flecos en una delicadeza gris azulada con la que nuestro mundo sólo podría rivalizar mediante los efectos más sutiles del humo o de las nubes. La caricia suave, casi impalpable de las largas hojas delgadas en la carne, la música baja, cantarina, blanda, susurrante y el movimiento juguetón que lo rodeaba, empezaron a hacerle latir el corazón con esa formidable sensación de deleite que había sentido antes en Perelandra. Advirtió que los bosques enanos —los árboles-onda, como los bautizó— explicaban el movimiento como de agua que había visto sobre las pendientes más lejanas.

Cuando se sintió cansado, se sentó y se encontró en un mundo nuevo. Ahora los gallardetes fluían sobre su cabeza. Estaba en un bosque hecho para enanos, un bosque con techo azul transparente, en continuo movimiento, que proyectaba una danza sin fin de luces y sombras sobre el suelo musgoso. Y pronto vio que realmente estaba hecho para enanos. Sobre el musgo, allí de una delicadeza extraordinaria, vio el ir y venir de lo que al principio tomó por insectos pero que resultaron ser, mejor mirados, mamíferos diminutos. Había muchos ratones montañeses, exquisitos modelos a escala de los que había visto en la Isla Prohibida, cada uno del tamaño de un aberrojo. Había pequeños milagros de gracia que se parecían a los caballos más que cualquier otro animal que hubiera visto en Perelandra, aunque se asemejaban más a las especies primitivas que al representante moderno.

—¿Cómo puedo evitar pisar unos miles mientras camino? —se preguntó.

Pero en realidad no eran tan numerosos y la mayor parte parecía estar alejándose hacia la izquierda. Cuando hizo el ademán de levantarse, notó que ya quedaban pocos a la vista.

Siguió bajando a través de los gallardetes ondulantes (era como ser bañado por un oleaje vegetal) durante más o menos una hora. Entonces llegó a unos bosques y poco después a un río de lecho rocoso que corría al otro lado del

sendero, a la derecha. En realidad había alcanzado el valle boscoso y sabía que el terreno que subía a través de los árboles de la ribera opuesta era el principio de la gran ascensión. Había una sombra ambarina y una altura solemne bajo el techo del bosque, rocas mojadas por cataratas y, por sobre todo, el sonido de la profunda canción. Ahora era tan intensa y de una melodía tan plena que Ransom se dirigió corriente abajo, apartándose un poco de su camino, para buscar el origen. Esto lo llevó casi en seguida fuera de las imponentes galerías y los claros abiertos, a un tipo distinto de bosque. Pronto se abrió paso a través de arbustos sin espinas, muy florecidos. Tenía la cabeza cubierta por los pétalos que llovían sobre él, los flancos dorados de polen. Casi todo lo que tocaba con los dedos era gomoso y a cada paso el contacto con el suelo blando y los arbustos parecía despertar nuevos aromas que penetraban como dardos en el cerebro y provocaban allí placeres enormes y salvajes. El sonido era muy alto y el matorral muy espeso, tanto que no podía ver a un metro de distancia, cuando la música se detuvo de pronto. Hubo un sonido de ramas agitándose y quebrándose y Ransom se dirigió rápidamente hacia él, pero no encontró nada. Casi había decidido abandonar la búsqueda cuando la canción volvió a empezar un poco más lejos. La siguió una vez más; una vez más la criatura dejó de cantar y lo eludió. Debe haber jugado así al escondite con ella durante la mayor parte de una hora antes de que la búsqueda se viera recompensada.

Pisando con delicadeza en uno de los estallidos musicales más intensos vio al fin algo negro a través de las ramas floridas. Quedándose inmóvil cada vez que la canción cesaba y avanzando con gran cautela cada vez que volvía a empezar, la acechó durante diez minutos. Al fin la vio entera, cantando e ignorante de que la observaban. Estaba sentada erguida como un perro, negra, lisa y brillante, los cuartos delanteros se alzaban muy por encima de la cabeza de Ransom y las patas sobre las que se apoyaban eran como árboles tiernos y las amplias manos suaves sobre las que éstas descansaban eran grandes como las de un camello. El enorme vientre redondeado era blanco y el cuello se alzaba alto por sobre los cuartos delanteros, como el de un caballo. Desde donde estaba Ransom, la cabeza se veía de perfil: la boca bien abierta mientras cantaba gozosa en densas vibraciones y la música ondulando casi visible en la garganta lustrosa. Ransom miró maravillado los ojos dilatados y líquidos y los hollares temblorosos, sensibles. Entonces la criatura dejó de cantar, lo vio, se alejó veloz y se detuvo a unos pasos de distancia, sobre las cuatro patas, casi del tamaño de un elefante joven, agitando una larga cola peluda. Era el primer ser de Perelandra que parecía mostrar cierto temor ante el hombre. Sin embargo no era temor. Cuando Ransom la llamó, se acercó. Puso el hocico aterciopelado en su mano y toleró el contacto, pero casi en seguida dio un salto hacia atrás y, doblando el largo cuello, hundió la cabeza entre las patas. Ransom no pudo pasar de allí y cuando al fin el animal se perdió de vista no lo siguió. Hacerlo habría sido como una injuria a la timidez de cervatillo, a la suavidad dócil de la expresión, al deseo evidente de ser para siempre un sonido y sólo un sonido en el centro más hondo de los bosques inexplorados. Reanudó el viaje: segundos después la canción estalló tras él, más intensa y bella que antes, como en un himno de regocijo por la recuperada intimidad.

Ransom emprendió seriamente el ascenso de la gran montaña y en pocos minutos salió de los bosques, sobre las laderas más bajas. Siguió subiendo zonas tan empinadas, que empleó las manos tanto como los pies, durante media hora y quedó perplejo al descubrir que lo hacía sin cansarse. Entonces llegó una vez más a una zona de árboles-onda. Esta vez el viento hacía volar los gallardetes vegetales no ladera abajo sino hacia arriba, de modo que en el aspecto visual su camino, asombrosamente, parecía atravesar una ancha cascada azul que fluía al revés, curvándose y espumeando hacia las alturas. Cada vez que el viento faltaba por uno o dos segundos las puntas de los gallardetes empezaban a enroscarse hacia atrás bajo la influencia de la gravedad y era como si la cresta de las olas fuera lanzada hacia atrás por un fuerte viento. Siguió trepando a través de tal paisaje durante un largo rato, sin sentir en ningún momento la menor necesidad de descanso, pero descansando a veces de todos modos. Se encontraba tan alto que los riscos de cristal desde los que había emprendido la marcha aparecieron a la misma altura de él cuando se dio vuelta y miró a través del valle. Pudo ver ahora que el terreno saltaba hacia arriba más allá de ellos en toda una extensión de la misma materia translúcida, culminando en una especie de meseta cristalina. Bajo el sol desnudo de nuestro planeta habría sido algo demasiado brillante como para poder mirarlo: allí era un deslumbramiento trémulo que cambiaba a cada momento bajo las ondulaciones que el cielo perelándrico recibe del océano. A la izquierda de la meseta había algunos picos de roca verdosa. Siguió. Poco a poco los picos y la meseta se hundieron y se hicieron más pequeños, pronto se alzó más allá de ellos una niebla exquisita que parecía una mezcla de amatista y esmeralda y oro vaporizados, y el límite de la niebla subía a medida que él subía, y al fin se transformó en el horizonte del mar, que se alzaba alto sobre las colinas. El mar fue creciendo cada vez más y las montañas disminuyendo, y el horizonte del mar subió y subió hasta que todas las montañas más bajas que quedaban tras él parecieron descansar en el fondo de un gran cuenco de mar; delante, el declive interminable, a veces azul, a veces violeta, a veces temblando con el movimiento de humo ascendente de los árboles-onda, se remontaba cada vez más alto hacia el cielo. Y ahora el valle boscoso en el que había encontrado a la bestia cantante era invisible y la montaña desde la que había arrancado parecía sólo una protuberancia en la ladera de la gran montaña, y no había un solo pájaro en el aire, ni una sola criatura bajo las hojas largas y delgadas, y él seguía sin cansarse, pero siempre sangrando un poco del tobillo. No se sentía solo ni atemorizado. No tenía deseos y ni siquiera pensaba en alcanzar la cima ni en por qué debía alcanzarla. De acuerdo a cómo se sentía en ese momento, estar trepando siempre no era para él un proceso sino un estado, y en tal estado de vida se sentía satisfecho. En una oportunidad le cruzó por la mente la idea de que había muerto y no sentía cansancio porque no tenía cuerpo. La herida en el tobillo lo convenció de que no era así; si en realidad así hubiese ocurrido y aquellas fueran montañas trans-mortales, era difícil que el viaje hubiese sido más magnífico y extraño.

Por la noche se tendió sobre la ladera entre los tallos de los árboles-onda, con el techo dulcemente aromado, a prueba de vientos, delicadamente

susurrante sobre la cabeza, y cuando llegó la mañana reanudó el viaje. Al principio trepó a través de densas neblinas. Cuando se apartaron, descubrió que estaba a tal altura que la concavidad del mar parecía encerrarlo por todos los costados menos uno: y sobre ése vio los picos rojo-rosa, ya no muy distantes, y un paso entre los dos más cercanos, a través del cual vislumbró algo suave y sonrojado. Entonces empezó a sentir una mezcla extraña de sensaciones: un sentimiento de perfecta obligación de entrar a aquel lugar oculto custodiado por los picos combinado con un sentimiento equivalente de transgresión. No se atrevía a subir y entrar por el paso: no se atrevía a obrar de otro modo. Miró para ver un ángel de espada llameante: supo que Maleldil le ordenaba seguir. "Esto es lo más sagrado y lo más sacrílego que he hecho en mi vida", pensó: pero siguió adelante. Y ahora estaba en el paso mismo. Los picos que lo bordeaban no eran de roca roja. Debían tener un corazón de roca; lo que él veía eran dos grandes Matterhorns forrados de flores: una flor semejante al lirio pero del color de una rosa. Y pronto el suelo sobre el que pisaba estuvo alfombrado por las mismas flores y tuvo que aplastarlas mientras caminaba; allí, por fin su hemorragia no dejó rastro visible.

Desde la garganta entre los dos picos miró un poco hacia abajo, porque la cumbre de 'la montaña era una taza poco profunda. Vio un valle, de pocos acres de extensión, tan oculto como un valle en la cima de una nube: un valle de puro color rojo-rosa, con diez o doce picos resplandecientes rodeándolo y en el centro una laguna, unida al oro del cielo en una nitidez pura e inmóvil. Los lirios bajaban hasta el borde mismo y delineaban todas las bahías y salientes. Cediendo sin resistirse a la sensación de reverencia que lo iba embargando, Ransom se adelantó con pasos lentos y la cabeza inclinada. Había algo blanco cerca del agua. ¿Un altar? ¿Un parche de lirios blancos entre los rojos? ¿Una tumba? ¿Pero la tumba de quién? No, no era una tumba sino un ataúd, abierto y vacío, y la tapa junto a él.

Entonces comprendió, naturalmente. El objeto era hermano de la carroza en forma de ataúd en la que la fuerza de los ángeles lo había conducido desde la Tierra a Venus. Estaba preparado para su regreso. Si hubiera dicho: "Es para mi entierro", sus sentimientos no habrían sido muy distintos. Y mientras lo pensaba tomó consciencia gradual de que había algo raro entre las flores, en dos lugares muy cercanos. Después, percibió que lo raro residía en la luz; en tercer lugar, que estaba tanto en el aire como sobre el suelo. Entonces, cuando la sangre le hormigueó en las venas y una sensación familiar —aunque extraña— de disminución del yo, lo invadió, supo que estaba en presencia de dos eldila. Se quedó de pie, inmóvil. No le correspondía a él hablar.

DIECISÉIS

Una voz nítida como un repicar de campanas remotas, una voz desprovista de sangre, habló en el aire y le provocó un hormigueo que le recorrió el esqueleto.

—Ya han pisado la arena y están empezando a ascender —dijo.

—El pequeño de Thulcandra ya está aquí —dijo una segunda voz.

—Míralo, amada y ámalo —dijo la primera—. En realidad no respira más que polvo y un toque imprudente lo desarmaría. Y en sus mejores pensamientos hay mezcladas tales cosas que, si las pensáramos nosotros, nuestra luz se extinguiría. Pero él está en el cuerpo de Maleldil y le son perdonados sus pecados. Hasta el nombre que lleva en su propio idioma es Elwin, el amigo de los eldila.

—¡Qué grande es tu sabiduría! —dijo la segunda voz.

—He bajado al aire de Thulcandra, que los pequeños llaman Tellus —dijo la primera—. Un aire denso, tan lleno de Ensombrecidos como el Cielo Profundo está lleno de Luminosos. Allí he oído a los prisioneros hablando en sus lenguas divididas y Elwin me ha enseñado cómo son ellos.

Por esas palabras Ransom supo que el que hablaba era el Oyarsa de Malacandra, el gran arconte de Marte. No reconocía la voz, desde luego, porque no hay diferencia entre la voz de un eldil y la de otro. Es mediante la habilidad, no la naturaleza como ellos afectan los tímpanos humanos y sus palabras nada deben a labios y pulmones.

—Si es para bien, Oyarsa, dime quién es este otro—dijo Ransom.

—Es Oyarsa —dijo Oyarsa—, y aquí no es ese mi nombre. En mi propia esfera soy Oyarsa. Aquí soy sólo Malacandra.

—Yo soy Perelandra —dijo la otra voz.

—No comprendo —dijo Ransom—. La Mujer me dijo que no había eldila en este mundo.

—No han visto mi rostro hasta hoy —dijo la segunda voz—, salvo como lo ven en el agua y el techo celestial, en las islas, las cavernas y los árboles. No fui designado para gobernarlos, pero mientras fueron jóvenes goberné todo lo demás. Le di forma redonda a esta bola cuando se alzó por primera vez del Árbol. Hilé el aire a su alrededor y tejí el techo. Construí la Tierra Fija y esto, la montaña sagrada, como Maleldil me lo enseñó. Las bestias que cantan y las que vuelan y todo lo que nada sobre mi pecho y todo lo que repta y cava

dentro de mí hasta el centro mismo ha sido mío. Y hoy me es tomado. Bendito sea Él.

—El pequeño no te entenderá —dijo el Señor de Malacandra—. Creerá que para ti eso es algo penoso.

—Él no dice eso, Malacandra.

—No. Esa es otra de las cosas extrañas de los hijos de Adán.

Hubo un momento de silencio y después Malacandra se dirigió a Ransom.

—Pensarás mejor en esto si lo piensas conforme a ciertas cosas de tu mundo.

—Creo que entiendo —dijo Ransom—, porque uno de los que hablaron por Maleldil nos lo dijo. Es como cuando los hijos de una casa poderosa llegan a la mayoría de edad. Entonces los que administraron todas sus riquezas y a quienes tal vez ellos nunca han visto, vienen y ponen todo en sus manos y les entregan las llaves.

—Comprendes bien —dijo Perelandra—. O como cuando la bestia que canta abandona a la hembra muda que la amamantó.

—¿La bestia que canta? —dijo Ransom—. Me gustaría oír más sobre eso.

—Las bestias de esa especie no tienen leche y lo que dan a luz siempre es amamantado por la hembra de otra especie. Ésta es grande y bella y muda, y hasta que la joven bestia cantora es destetada se mezcla con sus cachorros y está sometida a ella. Pero cuando ha crecido se convierte en el más delicado y glorioso de todos los animales y se aparta de la hembra. Y ella se maravilla de su canción.

—¿Por qué ha hecho Maleldil tal cosa? —dijo Ransom.

—Eso es preguntar por qué Maleldil me ha hecho a mí —dijo Perelandra—. Por ahora baste con decir que de las costumbres de estos dos animales provendrá mucha sabiduría para las mentes de mi Rey y mi Reina y sus hijos. Pero ha llegado la hora y con esto basta.

—¿Qué hora? —preguntó Ransom..

—El día de hoy es el día inaugural —dijeron una u otra o ambas voces. Pero alrededor de Ransom hubo algo mucho mayor que el sonido y el corazón le empezó a latir con fuerza.

—¿Inaugural... quieren decir ...? —preguntó—. ¿Todo está bien? ¿La Reina encontró al Rey?

—El mundo ha nacido hoy —dijo Malacandra—. Hoy por primera vez dos criaturas de los mundos inferiores, dos imágenes de Maleldil que respiran y procrean como los animales, suben el escalón ante el que tus padres cayeron y se sientan en el trono de lo que estaban destinados a ser. Nunca se vio

antes. Porque no ocurrió, en tu mundo ocurrió algo mayor, pero no esto. Debido a que el hecho mayor ocurrió en Thulcandra, esto y no el hecho mayor ocurre aquí.

—Elwin se está desplomando —dijo la otra voz.

—Alíviate —dijo Malacandra—. No es obra tuya. No eres grande, aunque podrías haber evitado algo tan grande que el Cielo Profundo lo mira con asombro. Alíviate, pequeño, en tu pequeñez. Él no te atribuye méritos. Recibe y alégrate. No tengas miedo de que tus hombros estén soportando este mundo. ¡Mira!: está bajo tu cabeza y te carga a ti.

—¿Ellos vendrán aquí? —preguntó Ransom un poco más tarde.

—Ya han subido un buen trecho del flanco de la montaña —dijo Perelandra—. Y se acerca nuestra hora. Preparemos nuestras formas. Si permanecemos como nosotros mismos, les será difícil vernos.

—Muy bien dicho —contestó Malacandra—. ¿Pero en qué forma nos mostraremos para honrarlos?

—Aparezcamos ante el pequeño —dijo el otro—. Porque es un hombre y puede indicarnos lo que es agradable para sus sentidos.

—Yo puedo ver ... puedo ver *algo* incluso ahora—dijo Ransom.

—¿Harías que el Rey esforzara los ojos para ver a los que han venido a honrarlo? —dijo el arconte de Perelandra—. Pero observa esto y dinos qué te parece.

La luz muy tenue —la alteración casi imperceptible dentro del campo visual— que pone de manifiesto a un eldil desapareció súbitamente. Los picos rosados y la laguna serena también desaparecieron. Un tornado de consumadas monstruosidades pareció derramarse sobre Ransom. Pilares que se abalanzaban saturados de ojos, pulsaciones luminosas de llamas, garras y picos y masas ondeantes de algo que hacía recordar la nieve, se descargaban simultáneamente a través de cubos y heptágonos en un infinito vacío negro.

—Paren ... Paren ... —aulló Ransom, y la escena se despejó.

Miró a su alrededor parpadeando sobre el campo de lirios y un momento después les dio a entender a los eldila que ese tipo de aspecto no se adecuaba a las sensaciones humanas.

—Entonces mira esto —dijeron las voces otra vez.

Ransom miró con cierta resistencia a hacerlo y lejos, entre los picos del otro lado del pequeño valle, llegaron ruedas rodando. No había más que eso: ruedas concéntricas moviéndose con lentitud bastante enfermiza una dentro de otra. No había nada terrible en ellas si uno podía acostumbrarse al

pasmoso tamaño, pero tampoco nada de significativo. Les pidió que probaran por tercera vez. Y de pronto.

dos figuras humanas estuvieron de pie ante él sobre la orilla opuesta del lago.

Eran más altas que los sorns, los gigantes con los que se había encontrado en Marte. Tenían tal vez diez metros de altura. Estaban ardiendo blancas como el hierro calentado al blanco. Cuando lo miraba con firmeza, el contorno de los cuerpos contra el paisaje rojo parecía ondular leve, rápidamente como si la permanencia de sus formas, al igual que las de las cascadas o las llamas, coexistiera con un movimiento torrencial de la materia contenida. De fuera hacia dentro, por un centímetro podía verse el paisaje a través de ellos: después eran opacos.

Cada vez que los miraban en forma directa, parecían abalanzarse hacia él a enorme velocidad: cada vez que los ojos captaban lo que los rodeaba, advertía que estaban inmóviles. Debe haberse debido en parte al hecho de que las cabelleras largas y centelleantes se alzaban rectas tras ellos como en un viento intenso. Pero si se trataba de viento, no estaba hecho de aire, porque no se movía ni un pétalo de las flores. No estaban parados bien verticales en relación al piso del valle: a Ransom le pareció (como me había parecido a mí en la Tierra cuando encontré a uno de ellos) que los eldila estaban verticales. Era el valle —era todo el mundo de Perelandra— lo que estaba inclinado. Recordó las palabras de Oyarsa hacia tiempo, en Marte: "No estoy *aquí* del mismo modo que tú estás *aquí."* Lo dominó la idea de que las criaturas estaban realmente moviéndose, aunque no en relación a él. El planeta que para él inevitablemente parecía, mientras estaba sobre él, un mundo que no se movía —*el* mundo, en verdad— era para ellos algo que se movía a través de los cielos. En relación a su propio marco celestial de referencias se lanzaba hacia adelante para mantenerse ante el valle montañoso. Si se hubieran quedado inmóviles, habrían pasado veloces junto a Ransom, demasiado rápidos como para verlos, habrían sido dejados atrás doblemente por el giro del planeta sobre el propio eje y por su marcha alrededor del Sol.

Los cuerpos, dijo Ransom, eran blancos. Pero un flujo de colores variados empezaba alrededor de los hombros y trepaba por los cuellos y titilaba como un plumaje o un halo. Me dijo que en cierto sentido podía recordar los colores —es decir, los reconocería si volviera a verlos— pero que no puede mediante ningún esfuerzo conjurar una imagen visual o darles nombre. Las escasísimas personas con las que él y yo podemos discutir estos asuntos dieron todas la misma explicación. Pensamos que cuando criaturas de tipo hipersomático deciden "aparecer" ante nosotros, en realidad no están afectando la retina en ningún sentido, sino manipulando directamente las partes indicadas del cerebro. De ser así, es muy posible que puedan provocar las sensaciones que *debiéramos* tener si nuestros ojos pudieran recibir los colores del espectro que en realidad están más allá de su campo de acción. El "plumaje" o halo de un eldil era muy distinto al del otro. El Oyarsa de Marte brillaba con colores fríos y matutinos, un poco metálicos:

puros, recios y reconfortantes. El Oyarsa de Venus resplandecía con un esplendor cálido, pleno de la sugestión de vida vegetal fecunda.

Los rostros lo sorprendieron mucho. Era imposible imaginar algo menos parecido al "ángel" del arte popular. La rica variedad, el vislumbre de posibilidades sin desarrollar que constituye el interés de los rostros humanos, estaba ausente por completo. Una expresión única, inmutable —tan nítida que le hacía daño y lo aturdía— estaba impresa en cada uno y no había absolutamente nada más. En ese sentido los rostros eran tan "primitivos", tan antinaturales, si lo prefieren, como los de las estatuas arcaicas de Egina. Ransom no podía asegurar qué era ese único elemento. Al fin concluyó que era caridad. Pero aterradoramente distinta a la expresión de la caridad humana, que siempre vemos florecer del afecto natural, o apurándose a descender a él. Aquí no había afecto en absoluto: ningún recuerdo residual de él, ni a diez millones de años de distancia, ningún germen a partir del cual pudiera brotar en algún futuro, por más remoto que fuese. Un amor puro, espiritual, intelectual se descargaba desde los rostros como una luz hiriente. Era tan distinto al amor que nosotros experimentamos que podía tomárselo fácilmente por ferocidad.

Los dos cuerpos estaban desnudos y desprovistos de cualquier característica sexual, primaria o secundaria. Eso era de esperarse. ¿Pero de dónde venía aquella curiosa diferencia entre ellos? Descubrió que no podía señalar ningún rasgo aislado en el que residiera la diferencia, aunque era imposible ignorarla. Uno podría intentar —Ransom lo ha intentado cien veces— expresarla en palabras. Él ha dicho que Malacandra era como el ritmo y Perelandra como la melodía. Ha dicho que Malacandra lo impactaba como un ritmo cuantitativo y Perelandra como un metro rítmico. Piensa que el primero sostenía en la mano algo como una espada, pero las manos del otro estaban abiertas, con las palmas hacia él. Pero creo que ninguno de estos intentos me ha ayudado mucho. En todo caso, lo que Ransom vio en aquel momento fue el verdadero significado del género. Todos deben haberse preguntado alguna vez por qué en casi todos los idiomas ciertos objetos inanimados son masculinos y otros femeninos. ¿Qué hay de femenino en una montaña y qué de masculino en ciertos árboles?[11] Ransom me ha curado de creer que se trata de un fenómeno puramente morfológico, que depende de la forma de la palabra. Menos aún es el género una extensión imaginativa del sexo. Nuestros ancestros no hicieron que las montañas fueran femeninas porque proyectaran en ellas las características de las hembras. El verdadero proceso es a la inversa. El género es una realidad, y una realidad más fundamental que el sexo. El sexo es, de hecho, meramente la adaptación a la vida orgánica de una polaridad fundamental que divide a todos los seres creados. El sexo hembra es sencillamente una de las cosas que tiene género femenino; hay muchas otras, y lo masculino y lo femenino nos salen al encuentro en planos de la realidad donde la distinción entre macho y hembra sencillamente no tendría sentido. Lo masculino no es la

[11] En inglés, justamente, estos dos ejemplos son de género exactamente opuesto al que ocupan en castellano *(N. del T.)*

esencia del macho atenuada, ni lo femenino la de la hembra. Por el contrario, el macho y la hembra dé las criaturas orgánicas son reflejos bastante tenues y empeñados de lo masculino y lo femenino. Las funciones reproductivas, las diferencias de vigor y tamaño, en parte exhiben, pero en parte también confunden y tergiversan, la polaridad verdadera. Todo esto Ransom lo vio, por así decirlo, con sus propios ojos. Las dos criaturas blancas eran carentes de sexo. Pero él, de Malacandra, era masculino (no macho); ella, de Perelandra, era femenina (no hembra). Para él Malacandra tenía el aspecto de alguien de pie, armado, en las murallas de su mundo remoto y arcaico, en vigilancia continua, con los ojos recorriendo siempre el horizonte en dirección a la tierra, desde donde había llegado el peligro hacía tiempo. "Una mirada de marino" me dijo Ransom una vez. "Ya sabes: ojos que están impregnados de distancia." En cambio los ojos de Perelandra se abrían, por así decirlo, hacia dentro, como si fueran el acceso encortinado a un mundo de olas y murmullos y aires vagabundos, de vida que se hamacaba en los vientos y salpicaba rocas cubiertas de musgo y descendía como el rocío y se alzaba hacia el sol en una delicadeza de neblina, tenue como la espuma. En Marte, hasta los bosques eran de piedra; en Venus las tierras nadaban. Porque ahora ya no pensaba en ellos como en Malacandra y Perelandra. Los llamaba por los nombres terrestres. Con profunda maravilla pensó para sí, "Mis ojos han visto a Marte y Venus. He visto a Ares y Afrodita". Les preguntó cómo habían sido conocidos por los antiguos postas de Tellus, la Tierra. ¿Cuándo y a través de quién habían aprendido los hijos de Adán que Ares era un guerrero y que Afrodita se alzaba de la espuma del mar? La Tierra había estado sitiada, era un territorio ocupado por el enemigo, desde antes de que empezara la historia. Los dioses no habían tenido tratos allí. ¿Entonces cómo los conocíamos? A través de un largo camino, le dijeron, *y* de muchas etapas. Hay un medio ambiente mental además del espacial. El universo es uno: una tela de araña en la que cada mente vive a lo largo de todos los hilos, una vasta tribuna susurrante donde (salvo acción directa de Maleldil) aunque ninguna noticia viaje sin cambiar, tampoco ningún secreto puede mantenerse con rigor. En la mente del arconte caído bajo el que gime nuestro planeta aún vive el recuerdo del Cielo Profundo y de los dioses que una vez lo acompañaron. Aún más, en la materia misma de nuestro mundo, los rastros de la comunidad celestial no *se* han perdido por completo. El recuerdo pasa a través del útero y se cierne en el aire. La musa es algo real. Un aliento leve, como dice Virgilio, alcanza incluso a las generaciones últimas. Nuestra mitología se basa en una realidad más sólida de lo que soñamos, pero también está a una distancia casi infinita de esa base. Y cuando se lo dijeron, Ransom comprendió al fin por qué la mitología era lo que era: destellos de vigor celestial y belleza cayendo en una jungla de suciedad e imbecilidad. Le ardieron las mejillas por nuestra raza cuando contempló al verdadero Marte y la verdadera Venus y recordó las tonterías dichas sobre ellos en la Tierra. Entonces lo golpeó una duda.

—¿Pero los veo como son realmente? —preguntó.

—Sólo Maleldil ve a cualquier criatura como es realmente —dijo Marte.

—¿Cómo se ven ustedes entre sí? —preguntó Ransom.

—En tu mente no hay lugar para una respuesta a eso.

—¿Entonces estoy viendo sólo una apariencia? ¿No es real en ningún sentido?

—Sólo ves una apariencia, pequeño. Nunca has visto más que una apariencia de todo: ni de árbol, ni de piedra, ni de tu propio cuerpo. Esta apariencia es tan verdadera como lo que ves de esos objetos.

—Pero... estaban las otras apariencias.

—No. Eran sólo el fracaso de la apariencia.

—No entiendo —dijo Ransom—. Todas las otras cosas, las ruedas y los ojos, ¿eran más o menos reales que esto?

—Tu pregunta no tiene sentido —dijo Marte—. Puedes ver una piedra, si está a una distancia adecuada con respecto a ti y si tú y ella se mueven a velocidades no muy distintas. Pero si uno te tira la piedra al ojo, ¿cuál es entonces la apariencia?

—Sentiría dolor y tal vería luz astillada —dijo Ransom—. Pero no sabía que debiera llamarle a eso una apariencia de la piedra,

—Sin embargo sería la operación verdadera de la piedra. Y así queda contestada tu pregunta. Ahora estamos a la distancia correcta con respecto a ti.

—¿Y estaban más cerca en lo que vi antes?

—No me refiero a ese tipo de distancia.

—Y después —dijo Ransom, cavilando aún—, está lo que yo pensaba que era la apariencia normal de ustedes: la luz muy tenue, Oyarsa, como solía verla en tu propio mundo. ¿Qué dices de ella?

—Que para nosotros hablarte, es apariencia suficiente. Entre nosotros no se necesitaba más: no necesitamos más ahora. Es en honor del Rey que vamos a aparecer más. La luz aquella es el eco o el derrame hacia el mundo de tus sentidos de vehículos hechos para servir de apariencia entre nosotros y ante eldila mayores.

En ese momento Ransom advirtió de pronto un alboroto creciente de sonido a sus espaldas: un sonido no coordinado de ruidos roncos y parloteantes que irrumpió en el silencio de las montañas y entre las voces cristalinas de los dioses con una deliciosa nota de cálida animalidad. Miró a su alrededor. Jugueteando, retozando, revoloteando, deslizándose, reptando, anadeando, con todo tipo de movimientos —en todo tipo de forma y color y tamaño— un zoológico entero de animales y de aves se volcaba dentro del valle florido a través de los pasos entre los picos que se alzaban tras él. La mayor parte venía en parejas, macho y hembra juntos, mimándose entre sí, trepando uno

encima del otro, zambulléndose uno bajo el vientre del otro, subiéndose al lomo del otro. Plumajes llameantes, picos dorados, flancos lustrosos, ojos líquidos, grandes cavernas rojas de bocas gimiendo o balando, y matorrales de colas fustigando el aire, lo rodearon por todas partes. "¡Un Arca de Noé hecha y derecha!" pensó Ransom y después, con repentina gravedad. "Pero no habrá necesidad de arcas en este mundo."

El canto de cuatro bestias cantoras se alzó triunfal, casi ensordecedor, por encima de la multitud bulliciosa. El gran eldil de Perelandra mantuvo a las criaturas sobre el costado *más* cercano de la laguna, dejando el costado opuesto del valle vacío excepto el objeto en forma de ataúd. Ransom no tenía bien en claro si Venus les hablaba a los animales o si éstos eran conscientes al menos de su presencia. El contacto tal vez fuera de un tipo más sutil: completamente distinto a las relaciones que había observado entre ellos y la Dama Verde. Ahora los dos eldila estaban sobre el mismo costado de la laguna con Ransom. Ellos tres y todos los animales miraban en la misma dirección. Todo empezó a disponerse por sí solo. Primero, sobre la orilla misma de la laguna, estaban los eldila, de pie: entre ellos y un poco atrás estaba Ransom, aún sentado entre los lirios. Tras él las cuatro bestias cantoras, erguidas sobre las ancas como los adornados soportas de leña en un hogar y proclamando el júbilo a todos los oídos. Más allá, los otros animales. El sentido ceremonial se hizo más profundo. La expectativa se volvió intensa. En nuestro tonto estilo humano Ransom hizo una pregunta simplemente para romperla.

—¿Cómo pueden ellos trepar hasta aquí y bajar y salir de la isla antes de que caiga la noche?

Nadie le contestó. No necesitaba respuesta, porque do algún modo sabía perfectamente que *esta* isla nunca les había estado prohibida y que uno de los motivos para prohibir la otra había sido conducirlos a su trono destinado. En vez de contestarle, los dioses dijeron: —Quédate quieto.

Los ojos de Ransom se habían acostumbrado tanto a la matizada suavidad de la diurna luz perelándrica —sobre todo a partir del viaje en las entrañas oscuras de la montaña— que había dejado de notar por completo la diferencia con la luz diurna de nuestro mundo. En consecuencia, fue con una impresión de redoblado asombro como vio de pronto los picos del lado opuesto del valle recortándose realmente oscuros contra lo que parecía un amanecer terrestre. Un momento después sombras agudas, bien definidas —largas, como las sombras en el alba— se proyectaron detrás de cada animal y todos los desniveles del suelo y cada lirio tuvo su lado oscuro y su lado iluminado. La luz subía y subía el declive montañoso. Inundó el valle entero. Las sombras volvieron a desaparecer. Todo estaba bañado por una pura luz diurna que parecía llegar de ningún sitio en especial. Desde entonces supo siempre qué significa una luz que "descansa" o "domina" algo sagrado, pero no emana de él. Porque cuando la luz alcanzó la perfección y se acomodó, por así decirlo, como un lord sobre el trono o como el vino en una copa, y llenó con su pureza toda la taza florida de la cumbre montañosa, cada una de sus grietas, lo sagrado, el Paraíso mismo representado en sus dos

Personas, el Paraíso caminando tomado de la mano, sus dos cuerpos brillando en la luz como esmeraldas aunque no tan brillantes en sí como para que no se los pudiera mirar, apareció en la abertura entre dos picos y se detuvo un momento con su mano masculina alzada en una bendición regia y pontificia, y después bajó caminando y se detuvo sobre la orilla opuesta del agua. Y los dioses se arrodillaron e inclinaron los cuerpos enormes ante las formas pequeñas del joven Rey y la joven Reina.

DIECISIETE

Había un silencio profundo sobre la cima de la montaña y Ransom también se había posternado ante la pareja humana. Cuando al fin alzó los ojos de los cuatro pies benditos, se descubrió hablando involuntariamente, aunque le temblaba la voz y tenía los ojos empañados.

—No se vayan, no me hagan poner en pie —dijo—. Nunca he visto antes un hombre o una mujer. He vivido toda la vida entre sombras e imágenes quebradas. Oh, Padre mío y Madre mía, mi Señor y mi Dama, no se muevan, no me contesten aún. Nunca he visto antes a mi padre y a mi madre. Adóptenme como hijo. En mi mundo hemos estado solos durante mucho tiempo. Los ojos de la Reina se posaron en él con amor y agradecimiento, pero no era en la Reina en quien Ransom más pensaba. Era difícil pensar en algo que no fuera el Rey. ¿Y cómo podré yo —yo que no lo he visto— contarles a qué se parecía? Hasta a Ransom le resultó difícil describirme el rostro del Rey. Pero no nos atrevemos a retener la verdad. Era ese rostro que ningún hombre puede decir que no conoce. Uno puede preguntarse cómo era posible mirarlo y no cometer idolatría, no tomarlo por el de aquel al que se asemejaba. Porque el parecido era a su propio modo, infinito, tanto que uno se asombraba de no descubrir aflicción en los rasgos y heridas en las manos y los pies. Sin embargo no había peligro de equivocarse, ni un solo momento de confusión, ni el menor impulso de la voluntad hacia la reverencia prohibida. Cuanto mayor era la semejanza, menos posible era equivocarse. Tal vez siempre es así. Puede fabricarse un simulacro de cera tan parecido a un hombre que por un momento nos engañe: el magnífico retrato que es con mucha más profundidad él mismo no lo hace. Las imágenes de yeso del Santísimo pueden haber atraído hacia sí la adoración que deberían despertar por la realidad. Pero allí, donde Su imagen viva, como Él por dentro y por fuera, hecha por Sus propias manos desnudas con la profundidad de la capacidad artística divina, Su autorretrato maestro salido de Su taller para deleite de todos los mundos, hablaba y caminaba ante los ojos de Ransom, nunca podría ser tomada por algo más que una imagen. Aún más, la belleza esencial residía en la certeza de que era una copia, algo parecido y no idéntico, un eco, una rima, una reverberación exquisita de la música increada prolongándose en un instrumento creado.

Por un momento Ransom quedó perdido en la maravilla de estas cosas, de modo que al volver en sí descubrió que Perelandra estaba hablando, y lo que oyó parecía ser el fin de una larga oración.

—Las tierras flotantes y las tierras firmes —estaba diciendo—, el aire y los telones ante las puertas del Cielo Profundo, los mares y la Montaña Sagrada, los ríos que corren por encima y por debajo de la tierra, el fuego, los peces, las aves, los animales, y los otros habitantes de las olas a quienes aún no conocen; Maleldil pone todo esto en manos de ustedes a partir de este día y mientras vivan en el tiempo y aún más allá. De ahora en más mi palabra no es nada: la palabra de ustedes es ley inmutable y la hija misma de la Voz.

En todo el círculo que este mundo recorre alrededor de Árbol, ustedes son Oyarsa. Disfrútenlo bien. Otórguenles nombre a todas las criaturas, guíen a toda naturaleza a la perfección. Fortalezcan al débil, iluminen al ensombrecido, amen a todos. Aclamen y alégrense, oh hombre y mujer, Oyarsa-Perelendri, el Adán, la Corona, Tor y Tinidril, Baru y Baruah, Ask y Embla, Yatsur y Yatsurah, bienamados de Maleldil. ¡Bendito sea él!

Cuando el Rey contestó, Ransom levantó la cabeza otra vez hacia él. Vio que la pareja humana estaba sentada ahora sobre un montículo de baja altura cerca de la orilla de la laguna. La luz era tan fuerte que arrojaba reflejos nítidos en el agua como podrían haberlo hecho en nuestro propio mundo.

—Te damos las gracias, honesta madre adoptiva —dijo el Rey— y sobre todo por este mundo en el que te has esforzado durante largas edades como la mano misma de Maleldil para que todo estuviera listo cuando despertáramos. No te hemos conocido hasta hoy. Con frecuencia nos hemos preguntado de quién era la mano que veíamos en las extensas olas y en las islas brillantes y el aliento de quién nos deleitaba en el viento por la mañana. Porque aunque éramos jóvenes entonces, comprendíamos oscuramente que decir "Es Maleldil" era cierto, pero no toda la verdad. Recibimos este mundo: nuestro júbilo es aún más grande porque lo tomamos como obsequio tanto de ti como de Él. ¿Pero qué ha puesto Él en tu mente que hagas a partir de ahora?

—A ti te corresponde decidir, Tor-Oyarsa —dijo Perelandra—, si ahora converso sólo en el Cielo Profundo o también en la parte del Cielo Profundo que para ti es un Mundo.

—Nuestra más profunda voluntad —dijo el Rey—, es que te quedes con nosotros, tanto por el amor que te profesamos como porque puedes fortalecernos con tu consejo y hasta con tus actos. Pasarán muchas vueltas alrededor de Árbol antes de que crezcamos como para administrar cabalmente el reino que Maleldil pone en nuestras manos: ni estamos maduros aún para dirigir el mundo a través del Cielo ni para hacer la lluvia y el buen tiempo sobre nosotros. Si te parece bien, quédate.

—Estoy de acuerdo —dijo Perelandra.

Mientras el diálogo se desarrollaba, asombraba ver que el contraste entre el Adán y los eldila no era una discordancia. Por un lado, las voces de cristal, sin sangre, y la expresión inmutable de los rostros blancos como la nieve; por el otro la sangre corriendo en las venas, el sentimiento temblando en los labios y centelleando en los ojos, el poder de los hombros del hombre, la maravilla de los pechos de la mujer, un esplendor de virilidad y una riqueza de feminidad desconocidos en la Tierra, un torrente vivo de animalidad perfecta: sin embargo, al enfrentarse no parecían unos exuberantes y los otros espectrales. *Animal rationale,* un animal, aunque también un alma que razona: tal era la antigua definición del Hombre, recordó Ransom. Pero hasta entonces no había visto nunca la realidad. Porque ahora vio a este Paraíso viviente, el Señor y la Dama, como la resolución de las discordancias, el

puente que cruza lo que de otro modo sería un abismo en la creación, la piedra clave de todo el arco. Al entrar al valle montañoso habían unido de pronto la cálida multitud de brutos que estaba tras ellos a las inteligencias transcorpóreas que estaban junto a él. Cerraban el círculo, y con su arribo todas las notas separadas de vigor o belleza que la asamblea había pulsado hasta entonces se convertían en música. Pero el Rey hablaba otra vez.

—Y como no es un don de Maleldil simplemente —decía—, sino también un don de Maleldil a través de ti, y por lo tanto más rico, del mismo modo no es sólo a través de ti como llega y por lo tanto vuelve a enriquecerse. Esta es la primera orden que pronuncio como Tor-Oyarsa-Perelendri: que en nuestro mundo, mientras sea mundo, ni la mañana ni la noche llegarán sin que nosotros y todos nuestros hijos le hablemos a Maleldil de Ransom el hombre de Thulcandra y lo ensalcemos entre nosotros. Y a ti, Ransom, te digo que tú nos has llamado Señor y Padre, Dama y Madre. Y con justicia, porque ese es nuestro nombre. Pero en otro sentido nosotros te llamamos a ti Señor y Padre. Porque nos parece que Maleldil te envió a nuestro mundo en el día en que el tiempo de ser jóvenes terminaba para nosotros y a partir de allí debíamos subir o bajar, hacia la corrupción o hacia la perfección. Maleldil nos ha llevado donde Él quería que estuviésemos: pero de los instrumentos de Maleldil en esto, tú has sido el principal.

Le hicieron cruzar el agua hasta ellos, vadeándola, porque le llegaba sólo a la rodilla. Habría caído a sus pies pero no se lo permitieron. Se pusieron en pie para salirle al encuentro y ambos lo besaron, boca a boca y corazón y corazón, como se abrazan los iguales. Lo habrían hecho sentar entre ellos, pero al ver que eso lo turbaba lo dejaron en paz. Fue y se sentó en el suelo, bajo ellos y un poco a la izquierda. Desde allí enfrentaba a la asamblea: las formas enormes de los dioses y la multitud de animales. Y entonces habló la Reina.

—En cuanto te llevaste al Malo y desperté, mi mente estuvo despejada —dijo—. Para mí es asombroso, Manchado, que tú y yo hayamos podido ser tan jóvenes durante todos esos días. Ahora la razón para no vivir aún en la Tierra Fija es tan evidente. ¿Cómo podría haber deseado yo vivir allí excepto porque estaba Fija? ¿Y por qué debería haber deseado lo Fijo excepto por la seguridad: para ser capaz un día de disponer dónde estaría al siguiente y qué me pasaría? Era rechazar la ola, apartar mis manos de Maleldil, decirle a Él "No así, sino así", poner bajo nuestro poder lo que los tiempos harían rodar hacia nosotros: como si uno recogiera frutos hoy para la comida de mañana en vez de tomar lo que llega. Eso habría sido amor frío y débil confianza. ¿Y cómo podríamos habernos alzado otra vez hasta el amor y la confianza?

—Lo entiendo bien —dijo Ransom—. Aunque en mi mundo pasaría por estupidez. Hemos sido malos durante tanto tiempo ... —y entonces se detuvo, dudando de que lo comprendieran y sorprendido de haber empleado para *malos* una palabra que hasta entonces no había sabido que sabía y que no había oído ni en Marte ni en Venus.

—Ahora sabemos esas cosas —dijo el Rey, al ver la vacilación de Ransom—. Maleldil ha puesto en nuestra mente todo lo que ocurrió en tu mundo. Hemos aprendido sobre la maldad, aunque no como el Malo hubiera querido que aprendiéramos. Hemos aprendido de mejor modo y la conocemos más, porque es la vigilia lo que comprende al sueño y no el sueño lo que comprende a la vigilia. Existe una ignorancia de la maldad que proviene de ser Joven: hay una ignorancia más oscura que proviene de hacerla, así como los hombres al dormir pierden el conocimiento del sueño. En Thulcandra ustedes son ahora más ignorantes sobre la maldad que en los días anteriores a que tu Señor y tu Dama empezaran a hacerla. Pero Maleldil nos ha sacado de la primera ignorancia y no hemos entrado a la otra. Para sacarnos de la primera nos trajo al Malo en persona. ¡Poco sospechaba esa mente oscura la diligencia que venía a cumplir en Perelandra!

—Perdóname, Padre mío, si hablo tontamente —dijo Ransom—. Entiendo cómo llegó la Reina a conocer la maldad, pero no entiendo cómo llegaste tú a conocerla.

Inesperadamente el Rey rió. El cuerpo era muy grande y la risa fue como un terremoto en él, intensa y profunda y prolongada, hasta que al fin también Ransom rió, aunque no captaba la broma, y la Reina rió. Y los pájaros empezaron a agitar las alas y los animales a menear la cola y la luz pareció más brillante y el pulso de toda la asamblea se aceleró, y nuevas formas de júbilo que no tenían nada que ver con la alegría tal como nosotros la entendemos se transmitieron a todos como si llegaran del aire mismo, y como si hubiera danza en el Cielo Profundo. Algunos dicen que siempre la hay.

—Sé lo que él está pensando —dijo el Rey, mirando a la Reina—. Está pensando que tú sufriste y te esforzaste y que yo tengo un mundo como recompensa.

Se volvió entonces hacia Ransom y continuó.

—Tienes razón —dijo—. Ahora conozco lo que dicen en tu mundo sobre la justicia. Y tal vez dicen bien, porque en ese mundo las cosas siempre caen bajo la justicia. Pero Maleldil siempre se mueve por encima de ella. Todo es don. Soy Oyarsa no por don sólo de Él sino también de nuestra madre adoptiva, no sólo de ella sino de ti, no sólo de ti sino de mi esposa... aún más, en cierto sentido lo soy por don de los animales y las aves. A través de muchas manos, enriquecido por muchos tipos distintos de amor y de esfuerzo, el don llega a mí. Es la Ley. Los mejores frutos son arrancados para cada cual por alguna mano que no le pertenece.

—Eso no es todo lo que ocurrió, Manchado—dijo la Reina—. El Rey no te ha contado todo. Maleldil lo condujo a un mar verde donde los bosques se alzan del fondo a través de las olas...

—Su nombre es Lur —dijo el Rey.

—Su nombre es Lur —repitieron los eldila. Y Ransom advirtió que el Rey no había expresado una observación sino una ley.

—Y allí en Lur (está lejos de aquí), extrañas cosas le acontecieron —dijo la Reina.

—¿Puedo preguntar por tales cosas? —dijo Ransom.

—Hubo muchas cosas —dijo Tor el Rey—. Durante muchas horas aprendí las propiedades de las formas dibujando líneas en el césped de una islita sobre la que viajaba. Durante muchas horas aprendí cosas nuevas sobre Maleldil y sobre su Padre y el Tercero. Mientras fuimos jóvenes supimos poco de esto. Pero después Él me mostró en una oscuridad lo que le estaba pasando a la Reina. Y supe que era posible para ella perderse. Después vi lo que ocurrió en tu mundo y cómo cayó tu Madre y cómo tu Padre la siguió, con lo que no le hizo ningún bien y llevó la oscuridad a todos sus hijos. Y entonces estuvo ante mí como algo que me venía a las manos... lo que debía hacer en parecida situación. Allí aprendí sobre el mal y el bien, sobre la angustia y la alegría.

Ransom había esperado que el Rey relatara su decisión, pero cuando la voz del Rey se apagó en un silencio pensativo no tuvo la audacia de interrogarlo.

—Sí... —dijo el Rey, meditando—. Aunque un hombre fuera partido en dos ... aunque la mitad de él se transformara en polvo... La mitad viviente aún seguiría a Maleldil. Porque si ella también cae y se transforma en polvo, ¿qué esperanza habría para el todo? Pero mientras una mitad viviera, a través de ella Él podría devolverle la vida a la otra —aquí se detuvo un largo rato, y después volvió a hablar, con cierta rapidez—. Él no me dio seguridad. Ni tierra fija. Uno siempre debe lanzarse hacia la ola.

Entonces se le despejó el semblante y se volvió hacia los eldila y habló con una voz nueva.

—Es cierto, oh madre adoptiva —dijo—. Necesitamos mucho consejo porque ya sentimos ese desarrollo dentro de nuestros cuerpos que nuestra joven sabiduría apenas puede dominar. No siempre serán cuerpos atados a los mundos inferiores. Oigan la segunda orden que pronuncio como Tor-Oyarsa-Perelendri. Durante el tiempo que este mundo emplee en recorrer mil veces el camino alrededor de Árbol, juzgaremos y animaremos a nuestro pueblo desde esta trono. Su nombre es Tai Jarendrimar, La Colina de la Vida.

—Su nombre es Tai Jarsndrimar —dijeron los el-dila.

—Sobre la Tierra Fija que una vez estuvo prohibida, construiremos un lugar magnífico para gloria de Maleldil —dijo Tor el Rey—. Nuestros hijos doblarán las columnas de roca en arcos ...

—¿Qué son arcos? —dijo Tinidrilla Reina.

—¡Esplendor del Cielo Profundo! —exclamó el Rey con una gran carcajada—. Parece que hay demasiadas palabras nuevas en el aire. Había pensado que

estas cosas estaban viniendo de tu mente a la mía y mira: no las has pensado en absoluto. Sin embargo, creo que Maleldil las pasó a mí a través de *ti,* nada menos. Te mostraré imágenes, te mostraré casas. Puede ser que en este asunto nuestras naturalezas estén invertidas y seas tú quien fecunde y yo quien dé a luz. Pero hablemos de cuestiones más simples. Llenaremos el mundo con nuestros hijos. Conoceremos el mundo hasta el centro. Haremos que los animales más nobles sean tan sabios que se convertirán en *jnau y* hablarán: sus vidas despertarán a una nueva vida en nosotros así como nosotros despertamos en Maleldil. Cuando el tiempo esté maduro y las diez mil circunvalaciones se acerquen al fin, desgarraremos el telón del cielo y el Cielo Profundo se volverá familiar a los ojos de nuestros hijos, así como lo son las olas y los árboles a los nuestros.

—¿Y después de esto qué, Tor-Oyarsa? —dijo Malacandra.

—Después el propósito de Maleldil es librarnos del Cielo Profundo. Nuestros cuerpos serán cambiados, aunque no por completo. Seremos como los eldila, pero no como los eldila por completo. Y así todos nuestros hijos e hijas serán cambiados en la época de la madurez, hasta que se integre el número que Maleldil leyó en la mente de Su Padre antes de que los tiempos fluyeran. —¿Y ése será el fin? —dijo Ransom. Tor el Rey lo miró con los ojos muy abiertos. —¿El fin? —dijo—. ¿Quién habla de fin? —El fin de tu mundo, .quiero decir —dijo Ransom, —¡Esplendor del Cielo! —dijo Tor—. Tus pensamientos son distintos a los nuestros. Alrededor de esa época no estaremos lejos del principio de todas las cosas. Pero habrá una cuestión más por resolver antes de que el principio empiece como se debe. —¿Cuál? —preguntó Ransom. —Tu propio mundo —dijo Tor—: Thulcandra. El sitio impuesto a tu' mundo será alzado, la mancha negra borrada, antes del verdadero principio. En esos días Maleldil irá a la guerra: en nosotros y en muchos que una vez fueron *jnau* en tu mundo, y en muchos de sitios remotos y en muchos eldila y, por último, en Él mismo revelado: Él bajará a Thulcandra. Algunos iremos antes. Está en mi mente, Malacandra, que tú y yo estaremos entre ellos. Caeremos sobre tu luna, donde hay una maldad oculta que es como el escudo del Señor Oscuro de Thulcandra: cribado de numerosos golpes. La romperemos. Su luz será apagada. Los fragmentos caerán a tu mundo y los mares y el humo se alzarán de tal modo que los habitantes de Thulcandra ya no podrán ver la luz de Árbol. Y cuando Maleldil mismo se acerque, las cosas malignas de tu mundo se mostrarán sin disfraz de modo que plagas y horrores cubrirán las tierras y los mares. Pero a la larga todo será purificado y hasta el recuerdo del Oyarsa Negro se borrará, y tu mundo será limpio y dulce y volverá a unirse al resto del campo de Árbol y volverá a oírse su verdadero nombre. ¿Pero puede ser, Amigo, que no se haya oído ningún rumor sobre esto en Thulcandra? ¿Tu gente cree que el Señor Oscuro mantendrá aferrada la presa eternamente?

—La mayor parte ha dejado por completo de pensar en tales cosas —dijo Ransom—. Algunos aún tenemos el conocimiento: pero no entendí de inmediato de qué hablabas, porque lo que tú llamas el principio es lo que nosotros acostumbramos llamar las Cosas Finales.

—No lo llamo el principio —dijo Tor el Rey—. Es sólo la cancelación de un falso arranque para que el mundo pueda *entonces* empezar. Como cuando un hombre se tiende a dormir, si descubre una raíz nudosa bajo el hombro cambia de posición: a partir de ese momento empieza el verdadero sueño. O como un hombre al desembarcar en una isla puede dar un paso en falso. Recupera el equilibrio y después el viaje comienza. ¿La llamarías a esa recuperación del equilibrio una cosa final?

—¿Y toda la historia de mi raza no es más que eso? —dijo Ransom.

—*No* veo más que principios en la historia de los Mundos Inferiores —dijo Tor el Rey—. Y en el tuyo un fracaso al comenzar. Hablas de atardeceres antes de que rompa el alba. Incluso ahora pongo en marcha diez mil años de preparativos: yo, el primero de mi raza, mi raza la primera de las razas, en comenzar. Afirmo que, cuando el último de mis hijos haya madurado y la madurez se haya desplegado desde ellos a todos los mundos Inferiores, llegará a susurrarse que la mañana está cerca.

—Estoy lleno de dudas e ignorancia —dijo Ransom—. En nuestro mundo los que conocen a Maleldil en algún sentido creen que el descenso de Él a nosotros y su conversión en hombre es el acontecimiento central de todo lo que ocurre. Si me quitas eso, Padre, ¿dónde me llevarás? Seguramente no a la charla del enemigo que empuja a mi mundo y mi raza a un rincón remoto y me entrega un universo sin el menor centro, con millones de mundos que no conducen a ninguna parte o (lo que es peor) a más y más mundos por siempre jamás, y me abruma con números y espacios vacíos y repeticiones y me pide que me incline ante la magnitud. ¿O conviertes a tu mundo en el centro? Pero estoy atribulado. ¿Qué hay de la gente de Malacandra? ¿También ellos pensaban que su mundo era el centro? Ni siquiera veo cómo tu mundo podría ser llamado tuyo correctamente. Fuiste hecho ayer y tu mundo viene de lejos. La mayor parte es agua en la que no puedes vivir. ¿Y los seres que viven bajo la costra? ¿Y los grandes espacios sin mundo en absoluto? ¿Puede refutarse fácilmente al enemigo cuando Él dice que nada tiene plan o sentido? En cuanto creemos distinguir uno éste se funde en la nada, o en otro plan en el que nunca hemos soñado, y lo que era el centro se convierte en la orilla, hasta que dudamos si alguna forma o plan o esquema fue alguna vez algo más que un truco de nuestros ojos, engañados por la esperanza, o agotados de tanto mirar. ¿A qué conduce todo? ¿A qué mañana te refieres? ¿El principio de qué es ese mañana?

—El principio del Gran Juego, de la Gran Danza —dijo Tor—. Aún sé poco de ella. Deja que hablen los eldila.

La voz que habló a continuación parecía la de Marte, pero Ransom no estaba seguro. Y no pudo saber en absoluto quién habló después. Porque en la conversación que siguió —si puede hablarse de una conversación— aunque Ransom cree que a veces era él mismo quien hablaba, nunca supo qué palabras fueron suyas y cuáles de otro, o incluso si el que hablaba era un hombre o un eldil. Las alocuciones se seguían una tras otra como las partes de una música en la que los cinco habían entrado de instrumentos o como

un viento que sopla a través de cinco árboles que se yerguen juntos sobre una colina.

—Nosotros no hablaríamos así de ella —dijo la primera voz—. Para ser perfecta, la Gran Danza no espera a que los pueblos de los Mundos Inferiores se unan a ella. Nosotros no hablamos de cuándo empezará. Empezó desde antes de siempre. No hubo tiempo en que no nos regocijáramos ante Su rostro como ahora. La danza que bailamos está en el centro y todas las cosas fueron hechas para la danza. ¡Bendito sea Él! Otra dijo:

—Él nunca hizo dos cosas iguales; Él nunca pronunció la misma palabra dos veces. Después de las tierras, no tierras mejores sino animales; después de los animales, no animales mejores sino espíritus. Después de una caída, no la recuperación sino una nueva creación. Surgida de esta nueva creación, no una tercera sino el modo del cambio mismo es cambiado para siempre. ¡Bendito sea Él!

Y otra dijo:

—Está cargado de justicia como un árbol doblegado de frutos. Todo es rectitud y no hay igualdad. No como cuando las piedras yacen una junto a otra, sino como cuando las piedras sostienen y son sostenidas en un arco, así es Su orden; regla y obediencia, fecundación y preñez, calor que mira hacia abajo, vida que crece. ¡Bendito sea Él!

Una dijo:

—Quienes agregan años a los años en torpe suma, o kilómetros a los kilómetros y galaxias a las galaxias, nunca se acercarán a Su grandeza. El día de los campos de Árbol declinará y los días del Cielo Profundo mismo están contados. No es así como Él es grande. Él habita (todo Él habita) dentro de la semilla de la flor más pequeña y no está apretado: el Cielo Profundo está dentro de Él que está dentro de la semilla y no lo dilata. ¡Bendito sea Él!

—El borde de cada naturaleza linda con aquélla de la que no contiene sombra ni similitud. De muchos puntos una línea; de muchas líneas una forma; de muchas formas un cuerpo sólido; de muchos sentimientos e ideas una persona; de tres personas, Él mismo. Lo que es el círculo a la esfera, esos son los mundos antiguos que no necesitaban redención al mundo donde Él nació y murió. Lo que es el punto a una línea, eso es ese mundo a los frutos lejanos de su redención. ¡Bendito sea Él!

—Sin embargo el círculo no es menos redondo que la esfera, y la esfera es el hogar y la tierra natal de los círculos. Multitudes infinitas de círculos descansan encerrados en toda esfera y si hablaran dirían: "Para nosotros fueron creadas las esferas". Que ninguna boca se abra para contradecirlos. ¡Bendito sea Él!

—Los pueblos de los mundos antiguos que nunca pecaron, por quienes Él nunca bajó, son los pueblos en cuyo beneficio fueron hechos los Mundos Inferiores. Porque aunque la curación que fue herida y el enderezamiento que fue torcido son una nueva dimensión de la gloria, sin embargo lo recto no fue hecho para que pudiera ser torcido ni el todo para que pudiera ser herido. Los pueblos antiguos están en el centro. ¡Bendito sea Él!

—Todo lo que no es en sí la Gran Danza fue hecho para que Él pudiera bajar a eso. En el Mundo Caído Él preparó para Sí mismo un cuerpo y se vio unido al Polvo y lo hizo glorioso para siempre. Esa es la causa final y definitiva de todo lo creado, y el pecado que lo originó es llamado Dichoso y el mundo donde esto fue actuado es el centro de los mundos. ¡Bendito sea Él!

—El Árbol fue plantado en aquel mundo pero el fruto ha madurado en éste. La fuente que brotó con sangre y vida mezcladas en el Mundo Oscuro fluye aquí con vida solamente. Hemos pasado las primeras cataratas y de aquí en adelante la corriente fluye profunda y gira en dirección al mar. Esta es la Estrella Matutina que Él prometió a los que conquistan; éste es el centro de los mundos. Hasta ahora, todo ha esperado. Pero ahora ha sonado la trompeta y el ejército se ha puesto en movimiento. ¡Bendito sea Él!

—Aunque los gobiernen hombres o ángeles, los mundos son para sí mismos. Las aguas sobre las que no flotaste, el fruto que no arrancaste, las cavernas a las que no descendiste y el fuego a través del que los cuerpos como el tuyo no pueden pasar, no esperan tu llegada para armarse de perfección, aunque te obedecen cuando llegas. Yo he girado alrededor de Árbol durante eras innumerables cuando tú no estabas vivo y esas eras no estuvieron desiertas. La voz de sí misma estaba en ellas, no meramente un sueño del día en que tú despertaras. Ustedes no son la voz que todas las cosas emiten, ni hay un silencio eterno en los sitios donde ustedes no pueden llegar. Ningún pie holló, ni hollará, el hielo de Glund; ningún ojo mirará hacia arriba desde el Anillo de Lurga, y la Llanura-de-hierro de Neruval está casta y vacía. Sin embargo, no por nada los dioses caminan sin cesar alrededor de los campos de Árbol. ¡Bendito sea Él!

—Ese mismo Polvo tan escasamente desparramado en el Cielo, del que están hechos todos los mundos y los cuerpos que no son mundos, está en el centro. No espera hasta que ojos creados lo hayan visto o manos lo hayan manipulado, para ser en sí vigor y esplendor de Maleldil. Sólo una pequeña parte ha servido alguna vez, a un animal, un hombre, o un dios. Pero siempre y más allá de toda distancia, antes de que éstos llegaran y después de que desaparezcan y en los sitios donde nunca llegaron, él es lo que es y expresa el corazón del Santísimo con su propia voz. Es lo más alejado de Él, porque no tiene vida, ni sentimiento, ni razón; es lo más cercano a Él porque sin que medie un alma, así como vuelan las chispas del fuego, Él expresa en cada uno de sus granos la imagen pura de Su energía. Cada grano, si hablara, diría: Estoy en el centro, para mí fueron hechas todas las cosas. Que ninguna boca se abra para contradecirlo. ¡Bendito sea Él!

—Cada grano está en el centro. El Polvo está en el centro. Los Mundos están en el centro. Los animales están en el centro. Los pueblos antiguos están allí. La raza que pecó está allí. Tor y Tinidril están allí. Los dioses también. ¡Bendito sea Él!

—Donde esté Maleldil, allí está el centro. Él está en todo lugar. No un poco en un lugar y un poco en otro, sino en cada lugar Maleldil entero, hasta en la pequeñez que desafía la razón. No hay modo de apartarse del centro salvo dentro de la Voluntad Torcida que se lanza hacia Ninguna-parte. ¡Bendito sea Él!

—Cada cosa fue hecha para Él. Él está en el centro. Porque estamos con Él, cada uno de nosotros está en el centro. No es como en una ciudad del Mundo Ensombrecido donde dicen que cada uno debe vivir para los demás. En Su ciudad todas las cosas están hechas para sí. Cuando Él murió en el Mundo Herido no murió por los hombres, sino por cada hombre. Si cada hombre hubiese sido el único hombre creado, Él no habría hecho menos. Cada cosa, desde el grano único de Polvo hasta el eldil más poderoso, es la causa final y definitiva de toda la creación y el espejo en el que el rayo de Su brillo llega a descansar y así retorna a Él. ¡Bendito sea Él! —En el plan de la Gran Danza se entretejen planes sin fin y cada movimiento se convierte a su debido tiempo en el florecer de toda la estructura hacia el que todo lo demás había sido encaminado. Así cada cual está igualmente en el centro y nada está allí por ser igual, sino algunos por conceder lugar y otros por recibirlo, las cosas pequeñas por su pequeñez y las grandes por su grandeza, y todos los esquemas se encadenan y se enlazan entre sí mediante las uniones de un arrodillarse y un amor imperial. ¡Bendito sea Él!

—Él puede darle un uso sin medida a cada cosa creada, de la que Su amor y esplendor puedan fluir como un río poderoso que necesita un cauce enorme y llena del mismo modo los pozos profundos y las pequeñas grietas, que son llenadas por igual y siguen desiguales; y cuando las ha llenado hasta el tope las desborda y crea nuevos canales. Nosotros también necesitamos más allá de toda medida todo lo que Él ha hecho. Ámenme, hermanos míos, porque soy infinitamente necesario a ustedes y fui hecho para que se deleitaran conmigo. ¡Bendito sea Él!

—El no necesita en absoluto nada de lo creado. Un eldil no es para Él más necesario que un grano de Polvo: un mundo habitado no es más necesario que un mundo vacío: pero toda inutilidad se asemeja, y para Él todo llega a sumar nada. Tampoco nosotros necesitamos nada de lo creado. Ámenme, hermanos míos, porque soy infinitamente superfluo y el amor de ustedes será como el de Él, no nacido de que ustedes lo necesiten ni de que yo lo merezca, sino de una generosidad natural. ¡Bendito sea Él!

—Todas las cosas existen por Él y para Él. Él se expresa a Sí mismo también para Su propio deleite y ve que Él es bueno. Él es su propio fecundador y lo que proviene de Él es Él mismo. ¡Bendito sea Él!

—Todo lo creado parece carecer de plan para la mente ensombrecida, porque hay más planes de los que ella busca. En estos mares hay islas donde los cabellos del césped son tan finos y tan estrechamente tejidos que a menos que un hombre los mirase durante largo tiempo no vería ni cabellos ni tejido, sino sólo lo parejo y lo plano. Así ocurre con la Gran Danza. Fija tus ojos en un movimiento y éste te llevará a través de todos los diseños y te parecerá el movimiento clave. Pero lo aparente será cierto. Que ninguna boca se abra para contradecirlo. Parece no haber plan porque toda es plan: parece no haber centro porque todo es centro. ¡Bendito sea Él!

—Sin embargo, esta apariencia también es la causa definitiva y final por la que Él despliega un Tiempo tan largo y un Espacio tan profundo; por temor a que, si nunca encontrásemos lo oscuro, y el camino que lleva a ninguna parte, y la pregunta para la que no hay respuesta imaginable, no llegáramos a tener en nuestras mentes nada parecido al Abismo del Padre, donde si una criatura cae sus pensamientos nunca pueden oír eco que les conteste. ¡Bendito, bendito, bendito sea Él!

Y entonces, por una transición que Ransom no advirtió, pareció que lo que había empezado como discurso se transformaba en visión o en algo que sólo podía ser recordado como algo visto. Creyó que veía la Gran Danza. Parecía estar tejida con la ondulación entrelazada de numerosas cuerdas o bandas de luz, que saltaban entre sí por arriba y por abajo y se abrazaban mutuamente en arabescos y artificios en forma de flores. Cuando fijaba la vista en cada figura, ésta se transformaba en la figura maestra o en el foco de todo el espectáculo y lo unificaba ... sólo para verse enredado al mirar lo que había tomado por meras decoraciones marginales y descubrir que allí también era exigida la misma hegemonía, y la exigencia se cumplía, aunque el diseño anterior no se veía por eso desposeído sino que descubría en la nueva subordinación un significado mayor que aquél al que había renunciado. Pudo ver también (pero la palabra "ver" es ahora claramente inadecuada), en todos los puntos donde las cintas o serpientes de luz se interceptaban, diminutos corpúsculos de brillo momentáneo: y de algún modo supo que las partículas eran las generalidades mundanas contadas por la historia —pueblos, instituciones, climas de opinión, civilizaciones, artes, ciencias y cosas por el estilo— fulgores efímeros que cantaban agudos su breve canción y desaparecían. Las cintas o cuerdas propiamente dichas, en las que vivían y morían millones de corpúsculos, eran de un tipo distinto. Al principio no pudo distinguir de qué se trataba. Pero a la larga supo que la mayor parte eran entidades individuales. De ser así, el tiempo en el que la Gran Danza se desarrolla es muy distinto al tiempo tal como lo conocemos. Algunas de las cuerdas más finas y delicadas eran seres a los que designamos como de corta vida: flores e insectos, una fruta o un chaparrón, y una vez (creyó) una ola del mar. Otras eran cosas que creemos duraderas: cristales, ríos, montañas y hasta estrellas. Muy superiores a éstas en anchura y luminosidad, y relampagueando con colores externos a nuestro espectro, estaban las líneas de los seres personales y, sin embargo, tan distintas entre sí en esplendor como lo eran en conjunto respecto a las clases anteriores. Pero no todas las cuerdas eran individuales: algunas eran

verdades o cualidades universales. En ese entonces no lo sorprendió descubrir que tanto éstas como las personas fuesen cuerdas y se mantuvieran juntas como contra los meros átomos de generalidad que vivían y morían en el fragor de sus corrientes: pero después, cuando estuvo otra vez en la Tierra, se asombró. Y en ese momento la visión debe haber salido por completo de la región de la vista tal como la entendemos. Porque dice Ransom que toda la figura sólida de los torbellinos enamorados e interanimados se reveló de pronto como las superficies simples de un diseño mucho más vasto en cuatro dimensiones, y esa figura como el límite de otras aún, en otros mundos: hasta que de repente, a medida que el movimiento se hacía aún más veloz, el entrelazamiento aún más arrebatador, la relación de todo con todo más intensa, a medida que una dimensión se añadía a otra y la parte de él que podía razonar y recordar iba quedando cada vez más atrás en relación a la parte que veía, aún entonces, en el cénit mismo de la complejidad, la complejidad fue devorada y se disipó, como se disipa una tenue nube blanca en el inmenso azul ardiente del cielo, y una simplicidad que estaba más allá de toda comprensión, antigua y joven como la primavera, ilimitada, diáfana, lo arrastró con cuerdas de deseo infinito a su propia inmovilidad. Ascendió hacia tal serenidad, tal intimidad y tal frescura que, en el momento mismo en que estuvo más alejado de nuestro modo de ser normal, tuvo la sensación de desembarazarse de molestias y despertar del trance, y volver en sí. Con un gesto de relajamiento miró a su alrededor …

Los animales se habían ido. Las dos figuras blancas habían desaparecido. Tor y Tinidril estaban solos, en la luz diurna ordinaria de Perelandra, en las primeras horas de la mañana.

—¿Dónde están los animales? —dijo Ransom.

—Se han ido a cumplir sus pequeñas tareas —dijo Tinidril—. Se han ido a crear los cachorros y poner huevos, a construir nidos y tejer redes y cavar madrigueras, a cantar y jugar y comer y beber.

—No esperaron mucho —dijo Ransom—, porque veo que aún es temprano.

—Pero no es la misma mañana —dijo Tor.

—¿Hemos estado aquí mucho tiempo, entonces? —preguntó Ransom.

—Sí —dijo Tor—. No lo supe hasta ahora. Pero hemos cumplido un círculo entero alrededor de Árbol desde que nos encontramos sobre esta cumbre.

—¿Un año? —dijo Ransom—. ¿Un año entero? ¡Oh Cielos, lo que debe haber pasado en mi mundo oscuro! ¿Sabías, Padre, que estaba pasando tanto tiempo?

—No lo sentí pasar —dijo Tor—. Creo que las olas del tiempo cambiarán con frecuencia para nosotros de aquí en adelante. Estamos llegando a poder decidir si estaremos por encima de ellas y veremos muchas olas juntas o si las alcanzaremos una a una como solíamos hacerlo.

—Llega a mi mente —dijo Tinidril— que hoy, ahora que el año nos ha traído de nuevo al mismo lugar del Cielo, los eldila están viniendo a buscar al Manchado para llevarlo de regreso a su mundo.

—Tienes razón, Tinidril —dijo Tor. Entonces miró a Ransom y dijo—: Hay un rocío rojo brotando de tu pie, como un arroyo pequeño.

Ransom bajó la cabeza y vio que el tobillo seguía sangrando.

—Sí —dijo—, es donde me mordió el Malo. Lo que hay de rojo en él es *jru* (sangre).

—Siéntate, amigo —dijo Tor— y permíteme lavarte el pie en la laguna.

Ransom vaciló pero el Rey lo obligó. De modo que se sentó sobre el pequeño montículo y el Rey se arrodilló ante él en el agua baja y tomó el pie herido en la mano. Hizo una pausa y lo miró.

—Así que esto es *jru* —dijo al fin—. Nunca había visto antes semejante fluido. Y esta es la sustancia con la que Maleldil rehizo los mundos antes de que algún mundo fuera hecho.

Lavó el pie durante largo rato pero la hemorragia no se detuvo.

—¿Significa que Manchado morirá? —dijo Tinidril al fin.

—No lo creo —dijo Tor—. Creo que a cualquiera de su raza que haya respirado el aire que él ha respirado y bebido las aguas que él ha bebido desde que llegó a la Montaña Sagrada no le resultará fácil morir. Dime, amigo, ¿no ocurrió en tu mundo que después de haber perdido el Paraíso los hombres de tu raza no aprendieron a morir con rapidez?

—He oído —dijo Ransom—, que los de las primeras generaciones vivían mucho, pero la mayoría lo toma sólo por una narración o una poesía y no había pensado en la causa.

—¡Oh! —dijo Tinidril de pronto—. Los eldila han llegado para llevarlo.

Ransom se volvió y vio, no las blancas figuras humanoides bajo las que había visto por última vez a Marte y Venus, sino sólo las luces casi invisibles. Al parecer el Rey y la Reina reconocían a los espíritus también bajo esta apariencia: con la misma facilidad, pensó, con que un Rey de la tierra reconocería a los suyos aunque no llevaran ropa cortesana.

El Rey soltó el pie de Ransom y los tres se dirigieron al féretro blanco. La tapa descansaba junto a él en el suelo. Todos sintieron un impulso de demorarse.

—¿Qué es lo que sentimos, Tor? —dijo Tinidril.

—No sé —dijo el Rey—. Un día le daré nombre. Hoy no es día de hacer nombres.

—Es como un fruto de cáscara muy dura —dijo Tinidril—. La alegría de nuestro encuentro cuando volvamos a vernos en la Gran Danza es la parte dulce. Pero la corteza es gruesa: tiene más años de los que puedo contar.

—Ahora entiendes lo que el Malo nos habría hecho —dijo Tor—. Si lo hubiéramos escuchado en este momento estaríamos tratando de conseguir la dulzura sin morder a través de la cáscara.

—Y así no sería "la dulzura" en ningún sentido —dijo Tinidril.

—Le corresponde partir —dijo la voz tintineante de un eldil.

Ransom no encontró palabras que decir cuando se tendió en el ataúd. Los costados se alzaron sobre él altos como muros: más allá, como enmarcados en una ventana en forma de ataúd, vio el cielo dorado y los rostros de Tor y Tinidril.

—Deben cubrirse los ojos —dijo un instante después: y las dos figuras humanas se perdieron de vista un momento y regresaron. Llevaban los brazos cargados de lirios rojo-rosados. Los dos se inclinaron y lo besaron. Vio que la mano del Rey se alzaba en un gesto de bendición y después no volvió a ver nunca nada de aquel mundo. Le cubrieron el rostro con los pétalos frescos hasta que se vio enceguecido por una nube roja de dulce aroma.

—¿Todo está listo? —dijo la voz del Rey.

—Adiós, Amigo y Salvador, adiós —dijeron las dos voces—. Adiós hasta que los tres pasemos fuera de las dimensiones del tiempo. Habíale siempre de nosotros a Maleldil así como nosotros siempre hablamos de ti. Que el esplendor, el amor y la fuerza sean contigo.

Después llegó el pesado ruido de la tapa que aseguraban sobre él. Después, por unos segundos, ruidos externos, en el mundo del que se veía apartado para siempre. Después su conciencia fue absorbida.